

L

A

*Séptima  
Silla*



**D.J.57**

CONSISTENTE SARTORY

# *LA SÉPTIMA SILLA*

*CONSTANZA C. SARTORY*

© 2018, Constanza C. Sartory.

Queda prohibido reproducir el contenido de este texto, total o parcialmente, por cualquier medio analógico o digital, sin permiso de la autora con la Ley de Derechos de Autor.

# **ÍNDICE**

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

## PRÓLOGO

La doctora Elina Amille colocó la llave en la cerradura y con manos temblorosas, abrió uno de los cajones de su escritorio. Once años atrás, había encerrado en él las pruebas del error más grande de su vida, y sin embargo, no había podido hacer lo mismo con el remordimiento.

La culpa se había vuelto una inseparable y estéril compañera, que le susurraba al oído una verdad que le era imposible olvidar. Comenzó a leer sin esperanza, porque sabía que el camino de la expiación estaba vedado para ella. No obstante, entre el mar de una conocida caligrafía encontró algo inesperado, una nueva falta provocado por su cobardía, pero que a diferencia de la otra, tenía solución.

Ella se recostó sobre su asiento, ya había oscurecido y el consultorio estaba en penumbras. Tenía un nombre sin rostro y una deuda, reciente y a la vez muy antigua, que estaba dispuesta a saldar.

# CAPÍTULO 1

Algunas personas reconocen los cambios al instante y se adaptan muy rápido a ellos; otras, en cambio, necesitan mucho más tiempo. Yo pertenecía al segundo grupo.

Durante el último año había engordado bastante. Al principio no lo noté, no tenía por costumbre observarme con detenimiento en el espejo y, cuando por alguna razón lo hacía, no notaba grandes diferencias en mi imagen.

Es cierto, existían numerosas señales que indicaban que mi cuerpo estaba sufriendo una transformación, pero yo me las arreglaba para no verlas. Mi imagen en el espejo era la misma de siempre, aunque algo extraño le estaba ocurriendo a mi ropa.

Al principio creí que el lavarropas debía tener algún desperfecto que provocaba que la ropa se achicara. Las prendas que antes me quedaban bien, se fueron encogiendo una por una, hasta que se me hizo imposible ponérmelas sin morir asfixiada.

Mi ropa interior también mostraba signos alarmantes de que mis carnes se estaban expandiendo libre y salvajemente. Todas mis bragas estaban completamente descosidas en uno de los costados, y era esa rotura, lo único que hacía posible que todavía me entraran.

Sin embargo, como era una chica culta e inteligente, le echaba la culpa a las importaciones chinas, que no sólo destruían las empresas nacionales, sino que encima eran cada vez de peor calidad.

De la boca de mis familiares y amigos, también habían salido algunas indirectas, pero yo me esmeré en no darme por aludida.

No obstante, la realidad, harta de mi ceguera selectiva, decidió estrellarse un día en mi camino e impedir que la siguiera ignorando.

Estaba en la vereda, haciendo fila para pagar mis impuestos, cuando vi reflejada en la vidriera del negocio de enfrente, la imagen de una mujer gorda, muy gorda, obesa, para hablar con precisión.

Yo no me consideraba una persona muy sensible, pero sentí pena por esa mujer. Desvié mi mirada llena de compasión desde la vidriera hasta la fila de gente, buscando a la gordita, ¡pero no la encontré!

Intrigada, volví a concentrarme en el reflejo y descubrí, alarmada, que la mujer vestía de una forma muy similar a mí, con un equipo de gimnasia negro (la única ropa que me permitía respirar con normalidad). Entonces, dirigí mi atención hacia la cara de la gorda. Como no estaba en uno de mis días más brillantes, tardé unos segundos en darme cuenta que esa cara, la cara redonda y con papada de la vidriera, era la mía.

Esos descubrimientos trascendentales de la vida, deberían ocurrir en situaciones acordes con la emoción del momento, y no en medio de una actividad tan trivial como la de estar haciendo la cola para pagar la luz.

Sin embargo, las reacciones exageradas no iban con mi temperamento. No me puse a llorar, no entré en estado de shock, no me desquité destrozando la vidriera a pedrazos. En cambio, esperé pacientemente mi turno, pagué y luego caminé pensativa hacia mi casa.

En el camino encontré una farmacia con una enorme balanza en la puerta, pasaba por

allí casi todos los días, pero nunca me había detenido a pesarme. ¿Para qué? Mi peso normal era de 70 kilos y estaba conforme con él.

Era consciente que, durante los últimos meses, mi apetito había aumentado un poquito. Probablemente había ganado, ¿qué?, ¿cuatro?, tal vez cinco kilos, ¡Seis, como mucho! Aunque nunca había sentido la tentación de comprobar la exactitud de mis cálculos.

Por esa razón, cuando aquel día me trepé a la balanza y la aguja empezó a subir, y a subir, y a subir..., deteniéndose en la no despreciable suma de 90 kilos, mi primera reacción fue de incredulidad. Esperanzada, miré al farmacéutico y pregunté:

—¿Anda mal, no?

—Anda perfecta —dijo él sonriendo a modo de disculpa. Debía estar muy acostumbrado a esa pregunta, la cual podía considerarse como el último acto de fe de cada “nuevo gordo”.

Continué mi camino, arrepentida de haber ido a pagar la luz ese día. La boleta todavía no vencía y además, podía pagarla perfectamente por Internet. ¿Qué necesidad había de perder el tiempo haciendo fila?

Siempre me había enorgullecido de mi capacidad para analizar las situaciones de una forma fría y objetiva, sin dejar que mis emociones perturbaran mi razón. Al reflexionar, descubrí que esos 92 kilos eran una revelación. En ese instante, todos los misterios de últimos meses con respecto a mi ropa, las indirectas de mis seres queridos, los hombres en la calle que no se cansaban de gritarme: “¡Gorda!”, todo cobraba sentido.

También descubrí, gracias a mis magníficas reflexiones, que mi mayor problema no era que había engordado más de 20 kilos en menos de un año, mi mayor problema era que no me importaba.

## CAPÍTULO 2

Dos semanas después de mi movilizadora experiencia con la balanza, ya había procesado y aceptado la realidad sin angustiarme. Como nunca había tenido problemas de peso, pensé que equilibrando un poco mi alimentación y haciendo más de ejercicio, tarde o temprano volvería a mis 70 habituales.

Los kilos no provocaban ningún trastorno en mi vida, tenía un trabajo que amaba, mi grupo de amigos de siempre y era soltera. Entendía que, el sobrepeso, no aumentaba las probabilidades de que mi estado civil cambiara, pero como me gustaba estar sola, ser una nueva gorda no me quitaba el sueño.

Sin embargo, mis viejos parecían un poco preocupados. Ellos eran los mejores padres del mundo y aguantaban con paciencia, todas las singularidades de mi personalidad. Por eso, cuando insistieron en que me inscribiera en el tratamiento de la Dra. Amille, no pude negarme.

El primer encuentro era a las 6 de la tarde, y aunque tenía la costumbre de llegar antes a todos lados, esta vez preferí llegar puntual. Me deprimía la idea de encontrarme con un grupo de obesos sentados en ronda, como en las películas.

La secretaria me hizo pasar a una sala, la psiquiatra todavía no llegaba y la multitud que tanto había temido, se reducía a cinco mujeres sentadas en sillones que se veían muy cómodos.

Suspiré aliviada, al menos iba a ahorrarme la patética escena del círculo. No obstante, mis esperanzas duraron muy poco porque, minutos después, la secretaria pidió que la siguiéramos. El consultorio de la Dra. Amille, era muy acogedor, con dos amplios ventanales, plantas y bellas pinturas en las paredes. El lugar me hubiera encantado, si no hubiera observado que, en el centro de la habitación habían formado un círculo perfecto con sillas.

La doctora Amille se presentó como psiquiatra y psicóloga. Luego, en un raptó de honestidad, confesó que nunca antes se había dedicado al tema de la obesidad, y que este grupo era su primer intento de tratar de forma grupal

el sobrepeso.

Yo la observaba preguntándome si era necesaria tanta sinceridad. Después de todo, ¿qué había de malo en mentir un poco? Ella podría haber dicho que, estábamos a punto de iniciar un tratamiento que había sido probado exitosamente a nivel mundial durante, por lo menos, los últimos 10 años. Estaba segura de que la mayoría de las mujeres que estaban allí, no estaban muy convencidas de la efectividad de este innovador método, y el hecho de saber que íbamos a convertirnos en conejillos de india, no ayudaba demasiado.

—Lo que yo pretendo con esta terapia no es hacerlas adelgazar — comenzó Amille, pero al ver nuestras caras de decepción se apresuró a decir —, la pérdida de peso va a ser una consecuencia inevitable del tratamiento. Sin embargo, a lo que aspiro es a lograr que ustedes descubran el motivo que las lleva a ser obesas. Dentro de 7 meses, cuando termine el tratamiento, descubrirán por qué comen de más, y al conocer la verdadera causa, les resultará más fácil dejar de hacerlo.

Yo la miraba con escepticismo, ¿desde cuándo les hacía caso a mis padres? Lamentaba haber pagado de una sola vez el tratamiento. Si me inventaba alguna excusa creíble para no continuar, ¿me devolverían la plata?

Miré alrededor para saber cómo estaban asimilando las noticias las otras cinco mujeres, pero al hacerlo mi atención recayó en la silla vacía que estaba a mi lado. Amille estaba sentada en un cómodo sillón y a partir de él, había formado un círculo con 7 sillas, evidentemente esperaba a alguien más. Un hombre o una mujer muy inteligente que se había arrepentido a tiempo.

—¡Comencemos! —gritó la doctora sin poder esconder su entusiasmo.

Era algo alentador que al menos una persona en la habitación estuviera entusiasmada.

—Se van a ir parando de a una y van a decir: su nombre, edad, a qué se dedican y por qué están acá —continuó Amille.

Odiaba las preguntas estúpidas y ella acababa de hacer una. ¿Por qué estamos acá?, ¿de verdad? Estamos acá porque la balanza se escandaliza cada vez que nos subimos a ella. ¿Había otra respuesta posible?

—¿Quién quiere empezar? —preguntó Amille con una sonrisa alentadora.

Me paré, era de los que pensaban que lo mejor era atravesar la tormenta, o en este caso, enfrentar el bochorno, lo más rápido posible.

—Soy Valentina, tengo 28 años, soy periodista y trabajo en un diario.

Luego, la doctora me pidió que me subiera a una balanza electrónica. Lo hice, esperando ver los malditos 90 kilos reflejados en la pantalla, pero en vez de eso, el puto artefacto marcó 92 kilogramos.

¿Qué?, no quería caer nuevamente en el lamentable: “la balanza debe estar mal”. Sin embargo, sólo habían pasado algo más de tres semanas desde mi primer contacto con la realidad en la farmacia cerca casa. ¿Cómo era posible que hubiera engordado casi 2 kilos en 3 semanas? Bueno, era cierto que en ese tiempo había tenido cuatro o cinco cumpleaños, y que las tortas habían estado riquísimas, pero no creía que fueran suficientes para justificar los dos kilos.

—¿Desde cuándo tenés este exceso de peso? —preguntó la doctora sacándome de mis cavilaciones.

¿Desde cuándo? No solía pesarme con frecuencia. Sin embargo, recordaba el casamiento de mi prima un año atrás. Para su fiesta había usado un vestido negro apretadísimo, que hoy probablemente, se quedaría varado en mis rodillas, y sin posibilidad alguna de ascender a través de mis caderas y mi trasero.

—No lo sé con exactitud —comenté—. Pero hasta hace un año era flaca. Mis kilos de más nacieron, crecieron y se desarrollaron durante los últimos 365 días.

Las chicas sonrieron ante mi comentario.

—¿Y antes de eso?, ¿nunca habías tenido problemas de peso? —insistió Amille.

—No.

—Muy bien y ¿qué esperás conseguir con este tratamiento?

—¿No es obvio? —contesté sin poder ocultar el tono de fastidio en mi voz—. Pretendo adelgazar.

La doctora aceptó mi poco amable respuesta con una sonrisa, y yo le dejé el lugar a la próxima víctima.

—Mi nombre es Adriana, tengo 34 años y soy comerciante, tengo una tienda de mascotas.

Adriana, que era la más bonita del grupo, recibió con tristeza el veredicto de la balanza: 95,120 kilogramos.

La siguiente en pesarse fue Nuncia, una economista de 25 años, muy petiza y con unos gruesísimos anteojos. La balanza arrojó para ella la cifra de

78 kilos.

Teresa pasó a continuación, una morocha pulposa, con senos grandes y un gran trasero. Tenía 32 años, era licenciada en Historia del Arte, pero trabajaba como empleada administrativa en una empresa privada. Pesaba 85, 600 kilos.

Helena fue la penúltima en pesarse, tenía 19 años y era la menor del grupo. Ena, como pidió que la llamáramos, era estudiante de Derecho. Sin embargo, al observarla pensé que había equivocado la vocación, ella era muy tímida, apenas si levantó la vista del suelo durante toda la sesión. Pesaba 80, 100 kilos.

La última en pesarse fue Lala. Con 27 años, fue la única que se tomó la molestia de saludarnos a todas con un beso, parecía una chica muy dulce. El resultado de la balanza para ella fue de 87 kilos.

La doctora tomó en cuenta la altura, la contextura y el peso, y en base a ellos determinó cuál era el exceso de peso de cada una.

La mediocridad humana nunca dejaba de sorprenderme, especialmente la mía. Ninguna de las 6 tenía menos de 20 kilos de exceso, pero mi ánimo se aligeró al enterarme que, con 22 kilos de exceso, era la menos gorda del grupo.

¿Era una estupidez encontrar consuelo, o incluso, sentirme reconfortada por ser la más flaca de un grupo de obesas? Definitivamente lo era, pero no me avergüenza admitir que salí de esa sesión más reanimada de lo que entré.

Amille nos entregó unas carpetas con consejos nutricionales y varios libros que contenían recetas saludables. Me sorprendió no encontrar ninguna dieta al estilo: día 1, día 2, etc. Cada una podía elegir qué comer, dentro de la amplísima lista de recetas y alimentos permitidos.

—En este tratamiento hay muy pocas prohibiciones, pero una de ellas es que no podrán volver a pesarse hasta dentro de 7 meses —dijo Amille.

—¿Siete meses?, ¿y cómo vamos a saber si estamos adelgazando? —preguntó Adriana.

—Lo sabrán por la ropa, por el espejo y por otros detalles. Confíen en mí, quiero que se olviden un poco del peso y que exploremos lo que subyace a él. La próxima vez que se pesen lo harán aquí conmigo, dentro de 7 meses —afirmó la doctora—. ¿Alguien quiere preguntar algo?

Nadie abrió la boca.

—Nos vamos a basar en tres pilares: alimentación, ejercicio y terapia

psicológica. Este último es el pilar más importante, y les advierto que voy a intentar sacarlas de su zona de confort.

Esa noche, hojeé los libros de recetas y me decidí por la más simple, pechuga de pollo con ensalada de tomate.

Mientras cenaba, no pude evitar preguntarme cuál sería la historia de las otras chicas. Según la doctora, detrás de cada gordo había una historia y una razón. No me molestaba mejorar mi alimentación ni en hacer gimnasia. No obstante, me preocupaba el tema de la terapia. No deseaba tener que hablar con personas extrañas sobre mis problemas, aunque en realidad, como yo no tenía ninguno, no tenía nada de qué preocuparme.

## CAPÍTULO 3

Comprometerse con el tratamiento implicaba modificar nuestras agendas. Aunque la Dra. nos había dejado bastante libertad con respecto a la alimentación, en el ámbito de la actividad física era muy exigente. Teníamos que hacer una hora de gimnasia diaria de lunes a sábados. Además, los jueves a las 9 de la noche, teníamos la imprescindible sesión de terapia.

La primera clase comenzaba el lunes a las 7 de la tarde. Creí que, lo más adecuado para nosotras, sería un gimnasio sólo para mujeres o uno especializado en obesidad. Sin embargo, la doctora tenía otros planes. Nos obligaba a ir a Olympus, un gimnasio que estaba de moda y al que asistían todas las modelos, actores, actrices y gente cool de Buenos Aires.

Fui la primera en llegar, pero me quedé en la puerta esperando al resto de las chicas. Todas las personas que vi entrar tenían cuerpos perfectos, era difícil imaginar un lugar en donde nosotras pudiéramos desentonar más.

Minutos después llegó Teresa, y debo admitir que quedé admirada ante su valentía. Vestía una remera rosada y una calza estampada haciendo juego. Estaba segura que el resto de las chicas elegirían colores oscuros, preferiblemente negro, color que tiene dos poderosísimas virtudes: disimula la grasa y también disimula la transpiración.

Mis predicciones se cumplieron, llegó Adriana, la chica bonita, vestida completamente de negro. Ella observó el lugar y comentó:

—Esperaba otra cosa.

—¿Otra cosa? —preguntó Teresa.

—Sí, esperaba algo más pequeño, un lugar con menos gente o por lo menos, con gente que sea como nosotras. Esto parece un concurso de Miss Universo.

—Pienso igual —dijo Ena que acababa de llegar—. Hubiéramos estado más cómodas en un lugar menos concurrido, acá nos destacamos demasiado. Ni siquiera hemos empezado la clase y ya nos están mirando.

Era verdad, algunos grupos de hombres y mujeres que estaban en la vereda, nos miraban de reojo y sonreían, como preguntándose qué demonios estábamos haciendo allí. A los bellos no les gusta ver a sus opuestos en el mismo lugar.

Cuando llegaron Nuncia y Lala, el grupo estaba completo. La clase de

los lunes era de spinning, pero el horario que Amille nos había dado estaba mal, la clase empezaba recién a las 7:30.

Ena propuso ir a comprar agua mineral, en el gimnasio sólo quedaban gaseosa bajas calorías y bebidas estimulantes, ambas incluidas en nuestra lista de bebidas prohibidas.

Encontramos un drugstore a tres cuadras del gimnasio y compramos seis botellas de agua, pero cuando fuimos a pagarlas, un grupo que había estado sentado en una de las mesas, se colocó delante de nosotras. ¡Así, como si no existiéramos! Esa era una de las ironías de ser gordo, aunque ocupabas el doble de lugar en el espacio que las otras personas, en muchas ocasiones, la gente actuaba como si fueras invisible.

Ena quiso dejarlos pasar, pero ni Teresa ni Nuncia estuvieron de acuerdo.

—¡Eh! Nosotras estábamos primero — exclamó Nuncia.

—Disculpame, gordita, no te vi —dijo con una sonrisa burlona, un chico que vestía una remera roja. Al parecer, su sonrisa era contagiosa, porque se expandió rápidamente entre sus amigos y también entre los vendedores.

—Entonces, flaquito, deberías visitar al oculista. Cobranos a nosotras primero —le exigió Nuncia al vendedor.

—Perdón, creí que todavía no estaban listas —insistió el imbécil—. ¿Agua mineral? Les faltan las papas fritas, las hamburguesas y los chocolates para el postre.

Nuncia estaba a punto de contestar, y podía asegurar que no iba a ser una respuesta amable, pero un hombre de remera blanca, que estaba en el grupo y que también se había reído con los chistes, dijo tomándolo del brazo:

—Pablo, ya está, dejalas a ellas.

Ena se apresuró a pagar y yo le insistí a Teresa y a Nuncia para que nos fuéramos de una vez. Cualquiera gordo es un actor profesional, todos, en mayor o menor medida, estamos acostumbrados a fingir que no nos importa que nos señalen por la calle, que no nos importa las risas ni las bromas.

Sin embargo, en esa ocasión permanecemos calladas durante unos minutos, no había ninguna necesidad de fingir, las seis comprendíamos el significado de ese silencio.

Antes de entrar al gimnasio, Teresa, que seguía enojada por el incidente del kiosco, dijo:

—Si alguna vez me vuelvo a encontrar con ese imbécil...

—¡Ay, no! —la interrumpió Lala—. ¡Ojalá que no los volvamos a ver nunca! La próxima vez, vamos a comprar agua a otro lado.

Por desgracia, los buenos deseos de Lala no se cumplieron, y los míos tampoco. Todavía tenía la esperanza de que la clase de spinning fuera para para nosotras solas, pero al entrar al salón observé que había por lo menos 20 bicicletas. Las primeras ya estaban ocupadas por chicas esbeltas y atléticas. Nosotras, en cambio, elegimos el lugar que solían preferir todas las personas con sobrepeso, atrás y lo más ocultas posibles.

—¿Esta clase será para principiantes? —preguntó Ena, mientras apretaba nerviosa la botella de agua—. Mi estado físico no es muy bueno y tengo miedo de no poderme la clase.

—¡No te hagás problema! Hacés a tu ritmo y hasta donde vos puedas —le aseguró Adriana.

—¡Mierda, no puede ser! —murmuró Teresa.

Todos miramos hacia la puerta, allí estaba el chico que nos había molestado en el drugstore, junto a su amigo de remera blanca. Cuando ellos nos vieron, quedaron tan sorprendidos como nosotras.

El de remera blanca resultó ser nuestro profesor de spinning. Su nombre era Javier.

—Si no pueden seguir el ritmo, por lo menos intenten mantener una velocidad constante.

Esa fue la única indicación que nos dio, luego se olvidó de nosotras y no volvió a dirigirnos la palabra. Sin embargo, me pareció que estaba avergonzado, el bastardo por lo menos tenía conciencia, pensé con satisfacción, mientras a duras penas lograba subir una montaña.

—¡Me duelen tanto las piernas! —se quejó Ena cuando los eternos 45 minutos terminaron.

Ninguna quiso utilizar las duchas del gimnasio, aunque eran duchas privadas, no queríamos pasear nuestras generosas carnes por el vestuario, y exponernos a nuevas miradas y bromas.

Así concluyó nuestro primer día en Olympus.

## CAPÍTULO 4

Al día siguiente, y luego de la experiencia del día anterior, decidimos reunirnos a la vuelta del gimnasio para entrar todas juntas. El lugar elegido era una plazoleta con cómodos bancos, en donde la primera que llegaba podía sentarse a esperar al resto. Con el tiempo, la plazoleta se volvió nuestro punto de encuentro.

Las 6 éramos muy puntuales, y algunas llegaban 10 o hasta 15 minutos antes. Semanas después, comprendí que esa excesiva puntualidad se debía al temor de tener que entrar solas al gimnasio. Encontrarnos afuera nos daba valor.

Al principio, creí que mis compañeras estaban siendo demasiado sensibles. Como estaban acostumbradas al escarnio y al rechazo general, sólo por ser gordas, pensé que quizás estaban sobredimensionando las risas, los gestos y las miradas despectivas.

Sin embargo, luego de dos días en Olympus, descarté esa idea. La hostilidad era real y no sólo por parte de algunos socios del gimnasio, sino también por parte de los profesores.

—¿Se dieron cuenta de que los profesores parecen odiarnos? — comentó Ena.

—No parecen, nos odian —afirmó Nuncia—. El profesor del martes fue todavía más antipático que el que nos tocó el lunes.

—Hasta ahora hemos tenido mala suerte, pero tal vez los profesores de las otras clases sean mucho más amables —sugirió Lala, que se perfilaba para convertirse en la optimista del grupo.

La miramos con escepticismo y nos dirigimos a nuestra primera clase de natación. Si las otras clases habían sido un poco incómodas, esta se llevaba todos los honores.

Era la última clase del día y en la pileta solamente quedaba un grupo de cuatro chicos, de 18 o 19 años, que acababan de terminar su clase. Estaban por irse, pero en cuanto nos vieron cambiaron repentinamente de idea.

—Su clase ya terminó. ¿Por qué no se van? —se quejó Adriana, mientras estábamos en el vestuario esperando que todas terminaran de cambiarse.

—¿Por qué no se van? Es obvio, no quieren perderse la posibilidad de

ver a 6 ballenas chapoteando en el agua —observó Nuncia.

Ella se caracterizaba por un exceso de sinceridad. Decía todo lo que se le pasaba por la cabeza sin ningún tipo de filtro, y sin pensar de qué forma podían repercutir sus palabras en el resto.

—¿De verdad? —preguntó Lala—. Entonces prefiero quedarme acá y no salir hasta que no se vayan.

—¡No! Lo mejor es no hacerles caso —aseguró Teresa—. Respirá hondo y mostrate segura, estos idiotas son como los perros, huelen el miedo.

—Por mí, puede estar viéndonos toda la hinchada de Boca, me da igual. En cuanto me saque los lentes no los voy a ver, además, odio el agua y quiero que esta clase termine cuanto antes —dijo Nuncia sacándose los anteojos y colocándose las antiparras.

Cuando entramos en la piscina, vimos que la profesora era una mujer, la primera profesora mujer que teníamos. El cambio era bueno porque tal vez ella podía sentir un poco más empatía hacia nosotras. No obstante, nuestras esperanzas se vinieron abajo cuando ella anunció que la última clase estaba a cargo de un profesor.

Minutos después, entró el profesor de natación. Al verlo, miré a Teresa, era Pablo, el hombre de remera roja con el que nos habíamos peleado en el drugstore.

Nos mirámos incómodas, todas menos Nuncia, que como lo veía demasiado borroso, no había logrado reconocerlo.

Pablo parecía tan incrédulo ante su mala suerte como nosotras. Nos dio una fría bienvenida a su clase y luego nos pidió que nadáramos hasta el otro extremo de la pileta, para determinar cuál era nuestro nivel de natación.

La actitud del profesor era educada, pero se percibía cierta agresividad, que podía deberse a los nervios de encontrarse con nosotras allí.

La técnica de Adriana, Ena, Lala y mía no era la gran cosa, pero dentro de todo, era aceptable. Sin embargo, los curiosos que se habían quedado a mirarnos, pudieron regocijarse con los desesperados esfuerzos de Nuncia por flotar y llegar al otro extremo de la pileta.

Al verla, comprendí que lo que ella había dicho minutos antes, era cierto. No solamente odiaba el agua, sino que además, era evidente que había pasado pocas veces en su vida por una piscina. Apostaba a que era una de esas personas que van al mar y sólo se mojan los pies.

No obstante, fue Teresa la que salvó nuestro honor. Se tiró en un

clavado perfecto, llegó hasta el extremo de la pileta en crol, regresó en espalda y luego nadó en estilo mariposa. Es difícil describir lo que sentimos en ese momento, era como si la canción de Carrozas de Fuego hubiera comenzado a sonar de fondo. La aplaudimos con entusiasmo.

—Nadás bien, pero el estilo mariposa tiene imperfecciones que hay que pulir —dijo Pablo cuando por fin logró salir de asombro y recuperar el habla.

Su tono no era amable, era hosco, pero el hecho de que se viera obligado a reconocer las habilidades de Teresa, hacía que sus palabras fueran doblemente satisfactorias.

—Tendré en cuenta sus consejos, profesor—murmuró Teresa con una sonrisa irónica y luego siguió nadando.

El agua se sentía bien y la hora pasó bastante rápido. Pablo se dedicó enteramente a Nuncia, le dió una tabla para ayudarla a mantener los brazos extendidos, y también para evitar que se ahogara, porque aunque la piscina era pequeña, la parte honda era bastante profunda y la escasa altura de Nuncia no la ayudaba.

—Bien chicas, es todo por hoy, las veo la semana que viene —dijo Pablo y salió golpeando la puerta.

Nos quedamos unos minutos más en la pileta, disfrutando del agua, pero cuando quisimos salir, notamos que la escalera no estaba. Era una escalera desmontable que se colocaba en distintas partes de la pileta y se trababa desde arriba.

Aprovechando nuestra distracción, los mirones que se quedaron revoloteando alrededor de la piscina, la habían sacado. No entendí la cara de preocupación de Teresa. Aunque hacía más de 1 año que no me metía en una piscina, no recordaba haber tenido problemas para salir impulsándole con los brazos. El inconveniente era que mis recuerdos eran de una mujer de 70 kilos, pero en una mujer de 92, la cosa cambiaba bastante.

Intenté salir, pero me di cuenta que mis brazos no eran lo suficientemente fuertes como para impulsar mi nuevo y voluminoso cuerpo. Por supuesto, después de unos intentos lo logré, aunque de una manera muy poco elegante, aferrándome al borde y con las chicas levantando el trasero.

Ayudé a sacar a las otras y cada extracción fue aún menos elegante que la mía. El gimnasio tenía varias plantas y desde algunos salones del último piso, podía observarse la piscina. Al levantar la vista los vi, habían apagado

la luz, pero era evidente que había un grupo disfrutando el espectáculo.

—¡Qué ilusa fui!, creí que el bullying se terminaba cuando salías del secundario —comentó Ena.

—Me voy a ir a quejar con el gerente, gordas o no, pagamos al igual que todos —dijo Adriana enojada.

—¡No! tenemos que demostrarles que ellos no tienen el poder de afectarnos —afirmó Teresa, haciendo una inclinación como las bailarinas de balet y luego un gesto obsceno con una de sus manos.

Nuncia la imitó, pero como no veía bien en dónde estaban, hizo gestos con ambas manos hacia todas las direcciones para asegurarse de que el insulto les llegara.

Cuando llegué a casa estaba enojada. Me gustaba la idea de hacer ejercicio diariamente, pero el problema era que no tenía sentido enviar a un grupo de obesas a un gimnasio como Olympus. No me gustaba hacer las cosas sin entender las razones, y por más que lo analizaba, no encontraba ninguna razón válida que justificara la decisión de la psiquiatra.

Cuando estaba a punto de cenar, Amille organizó una videollamada grupal.

—¿Cómo les fue hoy en la clase de natación? —preguntó Amille.

No me gustaba la doctora Amille, había algo en ella que me inspiraba desconfianza. Sin embargo, como le había prometido a mis padres que terminaría el tratamiento, quería evitar las fricciones con ella. Decidí que lo mejor era participar lo menos posible de la charla y dejar que alguien más le presentara las quejas por el gimnasio.

—¿No podemos cambiar de gimnasio? Seguramente hay otro lugar al que podemos ir—comenzó Adriana.

—Olympus es uno de los mejores gimnasios de la ciudad, tiene las mejores máquinas, las mejores instalaciones y muy buenos profesores. ¿Por qué quieren cambiar de lugar? —quiso saber la doctora.

—Las instalaciones son muy buenas, pero nos gustaría un lugar para gente como nosotras —insistió Ena.

—¿"Gente como nosotras"? ¿a qué te referís con esa expresión? —preguntó la psiquiatra.

Aparentemente a la doctora Amille le gustaba hacerse la boluda, era imposible que no supiera a qué se estaba refiriendo Ena. Ardía en deseos de hablar, pero me contuve.

—Es obvio doc, Ena habla de un lugar para gente con sobrepeso —  
intervino Teresa.

—¿Todas opinan lo mismo?

—Lo que pasa es que hay mucho idiota en Olympus, y aunque por mí  
todos ellos pueden irse a la mierda, acepto que estaríamos más cómodas en  
un lugar en el que haya más empatía hacia nosotras —opinó Nuncia.

Pasaron unos segundos antes de que Amille contestara.

—Valen, me gustaría escucharte, ¿cuál es tu opinión?

Me había quedado callada para mantener la paz, no era una persona  
agresiva y no me gustaban ni las discusiones ni las peleas, no obstante, ya  
que la eminente doctora quería escucharme...

—Creo que habiendo tantos lugares para hacer ejercicio, mandarnos  
precisamente a ese gimnasio es un poco morboso —contesté con voz  
calmada.

Amille no me interrumpió y me dejó que siguiera hablando.

—Olympus es el gimnasio más snob de la ciudad, la gente que va a ahí  
es capaz de hacer cualquier cosa por su imagen. Para ellos, nosotras, con más  
de 20 kilos de exceso y contando, somos una aberración de la naturaleza. Ir a  
un lugar así nos expone al bullying, mobbing, y todos los ing que impliquen  
burlas, desprecios y palabras hirientes

Sabía que mis palabras no estaban contribuyendo con mi propósito de  
tener una coexistencia pacífica con la psiquiatra, sin embargo Amille las  
escuchó con calma y hasta creí ver algún regocijo en su rostro, pero fue  
fugaz. Cuando habló lo hizo con voz suave y amable, pero firme y segura,  
como para que nos quedara bien claro que era ella la que tomaba las  
decisiones.

—Todas están sanas y pueden realizar, en forma progresiva, cualquier  
tipo de gimnasia. En cuanto a la “gente que se burla de ustedes”, ¿piensan  
que sólo están congregadas en ese gimnasio? Lamentablemente, estúpidos  
hay en todos lados, van a encontrarse con ellos en el tren, en el trabajo y en el  
supermercado. Ese tipo de personas no sólo se burlan de ustedes por ser  
gordas, también se burlan de los petizos, de los muy altos, de los morochos,  
de los muy blancos —aseguró Amille, y luego hizo silencio para ver si  
alguien quería agregar o comentar algo sobre lo que estaba diciendo, pero  
nadie la interrumpió.

—Si piensan que van a evitar encontrarse con este tipo de gente

únicamente por cambiar de gimnasio, entonces tengo que darles al premio a las inocentes del año. Van a ir a ese gimnasio porque además de adelgazar, quiero que aprendan a enfrentar a las personas y a lidiar con las emociones negativas. El tratamiento continuará en Olympus hasta el final. Que tengan dulces sueños, mis bellezas —concluyó Amille, dando por terminada la videollamada.

## CAPÍTULO 5

El jueves, cuando entramos a nuestra primera clase de Defensa Personal, ocurrió algo extraño. Las dos mujeres que estaban esperando que la clase comenzara, nos saludaron con simpatía.

Tres días en Olympus nos habían bastado para dejar a un lado la sana costumbre de saludar al entrar a una clase. Cuando lo hicimos, pasaron dos cosas: o no nos devolvieron el saludo, o nos miraron con sus sonrisas burlonas, murmurando las típicas y poco amables apreciaciones sobre gordos a las que ya estábamos habituadas.

No obstante, nuestras compañeras se veían distintas al resto de mujeres que lucían su belleza y sus cuerpos tallados por todo el lugar, aunque eran delgadas. Es irónico, pero un gordo siempre comienza la descripción de una persona por su peso.

Nuestro asombro aumentó cuando el profesor llegó y nos regaló una cálida sonrisa.

—Bienvenidas chicas, soy Alejandro, profesor de jiu jitsu y voy a darles el curso de Defensa Personal. Díganme sus nombres.

—Me parece que nos equivocamos de gimnasio —susurró Nuncia.

Era verdad, ninguno de los otros profesores se había molestado en conocer nuestros nombres, a pesar de que los grupos eran reducidos, en spinning no llegábamos a 15 personas y en natación éramos únicamente nosotras.

—¿Por qué se equivocaron de gimnasio? —preguntó Alejandro.

—Sos demasiado amable, no encajás con Olympus —respondió Nuncia.

Alejandro nos explicó que en realidad no pertenecía Olympus. Él era el dueño de un gimnasio en donde funcionaba la sede central de jiu jitsu en Buenos Aires, pero el lugar había sufrido muchísimos daños luego de la última inundación. Lo estaban arreglando y mientras tanto, Alejandro se veía obligado a repartir sus cursos por distintos gimnasios.

Rocío y Carmen, las otras dos chicas de la clase, tampoco eran de Olympus, habían comenzado el curso con Alejandro en el otro gimnasio, eso explicaba su buena onda.

—Si bien el curso es de defensa personal, lo que les voy a enseñar son

técnicas básicas de jiu jitsu, si a alguna de ustedes le gusta, puede seguir estudiando esta disciplina conmigo cuando el curso termine.

Calentamos y luego tuvimos que ponernos en parejas para practicar la primera técnica que Alejandro nos había enseñado, pero como éramos impares, el profesor iba practicar con Nuncia.

A mí me tocó con Rocío, y no pude evitar una sonrisa. Era difícil imaginar una pareja más despareja. Yo medía 1,75 de altura y pesaba 92 kilos, en cambio ella, era tan petiza que no debía superar el metro y medio, y no quise amargarme intentando calcular cuánto pesaba. Al igual que Nuncia, Rocío usaba lentes, pero eran mucho más gruesos.

Miré la pelota que requería el ejercicio y luego miré a mi compañera, si se me iba la mano con la fuerza, ella iba a terminar estampada contra la pared.

Antes de comenzar, Alejandro dio una última indicación:

—Chicas, por esta vez y hasta que aprendan a hacer bien el ejercicio, sáquense los lentes para evitar accidentes.

No era yo sola, él también temía lo peor. No obstante, sin lentes, la escena se volvía aún más extraña. El terror de Rocío se reflejaba en su cara y me hacía sentir como un rinoceronte, a punto de patear una enorme pelota contra un conejo asustado. Afortunadamente y contra todos los pronósticos, el ejercicio salió bien y sin lesiones, graves, para Rocío.

Faltaban 5 minutos para que la clase terminara y todas estábamos despeinadas y sudando a mares. Alejandro era bueno, pero muy exigente y nos estaba sacando la chicha.

De pronto, la puerta se abrió y un grupo de chicos, que reconocí como los mismos idiotas que nos habían sacado la escalera de la pileta, entraron y le preguntaron a Alejandro si podían mirar la clase. Aparentemente, nos habíamos convertido en la nueva atracción de Olympus.

El profesor notó nuestra incomodidad y respondió muy serio.

—No, no pueden. Por favor, salgan, cierren la puerta y no vuelvan a entrar hasta que mi clase termine.

—¡Ay!, ¡amo a este hombre! —murmuró Lala.

—Yo también, pero está fuera de nuestro alcance, con lo atractivo que es, seguro que busca chicas bonitas y flacas —aseguró Adriana.

\*\*

A la salida del gimnasio teníamos que ir al consultorio de Amille para

nuestra primera sesión grupal, el encuentro anterior no había pasado de ser una presentación.

La doctora Amille nos saludó a todas con un beso y un abrazo, aunque conmigo estuvo especialmente efusiva y cariñosa, como si quisiera demostrarme que no me guardaba rencor por la conversación poco amigable del día anterior.

—Tenía planeada una actividad para hoy, pero realicé algunas modificaciones porque creo que de esta forma, todas se van a sentir un poco más cómodas- anunció cuando estuvimos sentadas formando el círculo.

Ella nos entregó un papel y una lapicera a cada una, y luego pidió que completáramos la frase: “La última vez que lloré...”

No sé si fue mi ceño fruncido, la cara de espanto de Teresa o la evidente incomodidad de Ena, pero la Dra. Amille se apresuró a tranquilizarnos:

—Lo leerán en voz alta solamente aquellas que quieran hacerlo y si lo desean, también pueden conservar la hoja. Lo mejor es que se expresen, pero cada una tiene su tiempo y voy a respetarlo, no voy a forzarlas a hacer nada que no quieran hacer. Les 10 minutos, escriban lo primero que les venga a la mente.

Lala empezó a escribir de inmediato, escribía como una posesa. Sin dudas, su capacidad para abrirse y sacar todo lo que tenía adentro la convertía en una paciente ideal.

¿Cuándo fue la última vez que lloré?, me pregunté. Intenté recordar, pero fue en vano, era evidente que la última vez había sido hacía mucho tiempo. Los recuerdos estaban sepultados y no tenía ninguna intención de sacarlos a la luz.

Me gustaba el tratamiento, me parecía que tanto el plan de ejercicio como el de la alimentación estaban bien desarrollados, pero mis esfuerzos llegaban hasta ahí. No estaba interesada en hacer terapia, y no cedería ante las sutiles insistencias de la Dra.

Sin embargo, supuse que era mejor al menos aparentar que estaba escribiendo algo, para evitar la necesidad de dar explicaciones y de nuevos roces con Amille. Mi heladera estaba vacía, así que tomé la lapicera y me puse a escribir la lista para el supermercado.

No corría peligro en ser descubierta. La psiquiatra se retiró a su escritorio para darnos espacio y en cuanto a mis compañeras, estaban

demasiado concentradas escribiendo su propia historia. La silla a mi derecha continuaba vacía, ¿por qué la doctora no la había sacado?, ¿todavía tenía esperanzas de que la “arrepentida” apareciera?

Los 10 minutos pasaron muy rápido. Cuando levanté la vista me sorprendió ver tan movilizadas a las otras chicas, Lala y Adriana lloraban, y hasta Nuncia, que había creído tan insensible como yo, tenía los ojos brillantes.

—Aquí tienen —dijo Amille y puso una caja de pañuelos descartables en la mesita que había en el medio del círculo—. El llanto es liberador, lloren todo lo que necesitan, nadie las va a juzgar.

Cuando las chicas se tranquilizaron un poco, Amille continuó:

—¿Quién quiere que leamos en voz alta lo que han escrito?

Lala, Adriana y Nuncia aceptaron; Helena, y Teresa negaron con la cabeza, y yo doble la hoja y me la guardé con tranquilidad en el bolsillo.

—Tengo una idea, tal vez sea mejor que otra persona lea lo que han escrito. Por favor, entreguen la hoja a la compañera que esté a la derecha.

La primera en leer fue Nuncia que tenía la hoja de Lala:

—La última vez que lloré fue el sábado pasado, cuando mi vecina recibió una serenata con Mariachis. Lloré por envidia, me da vergüenza admitirlo, pero es la verdad. Envidio a todas las mujeres que tienen la suerte de ser amadas de una manera tan intensa y tan romántica. También suelo llorar cuando veo en la calle a una pareja de enamorados tomados de la mano. ¿Por qué yo no puedo tener eso? Pero la respuesta surge de inmediato, porque todas las mujeres que despiertan un amor tan profundo son siempre flacas.

—Lala, ¿pensás que el exceso de peso es la razón por la que estás sola? —preguntó la Dra.

—Sí..., no —dijo Lala titubeando—. Estoy enamorada de un hombre, hace años que no lo veo, pero para acercarme a él de nuevo, necesito estar flaca, no quiero que me vea gorda. Así que, de alguna forma sí, los kilos son los culpables de que esté sola.

—¿Todas piensan igual? —preguntó Amille.

—El primer paso en cualquier relación amorosa es la atracción física. Aunque la relación empiece vía Internet, si no hay atracción física es muy difícil que las cosas lleguen a algún lado —contestó Adriana.

—Una relación sana y de amor verdadero se construye en base al interior...—comenzó la Dra, pero no pudo continuar porque Teresa la

interrumpió.

—¡Vamos, Elina! No vas a empezar con ese verso de que “lo importante es lo de adentro”, y ¡bla, bla, bla! Todas sabemos que eso es una mentira.

—Chicas, ¿qué opinan ustedes? —preguntó Amille a Nuncia, Ena y a mí.

—No pienso que sea imposible que un hombre se enamore de una mujer gorda, pero sí que enamorarse de una gorda lleva mucho más tiempo, y que se necesita a un hombre muy especial —observé.

—Estoy de acuerdo con Valentina, no creo que sea imposible, pero sí muy difícil —dijo Ena poniéndose colorada, era tan tímida que, hablar, aunque fuera en un grupo tan reducido, le daba vergüenza.

—Creo que nuestro interior está muy lejos, para llegar a él hay que saltar una barrera de más de 20 kilos de grasa. Elina, si conoces a un hombre que pueda hacer esa proeza, deberías presentárnoslo, me encantaría conocer a una persona tan interesante —afirmó Nuncia.

Todas reímos ante sus palabras.

—De acuerdo, por ahora no voy a insistir más en este tema, pero vamos a volver a él más adelante. ¿Quién quiere leer ahora?

El próximo relato era el de Nuncia y lo iba a leer Teresa.

—No está completo —aclaró ella muy nerviosa—. Sólo alcancé a escribir una parte.

—Está bien, que Teresa lea lo que alcanzaste a escribir y después, si querés, nos contás el resto —la tranquilizó la doctora.

Teresa empezó a leer:

—La última vez que lloré fue ayer, o antes de ayer. Lloro casi todos los días y siempre es por la misma razón: mi trabajo. Siempre fui la “noña estudiosa”, como no tenía amigos, me entretenía estudiando. Sufrí bullying durante toda la primaria y la secundaria, y eso que ni siquiera era gorda. Cuando dejé mi pueblo y vine a la capital a estudiar en la universidad, creí que las cosas podían cambiar, pero no lo hicieron. En la Facultad de Administración de Empresas, también estaban los populares, que en la mayoría de los casos no eran los más inteligentes, sino los más ricos, los más lindos o los que estaban más a la moda.

Teresa se detuvo e hizo un gesto indicando que la redacción llegaba

hasta ahí.

—Bien, entonces la universidad no salió como planeaste —comentó la psiquiatra.

—No, aunque en realidad no estuvo tan mal. Hice algunos amigos, aunque también estaban los boludos que me hablaban únicamente cuando necesitaban algún apunte —murmuró Nuncia con rencor—. Pero, no me importaba porque sabía que un día llegaría mi revancha. Me recibiría con el mejor promedio y todos los que me despreciaron terminarían lamiéndome el culo.

Nuncia se paró de su silla, hablaba rápido y gesticulaba con mucha efusividad.

—¿Y qué pasó después? —preguntó Amille.

—Pasó que durante el último año de mi carrera, los kilos empezaron a aparecer de la nada y mis planes se fueron a la mierda. Mi contextura siempre fue del estilo petiza y laucha, y de pronto me convertí en un bonsái de jugador de sumo.

Sin darme cuenta largué una carcajada y Nuncia se detuvo.

—Perdoname —rogué—, es que me hizo gracia lo de bonsái de jugador de sumo. De verdad, lo lamento.

—Está bien, no hay problema, me alegra que mi vida te resulte divertida —dijo ella y noté un poco de resentimiento en su voz.

Nuncia continuó hablando sin necesidad de que Amille la incentivara.

—Como iba diciendo, de la noche a la mañana me volví obesa. No me importaba el hecho de no ser atractiva para los hombres, gorda o flaca, nunca me habían mirado. Pero, no tomé consciencia de cómo los kilos iban a arrebatar me mis sueños hasta que, dos años atrás, fui a una entrevista para una pasantía en el Banco H.S.D. Había solamente dos vacantes, sin embargo, no me preocupé porque mi promedio era uno de los mejores. Quedé y también eligieron a una compañera, Georgina, ella tenía un promedio aceptable y además contaba con el poderoso plus de ser modelo.

—¿Cómo te llevabas con ella? —quiso saber la doctora.

—Fuimos compañeras toda la facultad, aunque ni siquiera nos saludábamos. Es una zorra, siempre sonrío y aparenta amabilidad, pero es de las que te clavan el cuchillo por espalda sin ningún remordimiento —aseguró Nuncia, haciendo con su mano un gesto muy convincente de clavar un cuchillo.

La miré y pensé que lo mejor sería volver a pedirle disculpas cuando la sesión terminara. Ella no era la clase de persona que te gustaría tener de enemiga.

—La pasantía duró tres meses —continuó Nuncia—, y durante ese tiempo me esforcé muchísimo para aprender rápido. Llegaba media hora antes y me iba una hora después. Por su parte, Georgina utilizó otra estrategia. Siempre vestía con minifaldas que dejaban sin aliento a todo el plantel masculino. Además, ella es pura sonrisa y en esos tres meses logró conquistar al gerente de nuestra sección.

—Dejame adivinar, al final le dieron el laburo a ella —comentó Teresa.

—No, al finalizar los tres meses ambas quedamos como empleadas efectivas, pero a Georgina la mandaron como secretaria de presidencia y a mí, me mandaron al subsuelo, a aprobar solicitudes de préstamos. En poco tiempo aprendí todo lo que se puede aprender en esa área, el trabajo es rutinario y desde hace tiempo que ya no tengo nada nuevo que aprender. Me estoy oxidando día a día en la humedad de ese sótano y lloro por todas las oportunidades que estoy perdiendo por ser gorda —finalizó Nuncia sentándose nuevamente en su silla.

Se la veía más tranquila, le había hecho bien desahogarse.

—¿Has intentado buscar otro trabajo? —preguntó Amille.

—¿Para qué? En todos los trabajos la condición imprescindible es la buena presencia. Un pigmeo rechoncho como yo, no entra en esa definición.

Nuevamente Amille pareció no estar de acuerdo, sin embargo, era evidente que quería estudiarnos más a fondo antes de intentar hacernos cambiar de opinión.

Fui la encargada de leer el último relato, el de Adriana:

—La última vez que lloré fue hace unos días, luego de una reunión familiar. Últimamente, intento evitar esas reuniones, pero como era el cumpleaños número 86 de mi abuela, no pude faltar. Durante el cumpleaños mi mamá proclamó a los cuatro vientos que estaba por empezar un tratamiento para adelgazar. Cuando se lo conté, le pedí que no dijera nada porque era algo que quería mantener en privado. Sin embargo, a mi mamá no le importó, y eso me generó una explosión de bronca, enojo y tristeza. Logré contenerme durante la fiesta, pero cuando estuve sola en mi casa, me pasé la noche llorando.

—¿Cómo es la relación con tu madre? —preguntó la psiquiatra.

—Es buena, yo le aguanto todas sus críticas porque sé que lo hace con la mejor intención. Ella sinceramente cree que una mujer necesita a un hombre al lado para ser feliz, y como decía Lala, una mujer gorda tiene pocas probabilidades en ese sentido.

—Y vos, ¿qué querés?, ¿te gustaría estar en pareja?

—Yo..., no sé. Ese es mi problema, me siento perdida, no sé hacia dónde ir. Tal vez mi mamá tenga razón y todo sea más fácil con un hombre al lado.

Poco después la sesión terminó, y yo me acerqué a Nuncia para disculparme de nuevo.

—En serio, no me estaba burlando de tu historia.

—Está bien, sé que no lo hiciste a propósito. Aunque, soy un poco rencorosa, así que rogá que no te toque practicar conmigo el próximo jueves en jiu jitsu —dijo Nuncia guiñándome un ojo.

## CAPÍTULO 6

El viernes era nuestra última clase en el gimnasio, la clase de yoga de los sábados se dictaba en otro lugar y esperaba que fuera un sitio muy distinto a Olympus.

—¿Qué clase nos toca hoy? —preguntó Ena—. ¡Ojalá sea una liviana! Me duele todo cuerpo.

—Zumba y esperemos que el profesor sea tan agradable como el de jiu jitsu —respondió Nuncia.

El profesor de zumba se llamaba Víctor y estuvo muy amable con nosotras. Nos preguntó si alguna había practicado ese ritmo antes y dijo que lo más importante en su clase, era divertirse y pasarla bien.

¿Cómo nos fue? Si nuestro desempeño en la gimnasia dejaba mucho que desear, nuestro desempeño en el ámbito del baile era algo inenarrable. Nos chocábamos, éramos incapaces de coordinar piernas y brazos, y de seguir la coreografía. El resto de la clase se divertía observándonos sin disimulo.

Veinte minutos antes de terminar, Víctor dijo:

—Chicas, si alguna está demasiado cansada puede parar y caminar en el lugar.

Ena, que a pesar de ser la más joven era la menos resistente de todas, recibió la noticia con alegría, pero Nuncia le susurró:

—¡Ni se te ocurra parar!, ¡boluda, tenés 19 años, aguantá!

Rendirse era algo que no estaba en nuestros planes, no íbamos a darle ese gusto a los ávidos espectadores. Ena, resignada ante su suerte, continuó moviéndose.

A los tumbos, transpirando como animales y sin aliento, logramos terminar la clase.

Víctor se acercó a felicitarnos:

—¡Chicas, estuvieron genial! Mucho mejor de lo que esperaba.

Recibimos el bien intencionado cumplido con una sonrisa aguada, aunque me costaba imaginar qué escena había esperado él. Estábamos en el fondo..., fondo, más abajo venían las muletas.

—Me encantó esta clase, es como si la música se conectara con algo de adentro —exclamó Lala imitando torpemente uno de los pasos de la coreografía.

Había notado que Lala vivía en su propio mundo, ella estaba feliz a pesar de las carcajadas que se escuchaban a nuestro alrededor. En cuanto a su supuesta conexión, no se notó en lo absoluto, era después de Ena, la que menos aptitud para para el baile había demostrado.

—Estuvimos pésimas, pero estoy de acuerdo con Lala. El baile hace que me sienta una bomba sensual, aunque ahora me parezca más a un talibán empapado —exclamó Teresa sacudiendo los hombros y moviendo sus abundantes senos en un baile sexy.

—¿Qué van hacer está noche? —quiso saber Nuncia.

—Mi plan es simple, tomar una pastilla para el dolor muscular y después irme a

dormir —dijo Ena.

—Yo voy a esperar el llamado de algún amigo, y si eso no pasa, voy a organizar una cita hot con alguno de mis consoladores —aseguró Teresa.

—¿Por qué no hacemos algo para festejar nuestra primer semana de tratamiento? —sugirió Adriana.

Su idea fue aprobada y acordamos reunirnos más tarde en casa Ena, ella tenía pileta y como su familia estaba de vacaciones, podríamos disfrutarla tranquilas y sin público.

\*\*

La casa de Ena era grande y ostentosa. Sin embargo, al contemplarla, no pude evitar pensar que su personalidad tímida e introvertida, no estaba acorde con el lugar donde vivía.

Cuando Nuncia abrió la puerta, un delicioso aroma me recibió.

—¡Qué rico olor! Parece que hoy nos vamos a saltar la dieta —dije creyendo que habían llamado a algún delivery.

—Yo pregunté lo mismo —rió Nuncia—, pero no, Ena dice que es una de las comidas permitidas.

Ena se movía en la cocina con mucha habilidad, era evidente que le encantaba cocinar.

—¿De dónde sacaste esta receta? —pregunté

—De los libros que nos dio la doctora, hasta ahora he probado seis recetas y están buenísimas, casi no parecen de dieta.

Nunca había sido buena en la cocina, así que sólo hojeé los libros de Amille. Para no complicarme la vida, opté por los platos básicos: ensalada de tomate con milanesas de soja, pechuga de pollo con zapallo, y los días en los que estaba de buen humor, agregaba lechuga al tomate; y si estaba súper animada, me volvía extravagante y me preparaba una ensalada de zanahoria.

—¡Qué rico olor! —exclamaron Teresa y Adriana al unísono al entrar en la cocina.

—Yo traje el postre —dijo Lala—. ¡Tranquilas! Saqué la receta de la sección de postres de uno de los libros que nos dio Elina, se pueden comer los fines de semana con moderación.

—Y pensar que antes, yo me pasaba horas en la cocina preparando recetas complicadísimas para agradar a mi ex —comentó Adriana.

—Entonces, ¿a vos también te gusta cocinar? —preguntó Ena.

—¡Odio cocinar! Siempre lo odié, pero mi mamá me obligó a aprender porque, “a los hombres se los conquista por el estómago”.

—Bueno, si hubiera un hombre entre nosotros esta noche, Ena le robaría el corazón. ¡Esto está buenísimo! —aseguró Nuncia, probando con un tenedor el contenido de una de las cacerolas.

Faltaban 10 minutos para que la comida estuviera lista y mientras esperábamos, Ena aprovechó para mostrarnos la casa.

En un rincón del lujoso comedor había una mesa llena de portarretratos con fotos familiares. En la mayoría de las fotos aparecía un hombre mayor, que debía ser el padre de Ena, junto con una mujer, más joven y muy bonita, y una chica adolescente de unos 15 años, flaca y bella como la mujer de la foto.

Lo curioso era que Ena no aparecía en ninguno de los portarretratos. Era como si ella fuera una visita o un habitante invisible de aquella gran casa.

—¡Qué bonita que es tu mamá! —dijo Adriana.

—No es mi mamá, es la esposa de mi papá, mi madrastra —murmuró Ena.

—¿Tu madrastra?, ¿y es tan hija de puta como la del cuento? —preguntó Nuncia.

Ena sonrió, pero no contestó. La frontalidad de Nuncia en ocasiones rozaba la mala educación, ella no tenía problema en decir en voz alta, cualquier pregunta que cruzara por su cabeza, sin importar cuán indiscreta o incómoda pudiera resultar dicha pregunta.

—Cuando me case me gustaría tener una casa como esta —comentó Lala—. ¿Podemos ver tu habitación?

—Sí, pero no se parece en nada al resto de la casa —aseguró Ena.

Y tenía razón, en su habitación había una biblioteca llena de libros de ciencia ficción, al estilo de Crónicas de Narnia y El señor de los Anillos. En una de las paredes estaban escritas con pintura dorada, unas estrofas en un idioma que no pudo identificar, y a su lado, había una pintura de un enorme mapa que tenía inscripciones en el mismo idioma.

—¿Estás en una secta satánica o algo así? —bromeé examinando más de cerca el curioso mapa.

—No, es Quenya, el lenguaje de los elfos, y ese es el mapa de la Tierra Media, del Señor de los Anillos. Mi habitación es el único lugar de la casa que me gusta. ¡No me resigno a no haber nacido elfo! —confesó Ena suspirando.

Todas reímos ante su disparatado deseo.

—Estoy segura que Amille se haría un picnic con una confesión así. “Ena, ¿por qué?, ¿qué emoción estás reprimiendo que te lleva a querer convertirte en elfo?” —recité imitando a la Dra.

—Sí, ya nos dimos cuenta que Elina no te cae muy bien —comentó Nuncia.

Cenamos y luego, Lala puso música. La piscina era enorme y la noche calurosa, por lo que íbamos disfrutar de un entretenimiento que solíamos evitar debido a nuestro peso.

Antes de zambullirse, Teresa acercó su teléfono al borde de la piscina.

—¿Esperás una llamada? —preguntó Lala.

—Sí, pero todavía es temprano. Mi teléfono no sonará hasta pasada las 12, soy la primera después de la medianoche.

Ante nuestra insistencia, Teresa nos explicó que quería decir con esa frase. Ella sabía que nunca era la primera opción en la lista de un hombre y por eso, los llamados comenzaban después de la media noche, cuando el resto de las chicas lo había rechazado, y sólo quedaba la gordita pulposa que siempre estaba dispuesta. Ninguno de los hombres que la llamaba, se dejaría ver del brazo con Teresa a plena luz del día, porque eso dañaría su reputación. Para ellos, ella era una mujer que debía mantenerse en la oscuridad y el secreto.

—Pero, ¿no te duele que te traten así? —quiso saber Lala.

—No, es sexo, nada más. Yo no me engaño con falsas ilusiones, veo la realidad tal cual es y la acepto —respondió Teresa.

—Bueno, si por un milagro mi teléfono llegara a sonar después de las doce, lo primero que se me vendría a la mente es que alguien se murió. Mis cuatro abuelos viven

pero son muy viejitos, mi abuela materna tiene 99, así que esperamos el acontecimiento de un momento a otro —comentó Nuncia.

Las risas aliviaron un momento que, por alguna razón, se había vuelto melancólico.

—Brindemos por nuestra primera semana de tratamiento —grito Adriana.

Ena tenía únicamente agua mineral y como brindar con agua traía mala suerte, Lala, Ena y yo fuimos a comprar unos jugos, los cuales según Lala, estaban permitidos los fines de semana.

—¿Dónde hay un lugar para comprar los jugos? —pregunté cuando estuvimos en la calle.

—Podemos ir caminando, a tres cuadras hay un kiosco —dijo Ena.

Noté que aproximadamente a una cuadra, se distinguía un gran cartel de un drugstore, pero me pareció que Ena quería llevarnos en la dirección opuesta.

—No, vamos al de allá que está más cerca —sugirió Lala señalando el cartel.

Ena no estaba contenta con la idea, pero Lala ya estaba en camino. Cuando entramos, la chica que estaba atendiendo el local, exclamó al verla:

—¡Helena! No te veía hace mucho tiempo, ¿cómo estás?, ¿pensaste en lo del teléfono?

—Ahora..., ahora estoy estudiando todo el día para los exámenes de la facultad, quizás cuando termine.

Lala eligió los jugos, corroborando cuidadosamente que fueran de las marcas que figuraban en la lista de bebidas permitidas, parecía querer seguir las instrucciones al pie de la letra. Me pregunte si alguna vez ella había infringido alguna regla, parecía tan cómoda con ellas.

Pagamos y cuando salimos del local, Ena nos contó que Laura, la chica del drugstore, quería presentarle a un amigo que era un gran aficionado a la literatura de ciencia ficción, especialmente de Tolkien. Sin embargo, ella no quería saber nada de esa presentación.

—Pero, ¿por qué no querés? —preguntó Lala.

—No sé. Laura lo describe como un hombre súper inteligente, simpático y agradable, y yo me pregunto, si él fuera todo lo que ella dice, ¿por qué querría salir con alguien como yo?

—Porque no deben haber muchas chicas que sepan tanto de Tolkien como vos —sugirió Lala.

—Esa razón no es suficiente. Si quiere salir conmigo es porque hay algo en él que está mal, o porque cree que estoy desesperada y que le voy a suplicar que tenga sexo conmigo. Yo no soy como Teresa, no podría soportar que me utilizaran así.

Me hubiera gustado poder decir algo para contradecirla, pero no me gustaba mentir. A veces, cuando estaba en la calle o en algún otro lugar, y un hombre desconocido se comportaba de forma simpática y agradable conmigo, no podía evitar preguntarme: ¿qué querrá?, no puede sentirse atraído por mí, así que, ¿qué querrá?, ¿pensará que porque soy gorda soy fácil?, ¿querrá robarme?, y otras preguntas por el estilo. Sí, al percatarme de mi gordura, me había vuelto muy desconfiada... ¿O era así desde antes y no me había dado cuenta?

Tal vez el problema no eran los demás. Tal vez el amor era algo imposible en nuestro

mundo porque nosotras así lo creíamos.

Brindamos en la piscina y por fortuna, el teléfono de Teresa no sonó, hubiera lamentado ser testigo de esa escena.

## CAPÍTULO 7

El sábado teníamos yoga, la clase empezaba a las 10:30 de la mañana y se daba en un instituto de yoga que estaba en Benavídez, en un lugar rodeado de árboles y pajaritos, lejos del ruido y el smog, y sobre todo, lejos de Olympus.

Era estimulante saber que al menos un día a la semana, íbamos a estar en un ambiente humano agradable. Al llegar me enteré de que el grupo de yoga al que íbamos a unirnos, era de la tercera edad.

Seguía sin entender a la Dra. Amille, de lunes a viernes nos obliga a ir a un lugar donde pisoteaban nuestro orgullo y luego, ¡esto! ¿Acaso ella pensaba que al mandarnos a hacer gimnasia con unos gerontes, nuestra autoestima se iba a fortalecer? ¿Que íbamos a decir: ¡Ah, no estoy tan mal! Al menos tengo mejor estado físico que un anciano de 80 años?

Sin embargo, pequé por exceso de optimismo una vez más. Cuando la clase comenzó, resultó que la mitad de los ancianos tenían un estado físico de unos adolescentes.

—Son re flexibles —murmuró Ena, maravillada al ver cómo el hombre que estaba a su lado, que debía tener unos 70 años, hacía sin ninguna dificultad, una de las asanas más complicadas.

—Nuncia, te va a hacer mal, la profesora dijo que bajáramos hasta donde pudiéramos —susurró Teresa.

—Si estos jubilados pueden, yo también puedo —respondió ella con la cara roja por el esfuerzo, mientras intentaba inútilmente llegar a tocar el piso con las manos sin doblar las rodillas.

—¡Chicas, no se desesperen! El yoga lleva su tiempo, pero si son constantes van a lograrlo — nos animó Liliana, la profesora.

Al terminar la clase, nuestros compañeros se acercaron a saludarnos y a darnos la bienvenida.

—Parece que “estos jubilados” les patearon el culo —bromeó Oscar, un hombre de 76 años, dirigiéndose especialmente a Nuncia.

—Dame un par de semanas y vas a ver —respondió ella con una sonrisa.

Ese día, se iba a dar en el instituto una clase de meditación para alumnos de todos los niveles, y Liliana nos invitó. No obstante, como

teníamos que esperar casi dos horas, Adriana, que era la que vivía más cerca de allí, propuso que fuéramos a su casa.

Las fotos de una casa son como radiografías de las personas que habitan en ella. Así como en la casa de Ena, la ausencia de sus fotos era llamativa; en el departamento de Adriana, me sorprendió encontrar por todos lados fotos de ella, de una versión delgada de ella, consagrándose ganadora en distintos concursos de belleza.

—¡Guau!, ¡saliste Reina del Mar! —exclamó Lala, mientras analizaba cada una de las fotos.

—Sí, pero fue hace mucho tiempo —respondió ella con un poco de melancolía en la voz.

En otra de las fotos aparecía Adriana abrazada a un hombre bastante atractivo. Era su ex y eso era raro, ¿cuántas personas tienen en los portarretratos del comedor de sus casas, una foto de su ex pareja?

—¿Hace cuánto te peleaste? —preguntó Teresa.

—Cuatro años.

—¿Cuatro años?, ¿por qué no sacás de una vez esa foto? —quiso saber Nuncia.

Adriana tardó en contestar, fue como si estuviera buscando en su cerebro o en su corazón alguna buena razón, pero aparentemente no encontró ninguna.

—No sé..., no sé por qué no la he quitado todavía —murmuró finalmente Adriana.

Yo estaba intrigada, ¿cómo había pasado de ser la mujer esbelta que sonreía en las fotografías, a la mujer que se veía obligada a recurrir a un grupo para personas con sobrepeso? Sin embargo, no me animé a preguntar nada y las otras chicas, incluida Nuncia, se comportaron con la misma discreción.

\*\*

Los dos primeros meses del tratamiento pasaron muy rápido, las ensaladas, el ejercicio y las sesiones con Amille, se habían vuelto parte de nuestra rutina.

Entre nosotras había nacido una amistad que me costaba comprender. Siempre pensé que los lazos de amistad verdadera necesitaban tiempo para formarse, y por eso me asombraba la rapidez con la que nos habíamos unido.

Tal vez la unión estaba favorecida porque teníamos muchas cosas en

común. Quizás se debía a que todas entendíamos lo que era ser una mujer con sobrepeso, o al hecho de vernos todos los días, o debido a la apertura psicológica y emocional a la que Amille nos sometía. No sabía la razón, pero me sentía muy cercana a esas 5 mujeres.

El miércoles, fui la tercera en llegar al banco de encuentro en la plazoleta, Teresa y Adriana ya estaban allí.

—¿Han notado que Nuncia siempre usa la misma remera? —preguntó Adriana.

Era imposible no haberlo notado, sin embargo, siempre estaba limpia, así que Nuncia debía tomarse el trabajo de lavarla todos los días. Ella trabajaba en un banco y tenía un relativo buen sueldo, por ello, la hipótesis de que no tuviera dinero para comprarse más remeras quedaba descartada. Yo creía que podía tratarse de una manía.

Nuncia fue la última en llegar y haciendo gala de una honestidad brutal, muy similar a la de ella, le pregunté:

—¿Por qué siempre usas la misma remera?

—De todas las remeras que tenía para hacer deporte, sólo me entran 3. Dos están descartadas para salir a la calle, una tiene un cerdito enorme y rosado estampado en el frente, y la otra tiene la inscripción “Feed Me” (aliméntame). Esta remera negra es la única aceptable.

—¿Por qué no te compras remeras nuevas? —preguntó Teresa.

—Porque me deprime mucho tener que ir a una casa de ropa de gordos, para comprarme algo de talle XXL cuando apenas si supero el metro cincuenta. Para el trabajo tuve que hacer una excepción, en mi sección no usamos uniforme, así que me compré tres pantalones de vestir negro, tres camisas negras y dos sacos. Por supuesto, mi vestimenta es la comidilla del banco, pero no me importa, no voy a comprarme ropa hasta que no adelgace.

La miramos con incredulidad, ¿pensaba usar la misma remera, diariamente, durante los próximos cinco meses? Era una locura, pero ninguna intentó que cambiara de opinión, entendíamos que cada una tenía su tiempo.

La gimnasia diaria estaba haciéndonos muy bien. La ropa nos quedaba un poco más holgada, pero como nos impedían pesarnos, era imposible saber cuánto kilos habíamos perdido. No obstante, el impacto en el estado anímico era increíble, estábamos más seguras a pesar de que el ambiente seguía siendo tan adverso como al principio.

Sorpresivamente, algunas comenzaron a demostrar habilidades

insospechadas. Lala, se convirtió en la alumna favorita de Víctor, y Nuncia avanzaba a pasos agigantados en la clase de defensa personal. Alejandro notó su aptitud para el jiu jitsu, y como éramos impares, practicaba siempre con ella.

Ale era uno de los profesores más atractivos del gimnasio, pero sus cualidades físicas se potenciaban por el hecho de que siempre era amable con nosotras. A todas nos caía muy bien, excepto a Ena, que mostraba cierta reserva con respecto a él.

—¿Cómo es posible que no te caiga bien? —preguntó Nuncia.

—No, no es eso —dijo Ena que de a poco iba animándose a hablar más y a expresar sus opiniones—. Lo que digo es que él le sonrío a todo el mundo.

—Lala también le sonrío a todo el mundo —insistió Nuncia, que no se daba por vencida en la defensa de su profesor favorito.

—Sí, pero en Lala se siente genuino, en cambio en Alejandro..., no sé, tal vez estoy diciendo cualquier cosa —murmuró Ena, pero me pareció que estaba prefiriendo guardarse sus verdaderas razones.

En las clases de defensa personal, las parejas para practicar habían quedado fijas, a mí siempre me tocaba con Rocío y, a pesar de nuestras diferencias de peso y altura, lográbamos realizar bastante bien los ejercicios y nos divertíamos un montón.

—Hoy vamos a entrenar con guantes, una sostiene la bolsa y la otra golpea —anunció Alejandro.

La clase transcurrió con tranquilidad hasta que, 15 minutos antes de que terminara, dos chicas entraron en el salón para hablar con el profesor.

Alejandro, que estaba trabajando con Nuncia, le indicó que se sumara a mi equipo para seguir practicando. Una de ellas era compañera nuestra en spinning, se llamaba Inés y era pelirroja, siendo generosa en la descripción porque se notaba a la legua que ese tono de pelo venía de la tintura y no de la cuna. Inés tenía un cuerpo perfecto, pero de cara no era tan bonita, aunque por la forma arrogante en la que se comportaba, ella debía creerse la última botella de agua del desierto.

Continuamos con el ejercicio y primero le tocó a Nuncia sostener la bolsa, aunque era evidente que su atención estaba puesta en la conversación que el profe mantenía con las dos chicas, los miraba de reojo e intentaba escuchar lo que estaban hablando.

Terminamos la ronda y fue mi turno de sostener la bolsa. Rocío intentaba golpear con todas sus fuerzas, pero ni siquiera lograba hacerme tambalear. Sin embargo, el problema era Nuncia, sus golpes apenas si rozaban la bolsa, la presencia de Inés la estaba haciendo enojar. Su mirada estaba fija en Alejandro, quién reía a carcajadas por algo gracioso que había dicho la falsa pelirroja.

Por lo que podíamos escuchar desde donde estábamos, comprendimos que las chicas querían incorporarse a la clase, aunque afortunadamente, como el salón era muy pequeño y se necesitaba espacio para practicar, el cupo máximo era de 9 personas y ya estaba cubierto.

Le llegó el turno de sostener la bolsa a Rocío y a mí el turno de golpear, la violencia no era lo mío así que golpeaba con moderación. Además, la fantasía de ver a Rocío volar y estrellarse contra la pared, que tanto me atemorizó durante mi primera clase, no había desaparecido del todo.

Llegó el turno de Nuncia para golpear.

—¡Golpeen con fuerza! —gritó Alejandro, que seguía enfrascado en su charla con las chicas, y sobre todo con Inés.

Fue como si el aciago destino se hubiera complotado en contra de Rocío, porque en ese momento, Inés se despidió dándole un abrazo demasiado efusivo al profesor.

Admito que lo vi venir, no obstante sólo alcancé a susurrar:

—¡No vayas a exagerar, Nu! Mirá que Rocío es más petiza que vos.

—¡Con fuerza! —volvió a gritar Alejandro, arengando la desgracias.

Y Nuncia, como buena alumna, siguió las indicaciones de su querido profesor. Golpeó la bolsa con toda sus fuerzas, provocando una escena que se mantuvo indeleble en mi memoria durante mucho meses.

Durante mis primeras clases, había temido que si golpeaba mal a Rocío, ella se estrellaría contra la pared. Sin embargo, la realidad terminó superando a mis peores fantasías. La furia de Nuncia, adobada por los celos, afloró en un golpe certero y brutal.

Los anteojos de Rocío volaron por el aire y ella levitó y cayó encima de Carmen, quien lamentablemente, estaba tan concentrada en el ejercicio que no la vio caer del cielo ni tuvo tiempo de esquivarla.

La clase terminó con dos alumnas en el hospital, esperando para ser enyesadas, una en el tobillo y la otra en la muñeca, y con una Nuncia llorando a moco tendido, agobiada por el remordimiento.

Después del entrenamiento teníamos sesión con la doctora. Nuncia iba en el auto conmigo, pero estuvo callada gran parte del camino. Para reanimarla comenté:

—Menos mal que el ataque de celos te agarró mientras Rocío sostenía la bolsa. Imaginate si hubiera sido yo la que caía encima de Carmen, en este momento estarías en la cárcel por homicidio.

La imagen en mi mente realmente era graciosa y ambas reímos hasta las lágrimas.

Cuando se repuso, Nuncia murmuró:

—Me dio tanta bronca ver a esa tarada en la clase. Ella debe tener una vida mucho más exitosa que la mía, pero el jiu jitsu es mi territorio y no la quiero en él. Allí la reina soy yo.

—Me parece que te vas a tener que acostumbrar a la idea, no creo que Rocío y Carmen se recuperen pronto. Ahora hay dos vacantes.

Nuncia quedó pensativa y luego murmuró:

—Voy a estar esperando a Inés con los brazos abiertos, aunque antes voy a tener que hacer algo.

—¿Qué cosa? —quise saber.

—Comprarme remeras nuevas.

## CAPÍTULO 8

Era inevitable que Amille se enterara de todos los detalles de la accidentada clase de jiu jitsu. Por costumbre, cada una ocupaba siempre la misma silla, a la derecha del sillón de la doctora se sentaba Ena, luego venía Lala, Nuncia, Teresa, Adriana y yo.

—Como tuvieron un día intenso, hoy vamos a tener una sesión distendida —anunció la Dra.

La miré con desconfianza, su “sesión distendida” sonaba a una trampa. Las reuniones semanales con la psiquiatra no habían ido tan mal como había temido al principio. Me gustaba escuchar a las chicas, pero yo hablaba lo justo y necesario, y Amille no me presionaba.

No obstante, sentía que mi actitud había provocado el efecto contrario al que deseaba. La doctora me prestaba más atención a mí que al resto del grupo. Observaba mis gestos, analizaba mis palabras y estudiaba mis silencios.

Su acecho me ponía nerviosa y deseaba que ocurriera algo que hiciera desviar su atención. Miré hacia un costado, la silla a mi derecha continuaba vacía, tal vez la llegada al grupo de un nuevo integrante sería suficiente para distraerla.

—Llevan dos meses de tratamiento y quiero que me cuenten sobre su no más difícil. Me refiero al alimento que más les ha costado abandonar desde que comenzaron con el cambio de alimentación —dijo Amille, sacándome de mis reflexiones sobre la silla vacía.

Sus palabras produjeron una relajación general, aunque yo era la más reacia, el resto de las chicas, incluso Lala, se ponían nerviosas cuando ella comenzaba con sus ejercicios de exploración interior. Los nervios eran entendibles, cuando se bucea demasiado adentro, nunca se sabe lo que se puede llegar a encontrar.

—Expláyense todo lo que quieran, cuándo lo comían, por qué les gustaba tanto y todo lo que quieran decir al respecto. ¿A quién le gustaría empezar?

—Empiezo yo —dijo Ena—. No tengo mucho que pensar, mi debilidad son las bolsitas de ofertas del Palacio de las tortas. Desde que empecé el tratamiento no he vuelto a comprarlas, aunque lo deseé más de una vez, y necesité de toda mi fuerza de voluntad para no caer en la tentación.

—¿Dónde queda el Palacio de las tortas?, ¿y qué contienen exactamente las bolsitas? —quiso saber Amille.

—El Palacio de las tortas, es una confitería que queda a unas cuadras de mi facultad, es un local enorme, y en una esquina colocan una canasta con bolsitas con cosas que les quedaron del día anterior: galletas, masitas, alfajores, etc. Cada bolsita cuesta 20 pesos.

—¿Y qué tienen de especiales esas bolsitas? ¿Te gustan por el precio? —preguntó la doctora.

—¡No! —se apresuró a decir Ena—. Nunca he sido una fanática de las ofertas.

—¿Y entonces?—insistió Amille—, ¿por qué te atraen tanto?

—Creo que me gustan porque son discretas. Me refiero a que entro, las agarro, las llevo a la caja, las pago y listo. Normalmente, me da mucha vergüenza comprar comida,

sobre todo si se trata de comida con grasa o que engorda.

—¿Por qué? —preguntó Teresa—. Todo el mundo come.

—Sí, ya sé, pero cuando pido por ejemplo, una docena de facturas, siento esa mirada en el vendedor y en las otras personas que están esperando para comprar, esa mirada que dice: ¡Ja!, ¡una docena! Seguro que se las va a comer ella sola, con razón es gorda.

Todas reíamos ante la explicación de Ena. La risa era una reacción frecuente en las sesiones, pero lo bueno era que nadie se ofendía porque todas habíamos pasado, de una manera u otra, por la misma experiencia.

—¿Cuántas bolsitas comprabas habitualmente?, ¿y cuándo las comprabas?

—No las compraba todos los días, pero sí varias veces por semana. ¿Cuántas? Eso dependía de cuan malo hubiera sido mi día, a veces una, a veces dos y a veces tres. Siempre las compraba a la salida de la facultad.

—A la salida de la facultad —repitió la Dra. con una sonrisa, mientras escribía en el cuaderno que siempre usaba durante las sesiones—. ¿Cómo te va en Derecho?, ¿te gusta la carrera?

—La odio, de hecho odio a la mayoría de los abogados. Me va más o menos, consigo aprobar, pero siempre con lo justo.

—¿A qué se dedicaba tu papá? —preguntó la doctora.

—Es abogado —balbuceó Ena, poniéndose muy colorada—. Pero obvio, a él no lo odio.

—Y si no te gusta, ¿por qué estás en esa carrera? —preguntó Teresa, adelantándose a todas.

Sin embargo, Amille la interrumpió y le pidió a Lala que hablara de su no más difícil.

¿Qué? ¡Ahí estaba el problema!, ¿por qué Amille decidía continuar con el resto y no ir a fondo con Ena?, ¿quién la entendía?, ¿acaso no era ella la que jodía con todo el rollo de las emociones? El problema era evidente, pero, ¿resultaba tan claro para Ena como lo era para nosotras?

Lala empezó a hablar y me obligué a dejar mis divagues y a prestarle atención.

—Lo más difícil para mí, aunque suene gracioso, es decirle no a mi abuela. Ella me crío y cuando era niña, si yo no tenía apetito, ella pensaba que estaba triste. En cambio, si comía y sobre todo, si comía mucho, significaba que todo estaba bien —comenzó Lala con una voz más dulce de lo habitual, porque estaba hablando de su abuela—. Crecí, pero algo de aquello permaneció en la mente de mi abuela. Ella me ama y cuando me ve, ve a una mujer hermosa y no a una mujer obesa.

—¿Con quién vivís? —quiso saber Amille.

—Vivo con mi abuela y mi tía. Mi tía es un amor y me ayuda a cuidarla porque mi abuela ya tiene 87 años y desde hace un año padece Demencia senil —dijo Lala bajando el tono de su voz—. Durante los últimos meses ha empeorado bastante, pero cuando está consciente su primera preocupación es saber si comí. A veces me repito los platos de ensalada, aunque no tenga ganas, sólo para dejarla tranquila y que no se preocupe.

Lala estaba a punto de llorar, lo que no sorprendía a nadie porque ella lloraba con mucha frecuencia. Parecía muy conmovida y Amille quiso darle tiempo para que se recuperara.

—Vamos con vos, Nuncia. ¿Qué alimento te ha costado más abandonar?

—No tengo un “no más difícil”, en realidad mi problema es la rapidez y la cantidad. No como, trago. Como siempre estudié un montón, los exámenes no me ponían nerviosa, pero eso cambio durante mi último año en la facultad. La noche anterior a un examen no lograba dormir casi nada y mi ansiedad llegaba a un nivel tan grande que, sólo lograba controlarla dándome atracones. No importaba qué comiera, dulce o salado, me daba igual, lo importante era comer —afirmó Nuncia.

—Pero, ya terminaste la facultad —observó la Dra.

—Sí, Creí que cuando terminara la universidad, los atracones también se irían, pero no fue así. Se hicieron un hábito. En el banco no salgo a almorzar porque, me cuesta tanto entrar en la mañanas que siento que si salgo a la tarde, luego de soportar durante media jornada que gente menos preparada e inteligente que yo me dé órdenes, entonces tal vez no encuentre la fuerza para volver a entrar.

—Si no comés nada durante el día, cuando llegas a tu departamento seguro que te comés la heladera —opinó Adriana.

—Sí, me convierto en un demonio de Tasmania hambriento, enojado y frustrado. Me bastan 20 minutos para vaciar toda mi heladera y mis alacenas.

—Entiendo que no quieras salir, pero, ¿por qué no pedís un delivery o te llevás comida de tu casa? —pregunté.

—Me pasa algo parecido a Ena, sólo que a mí no me importa comprar la comida, pero no me gusta que me vean comerla, como muy rápido y la gente se asusta.

—¿Y cómo estás haciendo con el régimen? —quiso saber la doctora.

—Me llevo la comida en un táper y la como en el baño o en el hueco de la escalera —concluyó Nuncia.

La doctora hizo unas anotaciones y luego le pidió a Teresa que continuara.

—Para mí, lo más difícil es resistir la tentación de comer las hamburguesas de McDonald's. Amo la carne, tenía una tía que decía que comer carne roja hacía a las personas fuertes. No sé, tal vez es por eso —comentó Teresa.

—¿Qué tienen de especial esas hamburguesas?, ¿qué diferencia hay entre las hamburguesas de McDonald's y las que podés preparar en tu casa?

—No sé, Elina, no tienen nada en particular, excepto que puedo comprarlas durante las 24 horas, y como normalmente las compro a la madrugada, cuando vuelvo de pasarla bien en algún lado, me resultan prácticas.

—¿A qué te referís con “pasarla bien en algún lado”? —preguntó Amille.

—Elina...—respondió Teresa con un tono de voz que indicaba que la pregunta era obvia—Me refiero a mis tórridos encuentros sexuales casuales, o no tan casuales, pero a escondidas. Normalmente, pido las hamburguesas para llevar y las como en casa acompañadas de una cerveza.

—¿A escondidas? —murmuró Lala.

—¡Sí, Lala!, ¡a escondidas! Suelo tener sexo con hombres atractivos, metros sexuales y hombres exitosos que dañarían su reputación, si la gente se enterara que salen con una gorda.

—¿Cuánto tiempo hace que no comés hamburguesas? —preguntó la doctora.

—No he vuelto a comer hamburguesas desde que empecé el tratamiento. Sí, o sea que hace dos meses que no tengo sexo. Estoy probando las recetas vegetarianas, no tomo cerveza, no como carne, no fumo, no tengo sexo. En cualquier momento voy a decir, ¡Om!, y voy a levitar y a salir volando por la ventana.

Las risas acompañaron el final del relato de Teresa. Adriana fue la penúltima en hablar:

—Mi mayor tentación son las papas fritas, chizitos y snacks en general. Mi tienda de mascotas está en un centro comercial, las mañanas suelen ser muy concurridas y me mantienen ocupada, pero a última hora de la tarde la clientela disminuye y me aburro. El aburrimiento me lleva pensar en mi vida, y entonces me deprimó. Antes del tratamiento, le entraba sin asco a las bolsas de snacks, por supuesto de los no saludables, que tenía debajo del mostrador.

—¿Por qué analizar tu vida te atormenta tanto?

—¡No! —gritó Adriana—, analizar mi vida es lo que menos quiero e intento evitarlo todo lo que puedo. Cuando me canso de boludear por Internet, me paro en la puerta del local para distraerme viendo pasar a la gente. Pero, es como si ellos estuvieran confabulados en mi contra, como si lo hicieran a propósito.

—No entiendo, ¿qué te hacen a propósito? —pregunté intrigada.

—Basta con que salga a la puerta, para que comiencen a desfilan ante mí, modelos de vidas que me gustaría tener y que obviamente no tengo. Veo pasar a mujeres con cochecitos; veo pasar a mujeres abrazadas a hombres fuertes y protectores, riendo alegremente; veo pasar a mujeres que vuelven de trabajar e imagino que tienen una profesión que aman y que las hace sentir realizadas, y las envidio por eso. En realidad envidio a todo ser humano que pasa por mi puerta y que parece feliz —concluyó Adriana, tomando un pañuelo descartable para secarse las lágrimas.

Esta vez ninguna se atrevió a reír, todas sabíamos cuáles eran nuestros límites y ninguna se atrevía a pasarlos.

—Afuera todo es vida, movimiento, libertad, en cambio adentro, en mi local y en mi vida, todo sabe asfixia —exclamó Adriana en medio de un sollozo.

—¿Te gustaría tener hijos? —preguntó Amille.

—Tengo 34 años, ya debería estar casada y con hijos.

—Pero, ¿vos querés tener hijos? —insistió la doctora.

—Sí..., no sé. En la vida hay momentos, ¿no es así? Y por mi edad estoy en la etapa en la que debería tenerlos.

—Mi mamá me tuvo a los 43 —comenté

—Y esa es una de las razones por las que conviene ser madre joven —bromeó Nuncia.

Iba contestarle, pero Amille puso orden diciendo:

—Valen, tu turno. ¿Qué nos querés contar?

La forma de trabajar de la doctora me desconcertaba. Cuando estaban a punto de decir algo importante, ella cambiaba de tema o como en este caso, de persona. Sin embargo, probablemente todas sus sesiones respondían a un plan que yo no alcanzaba a

entender, porque después de todo, la afamada psiquiatra era ella no yo.

—Mi mayor debilidad es el café con leche —confesé—, pero no el tradicional, sino uno especial que preparo con barras de chocolate blanco y negro, nueces, almendras, dulce de leche y azúcar, porque es un sacrilegio ponerle edulcorante al café. Por supuesto, utilizo leche entera, prepararlo con leche descremada es echarlo a perder.

—¿Sí? —murmuró Amille mientras tomaba nota—, y ¿cómo se te ocurrió o dónde aprendiste esa manera de prepararlo?

—Lo probé por primera vez hace años, en un café de San Martín de los Andes, y me pareció lo más delicioso que había tomado en mi vida.

La doctora iba a preguntarme algo, pero yo seguí hablando y ella me miró, sorprendida ante mi repentina locuacidad. Normalmente, ella tenía que sacarme las palabras con tirabuzón. Sin embargo, prefería explayarme en este tema y moderarme durante futuros tópicos, en los cuales no me sintiera tan cómoda.

—En el sur, te lo servían en una taza de un tamaño mediano. Cuando comencé a prepararlo en casa, yo también utilizaba una taza de té, pero luego salté a un mug grande. Después, decidí que el mug era demasiado pequeño, entonces empecé a buscar por las tiendas y por un Internet, un mug más grande. Busqué por todos lados, pero no pude encontrar uno cuyo tamaño me satisficiera. Afortunadamente, un amigo me solucionó el problema porque me trajo de regalo de Alemania, un chop de cerveza de cerámica, el cual se convirtió en mi taza favorita.

—¿Un chop? El café con leche es re pesado, yo vomitaría si me tomara un chop entero de café con leche —observó Lala.

—Yo también, en ocasiones, cuando se me va la mano en la cantidad, termino descompuesta y vomitando. No tengo mucha resistencia a los lácteos, y el chocolate me produce ataques al hígado y dolor de cabeza. Encima, la cafeína me exalta tanto que a veces me cuesta sentarme a trabajar. Es un círculo vicioso, la mente está demasiado acelerada y al no poder escribir, me angustio y la angustia me lleva a tomar más café —concluí.

—¿Desayunabas eso? —preguntó Nuncia.

—No siempre, no tenía un horario fijo para tomarlo, como la mayor parte del tiempo trabajo en casa, puedo tomarlo a cualquier hora. De hecho, había días en los que no comía nada y sólo tomaba café con leche. ¿Cuántos? Perdí la cuenta.

Era la primera vez que hablaba tanto durante una sesión, quizás se debía a que creía que el tema era inofensivo, o al menos eso había creído. Pero, al terminar de hablar me di cuenta, demasiado tarde, de todas las puertas que le había abierto a Amille.

Por un segundo nos miramos como dos contendientes que van a batirse a duelo.

—Valen, hay mucho para analizar ahí, aunque todavía no ha llegado el momento.

Todas hicieron de cuenta que no escucharon nada, pero así como yo vi el problema en las demás, era probable que ellas también lo vieran en mí. De pronto, me sentí avergonzada y vulnerable, con gusto me hubiera tomado un chop de café con leche.

Cuando la sesión terminó y llegué a casa, no pude evitar sentir cierta admiración por Amille. Ella nos había presentado el tema como algo liviano y terminó siendo una de las sesiones más reveladoras que habíamos tenido hasta el momento.

Podía ver con cierta claridad lo que llevaba a comer a las otras chicas, pero esa claridad desaparecía en cuanto intentaba analizar mi propia historia. Aunque, no tenía ni la objetividad ni el valor para hacerlo.

## CAPÍTULO 9

No me gustaba salir de noche y por eso, mis amigos solían decirme que era una persona joven con un espíritu envejecido.

El exceso de peso no modificó mis costumbres, pero me dio una excusa perfecta para no hacer lo que, en realidad, no tenía ganas de hacer. Sin embargo, el tratamiento revitalizó y le dio un nuevo impulso a mi vida social, y a la de mis compañeras. Nuestros amigos del grupo de yoga eran, a pesar de su edad, muy activos y entusiastas, y solían organizar fiestas y reuniones.

Por otra parte, nos hicimos amigas de Víctor, el profesor de zumba. Él era bailarín profesional y se encargaba de crear y de dirigir los espectáculos de baile de La Guarida, un pub gay friendly que se estaba poniendo de moda.

El sábado, Víctor iba a bailar una de sus coreografías y nos pidió que fuéramos a verlo. Teresa era la que más entusiasmada estaba con la invitación, y al salir de la clase de yoga nos amenazó diciendo:

—Esta noche me van a hacer un inmenso favor, no quiero ver a ninguna vestida de negro, elijan otro color.

El pedido de Teresa no era fácil de cumplir, me sentía cómoda con el negro y de noche era un color aceptable. No obstante, haciendo un esfuerzo opté por un pantalón y una remera azul oscuro.

Ena le prestó ropa a Nuncia, aunque ella había accedido a ir conmigo el lunes siguiente a comprar remeras y pantalones deportivos, continuaba negándose a ampliar su guardarropa con prendas XXL para salir.

Las seis cumplimos con la consigna de #abandonarelnegro. El color nos sentaba bien y nos hacía parecer alegres y hasta bonitas.

Fuimos en mi auto hasta el pub. Habíamos aprendido que reunirnos antes y entrar todas juntas, era una buena estrategia para manejar los nervios y la ansiedad que nos provocaba entrar a un lugar desconocido.

—Lo crean o no, esta es mi primer salida a bailar en la era D —confesó Adriana.

—¿Era D? —preguntó Ena.

—Sí, era D: después de mi ex, después de engordar, después de los 30, etc. —respondió Adriana.

—Es la primera vez que vengo a una disco alternativa, ¿creen que la gente será amable con nosotras? —preguntó Lala.

—Sí, eso es lo bueno de estos lugares, cada uno está en su historia —la tranquilizó Teresa.

El pub tenía un amplio escenario y detrás de él estaban los camarines. Víctor nos hizo pasar al suyo y allí conocimos a “La Griega”, una chica trans que era la estrella del lugar.

—Víctor, a los bailarines se les rompió el auto. Venían de un show en Pilar y no saben si van a llegar a tiempo —le anunció uno de sus amigos.

La cara de Víctor se descompuso, según él, la aparición de los bailarines era fundamental para que se entendiera el sentido de la historia que sería contada a través del baile.

—Chicas, ¿podrían reemplazarlos ustedes? —suplicó La Griega—. No tienen que bailar.

Creí que todas iban a negarse, pero fue una verdadera sorpresa descubrir que Teresa, Lala, Adriana y Nuncia aceptaban encantadas la proposición.

Como sólo se necesitaban 4 personas, no fue necesario que Ena y yo participáramos. La Griega las maquilló y las vistió con una especie de Toga plateada brillante que, como estaba hecha de una tela elástica, se adaptó sin problemas a sus cuerpos.

La coreografía de Víctor estaba ambientada en Marte, y la participación de mis amigas era muy sencilla: disfrazadas de marcianos, debían asomarse detrás de unas enormes piedras que estaban al fondo del escenario y espiar desde allí, el baile de la pareja principal.

—¡Estoy nerviosa y a la vez entusiasmada! —gritó Lala—, esto me hace acordar a los actos del colegio.

—Sí, de hecho es igual —replicó Nuncia—. En los actos del colegio también me escondían atrás y tampoco me daban letra. Siempre salía de árbol.

Con Ena, elegimos sentarnos en la barra para poder ver el show. Las luces del escenario se encendieron y apareció La Griega, bailando y cantando.

—¡Guau! Canta y baila re bien —exclamó Ena.

—Sí, es muy buena —admití.

El último cuadro era el de Víctor, y cuando las chicas aparecieron aplaudimos y gritamos para alentarlas. Las cuatro se movían lentamente, espiando la escena de amor. Iban bastante bien, hasta el momento en el que

Nuncia se tropezó y estuvo a punto de caer arriba de Adriana. Nuncia no había querido salir con anteojos al escenario. Por fortuna, nadie se dio cuenta porque toda la atención del público estaba puesta en el espléndido baile de Víctor y La Griega. Sacando ese pequeño incidente, estuvieron bastante bien.

Cuando el musical terminó, la gente aplaudió enardecida. Por supuesto, los aplausos iban dirigidos a los artistas que habían bailado, pero eso no importaba, las chicas saludaban, disfrutando al máximo de su minuto de fama.

Cuando se reunieron con nosotras estaban eufóricas.

—¡Estuvo buenísimo! —gritó Lala, saltando de alegría.

—Hacía mucho que no me maquillaba así, con tanto esmero. Siento como si, por esta noche, fuera bonita de nuevo — comentó Adriana.

—Adri, por favor, sos una mujer hermosa y lo vas a seguir siendo cuando salga el sol —le aseguré.

La Griega y Víctor pasaron gran parte de la noche con nosotras. Ella tenía una peluquería y nos invitó a que fuéramos el domingo, a la tarde no había nadie y ella quería dedicarse por entero a nosotras para cambiarnos el look.

—Pidamos algo para brindar —propuso Teresa.

—No, el alcohol no está permitido —dijo Lala.

—¡Dale, Lala! Sólo un campari para festejar nuestra brillante actuación.

Finalmente, Teresa logró convencer a Nuncia y a Adriana para que brindaran con ella, mientras que Ena, Lala y yo nos negamos rotundamente. Mi negativa no se debió al tratamiento, no me gustaba el alcohol y tomaba en raras excepciones.

La noche avanzó, Nuncia y Adriana terminaron bailando desenfrenadamente arriba de un parlante, mientras que Teresa se tiraba encima, abrazaba y toqueteaba a cualquier hombre, gay o no, que pasara por su lado.

Adriana, Teresa y Nuncia se quedaron a dormir en mi casa, las dos primeras se durmieron enseguida, pero a Nuncia el alcohol la puso conversadora.

—Tu casa es enorme —dijo Nuncia, que estaba tirada en el sillón mientras yo preparaba té, porque no tenía un gramo de café en casa para evitar tentaciones—, ese baño es más grande que todo mi monoambiente.

Yo vivía en la casa que había sido de mis abuelos, y aunque la había

reciclado por completo, se mantenían los ambientes amplios de las casas de antes. Mi parte favorita era el jardín, amaba las plantas y dedicaba mucho tiempo a mantenerlo impecable.

—Tenés re buen gusto —continuó Nuncia que ya no podía levantarse ni para tomar el té—, pero es una casa muy grande para vivir sola. ¿Por qué no te comprás un perro o alguna mascota?

—Me gusta el orden y la limpieza, y eso es imposible teniendo mascotas. Además, me arruinarían el jardín.

—¡Lo sabía!, tu problema es que querés tener todo bajo control —balbuceó ella a punto de quedarse dormida—. Me sorprende que seas gorda, sos del tipo de persona que hace siempre todo bien y que nunca se equivoca, que no tiene ningún error grave del cual arrepentirse.

Nuncia comenzó a roncar y me alegré enormemente de que por fin cerrara la boca. Intente dormir, pero estaba desvelada, algo que me pasaba con frecuencia cuando salía de noche.

Tenía una tendencia a pensar y analizar minuciosamente todo: situaciones, personas, problemas, TODO, y durante las noches en vela, esa tendencia se agudizaba. Necesitaba algo en qué ocupar la mente para no deprimirme analizando mi vida en plena madrugada.

Cerré los ojos, rogando que el sueño se decidiera a llegar, pero no llegó. Quería pensar en algo lindo y mi mente comenzó a llenarse de retazos de recuerdos: la sonrisa de un hombre, el tono de su voz, sus cejas..., me levanté de la cama, sabía que si los recuerdos continuaban por ese camino, iba a terminar aplastada por la nostalgia.

—¡Ojalá Nuncia tuviera razón!, ¡Qué no daría por ser una de esas mujeres que no tiene ningún error grave del cual arrepentirse! —murmuré, aunque sabía que no había nadie que pudiera escucharme.

\*\*

El domingo a la tarde fuimos a la peluquería de La Griega.

—¡Bienvenidas mis amores! —saludo ella

—Magnolia, me encanta ese nombre —dijo Lala, leyendo el cartel del nombre de la peluquería.

—Así me llamo de día. La Griega es mi nombre artístico, ustedes pueden llamarme como quieran.

De día o de noche, Magnolia era una de las personas más divertidas que había conocido. Ella se había tomado muy en serio el difícil trabajo de

cambiarnos el look.

Fue enseñándonos, una por una, cómo debíamos maquillarnos de acuerdo a nuestro corte de cara y a nuestras facciones.

Con Adriana no tuvo tanto trabajo, porque era la única de las 6 que dominaba a la perfección el arte del maquillaje, aunque desde que había aumentado de peso, ya no se esmeraba tanto en arreglarse como lo hacía antes.

Luego, Magnolia nos puso en manos de Rubén, su peluquero estrella, entre ambos decidieron cuál era el corte y el color adecuado para cada una. Elena y Nuncia, que ya eran rubias, terminaron con el pelo aún más claro. A Lala le hicieron un rebajado muy sentador, a Teresa puntas californianas, y Adriana y yo terminamos con unos claritos.

Siempre había subestimado los efectos que un cambio físico podían provocar en el estado anímico, pero debo admitir que todas salimos de la peluquería sintiéndonos hermosas.

—¿Cuánto habremos adelgazado?- preguntó Adriana.

—Estamos más flacas, eso es seguro. No sé cuánto, pero tampoco creo que importe tanto —comenté.

—Sí importa. Entre el show de anoche y el recauchutaje de hoy, me siento linda, pero no sé si el mundo me ve así. Me refiero a que, no sé si cuando la gente me ve, en realidad ve a una mujer linda o a una gorda caradura, que en vez de intentar pasar desapercibida, se arregla, intentando en vano llamar la atención —afirmó Adriana.

—Me quedé sin espirulina. ¿Alguien conoce una dietética que abra los domingos? —preguntó Lala.

—En el mercado cerca de mi casa hay una y creo que está abierta —comenté.

Adriana, Lala y Ena bajaron a comprarla, y el resto las esperamos en el auto.

Cuando regresaron estaban tristes, el entusiasmo con el que habían salido de la peluquería, se había esfumado.

Teresa insistió para que nos contaran qué les había pasado.

—Lo de siempre, un estúpido que pasó nos gritó: “¡Gordas!” —comentó Ena suspirando.

—Un idiota, no le den bola —dijo Nuncia.

—Ya sé, es sólo que durante las últimas horas olvidé que era gorda. Por

un momento creí que de verdad formaba parte de ese mundo donde las mujeres son deseadas y admiradas, y me olvidé que soy parte del grupo donde los hombres sólo voltean a mirarte para tratar de adivinar cuánto pesas —murmuró Adriana.

Cuando estuve sola en casa me embargó el decaimiento, pero esa sensación no tenía nada que ver con el peso. No me gustaban los domingos, y ese desagrado se había incrementado durante los últimos 6 meses, porque sabía que ya no tenía esperanzas de que él apareciera para disipar mi melancolía.

A la noche, tuve que ir al supermercado porque mi heladera estaba vacía. Mientras estaba en la fila para pagar, me puse a observar los canastos de las personas que estaban delante mío. Evidentemente las filas eran lugares de reflexión para mí.

Un domingo a la noche, esos canastos eran como un escaparate de los vicios, debilidades, estados anímicos y sentimentales, de las personas que los portaban.

En la fila éramos únicamente tres personas. El primero era un hombre mayor, de aproximadamente 70 años, en su canasto se veía pescado, algunos aderezos y..., ¡Uh! ¿Una caja de preservativos?! No sabía si en verdad planeaba una noche hot o si lo hacía para darse ánimos, o para alardear delante de los otros compradores.

Tuve que adelantarme unos pasos para ver qué contenía el canasto de la mujer que estaba adelante. Ella tenía alrededor de 55 años, en su canasto había una botella de vino blanco y una porción de tarta. Mi conclusión fue que la soledad la acechaba y que esperaba espantarla con el vino.

Se me habían acabado los modelos para analizar, entonces mis ojos se posaron en mi canasto: dos bolsas con ensaladas de pepino, remolacha y habas, dos cajas de milanesas de soja y dos yogures descremados. Afortunadamente, en ese momento me tocó pagar y no me vi obligada a sacar ninguna conclusión sobre él.

## CAPÍTULO 10

En Olympus, la semana comenzó con la habitual clase de spinning. Nuestro rendimiento había mejorado un montón, podíamos seguir la clase sin parecer que estábamos a punto de tener un ataque cardíaco, por el esfuerzo, o de morir de deshidratación, por el exceso de sudor. Fuimos las primeras en llegar y el profesor aprovechó para decirnos:

—Quería felicitarlas chicas, lo están haciendo muy bien. La gimnasia las ha estilizado muchísimo.

Javier sabía que estaba caminando sobre terreno minado, ninguna respondió, ni siquiera la dulce Lala. Existían dos posibles razones que explicaban nuestra actitud: en primer lugar, nos sorprendía un repentino halago de parte de alguien que apenas si nos había dirigido la palabra en dos meses; y en segundo lugar, desconfiábamos de todo lo que pudiera parecer amable en Olympus.

La semana continuó con la rutina habitual, a excepción de la clase del jueves. No teníamos jiu jitsu porque Alejandro había viajado a Uruguay para participar en un torneo. Para reemplazar esa hora de gimnasia decidimos ir a caminar a los bosques de Palermo.

—¡Ojalá que Ale gane! —dijo Lala.

—Anoche hablé con él. Estaba muy nervioso, pero estoy segura de que le va a ir bien —aseguró Nuncia.

—¿Así que hablaste con él? —preguntó Teresa con una sonrisa.

Nuncia se puso roja y enseguida agregó:

—¡No!, no tiene nada que ver con lo que estás insinuando. Sólo fueron unos mensajes por WhatsApp.

—Bueno, es indudable que sos su alumna favorita, yo ni siquiera tengo su teléfono —dijo Adriana.

—La alumna favorita de un grupo de mujeres con sobrepeso, eso no creo que cuente mucho —aclaró Nuncia.

Ena había optado por quedarse callada cada vez que alguna mencionaba a Alejandro, tal vez ella tenía razón y nos estábamos equivocando al incentivar a Nuncia a que se ilusionara con él. Para cambiar el tema de la conversación comenté:

—Esta mañana, cuando me miré en el espejo, recordé todos los consejos sobre maquillaje que me dio Magnolia. Sin embargo, cuando salí de casa, tenía mi look habitual, esto es: cara lavada con jabón neutro, base y corrector de ojeras. ¿Cómo les fue a ustedes con el cambio de look?

Entre risas comprobamos que ni siquiera Teresa, que fue la que menos resistencia mostró ante el cambio de imagen, había seguido todos los consejos de Magnolia.

—Esta mañana me pinté como me enseñó Magnolia y me dejé el pelo suelto, pero cuando estaba a dos cuerdas de mi departamento, regresé, me quité todo el maquillaje y me levanté el pelo —confesó Nuncia.

—¿Por qué? —preguntó Ena—, el pelo te quedó espectacular.

—Tenía miedo de la reacción de mis compañeros de trabajo, sobre todo, de las mujeres. Estoy segura de que para ellas, que son perfectas, es un pecado que una gorda tenga el tupé de intentar verse linda.

—No entiendo qué me pasa. Sé que me sentiría mucho mejor si lograra atrapar a un hombre —se quejó Adriana—. Sé cómo tengo que maquillarme para verme linda, y sin embargo, esta mañana no pude hacerlo. ¡Nos veíamos tan hermosas ayer! No entiendo por qué actúo de esta manera.

—Esta noche se lo podemos preguntar a Elina, seguro que ella puede darnos una respuesta —comentó Lala, que tenía una fe ciega en nuestra psiquiatra.

La doctora llegó unos minutos tarde, y apenas entró en el consultorio, observé cómo dirigía una mirada triste hacia la silla vacía. ¿A quién estaba esperando?

—Elina, queríamos preguntarte algo —comenzó Lala.

La doctora escuchó atentamente todo el relato sobre nuestro cambio de imagen, y luego opinó:

—Me parece que el problema está en que la imagen que cada una de ustedes tiene sobre sí misma, es tan negativa, que la belleza les parece algo imposible, entonces, ¿para qué esmerarse en peinarse y maquillarse, si igual van a seguir siendo gordas y poco atractivas?

Todas nos quedamos calladas, analizando sus palabras.

—Hoy quiero que cada una de ustedes me describa cómo sería su cuerpo perfecto. Es decir, ¿qué tendrían que poner o qué tendrían que sacar a sus cuerpos actuales, para tener una imagen con la que pudieran sentirse cómodas y satisfechas? —propuso Amille.

El hombre es un animal de costumbre, y a nosotras, la costumbre nos ganaba siempre. Ena solía ser la primera en hablar, y luego la ronda seguía en el sentido contrario a las agujas del reloj.

—Mi cuerpo perfecto sería un cuerpo delgado y parejo— afirmó Ena. No pretendo tener un cuerpazo, sólo quiero armonía para poder vestirme con colores más llamativos. Toda mi ropa es negra, aunque yo odio ese color porque me hace sentir deprimida y apagada.

—¿Cuál es tu color favorito? —preguntó Amille.

—Mi color favorito es el rojo y me encantaría poder vestir con ropa de ese color sin parecer una boya.

—Yo uso ropa roja hasta para ir al gimnasio, tenés que vestirte como quieras, y al que no le gusta que no mire —declaró Teresa.

—Yo no tengo tu personalidad, Tere —se lamentó Ena—. Pero, cuando sea flaca, voy a tirar toda la ropa negra a la basura y nunca más voy a volver a usar ese color.

—¿Por qué motivo usas el color negro si no te gusta? —quiso saber la Dra.

—El negro es el color oficial de la mayoría de los gordos, te ayuda a disimular un poco los kilos de más y a llamar menos la atención.

—¿Y por qué es tan importante para vos no llamar la atención? —insistió Amille.

Cuando la doctora se volvía tan incisiva, era porque había encontrado algo. Ena se quedó pensativa unos minutos y luego contestó:

—No sé, supongo que es porque no estoy llamando la atención por algo positivo, la

estoy llamando por gorda y en ese caso, prefiero ser invisible.

Amille pareció satisfecha con la respuesta, anotó algo en su cuaderno y luego le pidió a Lala que continuara.

—Mi parte favorita del cuerpo es mi estómago, pero no mi estómago actual, sino el que deseo tener cuando sea flaca. Desde que comenzó el tratamiento, además de la gimnasia en Olympus, hago 300 abdominales antes de irme a dormir. Mi sueño es hacerme un piercing en el ombligo.

—¿Y por qué no te lo haces ahora?- preguntó Teresa, que escuchaba con exasperación nuestros complejos.

—¿Para qué? Siempre me tapo la panza, es la parte del cuerpo en donde más grasa acumulada tengo. El piercing sólo queda bien en abdómenes planos y no en abultados como el mío.

Teresa puso los ojos en blanco, pero no insistió.

—Es simple —dijo Nuncia cuando llegó su turno—, mi cuerpo perfecto sería mi cuerpo actual con 25 kilos menos y 15 centímetros más.

—¿Tenés un complejo por tu altura?

—No, Elina, creo que no es un complejo, simplemente me gustaría ser más alta. La altura te permite imponerte ante la gente con mayor facilidad, en cambio, si sos petiza, para imponerte no te queda otra que gritar o usar tacos de 15 centímetros.

—No te imagino con tacos —murmuré.

—Yo tampoco, nunca uso tacos aunque me gustaría usarlos.

—¿Y por qué no los usas? —preguntó Adriana.

—Siempre fui torpe y encima miope, antes no me animaba a usarlos por miedo a caerme y a pasar un papelón. Ahora, además de torpe y miope, soy gorda, así que ni pensarlo. Aunque en diciembre del año pasado, influida por el ambiente navideño, tuve un arrebato de optimismo y gasté casi todo mi aguinaldo en unos preciosos zapatos de cuero, azules, con taco aguja.

—¿Nunca los has usado? —preguntó Adriana.

—No, en realidad los compré pensando que los iba a usar para mi entrevista laboral soñada, esa que en mis sueños siempre sale bien y me permite salir del sótano en donde estoy; pero, como voy, lo más probable es que se lo coman las polillas.

Le tocaba el turno a Teresa:

—Nunca creí que este tema me iba a poner tan nerviosa. Me siento furiosa con ellas y también conmigo misma.

—¿Qué es lo que te molesta tanto? —preguntó Amille.

—Me molesta que seamos tan vulnerables ante la opinión de la gente. Me molesta que no podamos vestirnos como queramos por miedo al qué dirán. ¡Quiero vivir mi vida sin que me importe lo que digan o piensen los demás! —gritó Teresa— A veces lo consigo, pero otras no, y eso me hace odiarme.

—¿En qué ocasiones te cuesta más conseguirlo? —preguntó la doctora con ese tono de voz suave, que usaba cuando alguna se descontrolaba y quería tranquilizarla.

—Con los hombres —susurró Teresa calmándose un poco—, intento que no me lastime lo que ellos piensen sobre mí, pero con frecuencia, no lo logro.

—¿Cómo sería tu cuerpo ideal? —insistió la psiquiatra.

—No sé, mi cuerpo ideal sería aquel que inspirara a un hombre a llevarme a una fiesta y presentarme a todos sus amigos, sin tener que avergonzarse.

La voz de Teresa se quebró, estaba a punto de llorar, pero se contenía. Lala, que con su hipersensibilidad había empezado a llorar desde que Teresa comenzó a hablar, le pasó la caja de pañuelos. Sin embargo, ella se repuso y continuó.

—Creo que tal vez, cuando sea flaca, los hombres van a respetarme.

—Pero, si los hombres no existieran, ¿qué cuerpo te gustaría para vos? —quiso saber la Dra.

Teresa quedó muy desconcertada ante la pregunta y luego de unos segundos contestó:

—No lo sé, nunca lo había pensado.

Amille decidió no presionarla más y le pidió Adriana que hablara sobre su cuerpo ideal.

—Mi cuerpo perfecto sería el de las modelos, desearía que mis medidas fueran: 90, 60, 90 —comenzó Adriana—. Las lolas se te agrandan cuando engordás, pero ni siquiera ahora, con todos los kilos demás que tengo, consigo llegar a los 90 de busto.

—¿Te gustaba tu cuerpo antes de engordar?

—No mucho, aunque mi fuerte siempre fue la cara. Desde chica, todos los que me conocían alababan mi rostro y decían que era muy bonita. Me acuerdo que yo me miraba en el espejo y sólo veía el reflejo de una mujer normal, tal vez linda, pero nada espectacular. Me daba un miedo tremendo pensar que algún día se iban a dar cuenta de que, en realidad, no era tan linda.

—¿Y qué ves ahora cuando te mirás en el espejo?

—Intento mirarme lo menos posible, cuando sea flaca, tal vez pueda volver a mirarme y no espantarme ante mi papada, aunque bueno, ya tengo 34 y la piel se cae...

—¡No empecés de nuevo con el mambo de la edad! —la interrumpió Nuncia.

—La edad no tiene nada que ver, hay cuarentonas que están mucho mejor que yo —aseguró Ena.

—Sí, pero yo no soy una de ellas —dijo Adriana.

—Adri, vos no sos cuarentona —le recordé.

—Lo seré dentro de poco —sentenció ella.

La dra. Intervino y me pidió que comenzara a hablar.

—Mi cuerpo perfecto sería uno en el que pudiera mostrar las piernas. Me fascinan los shorts y las minifaldas, pero nunca los he usado.

—¿Por qué? —preguntaron todas a coro.

—Cuando era chica tuve un accidente en la bicicleta y me dieron 30 puntos en la pierna. Me quedó una cicatriz horrible. Por eso, aunque era flaca, no usaba prendas cortas. Luego vinieron los kilos y tuve una nueva excusa para no usarlas. La ropa nunca me ha llamado mucho la atención, pero...

—Se nota —me interrumpió Nuncia —tu gusto para vestirte es horrible, tu estilo es muy serio, como de una vieja.

—Interesante comentario —murmuré con fastidio—, considerando que viene de alguien que se pasó dos meses usando diariamente la misma remera.

En las sesiones era así, nos decíamos de todo, pero cuando salíamos del consultorio, nos olvidábamos de las fricciones que habían surgido durante la terapia y volvíamos a ser amigas.

—Como estaba diciendo, la ropa en general no me llama la atención, pero cuando veo a una mujer en la calle con un short o una mini, la observo con detenimiento.

—¿Para qué? —preguntó Amille.

—Para ver si tiene celulitis, si tiene, aunque sea un poco, me siento mucho mejor —confesé, sabiendo que sonaba como una verdadera gorda resentida—. Me prometí a mí misma que cuando sea flaca, voy a usar por lo menos una vez, un short o una mini, sin hacerme problema ni por la cicatriz, ni por la celulitis, ni por las estrías, ¡Ni por nada!

Amille sonrió ante mi vergonzosa confesión y luego dijo:

—Por hoy, llegamos hasta acá, pero me gustaría que piensen en lo que hemos hablado durante esta sesión. Por ejemplo, Nuncia, tené en cuenta que nadie va a ir a tocar la puerta para ofrecerte un empleo. Si querés cambiar de trabajo, lo mejor es que hagas circular tu currículum.

—Cuando sea flaca, Elina —contestó Nuncia.

“Cuando sea flaca”, las 6 habíamos mencionado esa frase por lo menos una vez. La vida nos pasaba a un lado porque todo lo que deseábamos o soñábamos, ocurría en un futuro indefinido, en un futuro en el que ya no tendríamos que lidiar con los kilos. Nuestros sueños y deseos flotaban en ese mañana imaginario que, en ocasiones, parecía inalcanzable.

Sin embargo, ¿qué pasaba si al adelgazar, encontrábamos una nueva excusa que reemplazara a la de los kilos?, ¿qué pasaba si no conseguíamos que ese futuro se volviera presente?, ¿qué pasaba si ese mañana que tanto esperábamos, no llegaba nunca?

## CAPÍTULO 11

Los viernes a la noche solíamos reunirnos en mi casa. De vez en cuando, también íbamos al cine o a La Guarida, las noches que Víctor bailaba.

Como no podíamos pedir un delivery, Ena y Lala, las únicas del grupo que disfrutaban cocinando, se encargaban de preparar la cena. Gracias a ellas había empezado a adaptarme al nuevo estilo de comidas que el tratamiento imponía.

—No sé si es la dieta, la gimnasia o la terapia, pero la cabeza me funciona mejor, me cuesta menos concentrarme — dijo Ena, mientras condimentaba el arroz que íbamos a cenar.

—Sí, parece que era verdad eso de que el ejercicio físico genera endorfinas, yo también me siento un poco más animada —afirmó Adriana, pelando con muchísima destreza los tomates para la salsa.

Durante la cena, nos entretuvimos criticando a los hombres que veíamos en Olympus, quienes a pesar de lucir cuerpos trabajados, no eran tan irresistibles como ellos mismos pensaban.

—Alejandro es muy atractivo —observó Nuncia.

—Es cierto, Alejandro es lo más hot que hay en ese gimnasio —dijo Teresa—. A estas alturas, yo ya le hubiera pegado el zarpazo, pero me contuve porque sé que te gusta y porque, por alguna razón desconocida, mi libido está muy baja.

Nuncia negó con demasiada pasión la afirmación de Teresa y ella, para evitar enojos innecesarios, desvió hábilmente la conversación, confesando que llevaba casi tres meses sin sexo. Según Teresa, eso era un verdadero récord, sin embargo, ninguna de las 5 se impresionó por esa cantidad.

—¿Qué hay de ustedes? —quiso saber Teresa.

El silencio fue el peor delator.

—¡Vamos!, ¿me van a salir ahora con que las 5 son vírgenes? —insistió ella.

—He tenido una vida muy aburrida, pero no para tanto. No he sacado la cuenta, creo que voy por los dos años, tal vez dos años y medio —confesé.

—Yo te gano —dijo Adriana—, no he vuelto a estar con alguien desde que me peleé con mi ex, hace ya cuatro años. ¡Cómo pasa el tiempo!

Teresa no cabía en sí del asombro, y casi se desmaya cuando Lala empezó a hablar:

—Yo no creo en el sexo, quiero decir, para mí el amor y el sexo no están dissociados, sino que son una misma cosa. No podría estar con alguien que no amara.

—¡Olvidate de la poesía, Lala! ¿Cuánto tiempo hace que no te acostas con alguien? —preguntó Teresa.

—Bueno, estoy enamorada desde chica de un hombre, pero todavía no he tenido la oportunidad de estar con él.

—¡27 años y virgen!, ¡Dios, no lo puedo creer! —gritó Teresa.

—Me uno al grupo de Lala —admitió Ena—. Como siempre fui gorda, los chicos nunca se fijaban en mí, no he tenido ni siquiera una cita.

—Nu, ¿en qué grupo estás vos? —quise saber.

—Siempre fui el gnomo ñoño y feo, así que supongo que todas las probabilidades estaban en mi contra, y que tendría que estar en el grupo de las inmaculadas. Pero no, resulta que este gnomo es muy inteligente.

Nuncia sonrió, pero no era una sonrisa dulce o alegre, sino un gesto que indicaba satisfacción por sí misma, picardía y cierto grado de maldad. Moríamos de curiosidad y ella no necesitó mucha insistencia para comenzar a hablar:

—¿Conocen al conductor de Música para vos?

Todas asentimos, Héctor Fernández era uno de los sex symbols argentinos. Me costaba trabajo imaginar de qué forma él y Nuncia podían estar relacionados, ya que a Héctor siempre se lo veía junto a modelos y chicas del estilo de Olympus.

Para aclarar nuestras dudas, Nuncia empezó a contarnos su historia:

—Aunque soy relativamente una nueva gorda, en el colegio siempre encontraban una excusa para hacerme bullying. Héctor es de mi pueblo, íbamos al mismo curso e hicimos juntos toda la escuela.

—¿Eran amigos? —preguntó Lala.

—¡No, por supuesto que no! —exclamó Nuncia— Él era el más lindo, el más simpático, el más deseado, el rey; en cambio yo, yo era un fantasma, los únicos que parecían verme y saber mi nombre eran los profesores.

—Pero, ¿Héctor era amable por lo menos? —preguntó Lala que estaba empezando a intuir que la historia no iba a ser de su agrado.

—¡No, Lala! Él era el líder de los populares, molestaban a todos los que no tenían la suerte de pertenecer a su grupo.

—Son pocos los que se salvan de esos idiotas, yo también los padecí —murmuró Ena, sintiéndose reflejada en la historia de Nuncia.

—En quinto año —continuó Nuncia—, cuando ya estaba empezando a respirar aliviada porque no iba a tener que aguantarlos más, ocurrió algo que me lastimó muchísimo. Era una tradición que para el día de la primavera se eligiera al rey y a la reina, a los más bellos del colegio. Obvio, Héctor tenía siempre el lugar asegurado. No obstante, como le gustaba atormentar al resto de los alumnos, organizaba de forma paralela y sin que los profesores se enteraran, la elección de la más fea y el más feo del colegio.

—Era el Rey de los Boludos —comenté.

—Había zafado durante 4 años porque intentaba pasar desapercibida. Sin embargo, como salí abanderada en el último año, gané visibilidad. Como resultado, tuve el honor de ser elegida como la más fea del colegio —dijo Nuncia con la mirada perdida, como si estuviera recordando aquel momento.

Lala la abrazó para reconfortarla.

—Había aguantado pacientemente las burlas durante muchos años, pero decidí que había llegado el momento de hacer algo. Mis abuelos eran alemanes y yo hablo alemán como mi segunda lengua. Como no tenía vida social, para entretenerme, solía entrar a una página para gente que quería practicar idiomas. Allí conocí a Úrsula, una bailarina y cantante alemana, ella quería perfeccionar su español para poder presentarse a la audición de una comedia musical española.

—¡Pará! —gritó Teresa— Esta historia tiene que acompañarse con algo. Valen, decíme que tenés algo para tomar.

—Sí, tengo jugo de naranja natural, jugo de ananá natural, agua mineral y té de todos los sabores, elegí lo que quieras.

—¡Me cago en tus hábitos saludables! —se quejó Teresa.

—Voy a traer el postre, no sigás hablando porque no te escucho desde la cocina —rogó Lala.

Cuando estuvo servido, Nuncia continuó:

—La cuestión es que Úrsula obtuvo el papel principal en la comedia musical, la comedia se llamaba “Las mil y una noches” y fue un éxito internacional.

—¿Estuvieron acá?, creo que yo la vi en el Teatro Colón —comenté.

—Sí, hicieron una gira mundial y estuvieron en Buenos Aires, en diciembre de mi último año de colegio. A todo esto, Héctor tenía una banda con sus amigos, subían los videos de sus canciones a Youtube, pero eran tan malos que apenas si tenían más de 100 visitas. Quería vengarme y tenía un plan, pero para eso, necesitaba la ayuda de Úrsula. Creí que lo mejor era ser sincera, así que se lo conté y ella, que también había sufrido bullying en su adolescencia, estuvo encantada de poder ayudarme.

—¿Qué le hiciste al infeliz? —preguntó Adriana con una sonrisa sádica, mientras la miraba con ojos brillantes de entusiasmo, como si estuviera disfrutando y saboreando por adelantado las desgracias de Héctor.

—Utilizando la cuenta de Úrsula, le dejé un mensaje en uno de los videos de Youtube. Mi mensaje decía que yo también era cantante y que me encantaba su voz. Héctor aullaba como un perro, y ese halago hubiera despertado suspicacia en cualquier hombre con un gramo de cerebro. No obstante, él era un imbécil redomado y su ego estaba muy inflado. Estaba tan acostumbrado a ser idolatrado, que no se detuvo ni un momento a pensar en lo extraño que era que una talentosa y bella artista alemana, se hubiera molestado en ver un video de cuarta que no superaba las 100 visitas.

—Tengo que ir a hacer pis —dijo Nuncia levantándose e interrumpiendo su relato.

—¡Uh! ¿No te podés aguantar hasta que terminés de contarnos? —pidió Teresa.

Nuncia se negó a tener que controlar sus esfínteres más de lo necesario.

—¿En qué estaba? —preguntó cuando volvió del baño—. ¡Ah! Ya me acuerdo, Úrsula me permitió usar su cuenta de Facebook para hablar con Héctor. Ella es hermosa, tiene un cuerpo de bailarina y una voz increíble, cualquier hombre caería rendido a sus pies, y Héctor no fue la excepción. El rumor no tardo en esparcirse por toda la escuela, “el rey” había conquistado a una famosísima cantante alemana. Los chicos miraban en los recreos los videos de Úrsula, videos que yo había preparado con sus mejores actuaciones, y envidiaban a Héctor por su suerte. ¿Cuál fue mi venganza? Al principio sólo quería destrozarle el ego y el corazón, pero después pensé que además de eso, podía utilizarlo para mi propia satisfacción.

—¿Tu propia satisfacción? —murmuró Lala con los ojos muy abiertos.

—Estoy adivinando lo que hiciste, ¡y me encanta! —exclamó Teresa aplaudiendo.

—Tenía curiosidad con respecto al sexo —continuó Nuncia—, algunos de mis compañeros me habían ofrecido acostarse conmigo, pero sabía que sólo lo hacían para

luego poder ufanarse que habían desvirgado a la más fea del colegio. No, yo era demasiado inteligente para eso. No soy y nunca fui romántica, quería experimentar, saber qué se sentía, nada más.

—¡Ay no, no me digas que lo hiciste con él! —gritó Lala abrazando un almohadón.

—Héctor, al elegirme la más fea, me había utilizado para poder divertirse. Yo iba a hacer exactamente lo mismo con él —dijo Nuncia—. Úrsula iba a hacer dos funciones en capital y Héctor viajó especialmente para conocerla.

—¿Úrsula estaba al tanto de todo? —preguntó Ena.

—Sí, de hecho ella y sus amigos de la obra me dieron algunas ideas y colaboraron con el plan. La primera noche Úrsula fue con Héctor a tomar algo después del teatro, sólo estuvo con él media hora, pero eso alcanzó.

—¿Alcanzó?, ¿alcanzó para qué? —preguntó Lala.

—Alcanzó para que estuviera listo para ser sacrificado —contesté.

Nuncia rió con malicia y eso me indicó que no estaba equivocada.

—Durante la segunda noche, Úrsula lo invitó al teatro un rato antes de que comenzara la función, lo hizo pasar a un camarín sin luz y le dio un par de besos. Cuando él estaba en llamas, le colocó una venda, alegando un juego erótico. Luego, ella se fue y yo entré en su lugar.

—¿Él no se dio cuenta? —la interrumpió Adriana.

—No, en ese entonces yo era flaca, Úrsula también es bajita, él tenía los ojos vendados y el camarín estaba completamente a oscuras. De todas formas, Héctor estaba tan caliente, tan cegado por sus hormonas de adolescente, que podría haber intercambiado a Úrsula por una oveja y difícilmente lo hubiera notado.

—Debió ser horrible —afirmó Lala.

—No, no lo fue. Como él pensaba que estaba con Úrsula fue bastante dulce y hasta me susurró que me amaba. Minutos después, cuando terminamos, un amigo de Úrsula entró en el camarín, sacó a Héctor y le dijo que ella tenía que prepararse para salir a escena, que la esperara en el bar de la esquina.

—¿Nunca supo la verdad? —pregunté.

—No, nunca —aseguró Nuncia—. Héctor estaba muy enamorado, pero amaba más a su reputación. Por eso, mientras esperaba en el bar, les contó a sus amigos que acababa de tener sexo con la diosa alemana. Mientras tanto, mi amiga subía a sus redes sociales, fotos de ella abrazada a su novio, un compañero de la obra, paseando por la noche porteña.

Nuncia se detuvo para tomar jugo de naranja y luego continuó:

—Mi plan resultó como lo planeé. Él quedó con el corazón roto y con su reputación dañada, porque todos creyeron que el romance con Úrsula había sido un invento para dárselas de un seductor irresistible.

Cuando Nuncia terminó su historia, todas la mirábamos admiradas. ¡Guau! Tenía un talento especial para las venganzas.

—Pero..., pero..., ¿no tenías ilusiones con respecto a tu primera vez? —balbuceó Lala, que todavía no podía creer lo que acababa de escuchar— Lo hiciste con alguien que odiabas, en medio de un sucio y oscuro camarín.

—¡Ay, Lala! —rió Teresa, dando a entender que ella lo había hecho en lugares

mucho peores.

—No estaba sucio —aseguró Nuncia—. A ver Lala, él me humilló por mi aspecto y yo hice exactamente lo mismo con él. Se llama justicia o ley del talión.

Todas intentamos que Lala entendiera, pero no hubo forma de lograrlo. Para ella, el sexo sin amor era algo horroroso y la historia de Nuncia, desperdiciando así su primera vez, le provocaba ganas de llorar.

—Está bien Lala, soy una mujer insensible, lo asumo sin ningún problema. Ahora es tu turno, contanos de quién estás enamorada.

—Él vivía al lado de la casa de mi abuela, fue mi vecino toda la vida hasta que nos mudamos. Hace más de 10 años que no lo veo, pero lo espío a través de sus redes sociales, sé todo sobre su vida.

—Si es tan importante para vos, ¿por qué no has intentado comunicarte con él? —preguntó Adriana.

—Porque estoy esperando adelgazar —murmuró Lala poniéndose colorada.

Queríamos entenderla, pero ella no quiso dar más detalles sobre el hombre que amaba desde hacía tanto tiempo. Supongo que en realidad, lo que no quería, era escuchar las objeciones que inevitablemente iban a surgir ante una historia de amor que rozaba la obsesión. Sin embargo, yo estaba segura de que, en el alguna parte de su cabeza, esos mismos argumentos surgían de forma constante.

—Es sólo un hombre Lala, hay muchos más, ¿por qué esperar tanto por uno? —quiso saber Teresa.

—Porque te aseguro que, por este hombre, vale la pena esperar —contestó Lala con una enigmática sonrisa.

## CAPÍTULO 12

En una que otra ocasión, quise poner a prueba mis habilidades como cocinera. Abría con entusiasmo los libros de recetas de comida saludable y los cerraba minutos después, para adentrarme en el conocido terreno de las ensaladas, el pollo o las milanesas de soja. Lo intentaba, pero no lograba entusiasarme por el arte culinario.

No obstante, y a pesar de mi desinterés, mis conocimientos nutricionales habían aumentado mucho los últimos meses, debido principalmente a Liliana.

La profesora de yoga se convirtió en una gran guía para nosotras, ayudándonos a mejorar nuestra alimentación. Lo bueno de ella era que jamás había mencionado el tema del peso, y agradecíamos su tacto y sensibilidad, características que también estaban presentes en nuestros compañeros de yoga.

Lili nos invitó un domingo por la noche, a la inauguración de un local de comida vegetariana. Sin embargo, horas antes, las chicas empezaron a dudar.

—Lili tiene la mejor intención, pero no sé si es buena idea ir a un restaurante —dijo Ena.

—¿Por qué no? —pregunté—. Oscar y toda nuestros compañeros de yoga van a ir también.

—Yo también tengo mis dudas — admitió Adriana—, cuando era flaca me encantaba comer afuera, pero cuando engordé el gusto se me fue.

—¿Tendrán sillas de madera? —preguntó Lala.

Me sorprendió notar que yo, que siempre era partidaria de quedarme en casa, era la que estaba insistiendo para salir. De todas formas, las reticencias estaban justificadas. Un restaurante era un lugar incómodo para un gordo, no sólo por las miradas, las cuales estaban presentes en todos lados, sino también por una serie de factores espaciales y de resistencia.

En primer lugar, solía haber poco espacio entre las mesas, y eso hacía que fuera una odisea llegar hasta ellas, o levantarte y encontrar un camino lo suficientemente ancho, o lo suficientemente despejado, para ir al baño.

Los asientos eran un tema aparte, caber en ellos era una lotería, y estar lo suficientemente cómodas como para disfrutar de la comida, un milagro.

El temor de Lala por las sillas de plástico era entendible. El plástico es un material poco resistente, las patas de las sillas se abren como si no dieran más y fueran a romperse en cualquier momento. ¡Da pena mirarlas cuando un gordo se sienta en ellas!

De hecho, Lala nos contó que un día, cuando fue a comer con su abuela a un restaurante, la silla efectivamente se rompió, dando como resultado una abochornada Lala estampada contra el suelo.

—Es verdad que en ese entonces estaba más gorda que ahora, porque aunque no me pueda pesar, me noto más delgada. Pero, igual sigo teniendo miedo de que la silla no me resista — confesó Lala.

Su anécdota despertó una fobia, un pavor profundo y contundente hacia las sillas de

plástico.

—Podemos ir y ver, si hay sillas de plástico, inventamos alguna excusa y nos vamos —propuso Ena.

Su idea fue aprobada. Cuando llegamos al restaurante, los ojos de las seis comenzaron a escanear las mesas y sobre todo, los asientos. Suspiros de alivio se escaparon del grupo. Las sillas, o mejor dicho, los sillones estaban hechos de roble, una de las maderas más resistentes.

Con respecto a las mesas, estaban distribuidas de manera tal que, gente como nosotras o incluso más ancha, podría pasar sin ningún problema.

—¡Este lugar es un puto paraíso! —exclamó Teresa.

—Me alegra mucho que te guste —respondió una voz masculina.

Volteamos y nos encontramos con un hombre de unos treinta y cinco años, que nos sonreía divertido. Teresa estaba balbuceando algo, cuando Lili apareció:

—¡Chicas, qué bueno que hayan venido! Gabriel, ellas son mis alumnas.

La presentación se llevó a cabo y descubrimos que él era el dueño del restaurante.

La comida se veía buenísima, y estaba distribuida en cuatro mesas de: ensaladas, platos fríos, platos calientes y postres.

—¿Saben?, tengo muchísimo menos hambre que antes. Tres meses atrás, ya me habría comido la mitad de la mesa de los postres —aseguró Nuncia.

—Es la gimnasia, estamos sacando la ansiedad y el estrés por ahí —comentó Adriana.

Poco después, nos encontramos con Oscar, él nos avisó que había reservado en el jardín una mesa para todos. Deambulamos eligiendo lo que íbamos a comer. Yo tomé una decisión difícil, luego de casi tres meses de un asfixiante romance con el tomate, la lechuga y las zanahorias, decidí pedirles un tiempo, poner distancia, y pasar una tórrida noche junto a las berenjenas y los zapallitos.

—Todo se ve riquísimo —dijo Ena.

—Todo se ve apto para nuestra dieta —la corrigió Teresa, la amante de la carne—. Para que esta comida fuera riquísima haría falta agregarle una buena hamburguesa o un bife de chorizo.

—Permitime que te recomiende este plato —dijo Gabriel apareciendo nuevamente en el momento menos oportuno—. Sabe igual que la carne y acompañado con alcauciles, es un comida celestial.

Su sonrisa indicada que encontraba a Teresa muy divertida. Ella le agradeció la sugerencia, pero todas sus actitudes mostraban una timidez que no solía caracterizarla, y menos en su trato con los hombres.

El jardín era precioso, tenía fuentes con peces anaranjados.

—¡Qué bonito lugar! —dijo Lala—, y pensar que nosotras casi no venimos.

—¿Por qué? —preguntó Oscar.

—Porque somos XXXLLL y teníamos miedo de romper todas las sillas, y que el edificio entero se viniera abajo por nuestro peso —dijo Nuncia, con su humor ácido habitual.

Oscar la miró con severidad.

—Ena me contó que tuvieron algunos problemas en Olympus, que algunas personas

las trataron de forma irrespetuosa.

—Sí, son unos idiotas —contestó Nuncia.

—Probablemente, pero, ¿cuál es tu excusa para hablar de una forma tan despectiva de vos misma y de tus amigas?

Oscar era así, de pronto y sin previo aviso te decía una palabra, una frase o una pregunta que te hacía replantearse toda tu vida.

Nos molestaba que la gente nos mirara mal, o que nos dijera cosas feas relacionadas con nuestro aspecto físico. Pero, si esas mismas palabras venían de alguna de nosotras, las aceptábamos sin chistar. Sí, había una gran contradicción en eso.

—Era un chiste Oscar, no te enojés —rogó Nuncia con una sonrisa.

Con Lili y Oscar animando la cena, no quedaba otra opción que pasarla bien.

Los problemas surgieron a la hora del postre. Luego de un intenso debate, acordamos traer solamente tres porciones y dividir las entre las seis, y que Teresa y yo, que éramos las que menos debilidad por las cosas dulces teníamos, iríamos a traerlas.

Sin embargo, cuando entramos, nos dimos cuenta que el restaurante tenía un primer piso y que en él, iba a realizarse una exposición de arte.

—Todavía no han terminado de organizarla —comenté, habían cajas en el suelo y sólo estaban desembaladas tres esculturas. Debajo de ellas se leía el nombre de la escultora.

Teresa se paró frente a una de ellas y leyó:

—Belén Eccar. ¡Qué caradura! Se nota a la distancia que la persona que hizo estas esculturas no tiene ni conocimiento, ni habilidad, ni mucho menos talento. Pero, obvio, la mina debe estar buenísima, y por eso encontró un boludo que organizara y pagara esta exposición.

—Tere, te estás precipitando, no sabes... —comencé, pero alguien me interrumpió.

—Pienso igual —dijo Gabriel—, te estás dejando llevar por tus prejuicios. Yo organicé esta exposición.

Él se puso muy cerca de Teresa y pude ver cómo entre ellos había una conexión, una corriente eléctrica que me hizo sentir incómoda.

—¿Prejuicios? ¡No!, sólo estoy dando una opinión objetiva sobre lo que veo. Ahora, si te molesta que critique a tu amiguita, tu novia o tu amante, por querer dárseles de gran artista, cuando seguramente el único conocimiento que tiene es haber hecho un curso de arte en el verano, lo lamento mucho —dijo Teresa elevando el tono de voz.

Sí, definitivamente Gabriel y Teresa se tenían ganas, yo contemplaba su acalorada conversación con una porción de tarta de frutilla en una mano y una de lemon pie en la otra.

Sintiendo que estaba de más, me alejé un poco de ellos e intenté representar, lo mejor que pude, el papel de entendida en el arte, estudiando minuciosamente cada una de las otras dos esculturas. Cuando terminé con las esculturas, me puse a analizar el estampado de las cortinas, como si encontrara en ellas algo digno de contemplarse. Y cuando ya no me quedaron ni esculturas ni cortinas con las cuales fingir, murmuré:

—Te espero en la mesa, Tere.

Me apresuré a bajar las escaleras, pero sólo había alcanzado a bajar unos cuantos escalones, cuando vi que ella estaba a mi lado.

—Esperá, vamos juntas —dijo Teresa.

—Te equivocás, las esculturas no pertenecen a ninguna amiga, novia o amante. De hecho, no estoy en pareja —aseguró Gabriel.

Ellos se miraban intensamente mientras yo pensaba que, mi cambio de ubicación no me había beneficiado. Estaba en el medio de la escalera, sin ninguna puta escultura o cortina que mirar, y con Teresa agarrándome fuertemente del brazo e impidiendo mi huida.

—Esta exposición comprende obras de niños entre 11 y 14 años, que utilizan el arte no para parecer cool, sino para expresar sus emociones, son chicos que están bajo tratamiento oncológico —aseguró Gabriel.

Teresa abrió mucho los ojos y me apretó el brazo hasta hacerme doler.

—¡Mierda! —murmuró ella— Perdoname, no me di...

—Está bien —la interrumpió Gabriel con una sonrisa—. ¿Querés ayudarme a desembalar las que están en las cajas? No son muchas y quizás, alguna de ellas termine gustándote.

—¿Nos quedamos? —me suplicó Teresa.

La miré atónita. ¿Qué le pasaba?, ¿desde cuándo tenía miedo de estar a solas con un hombre? Por nada del mundo iba a quedarme de espectadora mientras ellos ardían, el voyerismo no era lo mío.

—No, Tere —dije logrando finalmente zafarme de su agarre—, las chicas están esperando los postres, ustedes quédense a conversar, a desembalar o lo que quieran, yo me voy a la mesa.

Haciendo equilibrio con los tres platos, logré terminar de bajar las malditas escaleras y huir hacia el jardín.

—¿Dónde está Tere? —preguntó Adriana.

—Se quedó en el primer piso hablando con Gabriel.

—¡Oh! —exclamó Nuncia con una sonrisa.

Adriana y Ena compartieron la tarta de frutilla, Lala y yo la selva negra, y Nuncia devoró al lemon pie.

—Nu, no te lo podés comer todo, acordate que le tenés que dar la mitad a Teresa —le advirtió Lala.

—Ella se debe estar comiendo al bombón del dueño —afirmó Nuncia—. Ni se va a acordar del lemon pie.

Cuando Teresa regresó, casi una hora después, nos fuimos.

—¡Qué caballero es Gabriel! —exclamó Lala—, no nos dejó pagar nada.

—Es porque Teresa le pago en especies —afirmó Nuncia.

—¿Qué decís, Nu? No pasó nada de eso, sólo hablamos.

—¿Esperas que te creamos? —preguntó escéptica Adriana.

—¡Por Dios, chicas! —gritó Teresa enojada—, no soy una monja, lo admito, pero puedo pasar una hora junto a un hombre sin tirármele encima.

El enojo de Teresa impidió que se hicieran más preguntas o chistes al respecto. Ella y Nuncia se quedaron a dormir en mi casa.

—¿Tenés algo para la digestión? —preguntó Nuncia, tirada boca abajo en el sillón—. Mi viejo hábito de tragona se despertó esta noche, comí un montón.

Le preparé a Nuncia un té de boldo. Teresa, que solía ser la más conversadora, estaba callada y pensativa.

—Estás en las nubes, ¿en qué estás pensando? —pregunté.

—Está pensando en su próxima cita hot con Gabriel —respondió Nuncia.

—No va a haber próxima cita, él ni siquiera me pidió el teléfono —aclaró Teresa—. Estoy pensando en otra cosa, pero si les digo se van a reír.

—Yo no me voy a reír y, si Nuncia se ríe, explota —le aseguré.

—Está bien —dijo Teresa—. Es la primera vez que un hombre habla conmigo durante tanto tiempo, mirándome a los ojos. La mayoría se queda atascado en mis tetas.

—Capaz que es gay —sugirió Nuncia.

En respuesta, Teresa le tiró un almohadón y luego se fue a dormir sin querer hacer ninguna otra confesión.

## CAPÍTULO 13

La semana siguiente llegaría con algunas novedades. Alejandro le propuso a Nuncia participar de un torneo para principiantes de jiu jitsu. La competencia era el sábado, había poco tiempo para entrenar y por eso, ella iba a reemplazar las clases de gimnasia de toda la semana, por clases personalizadas de jiu jitsu con Ale.

Sin embargo, el cielo despejado de Nuncia se oscureció un poco el jueves, cuando mi presunción se cumplió, y las dos vacantes fueron ocupadas por Inés y su amiga.

Nuestra bienvenida no fue muy cordial, aunque lo bueno fue que Nuncia apenas si notó sus presencias. Ella y Ale reían y se hacían mutuamente bromas que los demás no entendíamos. Se trataban con una familiaridad que no había visto antes, y por eso, empecé a pensar que tal vez Lala no estaba tan equivocada al afirmar que ellos serían una pareja perfecta.

No obstante, dos personas no estaban contentas con la situación: Ines, que los miraba con rabia, y Ena, que parecía preocupada por el incipiente acercamiento.

—Parece que estás teniendo una excelente semana —insinuó Teresa mientras íbamos a la sesión con Amille.

—Es verdad, estos últimos días me sentí más animada, tanto que, hasta el trabajo en el banco se me hizo menos insoportable —afirmó Nuncia.

Teresa me miró sugestivamente, pero no dijo nada más.

—Hoy vamos a volver a utilizar papel y lapicera —anunció Amille cuando la sesión comenzó—. Quiero que escriban cuál sería su último deseo, qué les gustaría hacer si supieran que sólo les queda un mes de vida.

—¿Un mes de vida siendo flacas o un mes de vida siendo gordas? —preguntó Nuncia.

—¿Cuál sería la diferencia? —quiso saber la doctora.

—La diferencia es enorme —intervino Lala—. Si pudiéramos pesarnos, responder esa pregunta sería más simple. Si fuera flaca sería libre para hacer algunas cosas que nunca me atrevería siendo gorda.

La ausencia de la balanza en nuestro tratamiento, nos provocaba inseguridad en cuanto a la percepción de nuestro aspecto físico. Me observaba en el espejo y me veía muchísimo más delgada, pero como había tardado tanto tiempo en ver mi sobrepeso, lo había descubierto casi accidentalmente en una vidriera, entonces no confiaba mucho en mi percepción.

Las opiniones de familiares y amigos tampoco eran muy confiables. No faltaba el: “¡Ah, estás delgadísima!” Pero, ese halago podía deberse a la estúpida necesidad que tiene la gente, de estimular a un gordo para que continúe con su dieta y finalmente adelgace. Aunque, existían grandes probabilidades de que a mi espaldas dijeran: “¿Viste?, lleva más de tres meses matándose de hambre y no le sirve de nada, sigue gorda. La pobre lo está intentando, pero es tan grandota que todavía no se le nota el esfuerzo”.

¿Estábamos más delgadas o creíamos estarlo? Esa pregunta aparecía seguido en la

mente de las seis.

—Hoy, chicas, ¿qué harían si a partir de hoy tuvieran un mes de vida? —insistió Amille—. Tienen cinco minutos. No se repriman, déjense fluir. No quiero que piensen, sólo quiero que sientan, todos tenemos un deseo que solemos postergar creyendo que somos eternos, puede ser algo irracional, no importa, siéntase libres para expresarse.

Lala, Ena, Teresa y Nuncia comenzaron a escribir de inmediato, mientras que Adriana y yo permanecíamos con la hoja en blanco.

¿Un último deseo? Traté de pensar, de recordar, pero la doctora me interrumpió:

—No pienses tanto Valen, que tu corazón hable esta vez.

Traté de hacer lo que me decía, de conectar con esa parte de mí tan misteriosa y desconocida, ¿si sólo me quedara un mes de vida?, ¿qué haría? Hasta Adriana había comenzado a escribir, miré a mis compañeras y me di cuenta que en ese momento las odiaba, odiaba la capacidad que ellas tenían para conectarse con el corazón.

Respiré hondo y de pronto descubrí que, si tenía que irme de este mundo, mi último deseo sería irme sin cargas, sin remordimientos, aunque en mi caso, eso era imposible. Sin darme cuenta garabateé una palabra, arrepintiéndome al instante.

—¡Tiempo! —gritó Amille.

Nerviosa, doblé la hoja y la guardé en mi bolsillo.

— ¡No, Valen! —se quejó Teresa—, dejanos leerlo. No sé de qué tenés miedo, si sos la más normal de todas.

—Está bien —intervino la doctora—, cada uno a su tiempo. Ena, ¿querés leernos lo que escribiste?

Ena comenzó a leer: “Si me quedara un mes de vida, me iría de casa. Me gustaría saber qué se siente vivir sin que te critiquen o que te recuerden todo el tiempo todos tus defectos. Si sólo me quedara un mes de vida, me gustaría vivirlos siendo yo, sin sentirme culpable por ser como soy y sin presiones para ser lo que no soy”.

Ena se veía abochornada.

—Sé que suena horrible, no lo pensé —murmuró ella.

—Está bien, recordá que acá no juzgamos a nadie. No hay por qué sentir vergüenza —la tranquilizó Amille.

—No te sientas mal, esperá a escuchar lo que escribí yo —dijo Teresa.

Luego, le tocó el turno a Lala: “Si sólo me quedara un mes de vida, iría a ver a Emiliano, el único hombre que he amado en mi vida. Lo iría a ver a su trabajo, porque a pesar de que hace más 10 años que no lo veo, conozco su vida como si yo formara en verdad parte de ella, y le diría lo que siento por él. Sé que me moriría de la vergüenza, pero si de todas formas voy a morirme, no me importaría”.

—Tal vez sería bueno que habláramos sobre las obsesiones en alguna sesión —sugirió Nuncia.

Su sugerencia fue recibida con una mueca de disgusto por parte de Lala.

—Es tu turno, Nuncia —le indicó la Dra.

“Estoy en la duda, si sólo me quedara un mes de vida intentaría cumplir uno de mis dos grandes anhelos. En primer lugar, me gustaría poner una bomba en el banco. Sí, así de sangriento. Cada mañana cuando entro pienso en eso. El otro día hubo una pérdida de gas,

y me sorprendí lamentando que la hubieran descubierto y que el edificio no hubiese explotado. Obvio, si explotaba, lo hacía conmigo adentro, pero estoy a favor del sacrificio. Mi otro deseo consiste en ir a ver al gerente de Recursos Humanos, no al idiota que me mandó al sótano, sino a su jefe”.

—¿Qué quieres pedirle a ese hombre? —quiso saber Amille.

—Tengo un doctorado en Recursos Humanos y preparé un informe con mejoras que pueden hacerse para potenciar las capacidades del personal. Hace meses que lo tengo listo, pero nunca he tenido el valor de pedir una cita con él. Si sólo me quedara un mes de vida, me compraría un lingo traje, aunque tuviera que hacerlo en un local de gordos, y luego me tiraría delante de él y lo obligaría a que escuchara.

—Pero, si sólo te quedan 30 días de vida, ¿qué importa que te asciendan o te cambien de sección? No vas a vivir para disfrutar del cambio —pregunté.

—Sí importa, quiero que los que han desaprovechado mi capacidad durante años, digan en mi funeral: “era petiza, fea y gorda pero, ¡qué inteligente que era!”.

Reímos ante el disparatado comentario de Nuncia

Teresa fue la siguiente en leer: “Si sólo me quedara un mes de vida, iría a una armería, compraría un arma y le dispararía a par de personas. Iría a la cárcel, pero no me importaría, si me tengo que ir de este mundo, desearía limpiarlo un poco y me gustaría llevarme algunas basuras conmigo”.

Sonreí, estaba por preguntarle a Teresa si estaba haciendo un chiste, pero al ver su expresión, no me hizo falta. Hablaba completamente en serio.

—Mi papá tiene un arma, y yo sé disparar —replicó Nuncia.

Amille se veía pensativa, el deseo de Teresa la había preocupado.

—Adri, tu turno —murmuró.

“Si me quedara un mes de vida, me iría. ¿A dónde? No tengo idea, pero sería a un lugar muy lejos. Me gustaría vivir, aunque sólo sea por 30 días, como si fuera otra persona, sin un pasado, sin reglas o modelos de vida. ¡Sí, vivir sin esa angustia de saber que tu vida no es como debería ser! ¡Ah!, y, antes de irme, vendería, regalaría o quemaría mi Pet Shop”.

—¿Por qué destruir tu negocio? —preguntó Amille.

—Hace unos días descubrí que lo odiaba. Es una jaula, una jaula de oro porque me permite vivir de forma independiente, sin él tendría que vivir con mi mamá, pero una jaula al fin —afirmó Adriana.

Normalmente, después de cada relato se armaba un debate en el que todas opinábamos. Sin embargo, por alguna razón, durante esa sesión los comentarios fueron pocos y breves, las seis optamos por un respetuoso silencio ante los deseos que acompañaban nuestra hipotética muerte inminente.

—Sean conscientes de que nadie sabe cuánto vivirá. La clepsidra está corriendo para todos y siento que ustedes están utilizando los kilos como una excusa. ¿Por qué no empezar hoy, ahora, a cumplir sus sueños? Por supuesto, no el tuyo, Teresa. No hay que matar a nadie, pero sí hay que liberarse de ese rencor. Si quieres, podemos hablarlo en sesiones privadas. Nuncia, el de la bomba tampoco. ¿Quién se anima a realizar, durante los próximos 7 días, una acción concreta que les permita acercarse a la vida que les gustaría

tener?

Las palabras de Amille permanecieron en el aire y fueron tragadas por el silencio.

—Bueno —dijo Amille un poco decepcionada—, piénsenlo y si alguna decide tomar las riendas de su vida, podemos reunirnos en cualquier momento que ustedes quieran, si es necesario fuera de la sesión de los jueves, para hablar sobre ello.

Me sentí un poco mal por la doctora, ella quiso arengarnos, quiso hacernos creer que: “usted puede cambiar su vida”. Pero, su arenga no había alcanzado. Aparte de gordas, éramos cobardes.

Aunque seguía teniendo mis reservas con respecto a ella, quise decirle unas palabras de aliento:

—No se desanime, aunque no dio los resultados que usted esperaba, la sesión fue bastante buena —dije con magnanimidad, no hacía leña del árbol caído.

—Te equivocás Valen, la sesión salió tan cual la planeé —respondió ella con un guiño y despidiéndose con un fuerte abrazo.

Dejé a Ena en su casa y luego me dirigí hacia el departamento de Nuncia. Antes de bajarse, ella me sorprendió diciendo:

—Alcancé a leer lo que escribiste en la hoja, ¿quién es Sabrina?

La miré asombrada y no respondí.

—Estoy 100% segura de que no sos lesbiana, así se trata de algo más —murmuró ella—. Tranquila, no te voy a presionar, pero quiero que sepas que además de las numerosas cualidades que adornan mi persona, también soy muy buena escuchando.

—Estás lejos de mí en el círculo, ¿cómo pudiste leer lo que escribí si sos re miope? —pregunté algo enojada.

—Era miope, ahora tengo una vista de lince —aseguró ella.

—¿Te operaste?, ¿cuándo?

—Hace un par de día, fue una cirugía con láser. Fue rapidísimo, entré y salí. No sé por qué no me operé antes.

—¿Y por qué seguís usando anteojos?

—Estos vidrios no tienen aumento. ¿Por qué los uso? No sé, supongo que todos tendemos a destacar nuestras cualidades, y mi única cualidad siempre fue la inteligencia, pero, ¿cómo destacas la inteligencia? Me siento más segura con lentes..., ¡Ah, mierda!, ¡lo hiciste otra vez!

—¿Hice qué cosa? —pregunté sin saber de qué estaba hablando.

—Desviar la atención, tenés el don de hacer que la gente hable, pero vos siempre permanecés callada. Es por eso que te llevás mal con Elina, porque compiten para ver cuál de las dos es más hábil para meterse en nuestras cabezas.

—Me parece que estás hablando demasiadas boludeces, bajate del auto y andá a dormir, tanto entrenamiento te está haciendo mal —balbuceé incómoda.

—Cómo quieras —dijo Nuncia bajándose por fin—, pero..., deberías pensar en replantearte tu vocación, serías una excelente discípula de la Dra. Amille.

## CAPÍTULO 14

El sábado Nuncia ganó el torneo, y aunque el evento fue pequeño y se pareció más a una exhibición de alumnos que a una verdadera competencia, para ella fue como haber ganado las Olimpiadas. Ese pequeño triunfo fue el impulso que necesitaba para empezar a recomponer su fragmentada autoestima.

—¡Tenemos que salir a festejar! —exclamó Teresa.

—Yo sabía que ibas a ganar, así que me adelanté, ya hice reservaciones para esta noche. Lo único que lamento es que Ale se vaya de viaje y no pueda venir —dijo Lala.

—Sí, hay que festejar. Hoy es uno de los mejores días de mi vida. No es por el torneo en sí, sino por el hecho de haber sido capaz de ganar en algo.

—Esta noche me gustaría contarles algo —murmuró Ena—. Tiene que ver con el ejercicio que hicimos en la última sesión, estuve pensando mucho y tomé una decisión.

—¿Por qué esta noche? Contanos ahora.

—No, Valen, este es el momento de Nuncia, lo mío no es tan importante.

Nuncia le insistió para que hablara, pero Ena no quiso. Me sorprendió saber que, después de todo, la perorata de Amille no había sido tan estéril.

A las diez de la noche, pasé a buscar a Teresa y a Nuncia para ir al restaurante.

—¿A qué restaurante vamos a ir? —preguntó Teresa.

—Tierras Verdes —respondí.

—¿Tierras Verdes? —gritó Teresa—. ¡Voy a matar a Lala!

Tierras Verdes era el restaurante de Gabriel, y a pesar de que el lugar era genial, también me extrañó que Lala lo hubiera elegido. Todas sabíamos que el dueño tenía algo especial, algo que ponía nerviosa a Teresa y que, por esa razón, ella prefería evitarlo.

Sin embargo, estaba segura que Lala, con su incorregible vocación de Celestina, había hecho la reservación allí para propiciar un encuentro.

Como era sábado a la noche, todos los lugares para estacionar estaban ocupados. Finalmente, encontré un lugar libre a tres cuadras de Tierras Verdes. No obstante, cuando estábamos por cruzar la calle, un auto se detuvo y las tres nos quedamos desconcertadas.

—¿Qué quiere? —preguntó Nuncia molesta y dispuesta a irse contra el conductor.

—Creo que nos está dejando pasar —dije pasmada ante tremendo gesto de cortesía.

Y así era, cuando salimos de nuestro asombro, cruzamos la calle casi corriendo, sin agradecer al conductor, la galantería de habernos cedido el paso. Nos sentíamos desproporcionadamente cohibidas y avergonzadas, como si el conductor se hubiera puesto a recitarnos un poema.

—El grado de caballerosidad que una mujer puede inspirar en un hombre, es directamente proporcional a su belleza —dijo Nuncia con tristeza—. Meses atrás, ese mismo tipo nos hubiera pisado con el auto, aunque, hay que valorarle su gusto por las llenitas.

Reí ante las ideas de Nuncia, pero Teresa permaneció seria, se la veía muy nerviosa.

—Tere, te estás preocupando por nada. Gabriel es el dueño del lugar, pero eso no

significa que se va a pasar la vida dentro de su negocio —le aseguré —tiene empleados y hoy es sábado a la noche.

—¡Obvio! —sostuvo Nuncia—, y con lo lindo que es, seguro que tiene una vida social súper activa y muchas mujeres con las que pasarla bien.

Miré a Nuncia con disgusto, ¡Y todavía ella tenía el tupé de llamarme a mí, la más insensible del grupo!

Fuimos las últimas en llegar, Lala había invitado a Lili, a Oscar y por supuesto, a su amada psiquiatra, aunque me llamó la atención que ella hubiera aceptado la invitación. Víctor y Magnolia no podían ir porque tenían función, pero le mandaron a Nuncia un enorme ramo de rosas rojas.

—Es la primera vez en la vida que alguien me regala flores —dijo Nuncia.

—¡Son hermosas! —exclamó Lala abrazando el ramo—. ¡Es tan romántico!

—¡Ay, Lala! —dijo Teresa sacudiendo la cabeza.

Lala era un caso perdido. ¿Qué podía haber de romántico en un ramo de flores enviadas a una mujer heterosexual, por su amigo gay y su amiga trans? Sólo ella lo sabía.

Gabriel no se veía por ninguna parte. No obstante, cuando estábamos empezando a cenar, él llegó, estaba vestido con esmoquin y lucía muy bien.

—¡Qué sorpresa, Gaby! Creí que no iba a venir esta noche —exclamó Liliana.

—No iba a venir, pero Lala me avisó que venían y quise pasar a saludarlas. No me puedo quedar mucho tiempo porque tengo un compromiso —dijo él sonriendo y mirando especialmente a Teresa.

Teresa le dirigió una mirada asesina a Lala y ella le dedicó una enorme sonrisa a modo de disculpa.

—¿Qué compromiso?, ¿a dónde te vas? —preguntó Nuncia con su cara de piedra.

Teresa la pateó por debajo de la mesa. Gabriel río a carcajadas ante el desparpajo de Nuncia, se veía un hombre de buen carácter, no podía imaginármelo enojado. Tal vez se debía a que sólo comía verduras, ¿Todos los vegetarianos serían tan tranquilos?

—Tengo el casamiento de un amigo.

—Gabriel, ¿no me digas que vas a ir solo? Acá hay un montón de chicas hermosas que podrían acompañarte —afirmó Oscar, quien parecía haberse contagiado de la fiebre casamentera de Lala.

—Sí, voy a ir solo, pero en realidad no me importa. No suelo quedarme hasta tan tarde en las fiestas. Aunque, Teresa, ¿Te gustaría venir conmigo?

¡Booommm! Su pregunta nos dejó a todos con la boca abierta. Teresa se ruborizó, no contestó y estaba tan cohibida que le costaba levantar la vista del plato. Cualquiera que la viera, pensaría que se trataba de una chica tímida poco acostumbrada a los hombres, cuando en realidad se había acostado con más hombres de lo que podía recordar. De nuevo, ¿por qué Gabriel tenía ese efecto en ella?

—No..., no estoy vestida para ir a una fiesta — balbuceó Tere.

—Para mí estás perfecta —insistió Gabriel.

—Podemos ir a mi casa, yo te presto un vestido y te maquillo —dijo Adriana, que se volvía loca de sólo pensar que Teresa estuviera dejando escapar una oportunidad así.

Los minutos pasaban y ante nuestra persistencia, la turbación de Teresa aumentaba.

—Está bien, no voy a insistir porque no quiero incomodar a Teresa. ¡Qué tengan una excelente noche!

Cuando Gabriel abandonó el restaurante, ella volvió a respirar.

—¿Estás loca? —le recriminó Adriana—, ¿cómo lo vas a rechazar? ¡Con la escasez de hombres heterosexuales que hay!

—Él no se avergüenza de llevarte a una fiesta, ¿no era eso lo que querías en un hombre? —preguntó Nuncia.

Sus palabras eran crueles, pero la verdad era que yo había pensado lo mismo. No era por Teresa, hubiera pensado lo mismo de cualquiera de nosotras. No obstante, Lala, que nunca se enojaba, enfureció al oír las palabras de Nuncia.

—¿Avergonzarse de qué? Teresa es hermosa, y no todos los hombres son unos huecos, superficiales, como los de Olympus. Existen hombres buenos e inteligentes, capaces de valorar a las personas por lo que son y no por cómo se ven —gritó Lala.

¿En verdad Lala creía eso o simplemente deseaba creerlo?, ¿no había sido ella la que dijo, en la primera sesión de terapia, que estaba sola porque era gorda?

—¡Esas son boludeces, Lala! —chilló Adriana—, estuve de novia casi 10 años y me dejaron por gorda. ¡Por gorda!, ¿escuchás? A mi novio le daba vergüenza hasta ir conmigo al supermercado —gritó Adriana.

La Dra. Amille, fiel a su estilo, siguió comiendo tranquilamente mientras sus pacientes se mataban. La miré significativamente, instándola a que interviniera, pero ella me sonrió con satisfacción, como si todo estuviera saliendo de acuerdo a sus planes. Quedaba preguntarse, ¿cuál demonios eran sus planes?

El festejo terminó de la forma menos pensada. Lala se puso a llorar y aunque intentamos tranquilizarla, ella quiso irse a su casa. Por su parte, Adriana, que había quedado muy movilizada por los tristes recuerdos que la discusión le había despertado, se fue conteniendo el llanto y sin siquiera despedirse.

—Es la falta de harina, ¡nos vuelve locas! —le aseguró Nuncia a Lili y a Oscar.

Fueron ellos los que se encargaron de que la fiesta continuara a pesar de lo ocurrido. Cuando se fueron, le pregunté a Ena:

—Ahora que estamos nosotras solas, ¿qué nos querías contar?

—Estuve pensando en lo que hablamos durante la última sesión —le explicó Ena a la doctora—, y tomé algunas decisiones, pero no sé si es el momento de hablarlo.

—Sí es el momento, contanos —pidió Nuncia con la boca llena de tarta de durazno, Amille nos había dado la noche libre con respecto a la comida, y le estábamos sacando el jugo.

—No es un cambio tan espectacular, simplemente me di cuenta que lo mejor para mí es irme a vivir sola.

Festejamos su decisión con aplausos, realmente podía ser un buen cambio para ella.

—Lo deseo desde hace mucho, pero nunca había tenido el valor de intentarlo —confesó Ena.

—¡Es genial! —opinó Amille— ¿Cómo pensás llevarlo a cabo?, ¿tu papá va a ayudarte?

—No, mi familia no sabe nada, quiero hacerlo sola. Tengo algo de plata ahorrada, pero no me alcanza para alquilar algo sola. También quiero trabajar. Siempre quise trabajar, aunque nunca me animé a buscar laburo porque temía que me rechazaran por gorda. Fui a un colegio bilingüe, hablo inglés muy bien, tal vez pueda encontrar un trabajo donde la imagen no importe, algo en donde la gente no tenga que verme.

—Vení a vivir conmigo — le ofreció Nuncia.

A pesar de sus buenas intenciones, ella vivía en un monoambiente, había que plegar la cama a la pared si se quería desplegar la única pequeña mesa del departamento. Era imposible pensar que dos personas pudieran caber allí.

—Me encantaría que vivieras conmigo, pero te aseguro que vivir con mi compañera de departamento es mucho peor que vivir con tu familia —aseguró Teresa.

Mientras ellas hablaban, yo estaba decidiendo si comía o no una segunda porción de tarta de manzana. De pronto, se hizo un silencio, levanté la vista del plato y me di cuenta que todas las miradas estaban centradas en mí.

—¿Qué pasa? —pregunté molesta.

—Valen, tu casa es enorme y vivís sola —observó Amille.

¡Increíble! La doctora, que se había quedado cómodamente al margen de las discusiones durante toda la fiesta, decidía intervenir ahora, cuando se trataba de presionarme a mí.

—Sí, vivo sola porque me gusta vivir así —contesté enojada—. Ena, me caes re bien, no sos vos, soy yo. Me gusta la soledad, la necesito para escribir, además son una maniática del orden y la limpieza, me costaría mucho vivir con alguien.

—Está bien, te entiendo. Igual mi idea era encontrar primero un trabajo —dijo Ena.

Me levanté y me dirigí a la mesa de postres, estaba decidida a ahogar en azúcar, la sensación parecida a la culpa que me había causado el rechazar a Ena. Sin embargo, sabía que se trataba de un sentimiento estúpido e irracional, estaba convencida de que mi decisión era la correcta.

Cuando estaba por servirme dos porciones de una torta de chocolate, observé que había otra mesa con tazas y sobres de té, leche y... ¡Café! Emocionada, abandoné el plan de las tortas y me preparé una taza de café descafeinado, con leche descremada y endulzada con edulcorante. ¡Una bazofia! Pero, peor era nada.

Cuando regresé a la mesa, Nuncia estaba hablando

—Últimamente me había sentido tan fracasada, en cambio ahora, después de ganar y de escuchar los aplausos, me siento invencible, en la cima del mundo, siento que puedo hasta volar —afirmó Nuncia abriendo los brazos, como si en verdad fuera a despegar del piso en cualquier momento.

—Creí que acá no servían alcohol —bromeó Teresa.

—No estoy borracha, pero siento eufórica, me siento valiente y antes de que este valor se acabe o desaparezca, voy a actuar. Este jueves voy a ir a hablar con el de Recursos Humanos, le voy a presentar mi plan y a pedir una oportunidad.

Los aplausos de aliento fueron un poco más tibios esta vez, el triunfo le había dado a Nuncia un aire de Kamikaze que no inspiraba mucha confianza. Por supuesto, lo mejor para ella era intentar un cambio en su trabajo, pero me preocupaba que no fuera consciente

de que tal vez, las cosas podían no salir como ella planeaba.

—No tengo nada que perder, nada que perder —murmuró Nuncia más para sí misma que para nosotras.

## CAPÍTULO 15

Durante el fin de semana, hablé con algunos amigos y le conseguí trabajo a Ena en un diario digital. El sueldo no era una fortuna, pero el ambiente laboral era agradable. La llamé para darle la buena noticia, pero su teléfono estaba apagado.

El lunes, mientras estábamos en la plaza, le conté a Adriana y a Nuncia las novedades.

—¡Uy!, parece que alguien se sintió culpable el fin de semana — insinuó Nuncia riendo.

—No me siento para nada culpable. Simplemente tengo buenos contactos y quería ayudar a una amiga, nada más.

Ena no apareció y tuvimos que entrar a la clase de spinning, era la primera vez que ella faltaba al gimnasio.

—Me había olvidado —dijo Lala en medio de la clase—. Ena me dijo la semana pasada que rendía hoy, y que apagaba el teléfono dos días antes para no desconcentrarse.

Sin embargo, el martes su teléfono continuaba apagado y ella volvió a faltar a la clase de gimnasia.

A la salida, propuse ir a verla a su casa, para asegurarnos de que estuviera bien. Todas aceptaron ir excepto Lala, que tenía que ir a encargarse de su abuela.

La madrastra de Ena nos atendió, aunque ella era más joven que su esposo, no era ni tan joven ni tan bonita como parecía en las fotos. Evidentemente, abusaba del photoshop.

—Hola, ¿está Ena? —saludé.

—Sí —respondió la mujer mirándonos de arriba a abajo—. ¿De parte de quién?

—Somos amigas del gimnasio —respondí.

—¡Oh! Adelante, pasen. Yo soy Estela, la madre de Helena. Bueno, no es mi hija de sangre, pero es como si lo fuera —dijo ella, mostrándose de pronto muy interesada en nosotras.

Estela nos hizo pasar al living, allí había tres mujeres más. Todas ellas parecían versiones envejecidas de Olympus, no era su aspecto físico, sino su actitud hacia nosotras la que me hizo compararlas.

—Ellas son compañeras del curso para obesos al que está yendo Helena —dijo Estela a modo de presentación.

—¡Ay, chicas, las felicito! —comentó una mujer vestida de verde que estaba sentada en el sillón—, debe ser muy dura la batalla que están dando.

—¡Es una lástima! —exclamó una mujer que estaba sentada a su lado, observándonos atentamente, en especial a Adriana—. ¡Son tan bonitas de cara y tienen facciones tan finas!

Nuncia sonrió con desprecio y Teresa nos miró levantando una ceja como diciendo: “¿Esto es en serio?”

—¡Con razón!, me pareció verla un poquito más deshinchada —comentó la mujer de verde.

—Sí, pero muy poco —acotó Estela—. Le aconsejé a Helena que no se hiciera ilusiones. Ella es obesa desde niña y eso es muy difícil de cambiar. Además, los genes le juegan en contra porque su mamá también era gorda.

—¿Podría llevarnos con Ena, por favor? Estamos apuradas —la interrumpió Teresa con cierta brusquedad.

Estela no tuvo otra opción que conducirnos hasta la habitación de Ena. Ella estaba acostada, pero al vernos, sonrió y se levantó.

—¿Chicas?, ¿qué hacen acá?

—Estábamos preocupadas, no atendías el teléfono y tampoco fuiste a gimnasia —respondí.

La habitación estaba hecha un caos, sobre la mesa de luz había pañuelos descartables hechos un bollo, el piso estaba lleno de paquetes y de bolsitas del Palacio de las tortas.

—Perdón por haberlas preocupado. Lo que pasa es que ayer a la tarde rendí una materia y me fue mal, estaba tan deprimida que no quería levantarme de la cama. En cuanto al teléfono... —dijo Ena hurgando entre una montaña de paquetes y sacando el celular —, sí, me olvidé de cargarlo y se quedó sin batería.

—¿Por qué hay tanto moños y papeles de regalo en el piso? —preguntó Adriana.

—Porque ayer fue mi cumpleaños.

—Ena, ¿por qué no nos dijiste nada?, hubiéramos salido a festejar tus 20 —le recriminó Teresa.

—No me gustan las fiestas, además, no tenía nada que festejar. Es la tercera vez que desapruébo esta materia, y eso que había estudiado un

montón.

Intenté reanimarla contándole las veces que me había ido mal en los exámenes de la facultad, Teresa hizo lo mismo.

—Nuncia, estamos esperando tus anécdotas de bochazos —comenté.

—Lo siento, no tengo ninguna. Nunca desaprobé, soy demasiado inteligente.

Negué con la cabeza y puse los ojos en blanco.

Adriana que estaba viendo los regalos de Ena, gritó:

—¡Guau! Esta campera es una Fendi original.

No me gustaba la ropa ni entendía nada de marcas, pero al ver la campera de cuero que sostenía Adriana, me di cuenta que algo estaba mal. Era demasiado pequeña, con dificultad le hubiera entrado a una versión doble S de Nuncia, y Ena era bastante más alta.

—¿Quién te la regalo? —pregunté.

—Es un regalo de Estela y mi hermana.

Adriana siguió hurgando entre los paquetes, la ropa era muy cara, pero era el talle lo que seguía siendo risible. No había forma de que a Ena, aun estando en su peso saludable, le entraran semejantes miniaturas. Además, toda la ropa era de color negro, color que ella odiaba y que usaba únicamente para disimular el exceso de peso.

—Estela siempre me regala ropa chica, cree que es una forma de incentivar a adelgazar —comentó Ena.

—¿Tenés más ropa de esta marca? —quiso saber Adriana.

Ena asintió, se dirigió a un placar y lo abrió. Adentro, en perchas y estantes, había pilas de prendas que todavía conservaban su etiqueta.

Adriana estaba en el paraíso, sacaba la ropa, la tocaba, la examinaba y a cada instante gritaba: "¡Dios mío!"

—Podés llevarte lo que quieras —le ofreció Ena.

—¿De verdad? ¡Es una ropa tan linda! Pero, es obvio que a mí tampoco me entra ¡Ah!, ¡odio tanto ser gorda!

—Lo que yo odio es esa ropa —aseguró Ena.

Por supuesto que la odiaba y no era difícil entender por qué. Esa ropa era un cruel recordatorio no sólo de su sobrepeso, sino de la incomprensión e intolerancia de su propia familia. No me sorprendía que quisiera salir volando de allí, me sorprendía que hubiera aguantado tanto.

No solía precipitarme a la hora de tomar una decisión, sobre todo si se

trataba de un tema importante. Sin embargo, esa noche me dejé influir por una emoción pasajera y, como no podía ser de otra manera, tomé una decisión estúpida.

—Me había olvidado de contarte, te conseguí trabajo, empezás mañana. Y..., si querés —dije respirando hondo—, podés venir a vivir conmigo.

Me arrepentí al momento de haber hecho el ofrecimiento, pero ya no podía echarme atrás.

—Armá un bolso y te vas ahora, así podés estrenar casa y trabajo al mismo tiempo —sugirió Teresa.

Ena primero se quedó callada, muda ante la sorpresa y después me saltó al cuello agradeciéndome. Ni siquiera sabía en qué iba a trabajar o cómo nos íbamos llevar, pero ella estaba igual profundamente agradecida.

Sin perder tiempo, Ena preparó dos valijas. En una, con mucho cuidado colocó el mapa de la Tierra Media de su habitación y sus libros. En la otra, sin mucho esmero arrojó la ropa que había en un pequeño placar, que eran las prendas que en verdad le cabían.

Nunca antes la había visto tan feliz.

—Agarro a Bombur y ya nos podemos ir — anunció Ena.

—¿Bombur? —pregunté, sintiendo como un escalofrío me recorría la espalda.

—Mi perro.

—¿Desde cuándo tenés un perro? —pregunté con espanto, no quería animales en mi casa.

—Me lo regaló mi abuela para mi cumpleaños, es un labrador, es chiquito, ¡lo vas a amar! —afirmó Ena.

No sólo había sacrificado la soledad y tranquilidad de mi hogar, sino que también había sacrificado el orden y la limpieza. Quería decir algo, pero mi mente quedó en blanco, Ena ya estaba bajando las valijas y yo continuaba inmóvil en su habitación.

—Estás pálida —observó Adriana.

—¡No seas exagerada! —me recriminó Nuncia—, estás actuando como si te hubiera dicho que vas a vivir con un león.

Bombur tenía el pelo de color café con leche, las ironías de la vida, unos enormes ojos azules y era tan pequeño que podías levantarlo con una sola mano. Las personas aficionadas a los perros, lo considerarían un hermoso animal, era una lástima que yo no fuera una de ellas.

Evidentemente, Ena no quería dar muchas explicaciones a Estela, así que murmuró algo de un retiro como parte del tratamiento y salimos.

—¿No vas a decirles que te vas a vivir sola? —preguntó Adriana cuando estábamos en el auto.

—Mi papá está de viaje, después le voy a mandar un mensaje, igual no creo que me vayan a extrañar mucho.

Era tarde cuando llegamos a casa. Amaba mi hogar pero, esa noche cuando abrí la puerta, me embargó una sensación de angustia y desasosiego.

Le mostré su habitación a Ena y le dije que en el congelador tenía supremas de pollo y milanesas de soja, por si tenía hambre y quería cenar, a mí se me había ido el apetito.

—¡Estoy tan, tan contenta! —dijo ella saltando en la cama—. Apenas cobre mi primer sueldo te doy la plata.

—No te preocupés, ahora instalate y sobre todo, acomodá al perro, ¿dónde va a dormir? Hay que enseñarle que su lugar es el patio, no quiero que esté dando vueltas y dejando pelos por toda la casa.

—Esta noche duerme conmigo, pero mañana le voy a armar la casita en el patio.

Me acosté y escuché atentamente, el perro dio unos pequeños ladridos, lloró un poco y después..., silencio. Bien, tal vez Nuncia tenía razón y estaba exagerando las cosas. Sí, convivir con un animal no iba a ser tan duro como había imaginado.

\*\*

A la mañana siguiente, Ena tenía que ir al diario para empezar con su nuevo trabajo. Cuando desayunamos me sorprendió verla tan animada, tanto que había dejado su inseparable negro, para ponerse una camisa azul claro que le quedaba muy bien.

Ella estaba feliz y eso mitigó un poco la sensación de que estaba siendo invadida, bueno, invadida por partida doble: una persona y un perro.

—¿Qué pasa con el perro? —pregunté cuando ella se iba.

—Ya le llené el plato de comida y tiene agua para todo el día, no te va a molestar para nada.

Como redactora, tenía la posibilidad de trabajar desde casa y luego enviar el material a la redacción. La habitación que se había transformado en mi oficina, tenía una gran puerta ventana que daba al patio.

Ver los árboles, las flores y escuchar a los pajaritos me inspiraba. No

obstante, ese día, cuando me senté en el escritorio lista para empezar a trabajar, me alarmé al notar que Bombur estaba pegado al ventanal. Cuando él me vio, lloró y arañó el vidrio. Pero, no logró conmoverme con esas artimañas, había que educarlo con firmeza.

La casita de Bombur estaba al otro lado del patio, aunque al parecer, el perro prefería echarse ahí, delante de mí y pasar frío, antes que estar cálido en su casita. Cada vez que me paraba para hacerme un té o ir al baño, él levantaba su cabeza y me miraba con esos ojos azules, llenos de esperanza, pensando que iba a abrir la puerta.

A las 11 de la mañana, únicamente había conseguido escribir una página. La presencia del perro me desconcentraba. Desesperada, subí a mi habitación para poder cambiar de vista, y durante media hora logré trabajar bastante bien.

Sin embargo, de pronto el perro cambió de estrategia y comenzó a llorar fuerte, ¡muy fuerte! Para no escucharlo me coloqué los auriculares y puse música a todo volumen, con el riesgo de quedarme sorda. Aunque, como tenía un espíritu masoquista, cada tanto me los quitaba para comprobar si Bombur se había tranquilizado.

De niña mis padres me regalaron un gato, pero se murió al poco tiempo, y a pesar de que ellos insistieron en comprarme otro, nunca quise volver a tener una mascota. No tenía experiencia con perros, así que llamé Adriana para que me orientara.

—¡Ey!, ¿cómo va la convivencia? —preguntó divertida.

—Pésima. Ena se fue al trabajo y la bola de pelos está en el patio, llorando hace más de una hora, ¿cómo hago para que se calle?

Adriana me aseguró que los perros querían y necesitaban contacto, y más tratándose de un cachorro. Probablemente se sentía solo y quería estar adentro, ¡conmigo!

¡Qué ni lo soñara! Para que esta convivencia funcionara, había que seguir las reglas. El lugar del perro era el patio y punto. Decidí que lo mejor era ignorarlo, volví a colocarme los auriculares y continué trabajando.

A las 2 de la tarde me tomé un descanso y comprobé que Bombur finalmente se había callado. Quería bajar a almorzar, pero la escalera daba al comedor y en él, había otra puerta ventana enorme, era imposible atravesarlo y llegar a la cocina sin que el perro me sintiera. ¡Genial! Me había convertido en una prisionera en mi propia casa.

Estaba estudiando cuáles eran mis posibilidades, cuando mi teléfono empezó a sonar.

—¿Hola?

—¡Hola, Valen! Estoy en Cabo Verde, y esta es la primera aldea que encontramos con agua caliente y teléfono en una semana. Si me vieras en estos momentos, te costaría reconocerme.

—Te imagino sudado, lleno de tierra, con una barba de 15 días y con tu mal humor de siempre —bromeé.

—Los paisajes son increíbles, pero, ¿qué es eso?

Bombur había comenzado a llorar de nuevo.

—Eso es Bombur, un perro.

—¿Un perro?, ¿te compraste un perro? Si a vos no te gustan los animales, ¿cómo vas a hacer para que no te rompa las plantas?

—No es mío, es de una amiga que está viviendo temporalmente conmigo.

Dije lo de “temporalmente” con demasiada vehemencia, como si quisiera asegurarme que mi vida libre, tranquila y organizada volvería a la normalidad dentro de muy poco tiempo.

—Eso te pasa por no venir conmigo, no sabes los atardeceres que estás perdiendo.

Alguien habló detrás de él, aparentemente tenían que continuar.

—Valen, me tengo que ir, pero te llamo en unos días, si puedo, el domingo. Un beso —él titubeó como si quisiera decir algo más, pero al final, colgó sin decir nada.

Amaba sus llamadas, aunque fueran fugaces y aunque dolieran. ¿Cuántos atardeceres me estaba perdiendo? O, la pregunta correcta, ¿Cuántas cosas, además de atardeceres, me estaba perdiendo?

Alejé esos pensamientos porque nunca me llevaban a ningún lado, o sí, meses atrás me llevaban a una sobredosis de café con leche, pero ahora, ni siquiera podía darme el lujo de ir hacerme un té.

Frustrada, bajé las escaleras corriendo y me encerré en la cocina. ¡Qué depresión! Sólo encontré dos manzanas, ensalada de tomate y media suprema de pollo. Me preparé un plato enorme y cuando salí, dispuesta a correr al piso de arriba, el perro empezó a raspar el vidrio con sus pezuñas. Ese ruido era peor que el llanto.

Irritada, dejé el plato sobre la mesa y me dirigí al patio, era hora de

enseñarle a Bombur quién mandaba en la casa.

Abrí la puerta y, antes de que pudiera detenerlo, la bola de pelos entró. Su cola no paraba de moverse de lado a lado, expresando su felicidad por haber entrado.

Me agaché para bajar sus patitas que permanecían fijas en mis pantalones y al tocarlo, me di cuenta que estaba helado. Sí, era un día de mucho frío, pero tenía pelos y los pelos calentaban, ¿no?

Sabía lo que tenía que hacer, tenía que agarrarlo, llevarlo nuevamente al patio y dejarlo allí. Así, Bombur aprendería que por más que llorara o ladrara, no iba a conseguir nada.

Abrí la puerta ventana, pero cuando estaba por sacarlo, esos suplicantes ojos azules me miraron y me hicieron sentir como si fuera una asesina serial. Agotada, volví a cerrar la puerta y Bombur, feliz con su triunfo, se echó al lado de la estufa. Por lo menos, ya no iba a oírlo llorar.

## CAPÍTULO 16

A casi 4 meses de haber iniciado las clases en Olympus, nuestro encuentro en el banco de la plaza permanecía inamovible, aunque estuviera helando.

Lala y Adriana rieron a carcajadas cuando me vieron llegar.

—Me contó Adri que tenés un nuevo inquilino — dijo Lala.

La relación entre ella y Adriana había quedado tensa luego de la pelea en el restaurante. Sin embargo, parecía que habían encontrado en mi odisea con Bombur, una excusa para hacer las paces y volver a hablarse. Reinaba nuevamente la paz en el grupo de las gordas.

Cuando Nuncia llegó, notamos admiradas que se había maquillado y peinado con muchísimo esmero.

—¡Estás preciosa! —exclamó Lala.

—Fui a ver a Magnolia y estuvimos practicando toda la tarde cómo maquillarme, para que mañana pueda hacerlo sola. También probamos algunos peinados, y este fue el que más me gusto.

—Voy a prender velas por vos, mi abuela siempre lo hacía cada vez que iba a rendir una materia difícil y solía funcionar —aseguró Lala.

Desde hacía una semana, Alejandro había logrado que el gimnasio le prestara un salón de lunes a viernes, para que pudiera dar clases a sus otros grupos de alumnos. Nuestras clases con él seguían siendo los jueves, pero lo veíamos casi todos los días.

—Nuncia, ¡qué linda que estás! —exclamó Ale cuando nos cruzamos con él antes de entrar al vestuario para cambiarnos.

Nuncia sonrió, pero no supo qué contestar. Aceptar halagos sin sentirnos incómodas ante ellos, era una asignatura pendiente que debíamos aprender.

Ena me mandó un mensaje diciendo que no iría a natación, se había quedado en la agencia para que sus compañeros le terminaran de explicar todo lo referido a su trabajo.

En la clase de natación, Pablo intentó en vano iniciar una conversación. Se esforzaba por ser amigable, pero nuestra actitud era inconvencible, no hay nada más rencoroso que un gordo, al que se lo ha ofendido por ser gordo.

A la salida, Lala, quiso tomar un taxi para llegar antes a su casa. Ella era la persona más amable, considerada y buena que había conocido, pero tenía un gran defecto: creer que todos eran igual. Me parecía increíble que hubiera podido vivir 27 años sin darse cuenta de su error.

—¡Taxi! —gritó Lala haciendo señas a un taxi que venía vacío.

El auto paró, pero en ese momento, un hombre se adelantó y se lo robó antes de que ella tuviera tiempo de reaccionar.

—Lala, así te vas a quedar hasta las 3 de la mañana esperando que alguien se digne a dejarte un taxi —le recriminó Nuncia.

Minutos después, vimos otro taxi y Lala lo paró. Una mujer quiso adelantarse para robárselo, pero Nuncia se puso delante de la puerta y le gritó:

—¿No ves que lo paró ella?

—Perdón —murmuró la chica asustada.

Ella le sacaba más de dos cabezas a Nuncia, pero Nuncia compensaba la falta de altura con los gritos. Era como uno de esos perros pekinés que, con su frenético ladrido, amedrentan hasta a un gran danés.

\*\*

A la mañana siguiente, pude hablar un poco con Ena durante el desayuno. Me dijo que estaba feliz con el trabajo y que sus compañeros eran buenísimos.

Le envié un mensaje a Nuncia para desearle suerte y me preparé para salir. No iba a cometer el mismo error que el día anterior, para evitar sufrir algún tipo de manipulación por parte de Bombur, iba a pasar todo el día afuera, trabajando tranquilamente en uno de mis cafés favoritos.

El día estaba soleado y cálido, así que la bola de pelos podía permanecer en el patio sin que eso me generara cargo de conciencia. Él seguía echado al lado de la puerta ventana, pero de vez en cuando se entretenía persiguiendo mariposas, pajaritos o haciendo pozos en mi ex impecable jardín.

A la hora del almuerzo tuve una reunión con unos compañeros del diario y cuando terminé, llamé a Nuncia para saber cómo le había ido, pero su teléfono estaba apagado.

En el grupo de WhatsApp las chicas se mostraron preocupadas. Todas la llamaron o le escribieron, pero ninguna obtuvo respuesta.

A tarde, cuando nos reunimos en la plaza, Nuncia seguía sin dar señales de vida.

—Tal vez Ale sepa algo —sugirió Lala.

—No, si no habló con nosotras, menos va a hablar con él —aseguró Adriana.

—¿Por qué estás tan segura? —preguntó Teresa.

—Es obvio que a Nuncia le gusta Alejandro, no creo que esté enamorada, pero sí creo que se siente atraída por él —respondió Adriana—. Nuncia no es del tipo de mujer que intenta conquistar a través de la lástima. Ella no puede lograr la admiración de Ale por su físico, ninguna de nosotras podría, pero estoy segura que la reconforta el hecho de saber que él ve en ella a una chica inteligente y exitosa en su carrera. No tenemos que dañar esa imagen, si Nuncia no viene y Ale pregunta por ella, le decimos que está enferma.

La observación de Adri fue acertada, el profesor se sorprendió al no ver a Nuncia y preguntó por ella.

Esperábamos encontrarla en la terapia, no obstante, en el círculo formado en el consultorio de Amille, había ahora dos sillas vacías.

La doctora dijo que, si Nuncia prefería estar sola, había que respetarla.

Miré a Amille con el ceño fruncido, ¿cómo podía permanecer tan fría e indiferente, cuando había sido ella la que, con su motivante discurso del último mes de vida, había provocado lo que aparentaba ser el suicidio profesional de Nuncia?

Aliviadas, vimos aparecer a Nuncia quince minutos después. Estaba despeinada, con los ojos hinchados y con el rímel corrido. Dama miedo mirarla. Se sentó en su lugar y empezó a hablar sin dar tiempo a que nadie le preguntara nada.

—Anoche casi no dormí, estaba muy nerviosa. El amanecer me encontró repitiendo como loca las afirmaciones que Lili nos enseñó para ganar confianza. Sentía que hoy era un

día decisivo para mí. Me pinté, me peiné y hasta me puse los tacos altos, esos zapatos azules que compré hace años atrás y que nunca había estrenado.

Amille le ofreció un vaso con agua y ella lo tomó sin decir nada. Hablaba sin mirar a nadie, con la vista fija hacia el frente.

—A las diez de la mañana —continuó Nuncia—, para tranquilizarme y parar de temblar, decidí subir por las escaleras los tres pisos que me separaban del área de Recursos Humanos. Hice las respiraciones que me enseñó Oscar, pero no me sirvieron de nada, mi corazón seguía desbocado. Roitman, el gerente de Recursos Humanos, me recibió con una fría cordialidad. Tenía mi discurso preparado desde hacía meses, así que pude en quince minutos, contarle en qué consistía el proyecto que había preparado. Él al principio me escuchó con desgano, pero luego su expresión cambió, me di cuenta que lo había sorprendido. Se puso a leer la carpeta que le ofrecí y me hizo algunas preguntas. Cuando no le quedaron más dudas acerca del proyecto, me animé a solicitar un traslado al área de Recursos Humanos para ayudar a implementarlo.

Nuncia hablaba sin parar y nadie, ni siquiera la doctora se atrevió a interrumpirla.

—Al oír mi deseo de ser trasladada —continuó Nuncia—, Roitman hizo un gesto raro, que al principio no entendí, pero que entendería minutos después. Me despidió diciendo que estaba gratamente sorprendido y que estudiaría mi petición. Salí de su oficina sintiendo que me había esforzado en vano y que nada iba a cambiar. Me equivocaba. En el ascensor, me encontré con una de las pocas amigas que tengo en el banco y le conté lo que había hecho. Entonces, me enteré de algo que todo el banco sabía, pero que yo, por estar aislada en el sótano, desconocía, Georgina era la amante de Roitman y ella estaba a punto de ser trasladada a su sección. Mis esperanzas se fueron al diablo, Georgina era una zorra y nunca iba a dejar que yo le hiciera sombra trabajando en el mismo lugar que ella.

Amille le puso la mano en el hombro para que se detuviera un instante, y le ofreció otro vaso con agua.

—Creía que estaba en el fondo del pozo y que era imposible caer más bajo, pero me equivoqué una vez más —dijo Nuncia cuando acabó de beber—. A la hora del almuerzo mi jefe me dijo que necesitaba hablar urgente conmigo. Él siempre fue muy serio, pero es un hombre bueno y generoso, me enseñó un montón de cosas. Lo voy a extrañar...

La última afirmación de Nuncia provocó que todas nos enderezáramos en las sillas. ¿Lo iba extrañar?, ¿significaba que la habían echado? Nadie se animó a preguntar y ella continuó con su relato:

—Él me dijo: "A mí me encanta cómo trabajás, pero hay decisiones que no dependen de mí. Vas a ser trasladada". Esas palabras bastaron para que mi esperanza creciera con una velocidad irracional. Quizás, después de todo, las afirmaciones de Lili y las velas de Lala sí daban resultado. Tal vez mi amiga se había equivocado y Georgina no era la amante de Roitman. Quizás mi ex compañera de facultad no era tan zorra como yo había creído. ¡Por fin iba a salir del sótano!, ¡se había hecho el milagro!

De pronto Nuncia se calló, tenía la respiración acelerada y su mirada seguía perdida. Todas nos quedamos quietas, sin saber qué hacer o qué decir. Segundos después, ella continuó:

—Esperanzada, empecé a sonreír, pero la sonrisa quedó a medio formar, congelada

en mis labios, cuando él continuó: "Te trasladaron al call center. Mañana es tu último día acá, empezás el lunes".

—¿El call center? —pregunté atónita.

—El banco tiene un call center en donde se atienden consultas y reclamos. El 30% llama para hacer consultas sobre su cuenta o por algún trámite. El 70% restante llama para insultar y quejarse por el banco en sí, por la suba del dólar, por el aumento de los impuestos, por los piquetes, por los políticos y hasta por el clima. Y ese será mi lugar de trabajo a partir del lunes.

Cuando terminó de hablar, Nuncia se paró y se fue sin despedirse. Intenté seguirla, pero Amille me tomó del brazo y dijo con firmeza.

—No, Valen, necesita estar sola.

## CAPÍTULO 17

El viernes amaneció nublado, me sentía taciturna y a través del grupo de WhatsApp, me enteré que a mis amigas les pasaba algo similar. El fracaso estrepitoso de Nuncia nos había afectado a todas.

Las 6 estábamos atravesando el mismo proceso y el éxito de una, funcionaba de estímulo a las demás. Si alguna alcanzaba un objetivo, eso significaba que el resto podía librar y ganar sus propias batallas.

Lamentablemente, el desaliento provocado por los fracasos, también era contagioso. Si alguna de nosotras se decepcionaba, esa decepción provocaba un efecto dominó, tirando abajo las expectativas y los sueños de las otras, y despertando los miedos más profundos y las inseguridades que creíamos haber superado.

Salí temprano de casa y no volví hasta muy tarde, mi estado anímico no era capaz de soportar un par de ojos azules suplicantes, pegados al vidrio de la puerta de mi jardín.

Tenía el tiempo justo para cambiarme e ir al gimnasio. Bombur estaba en el patio, pero como en el canal del tiempo dijeron que iba a helar, decidí encerrarlo en la lavandería, lo último que me faltaba era lidiar con la culpa de la muerte de un cachorro por hipotermia.

Abrí la puerta, esperando encontrar a un Bombur agradecido y sumiso por mi noble gesto de dejarlo dormir dentro de la casa. En cambio, encontré a Bombur rebelde, que no quería entrar voluntariamente en la lavandería y que me hizo correrlo por toda la casa.

Cuando por fin lo atrapé, intenté cerrar la puerta de la lavandería y en el apuro, le apreté la cola.

Su grito de dolor y su llanto me helaron la sangre. Lo levanté y comprobé con alivio que no estaba lastimado. Seguí acariciándolo, consolándolo y soportando su lengua llena de gérmenes hasta que se calmó.

El remordimiento no me permitió volverlo a encerrar, así que lo dejé arriba de mi mullido, pulcro y desinfectado sillón y le dí un par de galletas

Oreo viejas, que me habían quedado de mi feliz época de gorda no reconocida.

Mientras iba al gimnasio recibí un mensaje, era de Víctor: “Tengo que hablar con vos, es urgente, voy un poco tarde, esperame en la puerta del gimnasio”.

Como yo también iba tarde, consolar a un perro llevaba mucho más tiempo del que había imaginado, fue Víctor quien tuvo que esperarme a mí.

—¿Qué pasa? —pregunté cuando nos encontramos en la puerta.

—No sabés de lo que me acabo de enterar, el profesor de jiu jitsu, Alejandro...

Víctor se quedó mudo de pronto y abrió los ojos sobrecogido. Volteé para ver qué era lo que estaba mirando y me encontré con una Nuncia fantasmagórica. Estaba blanca, muy blanca, mucho más que de costumbre y tenía unas ojeras que el Conde Drácula hubiera envidiado.

—¿Estás bien?, ¿estás muy pálida? —preguntó Víctor preocupado.

—Me siento de maravilla —contestó Nuncia con una sonrisa que la hacía parecer una enajenada, recién escapada de un manicomio.

—¡Vamos a bailar! El baile hace milagros —dijo Víctor abrazando a Nuncia y entrando al gimnasio.

Era evidente que Víctor no quería que Nuncia escuchara lo que quería contarme sobre Ale. Durante la clase, Nuncia hizo el esfuerzo de moverse, pero estaba tan fuera de tiempo, que parecía su primera clase de zumba.

—Nena, estás re drogada, ¿qué tomaste? —le recriminó Teresa, cuando la clase terminó.

—Pastillas completamente legales —respondió Nuncia—. Mi vieja se jubiló de enfermera y todavía tiene buenos amigos en el hospital y fácil acceso a los remedios. Puedo compartir, tengo varias cajas de Alplax, si alguna quiere relajarse un poco me avisa.

—¿Cuántas pastillas te tomaste? —preguntó Adriana.

—Hum..., algunas.

Empecé a reclamarle su imprudencia, pero ella me interrumpió moviendo su mano.

—Valen, ahora no, tengo algo importante que hacer. Me voy a ir a declarar, le voy a decir a Alejandro que me pasan cosas con él, que le tengo ganas, ¡qué sé yo! Lo que me salga en el momento.

Ena fue la primera en reaccionar.

—¡Es una pésima idea!, ¡por favor, no lo hagas! —rogó colocándose frente a ella para impedirle el paso.

—Nu, esta noche no trabajo, ¿qué te parece si vamos a mi casa, cenamos y hablamos tranquilos? —dijo Víctor, intentando ser persuasivo, él también se veía tan asustado como Ena.

—Después, ahora voy a ir a ver Alejandro.

Nuncia estaba actuando como una zombie y no iba a haber forma de convencerla para que desistiera de su idea. ¿Ella en verdad creía que tenía alguna posibilidad, o simplemente se sentía inmune porque estaba tan lastimada que, no era capaz de imaginar algo que pudiera hacerla sentir peor?

Estábamos en el primer piso y Nuncia vio que Alejandro estaba en la planta baja, afuera del salón, hablando con unos alumnos. Ella empezó a bajar las escaleras, pero en ese momento apareció Inés y lo saludó con un fuerte y ruidoso beso en la boca.

Nuncia quedó paralizada, en medio de la escalera, contemplando la cariñosa escena.

—¿Qué? ¡No lo puedo creer! —murmuró Lala.

Una vez más, Ena fue la primera en reaccionar. Tomó a Nuncia del brazo y la sacó del gimnasio, para que nadie pudiera notar ni tampoco burlarse, del asombro y la decepción que estaban dolorosamente reflejados en su rostro.

## CAPÍTULO 18

Cuando salimos del gimnasio, Nuncia ya se había ido.

—Ena, ¿cómo dejaste que se fuera? —le reclamó Teresa.

—No la pude detener. Me dijo que no nos preocupáramos, que quería irse a su casa a dormir.

—¡Arriba los corazones! —gritó Víctor—, Nuncia va a estar bien y ustedes la van a pasar bomba conmigo.

Víctor nos llevó a su departamento, puso música brasilera y mientras cenábamos, contó chistes para intentar reanimarnos. Sin embargo, nuestro ánimo continuó sombrío. La nueva decepción de Nuncia hacía tambalear la ilusión de que, nuestra vida, podía cambiar más allá de los kilos.

—Esta noche amerita un par de cervezas —afirmó Teresa.

—A vos te viene bien cualquier excusa —comenté.

Esta vez, ni Lala ni Ena pusieron resistencia. La depresión reinante, sumada al abundante alcohol, sólo podía tener un resultado: una borrachera triste.

Víctor no tenía ninguna pena que ahogar, no obstante, se solidarizó con nosotras y tomó a la par de Teresa, y cuando la cerveza se le subió a la cabeza, abrió un armario y empezó a repartir silbatos, bonetes, antifaces y un variado cotillón que guardaba de las fiestas en La Guarida

—¡Valen, tomá un poco más! —gritó Teresa, queriendo llenar mi vaso.

—¡No! No tengo resistencia alcohólica, tomé uno y ya me siento un poco mareada. Además, alguien tiene que quedar sobrio por si pasa algo.

—¡Uh! Me olvidaba que eras la "señorita precavida" —observó Teresa.

Iba a contestarle, pero unos gritos me distrajeron. Adriana y Ena se estaban peleando por una corona.

—Hay una sola y es para mí —exclamó Adriana intentando quitársela de la cabeza a Ena.

—¡Ay, me estás arrancando los pelos! —se quejó Ena—. Es mía, yo la vi primero, además vos ya ganaste otras coronas, yo no gané ni un caramelo en toda mi vida.

Debo confesar que ninguno de nosotros intentó separarlas, verlas pelear por semejante pelotudez, a las 1 de la mañana y con un poco de alcohol encima, resultaba sumamente divertido.

—¡Ya sé! —gritó Adriana—. Vamos a hacer un concurso, la que tenga peor vida, se queda con la corona y se convierte en la "Reina de las fracasadas".

—Es una lástima que no esté Nuncia, sino se la dábamos directamente a ella —bromeó Teresa.

El chiste de Teresa provocó un estallido de risas, pero no logró distraer a las dos aspirantes al trono.

—¡Dale, Ena!, es obvio que yo soy la ganadora indiscutida de esta competencia. No terminé una carrera que me gustaba, no triunfé como modelo, tengo un trabajo soporífero,

estoy sola como un perro y encima soy gorda.

—Yo también soy gorda —respondió Ena, poco dispuesta a dejarse convencer—. Odio mi carrera y, por más que estudio como una condenada, me va mal, y también estoy sola así que...

—Sí, Ena —la interrumpió Adriana—. Pero, la diferencia es que vos tenés 20 años, en cambio yo tengo 34, estoy envejeciendo y me queda poco tiempo.

Nuevas risas festejaron los disparates que estábamos escuchando.

—¡Me encanta entretenerlos! —murmuró Adriana con rencor—. ¡Ya sé!, les voy a contar mi vida para que no les quepa ninguna duda de que yo soy la legítima ganadora de esa corona.

Adri se sentó en el sillón en la posición de loto, o mejor dicho, lo más parecido a la posición de loto que el sobrepeso y el alcohol le permitían.

—Cuando tenía 12 años mi papá se enfermó, tuvo un cáncer de pulmón y estuvo muy grave. Yo era la hija mayor, así que tuve que ocuparme de mis hermanos y a la vez, contener a mi mamá. Tres años después, contra todos los pronósticos, mi viejo se recuperó, hoy lleva una vida súper sana y tiene un estado físico mucho mejor que el mío.

—¡Qué lindo que ya está bien! —murmuró Lala, que estaba a punto de dormirse.

—Pero, en el gimnasio mi papá conoció a otra mujer y se enamoró —continuó Adriana.

Su última palabra sirvió para despabilar por completo a Lala, que se sentó para escuchar atentamente la historia.

—Mi mamá, que creía que un matrimonio de casi 20 años no podía quebrarse con nada, se encontró, de pronto, divorciada y con tres hijos a su cargo. Ella cayó en una depresión y yo tuve que asumir nuevamente, el papel de hermana mayor y hacerme cargo de todo.

Adriana hizo una pausa para vaciar su vaso y Ena, conmovida ante su relato, se quitó la corona y la puso en la cabeza de su rival.

—La depresión de mi vieja se acabó cuando volvió a casarse. Para ese entonces, mis hermanos ya eran más grandes y yo con 21 años, por fin conocía la libertad. Además de trabajar como modelo, estudiaba inglés, pero mi verdadero sueño era viajar por el mundo.

—Y si ya no tenías ninguna responsabilidad, ¿por qué no te fuiste? —preguntó Ena.

—Porque conocí a Mario, mi ex, y eso cambió todos mis planes.

—¿Cómo es físicamente?, ¿está bueno? —quiso saber Víctor.

—Normalito, aunque cuidaba mucho su apariencia y por eso, algunas veces llegabas a encontrarlo muy atractivo.

—¿Fue amor a primera vista? —preguntó Lala cada vez más interesada en la historia.

—¡Nooo! —respondió Adriana moviendo la cabeza enérgicamente—. Al principio no le di ni la hora. Quería irme a trabajar afuera y disfrutar de mi libertad recientemente adquirida, pero también tenía miedo.

—¿Miedo de qué? —pregunté.

—No sé —dijo Adriana pensativa, estirándose para agarrar la botella de cerveza—, tal vez temía no ser lo suficiente fuerte. Y ese temor fue lo que me llevó a aceptar a Mario. Él, un hombre seguro, controlador y posesivo, me ofrecía lo que nunca había tenido.

Alguien que se encargara de mí, que tomara las decisiones y asumiera los riesgos. Por primera vez en mi vida me sentía protegida, y esa era una sensación demasiado tentadora como para rechazarla.

—Pero, ¿lo amabas? —susurró Lala abrazada a un almohadón, temiendo la respuesta que iba a recibir.

—¡Ah, Lala!, con el tiempo te encariñás y hasta hubo un momento en el que me creí enamorada, aunque la ilusión me duró poco.

—Te metió los cuernos —afirmó Teresa.

—¡Obvio! —respondió Adriana con una sonrisa amarga—. La primera vez fue con una compañera de la facultad, la segunda con una vecina, la tercera con mi prima.

—¿Con tu prima?! —gritamos todos al mismo tiempo.

Adriana hizo un gesto de asentimiento mientras tomaba un sorbo de la botella.

—No entiendo, ¿por qué no lo dejaste? —pregunté.

—Las cosas se habían complicado. Yo había dejado mi carrera de inglés para encargarme del Pet Shop que Mario había comprado. Lo compró con mis ahorros, pero él se llevaba mensualmente casi todas las ganancias.

Adriana suspiró y se acostó en el piso antes de continuar:

—Me sentía muy triste y en ocasiones tenía unas ganas abrasadoras de salir corriendo y no volver más. Pero, ¿correr a dónde? Me había quedado sin plata, sin carrera y sin sueños. Además mi vieja, que nunca pudo sobrevivir sin un hombre, me insistía con que Mario era un excelentísimo partido y que yo, bonita y todo, no iba a poder enganchar a otro hombre igual.

—¿Le contaste a tu mamá sobre las infidelidades? —quiso saber Lala.

—Sí.

—¿Y a pesar de eso quiso que te quedaras con él?

—Lala, para mi vieja, todos los hombres son infieles, lo mejor que puede hacer una mujer es hacerse la tonta y no darse por enterada, ¿Quién está roncando? —dijo Adriana levantándose con dificultad del suelo.

Ena, que no estaba acostumbrada al alcohol, se había dormido profundamente y eso le molestó mucho.

—Si mi historia los aburre, no hablo más —murmuró recostándose sobre un sillón.

—No, seguí, yo sí te quiero escuchar —suplicó Lala.

—Sigo a pedido del público —balbuceó Adri, la cerveza le estaba haciendo estragos—. Yo era hermosa y a Mario le gustaba exhibirme como a un florero. No me acuerdo si les conté que él es ingeniero civil. Bueno, la cosa es que cuando tenía 29 años, empecé a comer para intentar llenar ese hueco de insatisfacción que sentía en el alma y que se hacía cada vez más grande. Como consecuencia, el bonito florero comenzó a ensancharse y Mario empezó a buscar excusas para no salir conmigo a ningún lugar público.

—¡Adri, por Dios! —dije poniéndome de pie porque su relato me había hecho poner furiosa—. ¿Cómo no le pegaste una patada en el culo y lo sacabas de tu vida?

—No sé, Valen, te juro que no sé por qué lo aguanté. Estaba asustada y desorientada. Mario me había separado de todas mis amigas, la única persona con la que podía hablar era mi vieja, y ella, que estaba más desesperada que yo, me exigía que adelgazara porque de lo

contrario, iba a perder a mi novio y según ella, con 30 años ya no iba a poder seducir a nadie que valiera la pena.

—¿Querés que lo busque y lo muela a palos? —preguntó Víctor.

—Sí, vamos ahora a golpearlo —lo apoyó Lala agarrando con fuerza una matraca.

—No podemos, está en Alemania. Él logró destacarse en su carrera, abrió las alas y voló. ¿Y Adriana?, ¿qué pasó con la tonta y rechoncha Adriana? —preguntó ella, intentando en vano tener el equilibrio suficiente para pararse arriba del sillón—. Ella se quedó allí, congelada, espiando la vida a través de la vidriera de su detestable Pet Shop.

Fui una de las últimas en dormirme, y lo último que vi, antes de que se me cerraran los ojos, fue a Adriana, con su corona, mirando pensativa su reflejo en un gran espejo que había en el comedor.

## CAPÍTULO 19

“Sé que es un sueño, pero aun así, no puedo evitar la angustia sórdida que me provocan los aplausos que hacen vibrar el salón. Conozco el final de esta escena, la he soñado tantas veces. Sé que el valor estará ausente y que su lugar será reemplazado por una infinita vergüenza. Sin embargo, me dejo llevar por una esperanza fugaz, quizás esta vez logre pararme y gritar que se trata de un error, quizás, aunque sea en sueños, pueda alcanzar una redención...”

Un grito me despertó, me tomó unos segundos darme cuenta de que estaba en el comedor de Víctor y que la que había gritado era Adriana.

—Casi me matas de un infarto, ¿qué te pasó? —pregunté de mal humor.

—Pisé uno de los vasos que estaba en el suelo y se me clavaron los vidrios —gimió Adriana, mientras su media blanca se iba tiñendo de rojo.

El grito también despertó a Lala y a Víctor, él fue a buscar el botiquín, y nosotras ayudamos a Adriana a sentarse. Teresa y Nuncia dormían como si nada, las miré con resentimiento, seguramente sus sueños eran mucho más agradables que los míos.

—Me duele mucho—, se quejó Adriana.

Víctor le limpió la herida con agua oxigenada.

—Esto se ve mal, hay que ir al hospital, tal vez te tengan que dar algunos puntos —dijo él un poco preocupado.

—¿Qué obra social tenés? —pregunté.

—¿Qué?, ¡Ah! OSDE —respondió Adriana que todavía estaba un poco ida por el alcohol.

Le pusimos la campera, pero cuando Lala quiso quitarle la corona, ella se resistió enérgicamente. Adriana fue la que más había tomado la noche anterior y por eso, a pesar de que ya eran las 6 de la mañana, todavía estaba ebria.

—¿A qué hospital vamos a ir? —pregunté.

—Yo tengo la misma obra social y conozco un hospital que está acá cerca y en el que, por lo general, hay poca gente —afirmó Víctor.

Quince minutos después, estábamos en la puerta del hospital. Con Lala, ayudamos a bajar a Adriana y Víctor se fue a buscar un lugar para estacionar. Sin embargo, cuando Lala se dió cuenta de dónde estábamos, gritó:

—¡No, en esta clínica no!, ¡por favor, vamos a otro lado! —suplicó, soltando a Adriana y tirando todo su peso sobre mí.

La miré asombrada.

—Adri está sangrando un montón, ¿qué tiene de malo este hospital? —pregunté.

—Emiliano trabaja acá —murmuró Lala, mirando nerviosa hacia los costados.

El amor imposible de Lala, el hombre con el que soñaba desde siempre, podía estar a unos metros de nosotras.

—¡Lala, por Dios!, Adriana es muy pesada, apenas si puedo sostenerla, no puedo llevarla yo sola.

La susodicha pareció despertarse con mi comentario y balbuceó:

—¡Eh!, no soy tan pesada, estoy mucho, mucho, mucho más flaca.

Sin hacerle caso, seguí intentando convencer a Lala para que entrara con nosotras.

—¿Estás segura de que trabaja acá?, ¿cuál es su especialidad?

—Conozco su vida como si fuera la mía. Él trabaja acá, es cardiólogo.

Respiré aliviada.

—Lala el hospital es enorme y nosotros vamos a la guardia. Además, es sábado a la madrugada, no es probable que nos encontremos con él.

Ella asintió poco convencida y antes de entrar se, hizo la señal de la cruz y rogó:

—¡Virgencita, te lo pido, te lo suplico, por favor que no me lo vaya encontrar!

En la guardia había poca gente, Lala se sentó con Adriana y yo fui a registrarla. No obstante, cuando me tocó el turno, la herida, que por momentos estaba despierta y por momentos dormitaba, gritó:

—¡Valen, pedí que me atienda un médico hombre, mayor de 35 y soltero!

Lala, que se había puesto roja, le tapó la boca y le suplicó que se callara. Veinte minutos después nos hicieron pasar, las curaciones estuvieron a cargo de una doctora, que aunque simpática, no era lo que Adriana hubiera deseado. Ella tuvo que recostarse en la camilla y para no estropear su preciada corona, se la quitó cuidadosamente y la puso sobre la cabeza de Lala murmurando:

—Después me la devolvés, ¿eh?

Por suerte, no necesitó puntos. Cuando salimos del consultorio, Víctor agarró a Adriana, pero con el pie vendado, ella caminaba mucho más lento que antes.

—Los espero en el estacionamiento —dijo Lala, a punto de tener un ataque de nervios.

Ella abrió bruscamente la puerta, dispuesta a salir casi corriendo, pero al hacerlo, chocó de lleno contra un médico que estaba ingresando.

—Perdón —murmuró Lala.

Durante unos segundos, el médico se quedó mirándola pensativo, como si su rostro le resultara familiar.

—¿Lala? —preguntó.

Lala, que estaba de espaldas a él y a punto de continuar con su huida desesperada, se quedó inmóvil.

—¡Ay, mierda! No podemos tener tanta mala suerte —susurré.

Ella volteó lentamente y lo miró con cara de espanto.

—¡Sí! Sos Lala —aseguró él— ¿Te acordás de mí? Soy Damián, vivíamos en el mismo barrio.

Suspiré aliviada, él no era Emiliano, aunque era una lástima porque se veía un hombre muy agradable.

—Sí, claro que me acuerdo. ¿Cómo estás? —dijo Lala sonriendo y relajándose un poco.

Él se acercó y le dio un abrazo.

—Bien, soy cirujano y trabajo acá. ¿Y vos?, ¿cómo está tu abuela?, ¿estas acá por ella?

—No, mi abuela está bien. Vine a acompañar a una amiga que tuvo un pequeño accidente.

Adriana, al escuchar que la mencionaban, decidió presentarse:

—Hola, soy Adriana. Me hubiera encantado que me atendieras vos. No se te ocurra pensar mal de nosotras, estamos siguiendo el tratamiento al pie de la letra, lo de anoche sólo fue una recaída, un par de cervezas ante un momento de debilidad.

Damián sonrió, se veía contento de haberse encontrado con Lala y no tenía apuro en terminar la conversación. Ambos se quedaron unos segundos en silencio, sin saber qué decir, hasta que de pronto él pareció recordar algo.

—¿Te acordás de Emiliano? Él también trabaja acá, debe estar por llegar en cualquier momento.

Lala se puso pálida y casi se cae al suelo, para ayudarla, murmuré.

—Lala, ¿Vamos? Nos están esperando.

—Me tengo que ir —dijo ella a modo de despedida.

—Claro, fue un gusto verte de verte de nuevo —respondió él y aunque pareció querer decir algo más, finalmente se quedó callado.

Tuvimos que sacar arrastrando a Adriana, ella no quería irse porque le había gustado el doctor.

Durante el viaje de regreso, Lala estaba muy callada.

—Por suerte nos encontramos con Damián y no con Emiliano —observé.

—¿No te das cuenta?, ¿no escuchaste lo que dijo Adriana? Si Damián le cuenta a Emiliano que me vio, lo más lógico es que él le pregunte cómo me vio, y estoy segura que la respuesta va a ser: "Tenía una ridícula corona de cartón en la cabeza, sigue gorda como entonces, pero dentro de todo no le va tan mal, ahora está en un tratamiento de rehabilitación para alcohólicos" —afirmó Lala, en medio de un llanto desconsolado.

\*\*

Mi convivencia con Ena iba muy bien, ella era muy tranquila y cuando lograba superar su timidez, llegaba a ser muy graciosa. Además, sus habilidades culinarias resultaron una bendición para mí. Durante el desayuno del domingo, su padre llamó varias veces, pero ella eligió no contestar.

—Debe estar preocupado, ¿por qué no le decís que venga, así me conoce y ve dónde estás viviendo?

Ena ríe con ganas

—No seas ingenua, él no está preocupado, me está llamando porque seguramente Estela lo está volviendo loco. Ella debe estar muriéndose de curiosidad por saber dónde estoy y qué estoy haciendo. Cuando mi papá vuelva de viaje, voy a hablar con él en persona.

—¿Te llevás muy mal con ella?

—No, nunca hemos tenido una discusión fuerte. Siempre creí que no valía la pena gastar energías, ella no es mala, no la odio ni nada por el estilo. Estela es superficial, hueca y un poco tonta y su comportamiento le hace honor a esas cualidades, aunque sinceramente creo que ni siquiera lo hace con mala intención.

Después hablamos de temas más agradables, Ena estaba feliz con su nuevo trabajo;

Andrés, uno de sus compañeros, compartía pasión por la literatura fantástica y le había prestado algunos libros.

Me hubiera gustado dormir todo el día para que el domingo se pasara más rápido. Recordaba los domingos del año anterior, cuando había empezado a pensar que, tal vez ese día de la semana podía no ser tan malo.

Sin embargo, ahora esos recuerdos dolían porque eran vestigios de un pasado que no sabía si se volvería a repetir. Tenía una sensación de pérdida tan grande, era como si una ola de petróleo fuera a cubrirme y para evitarlo, decidí salir a caminar.

Le propuse a Ena que me acompañara, pero ella estaba leyendo uno de los libros que le habían prestado y además, era la menos deportista del grupo. Por obligación, hacía gimnasia de lunes a sábados, pero el domingo era su día sagrado de descanso y sólo un incendio lograría hacerla abandonar el sillón.

Bombur, al ver que me preparaba para salir, comenzó a seguirme y a mover la cola. El pobre iluso creía que iba a venir conmigo.

—¿Por qué no lo llevás con vos? Ya le pusieron todas las vacunas —sugirió Ena.

Estaba por mandarla a freír churros cuando pensé que tal vez no era una mala idea. Salir con Bombur me iba a llenar de tensión, y esa tensión podía ayudarme a olvidar mi desasosiego. Iba a sustituir un sentimiento desagradable por otra más desagradable todavía. No sé para qué perdía el tiempo yendo a terapia, cuando tenía una asombrosa habilidad innata para manejar mis emociones.

Mientras paseaba a Bombur, que ladraba, corría y se interesaba por todo, le envié un mensaje a Nuncia avisándole que estaba en los bosques de Palermo. Ella no había contestado nuestras llamadas, así que me sorprendió cuando me contestó que iba en camino.

Dos horas después, un Bombur completamente agotado, reposaba a mi lado en el césped.

—Se ve cansadísimo —dijo Nuncia.

—Sí, lo llevé por todos lados y hasta lo hice correr, quiero que quede grogui así no me molesta el resto del día —contesté satisfecha ante mi inesperada habilidad para entrenar perros—. ¿Cómo estás?

—Me levanté con ganas de seguir durmiendo durante 100 años, pero me quedé sin pastillas y tengo que esperar a que mi vieja me mande más. Le pedí el favor a Elina y ella me mandó muy dulcemente a hacer gimnasia.

Nos quedamos calladas viendo a la gente pasar.

—Me encanta ver a la gente correr, y siempre que lo hago siento estos deseos irracionales de ponerme a correr como una loca, correr hasta quedarte sin aliento —confesé.

—¿Y por qué no lo haces? —preguntó Nuncia.

—No sé, el deseo bulle por dentro, pero por fuera permanezco sentada impasible, fija en mi lugar.

—Cuando era chica odiaba los lunes —comenzó Nuncia, y cualquiera que escuchara nuestra conversación se sorprendería al notar que saltábamos de un tema al otro sin inmutarnos—, los odiaba porque en la escuela me hacían bullying, y el lunes representaba

una nueva semana de humillaciones. Durante la facultad me olvidé de esa aversión, y cuando empecé a trabajar en el banco, el lunes se volvió el día de la esperanza, porque era el día en el que se solían dar los ascensos y los traslados.

Nuncia guardó silencio y yo no la presioné para que continuara.

—¿Querés una barra de cereal? —pregunté.

Nuncia aceptó y yo tuve que compartir la mía con Bombur.

—El lunes de mañana es otra cosa. Se ha convertido en la encarnación de todas mis peores pesadillas —continuó Nuncia—. Quiero que el tiempo se detenga y que el sol no vuelva a salir, siento que cuando llegue el amanecer me voy a desangrar.

—Si yo estuviera en tu lugar, renunciaría.

—¿Renunciar? —preguntó Nuncia, abriendo mucho los ojos, como si esa posibilidad nunca hubiera pasado por su cabeza.

—Sí, Nu, renunciaría. Ya no tenés nada que hacer en ese lugar.

—Valen, vos podrías renunciar porque tenés casa propia y viejos que te pueden ayudar. Pero, si yo renuncio, ¿de qué voy a vivir? El dedal en la que vivo me consume casi la mitad del sueldo, mis viejos viven en el campo y están jubilados, no les puedo pedir plata.

—¿No tenés ahorros?

—Sí, pero gasté una parte el año pasado cuando les regalé a mis viejos un viaje al Caribe para que festejaran sus 40 años de casados. Lo que me queda se me iría en cinco meses sólo con el alquiler.

—Vení a vivir a mi casa —dije y hasta yo misma me sorprendí de la tranquilidad con la que había pronunciado esas palabras, los efectos del yoga eran asombrosos.

—Gracias, pero las dos sabemos que para vos sería un sacrificio tener que vivir con dos personas. Lo que hiciste por Ena fue casi una inmolación.

—Tenés razón, me gusta vivir sola. Sin embargo, con. Ena y la bola de pelos —dije señalando a Bombur—, mi tranquilidad ya está rota. La diferencia fundamental está entre vivir sola o con gente. Cuando vivís con gente, da lo mismo que sean dos, tres o seis. Además, no va a ser para siempre, estoy segura de que vas a conseguir muy rápido otro trabajo.

—¡Renunciar! —exclamó Nuncia y los ojos le brillaban de la misma manera en la que lo hacían cuando dijo en la terapia, que quería volar el banco.

Nuncia estuvo meditando la idea un largo tiempo, no dijo nada, pero su semblante había cambiado. Ya no era la mujer derrotada que se había sentado en el césped una hora atrás.

—¿Cómo estás llevando lo de Ale? —pregunté.

—¿Lo de Ale? —preguntó Nuncia sin entender—. ¡Ah!, lo de él e Inés. Si en este momento mis ambiciones profesionales no se estuvieran yendo a la mierda; si no estuviera comprobando, de la manera más amarga, que tantos años de estudio y de esfuerzo no me sirvieron da nada. Si tuviera una vida, no te digo exitosa, sino normalita, entonces capaz que sí podría darme el lujo de sentirme mal porque el hombre que me atraía, eligió a la modelo hueca y no a la gordita inteligente.

—¿No estás enamorada de él?

—¿Enamorada de él? —rió Nuncia—. No, por supuesto que no. Tenemos en común el amor por el jiu jitsu, pero si salimos de ahí, no podemos hablar de nada. Él no es muy culto que digamos. Me atraía físicamente, no lo niego, y mi baqueteado ego se sentía bien por la atención que recibía de él, pero nada más. Creo que sólo sería capaz de enamorarme de un hombre con el que pudiera pasarme hablando toda la noche, sin aburrirme.

Había oscurecido y estaba empezando a hacer mucho frío. Bombur, a pesar de mi insistencia, se negó a caminar, estaba fulminado, así que tuve que llevarlo alzado hasta mi casa. Iba a tener que comprar un jabón de lavar más fuerte para desinfectar mi ropa y sacarle el olor a perro.

## CAPÍTULO 20

El lunes, Nuncia presentó su renuncia. Después de desearlo durante mucho tiempo, ella por fin se había animado a abandonar el lugar que tanto odiaba. ¡Era libre! Sin embargo, a veces la libertad es difícil de manejar.

Durante sus primeros días como desempleada, se mostró valiente y optimista, pero cuando terminó de instalarse en mi casa, su brío se esfumó. Dormía gran parte del día, era evidente que estaba haciendo uso y abuso del Alplax, y sólo se levantaba para comer o ir al gimnasio.

—Déjenla, ella está haciendo un duelo por sus ilusiones rotas. En unas semanas seguro que se le pasa —aseguró Teresa.

De todas formas, confiaba en que el viaje a Mar del Plata, que planeábamos hacer ese fin de semana, fuera suficiente para estimularla un poco.

El jueves, Lala no fue a la clase de jiu jitsu y llegó tarde a la terapia. Era tan transparente que apenas la vimos, nos dimos cuenta que algo la angustiaba.

—¿Te pasa algo? —preguntó Amille.

—Sí, estoy muy decepcionada de mis compañeros de trabajo —respondió Lala con los ojos húmedos—. Con las chicas nos vamos a Mar del Plata este fin de semana, por eso les avisé a mis compañeros que no iba a ir el sábado, mi jefe ya me había autorizado. Y ellos reaccionaron mal.

Lala se sonó y luego continuó.

—Me hicieron sentir como si fuera una mala persona que estaba esquivando el trabajo y aprovechándome de ellos. Yo siempre me encargo de los trabajos más duros y cumplo los horarios que nadie quiere o puede hacer. Vivo haciendo favores a todo el mundo y nunca pido nada. Este es el primer favor que pido en 6 años, ¿cómo pueden ser tan egoístas?

—Vos misma lo acabas de decir —observó la doctora—. ¿Existe algo más cómodo y más genial que un compañero de trabajo que hace las labores más pesadas y que nunca se queja? ¿Existe algo más ventajoso que un compañero de trabajo que nunca diga que no?

EL resto de la sesión lo dedicamos a hablar sobre la gente tóxica, y la discusión se extendió a la cena. Lala sugirió ir a Tierras Verdes, pero Teresa se negó con firmeza y terminamos cenando en mi casa.

—Lala, dejá de hacer de Celestina. Si Gabriel estuviera interesado, me habría pedido el teléfono. Dejalo así —pidió Teresa.

Lala decidió no insistir con el tema de Gabriel, pero en cambio, se dedicó por entero a intentar consolar a Nuncia por la decepción con Alejandro, y ella, con una paciencia que le desconocía, trato de explicarle que estaba bien:

—No estaba enamorada de él, me atraía, nada más. Si ése fuera mi único problema en estos momentos, te aseguro que estaría feliz.

—Ena, a vos nunca te cayó bien, ¿ya sabías que entre Inés y él pasaba algo? —pregunté.

—No, no me caía bien porque lo escuché hablando mal de nosotras —confesó Ena.

—¿Hablando mal?, ¿cuándo?, ¿qué fue lo que dijo? —preguntó Nuncia, que fluctuaba entre el asombro y el enojo.

—Una vez escuché una conversación entre Pablo, Javier y Alejandro. Los dos primeros se estaban riendo de nosotras, haciendo chistes sobre lo gorda que éramos y bla, bla, bla.

—Pero Alejandro no se ríe con ellos, ¿no? —preguntó Lala esperanzada.

—No lo escuché reírse, aunque sí lo escuché decir que le dábamos pena, esas fueron sus palabras y creo que me dolieron más que las risas. Él nos tiene lástima.

—¿Por qué no nos contaste? —quiso saber Teresa.

—Porque ustedes creían que le agradábamos, y eso las hacía sentirse bien. ¿Para qué las iba a desilusionar? Observé mucho a Nuncia y me di cuenta que el supuesto enamoramiento de ella por Ale, únicamente existía en la mente de Lala, así que no vi la necesidad de tirarles la fantasía abajo.

—¿Cuándo fue esa conversación? —preguntó Nuncia.

—No me acuerdo exactamente, pero fue durante nuestras primeras semanas en Olympus.

Nuncia escuchó la confesión de Ena sin alterarse, su tranquilidad podía deberse a que la noticia no la sorprendía tanto, o a que el Alplax la tenía demasiado aletargada.

—¿No estás enojada con él? —le preguntó Teresa.

—No, él dedica mucho tiempo y esfuerzo a su cuerpo, y cuando nos vio por primera vez, es lógico que haya sentido pena al ver que nosotras no le

dedicábamos ni un segundo a los nuestros.

—¿Lo estás defendiendo?! —gritó Adriana.

—No lo estoy defendiendo, estoy diciendo que cada uno ve el mundo a través de sus propios ojos y con sus propias limitaciones. Estoy segura que ahora que nos conoce mejor, cambió un poco de idea.

—Sí, tal vez ahora le damos un poco menos lástima que antes — comenté riendo porque el tema ya me hacía gracia.

—Probablemente —sentenció Nuncia.

Lala no volvió a hablar durante el resto de la cena. Primero sus compañeros de trabajo y luego Alejandro, eran demasiadas desilusiones juntas y le estaba costando asimilarlas. No obstante, antes de irse preguntó:

—Me gusta ser amable y pensar lo mejor de la gente, pero eso no significa que sea una tonta, ¿ustedes creen que soy tonta?

—No Lala, yo no creo que seas tonta. Creo que sos demasiado buena e inocente para este mundo de mierda —sentenció Nuncia.

Lala la miró y más pensativa que antes, salió de mi casa.

## CAPÍTULO 21

Como el lunes era feriado, planeábamos quedarnos en Mar del Plata tres días. Inicialmente, organizamos el viaje para poder ir al certamen de Miss Argentina, Víctor iba a bailar en la apertura y nos consiguió entradas en los primeros lugares.

Sin embargo, luego nos enteramos de que ese fin de semana se iba a realizar, en la misma ciudad, unas jornadas de yoga. Estaban destinadas a alumnos de un nivel mucho más avanzado que el nuestro, pero Lili nos invitó a participar un par de horas, el domingo.

—¿Qué vas a hacer con Bombur? —le pregunté a Ena el viernes a la mañana.

—¿Cómo qué voy a hacer?

—¿Con quién se va a quedar el perro cuando nos vayamos?

—Pensaba dejarlo en patio —respondió Ena con tranquilidad.

—Sí, con mucha agua y comida, aguanta perfectamente —opinó Nuncia.

Las miré estupefacta, ¿y ellas se declaraban amantes de los animales? La imagen de Bombur pegado al vidrio, esperando en vano durante 3 días, ver aparecer a alguien, me rompió el corazón. Estaba indispuesta y eso me ponía inusualmente sensible.

—A mis padres les encantan los perros, se lo podés dejar a ellos —le propuse a Ena.

Mientras terminábamos de desayunar, observé que Bombur se estaba rascando con muchas ganas.

—Ena, ¿puedo bañar a Bombur? Además del olor que tiene, se está rascando mucho.

—Sí, creo que sí.

—¿Creo?, ¿tenés el número del veterinario para preguntarle?

—Todavía no tiene veterinario, pero no te hagas problema, ya lo baño yo después. Estoy llegando tarde al trabajo, nos vemos en la noche —dijo Ena corriendo hacia la puerta.

Estaba empezando a conocer a Ena, y sabía que ella tendía a dilatar las cosas, es decir que el famoso baño, podía postergarse hasta que volviéramos de Mar del Plata.

—Valen, te estás haciendo problema por nada. Meté al perro en la bañera, le ponés un poco de champú, si no tenés champú de perro, ponele el tuyo o de última usá detergente, lo refregás, lo secás con alguna toalla, ¡y listo!

Después de su sabio consejo, Nuncia regresó a la cama. En el patio, un Bombur mugriento se rascaba como sarnoso.

“No voy a hacer absolutamente nada, tendrá que aguantarse la picazón hasta que Ena se encargue, no es mi perro”, me dije y contenta con mi resolución, me preparé para salir y continuar con mi vida.

Una hora después, estaba con Bombur en la veterinaria, le compré un champú para perro con un intenso aroma, un cepillo para peinarlo y una pipeta para pulgas.

El resto de la mañana la pasé intentando que se quedara quieto para poder darle un baño profundo. Para la hora del almuerzo, Bombur estaba impecable y yo agotada.

El sábado a primera hora emprendimos el viaje, y el pulcro Bombur quedó en casa de mis padres.

Las 6 íbamos a convivir las 24 horas, durante 3 días seguidos, cabía esperar que pudiéramos afrontar el desafío sin matarnos o sin terminar peleadas a muerte.

Teresa prohibió el color negro y se encargó de revisar, uno por uno, todos los bolsos para asegurarse que ninguna estuviera llevando de contrabando, una prenda de ese color.

Adriana fue la encargada de realizar las reservas, pero como la ocupación hotelera estaba completa, sólo conseguimos lugar en un apart hotel en las afueras de la ciudad.

Cuando llegamos, dejamos las cosas en el hotel y luego de almorzar, fuimos a la playa.

—¡Estoy súper emocionada!, si sigo adelgazando a este ritmo, tal vez este verano pueda ir a la playa —dijo Lala.

—¿Me vas a decir que nunca fuiste a la playa ni te metiste al mar? —preguntó Teresa.

—No. Siempre fui gorda, nunca usé ni una malla ni mucho menos un bikini. Me tomaba las vacaciones en invierno y, cuando viajaba, lo hacía a lugares fríos, donde no hubiera necesidad de quitarse la ropa —confesó Lala.

—Yo igual —dijo Ena—. Mi familia siempre veranea en Punta del

Este y a mí me daba vergüenza que me vieran en malla, así que, mientras la gente jugaba en el agua, yo estaba vestida como un esquimal y metida debajo de la sombrilla. Lo bueno es que, por lo menos leía y me entretenía. Cuando fui más grande, siempre encontraba una buena excusa para quedarme en casa y no viajar con ellos.

—Ustedes dos no van a volver a capital sin haberse puesto un bikini y sin haberse tirado al mar —afirmó Teresa.

En la playa encontramos un vendedor ambulante de trajes de baño, y Teresa, que era la única que había llevado un bikini, insistió para que el resto nos compráramos algo similar. Las mallas enterizas estaban prohibidas.

—Estoy más flaca que antes, pero sigo gorda, miren los rollos que tengo en la panza —se quejó Adriana.

A pesar de que era invierno, pudimos zambullirnos en el mar porque había sol y la temperatura estaba agradable. El agua nos hizo olvidar nuestros complejos e inseguridades, y nos permitimos disfrutar del mar.

Había gente en la playa, al observarnos, algunos de ellos habrán visto a seis chicas divertirse y reír en el agua; otros, habrán visto a seis gordas caraduras, vestidas con llamativos bikinis que apenas les cubrían las curvas. El mundo es según la forma en la que se lo mire, y en ese momento, nosotras lo mirábamos a través del cristal del optimismo.

—Me gustaría nadar, nadar y nadar hacia el horizonte, como si fuera libre —exclamó Adriana.

—Adri, sos libre —afirmé.

—¿Sí? —preguntó ella pensativa—. ¿Y por qué no se siente así?

Al atardecer, tuvimos que salir y regresar al hotel, estaba empezando a hacer muchísimo frío.

—Tanta gimnasia me está endureciendo las carnes, ya casi no tengo nada fofo —comentó Nuncia—. Este verano, me voy a comprar un trikini, el más finito que encuentre, y me voy a subir arriba de la estatua del lobo de mar a mostrar mi cuerpo, para que los turistas me saquen fotos.

Y segundos después agregó:

—Seguramente, para ese entonces voy a seguir desocupada, así que puedo cobrar por las fotos. Tal vez me cree un sitio web en donde suba fotos hot. Mi página se podría llamar: “La sexy ex-fat”.

Le reclamamos a Nuncia por su pesimismo, pero ella siguió haciendo planes de emprendimientos triple X.

A la noche, nos preparamos para ir al evento de Miss Argentina. Adriana tomó el rol de asesora de vestuario y maquilladora. Cuando terminamos de arreglarnos, nos miramos en el espejo satisfechas, habíamos quedado bastante bien.

Víctor nos consiguió lugares en la segunda fila, así podíamos ver de cerca a las candidatas.

—La parte más interesante, la que más vamos a disfrutar es la del final, cuando las candidatas tienen que responder preguntas —afirmó Ena.

—Espero que sean las minas más estúpidas del planeta. Ya son lindas, si encima son inteligencias es una injusticia —dijo Nuncia con resentimiento.

Adriana estaba callada, ella había ganado concursos de belleza en el pasado y creí que le creaba nostalgia ver este tipo de eventos. Sin embargo, cuando Lala le preguntó si extrañaba los concursos, ella contestó:

—No, creo que no. Si soy objetiva y no idealizo un pasado sólo por ser pasado, creo que en ese entonces era tan infeliz como lo soy ahora. Con la diferencia de que estaba más mareada, y eso me ayudaba a ocultar ante mí misma esa tristeza. Además, mi mamá disfrutaba más que yo cada corona, y mi ex novio también estaba feliz, porque podía presumir que tenía una novia linda. Me gustaba ponerlos contentos.

Víctor y sus bailarines hicieron una coreografía para la apertura y luego, las candidatas, con sus bellos rostros y sus atractivos cuerpos, comenzaron a desfilan.

Todas, excepto Adriana, las observábamos con detenimiento, aplaudiendo por cortesía y sin mucho entusiasmo, cuando no quedaba otra opción. Contemplar la belleza de una mujer a veces duele, y más si la persona que la está contemplando es otra mujer.

El momento esperado con ansias por Ena y Nuncia finalmente llegó. El jurado comenzó a hacerles preguntas a cada una de las candidatas, y las respuestas podían colocarse en tres diferentes grupos: respuestas muy buenas, respuestas aceptables y respuestas bochornosas. Este último grupo era el que más deleite causaba entre nosotras.

Nuncia, Ena y Teresa cuchicheaban y reían cuando las respuestas rozaban el absurdo.

—¡No sean malas! —les reclamó Adriana—cuando estás arriba de un escenario y frente a cientos de personas, te ponés nerviosa y contestás cualquier cosa. Estoy segura de que la mayoría es inteligente.

Una de las candidatas estaba trabada en una pregunta:

—¿Quién pintó La Gioconda?

—Un pintor italiano. Eh..., Leonardo..., Leonardo..., ¿DiCaprio?

La respuesta desató unas carcajadas, no sólo entre nosotras, sino también en el resto del público.

—Adri, tenés razón. Estas chicas son unas lumbreras, no sé qué hacen en este concurso, están desperdiciando potencial —murmuró Nuncia ahogada por la risa.

—Dije: “la mayoría”. Es obvio que también va a haber mujeres tontas, como en el cualquier otro trabajo o profesión.

Resultó ganadora una mujer de ojos verdes y pelo castaño, era una de las más bonitas y sus respuestas estaban dentro del grupo de las muy buenas.

Fuimos a saludar a Víctor y él nos invitó a una fiesta que hacían con todas las candidatas, se trataba más bien de una recepción, no había mucha gente. Nos sentíamos cohibidas, como si nos hubiésemos colado en el mundo de las bellas, y para disimular, decidimos sentarnos en unos sofás que había en un rincón. Minutos después, Víctor nos presentó a Cecilia, la recientemente electa Miss Argentina.

—¡Felicitaciones!, estoy segura que te va a ir re bien en el certamen de Miss Universo —exclamó Adriana.

Para nuestra sorpresa, Cecilia prefirió sentarse en el rincón, con nosotras, antes que pasear por todo el lugar, deslumbrando con su belleza. Era muy agradable, le faltaban únicamente 6 materias para convertirse en bioquímica.

Nuestro grupo comenzó a hacerse más grande. Otras candidatas se acercaron, entre ellas, Marcela, la chica que había provocado tantas risas con su inolvidable respuesta de Leonardo DiCaprio. Ella había quedado en tercer lugar y resultó ser una de las mujeres más amables que habíamos conocido. Su simpatía provocó arrepentimiento en Nuncia y Ena

—No te sientas mal por lo de DiCaprio, se notó que fueron los nervios —le aseguró Nuncia.

—¡Ay!, ¡no me hagas acordar! Debo haber quedado como la mina más tarada del mundo. Soy muy tímida, cuando tengo que hablar en público me bloqueo, se me pone la mente en blanco y no puedo pensar.

Ena le alcanzó un trago, y entre ambas continuaron consolándola por el resto de la noche.

Cuando el DJ puso la canción preferida de Lala, ella se paró y sacó a bailar a Víctor. Los dos bailaron con energía hasta que él, tuvo que ir al otro lado del salón a saludar a unos conocidos que acababan de llegar.

Lala siguió bailando sola, con movimientos suaves cerca de nuestro rincón, pero de pronto, un hombre se acercó y comenzó a bailar con ella.

—¡Mirá que bueno que está el flaco! —me susurró Teresa —, siempre digo lo mismo, las calladitas son las peores.

Por alguna razón inexplicable, el lugar que nosotras habíamos elegido, era el que atraía a más gente. Por una noche, nos habíamos transformado en mujeres populares, lo único que lamentaba era que los de Olympus no pudieran verlo.

—¿Adriana?, ¿cómo estás?—dijo una mujer de unos 50 años.

—Lucía Fernanda, bien gracias, ¿y vos?

—Yo estoy muy bien. ¡Qué bueno verte! Me habías dejado intrigada, como de pronto desapareciste de todos los desfiles y los eventos, creí que te habías casado y te habías ido a vivir afuera.

—Nada más lejos de la realidad, estoy soltera y viviendo en capital, como siempre —respondió Adriana, que estaba visiblemente incómoda.

Lucía la bombardeó preguntas, que en su mayoría estaban vinculadas a su ex, y cuando sació su curiosidad, sus ojos se centraron en mí.

—Tenés una cara muy elegante y facciones muy finas —dijo Lucía estudiándome con detenimiento—, es una lástima que estés excedida de peso, si fueras flaca estoy segura que te iría bien en concursos de belleza.

—Te lo agradezco, pero me encanta mi trabajo —contesté con una sonrisa, no sabía si me estaba tomando el pelo o si me estaba hablando en serio.

—Valentina es periodista y ha ganado muchísimos premios. Trabaja en el diario más importante del país y además, es corresponsal de Le Monde y de otras publicaciones de Estados Unidos e Inglaterra —declaró mi mentirosa amiga.

Adriana estaba envalentonada y siguió haciendo ditirambos en mi honor durante unos minutos más. Yo contemplaba conmovida, como ella enumeraba los triunfos de una carrera que me hubiera encantado tener.

—¡Querida, qué impresionante carrera! —exclamó Lucía cuando Adriana por fin cerró la boca—. Se nota que sos inteligente, desafortunadamente, esa no es una cualidad que atraiga mucho a los hombres.

Las mujeres excesivamente inteligentes y racionales tienden a quedarse solteras, te aconsejo que disimules un poco, te lo digo por tu bien.

Adri estaba por contestar, seguramente iba a inventar que estaba por casarme con un hombre superdotado, apuesto y millonario, pero le toqué disimuladamente la espalda para que se callara.

—El día que necesite inventarme un currículum, te voy a pedir a vos que me lo escribas. Lo único que te faltó decir fue que me habían nominado para el Pulitzer —le dije cuando Lucía se había ido.

—Sos joven, todavía te pueden nominar —murmuró Adriana entre dientes—. Es una vieja zorra, por algo la apodaron “LuciFer”. Ella es la responsable de que muchas chicas terminen con trastornos alimenticios.

A las dos de la mañana, la fiesta terminó porque Cecilia y las otras ganadoras, tenían que levantarse temprano para seguir con las actividades vinculadas con el certamen.

Ena y Nuncia se despidieron de Marcela con efusivas muestras de afecto, como si hubiesen sido amigas de toda la vida, y prometieron seguir en contacto.

En el viaje de regreso al hotel, Ena comentó:

—Reconozco que tenía muchos prejuicios, algunas de las chicas son amables y tienen muy buena onda, a pesar de ser bonitas.

—Debe ser lindo ser tan hermosa —exclamó Nuncia—. Imagínense el trabajo que yo podría conseguir si tuviera un cuerpo perfecto como el de ellas.

—¿Perfectas? ¡No son perfectas! Les miré minuciosamente las piernas durante el desfile, y lo único que les puedo decir, es que salí del evento feliz. Todas, absolutamente todas, tienen celulitis —afirmé con una sonrisa.

## CAPÍTULO 22

Cuando estuvimos de regreso en el hotel, Teresa comenzó a interrogar a Lala sobre el hombre con el que había bailado durante tanto tiempo.

—Se llama Rodrigo y es muy agradable. Me pidió mi número, es la primera vez que un hombre me pide el teléfono —comentó Lala asombrada.

—Y me imagino que se lo diste, ¿no? —preguntó Teresa.

—¡No, por supuesto que no! Le dije que estaba de novia.

—¿Qué?! —gritaron Adriana y Teresa al unísono.

En su defensa, Lala afirmó que se había visto obligada a mentir porque, la verdad, era demasiado larga de explicar. No estaba de novia, pero estaba enamorada, y por absurdo que sonara, le era fiel al recuerdo de un hombre que no veía hacía más de 15 años.

—Lala, tenés que dejar ir esa obsesión de una vez, estás perdiendo oportunidades importantes observó —Adriana.

—Contanos la historia desde el principio, ¿qué tiene ese hombre de especial? Porque, para esperar a alguien durante tanto tiempo, tiene que tener algo especial —dijo Ena.

Lala guardaba esa parte de su vida como un tesoro, muchas veces le habíamos preguntado por Emiliano, pero nunca antes había querido hablar de él. No obstante, esa decidió finalmente contarnos:

—Mi mamá era drogadicta, me tuvo siendo muy joven. Nunca conocí a mi papá y no estoy segura de que ella supiera quién era. Sin embargo, mi abuela siempre estuvo allí para mí. Ella es la persona más hermosa que puedan imaginar—la voz de Lala se quebró, y empecé a entender por qué había evitado hablar del tema.

Ena le trajo un vaso con agua y cuando se repuso, Lala continuó:

—Desde muy chica quedé a cargo de mi abuela, y las dos vivíamos en su vieja casona en Tandil. Tener una familia disfuncional no duele tanto, a menos que estés rodeado por “familias Ingalls”, como ocurría en mi pueblo. Me sentía diferente al resto de los niños, ellos también me sentían extraña y me aislaban, yo era la nena gorda sin papás. Era demasiado tímida, así que me quedaba la mayor parte del tiempo dentro de casa, dibujando.

—Pero, ¿qué paso con tu mamá?, ¿te abandonó? —preguntó Ena.

—Pasaban meses sin que tuviéramos noticias de ella. Luego aparecía,

jurando que ya había superado su adicción, sólo para volver a desaparecer semanas después, llevándose consigo todo el dinero que alcanzaba a robarle a mi abuela.

No podía creer que la historia que estaba escuchando fuera la de Lala. Era un relato oscuro, tan distinto a la dulce, alegre y gentil mujer que tenía en frente.

—De entre todas las familias perfectas que me rodeaban, la mejor era la de mis vecinos, la familia de Emiliano. Él era único hijo como yo, pero tenía unos padres soñados. Mi casa tenía un altillo y desde allí podía ver el patio de mis vecinos, me encantaba espiarlos, se veían tan felices.

—¿Ustedes eran amigos? — quiso saber Teresa.

—No, Emiliano tiene dos años más que yo y nunca fuimos amigos.

—Está bien, no eran amigos. Pero, ¿si jugaban y hablaban de vez en cuando, no? —insistió Teresa.

—No, aunque al ser vecinos, nos encontrábamos seguido, pero nunca hablábamos.

—¿Me estás diciendo que nunca, nunca, has hablado con él? — preguntó Teresa al borde de la desesperación.

—No, nunca.

—¡Ay, Lala! —exclamó Teresa enterrando la cabeza en la almohada.

—Un día, cuando tenía 12 años, llamaron por teléfono para avisar que mi mamá había muerto. Mi abuela, que para ese entonces tenía 72 años, al conocer la noticia tuvo un preinfarto, y la obligaron a guardar reposo durante bastante tiempo.

—¿Te encargaste vos sola de cuidarla? —pregunté.

—Mi tía Ana, que vive conmigo ahora, se quedó unos meses con nosotras para poder cuidar a mi abuela y a la vez, para ocuparse de mí. Para reanimarme, me compró pinturas y me pidió que hiciera un mural en la pared del fondo de casa, para que mi abuela lo viera cuando se recuperara. Me pasaba horas y horas pintando paisajes fantasmales de color azul, yo creía que el azul era un color mágico. Mediante él, quería alejar el miedo y la incertidumbre que sentía, al pensar que podía perder a la única persona que había estado a mi lado siempre.

—¿Y Emiliano?, ¿no hizo nada para ayudarte? —preguntó Teresa.

—Sí, lo hizo —murmuró Lala con una sonrisa.

Suspiré aliviada, la peor parte de la historia había pasado, ahora sólo

restaba saber qué había hecho Emiliano para inspirar un amor tan fuerte.

—Afuera de casa había un buzón. Normalmente, sólo llegaban facturas, revistas y folletos de supermercado. Sin embargo, yo lo revisaba siempre, no sé por qué, no había nadie que pudiera escribirme, pero me gustaba soñar con que algún día ocurriría el milagro, que dejaría de ser un fantasma y que alguien me escribiría.

—¿Te escribió una carta? —quiso saber Ena.

—No exactamente. Un día, un jueves, abrí el buzón y encontré un pequeño paquete que tenía escrito mi nombre, lo abrí con el corazón en la boca y adentro encontré un pequeño anotador de tapas azules y una tarjeta que decía: “He notado que te gusta el azul. T.A.I. “

—¿T.A.I.? —preguntó Nuncia.

—Tu amigo invisible. Nu, ¿no tuviste infancia? —pregunté.

—Evidentemente, no una tan poética como la de ustedes.

—Ya sé que piensan que es lo más cursi que han escuchado en sus vidas —continuó Lala—. Pero, a veces, son esas tonterías las que te ayudan a respirar cuando falta el aire, o cuando ya no tenés ganas de hacerlo.

—Nadie te juzga Lala, somos tus amigas, habla tranquila —la tranquilizó Adriana.

—¿Cómo supiste quién era tu amigo invisible? —preguntó Ena.

—Desde que recibí el primer regalo, no pensé en otra cosa, ¿quién podía ser?, ¿cómo sabía que me gustaba el azul? No tenía amigos y ningún niño había entrado en mi casa. Entonces, me di cuenta de que mi mural se veía desde la planta alta de la casa de al lado. Tenía que ser Emiliano, no había otra posibilidad.

—¿Durante cuánto tiempo te escribió y qué te ponía en las tarjetas? —quiso saber Ena.

—Durante dos meses encontré en el buzón, todos los jueves, un paquete con un regalo. Eran cosas muy pequeñas, una libreta, una goma, un lápiz, pero siempre eran de color azul. En total recibí 8 regalos y una sola tarjeta, la que venía con el primer regalo.

—¿Una sola tarjeta?, ¿no te escribió nada más? —preguntó Teresa.

—Aunque sabía que los paquetes sólo llegaban los jueves, revisaba el buzón todos los días, y en dos oportunidades, me sorprendí al encontrar una rosa con una estrofa de un poema de Neruda.

—¡Qué romántico! —exclamó Adriana.

—Pero, ¿cuándo dejó de mandarte regalos o cómo fue que se terminó esa amistad, por llamarlo de alguna manera, entre ustedes? —preguntó Nuncia que no parecía ni conmovida, ni convencida ante la historia.

—La salud de mi abuela quedó muy frágil, mi tía decidió que lo mejor era que dejáramos Tandil y fuéramos a vivir con ella a capital. La casa de mi abuela se vendió poco tiempo después, y yo nunca regresé a mi pueblo.

—¿Nunca lo volviste a ver?

—No, Tere, nunca lo volví a ver ni tampoco intenté contactarlo. Sin embargo, seguí su vida a través de Internet. Así supe que estudió medicina y que se especializó en cardiología. Ha estado de novio varias veces, aunque ahora creo que está solo. Sí, el tiempo pasó, crecimos, pero de alguna forma yo sigo espiándolo desde una ventana en el altillo.

La historia de Lala despertó diversas reacciones: Adriana y Ena estaban encantadas, Teresa y Nuncia se mostraban escépticas, y yo dudaba. Por un lado, me parecía que Emiliano no había hecho nada tan extraordinario, como para despertar un sentimiento tan inconmovible. Pero, por otra parte, había algo en la historia de Lala que había logrado cautivarme, tal vez esa inocencia extrema, o esa necesidad de creer en algo.

—Perdón, Lala, pero sigo sin entender, ¿Por qué le rendís pleitesía al recuerdo de un flaco cuyo único mérito es haberte regalado un sacapuntas 15 años atrás?

—¡No son los regalos, Nuncia! Sé que ustedes creen que vivo en una burbuja y que veo el mundo color de rosa, pero no es así. Me doy cuenta de cómo, clientes que antes me llamaban por mi apellido y se comportaban distantes y fríos conmigo, ahora me sonríen y me llaman por mi nombre. También me doy cuenta de que compañeros de trabajo, que antes ni siquiera me saludaban, ahora se ofrecen a llevarme a mi casa. ¿Qué cambio?, ¿Cuál es la diferencia entre antes y ahora, si yo sigo siendo la misma? La diferencia es que ellos tienen el alma ciega y que, para verme, necesitaban que yo me sacara muchos kilos de encima. Sin embargo, también existen otro tipo de personas, personas como Emiliano, que pueden ver más allá de las apariencias. ¿Por qué es especial? ¡Porque él me vio! Y llámenme ilusa o soñadora, pero me gusta vivir en un mundo en el que existe un hombre que, cuando tenía sus 14 años, fue capaz de ver a una niña obesa, triste y solitaria, y de compadecerse de ella.

Sus palabras eran dulces, pero había algo que me preocupaba, ¿qué iba

a pasar con ella si alguna vez, el espejismo de Emiliano se hacía trizas?,  
¿sería capaz de reponerse de semejante desilusión?

## CAPÍTULO 23

El domingo a la mañana fuimos al encuentro de yoga, pero como llegamos tarde y había mucha gente, tuvimos que acomodarnos al final del salón, en el único lugar libre que quedaba.

—¡Uh!, ¡miren, al fin puedo tocar el piso! —murmuró Adriana, mientras tocaba el suelo con las palmas de las manos, manteniendo las piernas completamente extendidas.

Después de hacer papelones durante meses con un grupo de la tercera edad, era normal festejar como un verdadero triunfo, cada avance en materia de flexibilidad de nuestros tiesos cuerpos.

Antes de comenzar con su clase, Liliana se acercó a nosotras con una sonrisa y preguntó:

—¿Chicas, están cómodas?

Estábamos sentadas sobre las baldosas frías, porque elegimos el único lugar del salón que no tenía el suelo cubierto por una alfombra. No habíamos encontrado colchonetas y estábamos tan hacinadas, que era probable que alguna resultara lesionada, si su vecina levantaba de forma brusca un brazo o una pierna. Sin embargo, sí, estábamos cómodas.

Liliana nos hizo parar y nos llevó a la habitación continua, estaba calefaccionada, el suelo era de parquet, había colchonetas y un enorme plasma para seguir la clase sin perderse. En nuestro afán de entrar rápido para pasar desapercibidas, e influidas por costumbre de ir siempre al final, no nos percatamos de que existía esa habitación.

—El próximo sábado vamos a hablar sobre esto —aseguro Lili—. Están tan acostumbradas a estar incómodas, que ya ni siquiera registran la incomodidad.

Al mediodía nuestra clase terminó. Las jornadas continuaban durante la tarde, no obstante, como eran para estudiantes avanzados, nos despedimos de Lili y Oscar y fuimos a almorzar.

Almorzamos arroz con langostinos en un restaurante que nos recomendó uno de nuestros compañeros de yoga.

—Me quedé pensando en lo que Lili nos dijo —comentó Ena.

—¿Qué cosa? —preguntó Teresa.

—Eso de que estamos demasiado acostumbradas a estar incómodas.

Miren mis zapatillas —dijo Ena.

Las miré y al principio no noté nada raro, pero luego me di cuenta que ella se ataba los cordones con doble nudo.

—¿Doble nudo? —pregunté.

—Sí, siempre las ato con doble nudo para evitar que se me desaten. Antes, para mí era una tragedia que se me desataran cuando estaba en la calle. Estela me contagió el hábito de comprarme ropa chica, todas las remeras y camisetas me quedaban cortas, entonces al agacharme para atarme los cordones, se me veía la parte baja de la espalda y parte de la raya del culo —concluyó Ena.

Las carcajadas inundaron nuestra mesa y Nuncia casi muere atorada. Luego nos quedamos pensativas, seguramente cada una estaba recordando su propia forma de incomodidad.

—Bueno, yo odio el calor y a pesar de eso, durante el verano me ponía buzos y sacos de algodón, me asaba, pero igual los usaba para taparme un poco. Lo cual es ridículo, 20 kilos de sobrepeso no pueden taparse con un buzo, por muy grande que sea —recordó Nuncia—. Sudaba como un cerdo al piedo, el buzo me quedaba empapado, ¡Un horror! A veces sentía deseos de sacarme todo y salir a la calle desnuda.

—Se puede estar incómodas de muchas maneras, se puede estar incómoda fingiendo cosas que no son ciertas —aseguró Adriana.

—¿Cómo cuáles? —quise saber.

—Después de que me separé, vine varias veces a Mar del Plata, y ¿saben qué es lo primero que hacía al llegar? Me iba derecho a La Habana, muero por esos alfajores. Me compraba varias cajas, pero como me daba vergüenza que la vendedora pensara que eran todas para mí, pedía que me las envolvieran para regalo, hasta llegué a escribir tarjetas con dedicatorias para cada una de las cajas, fingiendo que eran para amigos o familiares.

—¡Te entiendo tanto! —exclamó Ena—. Me pasaba lo mismo en El palacio de las tortas.

—¿Tus amigos y familiares nunca recibieron una caja de alfajores de parte tuya? —pregunté.

—Cuando era flaca, sí. En mi era de gorda, hubiera regalado un riñón antes que desprenderme de una caja de alfajores de La Habana. Sin embargo, cuando me quedaba sola en casa, la culpa y la insatisfacción por mi vida aumentaba, a medida que las cajas se iban quedando vacías.

—Siento como si estuviera despertando, todavía no estoy del todo despierta, pero no quiero volver a ser la chica que era antes —dijo Ena, desatando sus cordones y atándolos de nuevo con un nudo simple.

A la tarde fuimos a la playa, Oscar nos envió un mensaje para saber dónde estábamos, quería reunirse luego con nosotras.

Era un día de sol, pero como hacía demasiado frío para meterse al agua, nos recostamos en la arena.

—Sueño con hacer la postura del pino —declaró de pronto Teresa.

—¿Es una posición sexual o algo así? —preguntó Adriana.

—¡No, tonta! Es una postura de yoga, se la he visto hacer a Oscar y a los otros estudiantes avanzados. Es como hacer una vertical.

—Intentá hacerla ahora —dije poniéndome de pie—. ¡Dale! El ridículo lo hicimos ayer con los diminutos bikinis de colores.

—Me voy a quebrar el cuello —se quejó Teresa.

—No, nosotras te ayudamos —la tranquilizó Nuncia.

Teresa apoyó las manos en la arena, Nuncia le sostuvo una pierna y yo la otra. Resultaba muy difícil contener la risa y que no termináramos las tres en el suelo.

No obstante, de pronto alguien nos apartó suavemente. Tomó las piernas de Teresa y con mucha habilidad la ayudó a hacer una postura del pino perfecta.

Teresa no se dio cuenta del cambio hasta que escuchó la voz.

—Ayudate con los músculos del abdomen —dijo Gabriel y ella emitió un sonido de asombro al escucharlo.

—Con un poco más de práctica va a salirte perfecto —aseguró él sonriendo y ayudando a Teresa a levantarse.

—Gracias —murmuró ella—. ¿Cómo supiste que estábamos acá?

—Oscar me avisó, yo también vine al encuentro de yoga, pero decidí tomarme la tarde libre.

—¿Por qué no me avisaste que estaba? —me susurró Teresa—. ¡Me muero de la vergüenza!

Gabriel se sentó con nosotras a tomar mate. Nos contó que había jugado al básquet a nivel profesional, pero que se había retirado hacía unos años, y que desde entonces se había dedicado a su otra gran pasión, la cocina.

—Tenemos que acompañar a Adriana a La Habana a comprar alfajores para la familia y los amigos —anunció Nuncia y todas sonreímos—. Pero

Gabriel, a Teresa le encanta pasear por la playa al atardecer y vos tenés acompañarla para cuidarla.

Teresa le hizo señas poco cordiales, pero ella no se acobardó.

—Así, llenitas como nos ves, hacemos estragos en la playa, los hombres enloquecen con nosotras —concluyó Nuncia.

Gabriel y Teresa se fueron a caminar, y nosotras nos fuimos a la peatonal para hacer algunas compras. Por supuesto, no compramos alfajores.

Ya había anochecido cuando Teresa se reunió con nosotras. Se la veía feliz.

—¡Ay! Esa sonrisa de enamorada —dijo Lala.

—Queremos lujos de detalles, ¿qué pasó? —preguntó Nuncia.

—¿Qué pasó? ¡Nada! Estuvimos hablando, más que nada sobre yoga. Él lo practica desde hace 8 años y me estuvo enseñando qué ejercicios me convienen para poder hacer la postura del pino.

—¿Por lo menos te beso?

—¡No, Nu! Recién estamos empezando a ser amigos. Ya sé que el tiempo nunca fue un problema para mí, me acosté con flacos de los que ni siquiera sabía el nombre. Pero, con Gabriel es distinto, y me gusta que sea así.

—¿Por qué es distinto? —preguntó Lala.

—Es la tercera vez que lo veo y no ha intentado llevarme a la cama. Él me mira como si yo realmente valiera, eso es nuevo para mí.

—¡Qué sweetie! —se burló Nuncia y como respuesta obtuvo un codazo.

Volvimos al hotel y nos preparamos para ir a cenar. Gabriel por fin le había pedido su número, sin embargo, le dijo que ya se había comprometido para la cena, pero que la llamaría después para ir a tomar algo.

Teresa, que estaba acostumbrada a esperar llamadas que nunca llegaban, quiso venir con nosotras para no quedarse en el hotel esperando. Si él la llamaba, le diría en dónde estaba para que fuera a buscarla.

Cenamos pescado en un restaurante de la costa. No obstante, la sorpresa ocurrió durante el postre. El mozo se nos acercó con seis mousses de chocolate con almendras.

—Nosotras no pedimos nada —le aclaré al mozo.

—Es un detalle que quieren hacerles los caballeros de aquella mesa.

Todas miramos hacia la mesa que estaba señalando el mozo, y al ver a sus ocupantes quedamos petrificadas. Debían ser más grandes que Oscar.

—Decile a los señores mayores, que les agradecemos, pero que no íbamos a pedir postre —dijo Ena.

—¿Estás loca?, ¡los postres se ven buenísimos! Acordate que soy una desocupada, no puedo rechazar comida gratis —exclamó Nuncia, haciendo que el mozo nos sirviera las copas.

—Bueno, algo es algo —dijo Adriana resignada—. El tratamiento está dando resultado, sólo necesitamos bajar el target unos 40 años.

—No tengo experiencia en el tema, pero creo que normalmente, para conquistar a una mujer, los hombres suelen tentarlas con una copa de champagne. En cambio, a nosotras, como nos vieron gorditas, pensaron que con algo dulce nos iban a tener rendidas a sus pies —comentó Nuncia.

—Son unos viejos verdes, podemos ser sus nietas perfectamente —murmuró Ena.

El postre estaba rico, pero la risa me impedía comer. Nuncia terminó su copa y comenzó a comer la de Ena.

Los galanes no se atrevieron a acercarse, pero nos saludaban desde su mesa. Nuncia y Adriana, los alentaban tirándoles besos y haciéndoles guiños.

—¿Tenés Facebook? —le preguntó Adriana al que se veía un poco más joven, es decir al que debía tener unos 79.

—¡No, Adri, nos vamos! —dijo Lala agarrándola de la mano y obligándola a salir del restaurante.

Teresa había mirado de reojo su teléfono durante toda la cena, pero la ansiada llamada seguía sin llegar.

Adriana, a quien la admiración de un grupo de gerontes la había hecho sentir una sex symbol, propuso ir a un bar a tomar algo:

—Conozco un bar que está buenísimo, solía ir en mi época de concursos de belleza.

—Lo único que necesito tomar es un té de boldo, el postre me cayó pesado —comentó Nuncia.

—Eso te pasa porque te comiste el tuyo, el de Ena y el de Lala —le recordé.

El bar al que quería ir Adriana era uno de los más caros de Mar del Plata.

—¡Qué lindo se ve! —exclamó Lala cuando estábamos por entrar, pero luego se paró en seco en la puerta y murmuró con angustia—, chicas...

Me asomé al interior para ver qué la había impactado tanto, y entonces

lo vi. En una de las mesas, estaba Gabriel, hablando y riendo con Cecilia, la nueva Miss Argentina.

Teresa tardo unos segundos en reponerse, pero cuando lo hizo ordenó:  
—Vamos, que no nos vean.

Quince minutos después estacioné en la puerta de nuestro hotel, Teresa no había dicho nada en todo el camino y las otras chicas estaban tan calladas como ella.

—No entremos todavía, vamos a caminar un poco por la playa, eso nos va a hacer bien —propuse.

—Tal vez las cosas no son lo que parecen, tal vez sólo sean amigos.

—Ena, parece que te estás contagiando de Lala —respondió Nuncia.

Caminamos tomadas de los brazos y en silencio, con el ruido de las olas acunando nuestros pensamientos. Ninguna lo confesó, pero no solo Teresa estaba decepcionada, todas lo estábamos. Una vez más, el amor volvía a escabullirse, volviéndose inalcanzable para alguien de nuestra talla.

—¡Basta! —gritó Adriana—. ¡Sacudámonos esta tristeza!, ¡Sáquense los zapatos! Tocar la arena mojada con los pies no va recargar las energías.

Íbamos a congelarnos, pero ninguna se negó y luego de mojarnos y jugar un rato en la playa, comenzamos a sentirnos mejor.

Cuando estábamos de regreso en el hotel, intentando entrar en calor, el teléfono de Teresa empezó a sonar. Ella lo contempló unos segundos y luego lo apagó.

—¿Adivinen qué hora es? —preguntó Teresa con amargura en la voz.

Miré mi reloj, eran las 00:11. Ella no necesitaba decir nada más. Probablemente la Miss Argentina se había negado a pasar la noche con Gabriel, o tal vez él no se había animado a hacerle la propuesta. En cualquier caso, Teresa volvía a ocupar el doloroso podio, volvía a ser la primera después de la media noche.

## CAPÍTULO 24

Al día siguiente regresamos a primera hora a capital, Teresa quería evitar a Gabriel y aunque él no sabía dónde nos estábamos quedando, no quería correr ningún riesgo.

Sus mensajes y llamadas se seguían acumulando en el celular de Teresa, y ella borraba los mensajes sin siquiera leerlos.

—Podemos citarlo en algún lugar oscuro y lo golpeamos —propuso Nuncia.

—No, Nu. No quiero que hagan nada, es mejor dejarlo así.

En el camino Adriana recibió una llamada de Oscar y puso el altavoz.

—Hola, Adri.

—Oscar, ¿Cómo estás?

—Preocupado, Gabriel me dijo que desde anoche está llamando a Teresa, pero que ella no contesta.

Supe al instante que la faceta mitómana de Adriana iba a salir a relucir otra vez.

—¡Ah! Lo que pasa es que anoche, mientras cenábamos, conocimos a un grupo de turistas italianos, ¡no sabes lo bueno que estaban!, sobre todo el de Teresa. Tomamos un poco, y una cosa llevó a la otra, recién volvimos esta mañana al hotel. En realidad, no dormimos en toda la noche, pero Nuncia tiene una reunión súper importante en el banco, mañana a primera hora y por eso tuvimos que salir temprano para evitar el tráfico y los atolladeros.

Adriana siguió contando con lujo de detalles, nuestro encuentro imaginario con unos hermosos hombres italianos, que de haber existido, probablemente no nos hubieran dado ni propina. Teresa le hacía señas desesperadas para que se callara, pero ella estaba en su elemento y no le hizo caso.

—Pero, ¿qué hiciste? Es probable que Oscar le cuente a Gabriel todas las mentiras que dijiste, o peor, que él haya estado escuchando —le recriminó Lala.

—Es probable y esa era mi intención. ¿Qué pretendías?, que le dijera: “anoche estábamos solas, como de costumbre, los únicos que se nos acercaron fueron unos hombres cuyo principal atractivo, consistía en la rapidez con la que íbamos a poder obtener una pensión por viudez. ¡Ah!, ¡y

me olvidaba! Pescamos a Gabriel en una cita romántica con Miss Argentina, a Teresa se rompió el corazón y se la pasó llorando toda la noche” — concluyó Adriana exaltada.

Estaba segura de que Oscar no había creído una sola palabra de lo que Adriana había dicho, seguramente, intentaría hablar con alguna de nosotras más tarde.

Pasé a buscar a Bombur por la casa de mis padres. Se veía feliz, ellos lo habían malcriado durante el fin de semana y ahora iba a ser más difícil que se acostumbrara a la soledad del patio. Quería sugerirle a Ena que se los regalara, pero no me animé.

La semana transcurrió tranquila, aunque a Teresa le faltaba algo de su chispa habitual. Ella bloqueó a Gabriel, aunque supuse que lo hizo no porque le molestaran sus mensajes, sino para evitar la tentación de leerlos.

Mi gran amigo, Marcos, no me llamó el domingo, y me molestaba reconocer que la distancia, lo que único que había hecho era acrecentar el apego que sentía hacia él y no lo contrario, como preví cuando rechacé el trabajo de África.

Cada vez que mi teléfono sonaba, me inundaba la esperanza, pero esta duraba poco porque ninguna llamada era de él. El que sí llamó fue Oscar, me preguntó qué había ocurrido el domingo y por qué Teresa estaba actuando de un modo tan extraño. Cuando le conté la verdad, él me aseguró que conocía a Gabriel desde hacía años, y que estaba seguro de que él jamás se comportaría de una forma tan inapropiada con una mujer. Me insinuó que tal vez malinterpretamos la escena que habíamos visto, pero no quiso darme más detalles.

Esa semana estuvo signada por la amargura de la espera y la dolorosa incertidumbre. No se puede perder algo que nunca se tuvo, ¿no es así? Intentaba hacerme razonar, sin embargo, la parte más terca de mí se negaba a hacerlo y seguía expectante, escuchando con anhelo cada sonido de mi maldito teléfono.

Solamente Teresa y yo fuimos a la clase de yoga del sábado. Adriana y Lala tenían gripe, a Ena le tocó trabajar y Nuncia había ido a ver un torneo de jiu jitsu, la única actividad que la animaba un poco y la incentivaba lo suficiente como para dejar el Alplax.

Lili y Oscar nos saludaron con el mismo afecto de siempre, pero no hicieron ningún comentario sobre Gabriel. No obstante, cuando salimos de la

clase, él estaba afuera esperando. Cuando lo vio, Teresa casi se infarta.

—Hola —dijo él, y aunque el saludo era para las dos, sus ojos se plantaron en Teresa.

Teresa bajó la mirada y caminó rápido hacia mi auto, pero él la detuvo sosteniéndola suavemente del brazo.

—Desde el domingo a la noche que estoy intentando hablar con vos, pero como tu teléfono parece tener algún problema, vine personalmente y no te voy a dejar ir hasta que no hablemos —dijo Gabriel con voz firme.

—Yo los dejo, Tere te espero en el auto —dije ansiosa por desaparecer de una escena en la que sobraba.

Sin embargo, como mi auto estaba muy cerca de ellos, pude escuchar con claridad su discusión.

—Empecemos por lo básico, ¿por qué no contestas mis llamadas? —preguntó Gabriel y aunque su voz tenía el acento amable de siempre, me di cuenta que estaba molesto.

—Estuve muy ocupada, de hecho me pareció que vos también lo estabas. O al menos, cuando te vimos teniendo una cita romántica con Miss Argentina, aparentabas estarlo —contestó Teresa que había empezado a elevar el tono de voz.

—¿Cita romántica? —preguntó incrédulo Gabriel—. Y en vez de huir del bar, bloquearme y sacar conclusiones erradas, ¿no hubiera sido más razonable y más maduro, acercarte y preguntarme qué estaba pasando?

—Es una lástima, yo no soy una mujer razonable, y tampoco soy una tarada que va a creer ciegamente en las excusas que seas capaz de inventar —murmuró Teresa entre dientes, estaba a punto de largarse a llorar—. ¡Te acercaste a mí porque creíste que ibas a poder tenerme en tu cama cuando quisieras!, ¿no es así?

Gabriel pasó del enojo a la conmoción, aunque estaba segura de que había hablado con Oscar, se notaba que los reclamos de Teresa lo estaban dejando perplejo.

—¿Vos estás escuchando lo que estás diciendo?, ¿cómo vas a pensar...? Pero Teresa lo interrumpió.

—Esta conversación es una pérdida de tiempo. Quisiste conquistar a Cecilia, pero no pudiste tener sexo con ella esa noche, entonces, ¿qué hiciste? ¡Llamaste a la gordita pulposa que seguramente no tenía ningún otro plan! —gritó Teresa que había fallado en su batalla para contener las lágrimas.

—¿Es eso lo que pensás de mí? O mejor dicho, ¿es eso lo que creés de vos?—murmuró Gabriel.

—Sí, eso es exactamente lo que creo. Sos igual a todos los hombres que he conocido, ¡y han sido muchos!, ¿eh? —dijo Teresa limpiándose las lágrimas y adoptando un aire frío y distante—. Pero ahora que lo pienso bien, ¿por qué no? Me gusta tu cuerpo, podemos pasarla bien un rato, vamos.

La incredulidad se dibujó en el rostro de Gabriel.

—¿Vamos? —preguntó.

—A tu casa, a mi departamento, a un telo, a donde quieras. De paso te liberás, ya no vas a tener que hacer el papel de hombre galante. Tengo el sí fácil, no es necesario que te tomes tantas molestias.

Teresa hablaba con perfecta calma, pero a mí me hería escucharla y sentí que algo similar le pasaba a Gabriel.

Él tardó unos segundos en procesar las palabras de Teresa y cuando lo hizo, se acercó más a ella y mirándola a los ojos le dijo:

—No sé a qué tipo de hombres estarás acostumbrada, pero estoy seguro de algo, yo no soy uno de ellos.

Luego se dio vuelta y se fue con paso rápido.

\*\*

“Estoy en un lugar que me es familiar, he hecho este mismo camino tantas veces y, sin embargo, hoy todo se siente distinto. Las calles están desiertas, no hay nadie que pueda juzgarme, pero mi vergüenza no necesita testigos para crecer y expandirse, la veo reflejada en los objetos del mundo inanimado que me rodea, en cada casa, en cada árbol. Desearía que un minuto pudiera dividirse en cientos de segundos, que el tiempo se alargara y que mi camino se hiciera infinito, para que yo nunca pueda llegar a mi destino. De pronto, el silencio se escabulle espantado ante el sonido de una sirena, entonces mi corazón se detiene porque comprendo que llegué demasiado tarde”.

Todavía temblaba un poco cuando entré en la cocina, Nuncia y Ena estaban en el comedor, viendo una película.

—¡Qué cara! —exclamó Nuncia al verme— ¿Qué te pasó?

—Tuve una pesadilla.

—¿Qué soñaste? —quiso saber Ena.

—No me acuerdo —mentí—. ¿Y ustedes?, ¿qué hacen despiertas a esta hora?

—Ena me secuestró las pastillas y no me las va a devolver hasta que no termine de ver el Lord de los Anillos.

—El Señor de los Anillos —la corrigió Ena—. Es un pecado que no la hayas visto, Andrés no lo va a poder creer.

Ena y Andrés se habían vuelto inseparables, él iba seguido a casa y llevaba películas, aunque Nuncia y yo hacíamos todo lo posible para evitar verlas.

—Valen, ¿vos la viste? —preguntó Nuncia.

—La vi cuando la estrenaron, 16 años atrás. ¡Dios, vendería mi alma por un café con leche!

—Te sirvo un té de frutilla, me abuela me lo trajo de regalo del sur y está riquísimo.

No quería volver a dormir por miedo a que mis pesadillas regresaran, entonces me acomodé en el sillón, con una taza del insípido té de Ena, dispuesta a ver El Retorno del Rey por quinta vez.

Dos horas después, Nuncia estaba nerviosa:

—¡Me desespera! ¡Tengo ganas de meterme en la película, sacarle el anillo a Frodo y tirarlo yo al fuego!

—Frodo, se llama Frodo —dijo Ena.

En ese momento, me levanté para ir al baño y al hacerlo, observé que la puerta de la lavandería estaba abierta y que Bombur no estaba adentro.

—¿Dónde está Bombur?

—Estaba durmiendo en el sillón antes de que vos llegaras —respondió Ena.

—¡Mierda, la ventana está abierta! —gritó Nuncia.

Una de las ventanas que daba a la calle, era bastante baja, y Bombur había tomado la costumbre de treparse a una mesa que estaba debajo de la ventana, para poder escaparse a través de ella.

Nuncia y yo salimos corriendo hacia la calle.

—Es muy chiquito, no pudo haber ido tan lejos —murmuró Nuncia.

—Como se nota que no sos vos la que lo saca a pasear, no sabés como corre —contesté.

—Dividámonos para ir más rápido —sugirió Nuncia.

—¡Lo encontré! —gritó Ena desde el interior de la casa.

—¿Dónde estaba? —pregunté.

—Adiviná —dijo Nuncia con una sonrisa.

—¡Ay, no! —grité corriendo hacia mi habitación.

Bombur dormía plácidamente sobre mi cama.

—Vos sos su preferida, y eso que a Nuncia y a mí sí nos gustan los animales —observó Ena.

—¿Sí?, ¿les gustan los animales? —pregunté irónica—. Mirá que no se nota, porque soy yo la que lo saca a pasear, la que lo baña, la que lo lleva al veterinario, y un largo etc.

—Vos tenés una tendencia natural a querer encargarte de todo, y nosotros tenemos una tendencia natural a no contradecirte —bromeó Nuncia.

No desperté a Bombur, lo dejé que siguiera disfrutando de sus dulces sueños sobre mi cama, mientras pensaba a qué lavaseco me convenía llevar el acolchado para que lo lavaran bien.

Trabajé todo el domingo para evitar pensar, pero durante la cena, mi celular comenzó a sonar. Salté de la silla y me arrojé sobre él.

—Hola, Valen, ¿me escuchás? —preguntó Marcos.

Su voz sonaba entrecortada y mezclada con el sonido de un viento fuerte, pero había anhelado tanto escucharla que casi podía asegurar que nunca una voz me había gustado tanto.

Me encerré en mi habitación para huir de las curiosas miradas de Nuncia y Ena.

—Marcos...

—¿Sí?

Quería decirle tantas cosas. Quería decirle que lo extraña y que me hacía mucho bien oír su voz, pero las palabras se perdieron sin que pudiera pronunciarlas.

## CAPÍTULO 25

Faltaba poco para terminar el tratamiento y no me cabía ninguna duda de que las 6, lo finalizaríamos con un peso saludable.

No obstante, a excepción de Ena, el resto del grupo se estaba comportando de forma extraña. Estábamos a unos pasos de alcanzar la meta, y mis amigas aparentaban tener otras preocupaciones dispuestas a ocupar el lugar que, dentro de poco, dejaría vacante la gordura.

Teresa pidió que no le nombráramos más a Gabriel y tampoco quiso escuchar a Liliana, que la había llamado varias veces. Nuncia, en apariencia era la misma de siempre, pero cuando se cansaba de fingir, podía ver con preocupación, lo desanimada que estaba. Lala parecía inquieta y Adriana estaba meditabunda, como alguien que se encuentra al borde de un acantilado y está decidiendo si saltar o no.

El martes nuncia no fue a spinning y cuando volví a casa, la encontré dormida en el sillón. En el suelo yacían las pruebas de un atracón: una caja con restos de pizza, que Bombur estaba mordisqueando, y envoltorios vacíos de golosinas y galletas.

Le preparé un té y cuando fui a despertarla, noté que en el suelo también había unos hermosos tacos azules y que ella, estaba vestida con un traje sastre, tal vez había ido a una entrevista de trabajo.

—¡Ah! Valen..., ¿Qué hora es? —preguntó bostezando.

—Más de las 11 —dije tendiéndole el té —¿Qué pasó?, ¿tuviste una entrevista?

—¡Mirame! —contestó ella poniéndose de pie.

Tenía puesto un traje sastre de color azul marino. Estaba maquillada, y aunque luego de su siesta en el sillón estaba despeinada, todavía se notaban rastros del peinado que Magnolia le había enseñado, y que le sentaba tan bien.

—Te ves re bonita —observé sin entender qué era lo que quería mostrarme.

—Este traje no es XXL, pero igual me entró, me lo compré en una casa de ropa normal. Sé que estoy aceptable, cuando caminaba por la calle nadie me gritó, “¡gorda!”, y eso es una buena señal.

—¿No entiendo cuál es el problema?, ¿te fue mal en la entrevista?

—La entrevista era para un hotel 5 estrellas que están por inaugurar. Llegué hasta la puerta, pero no pude entrar. Me quedé ahí, parada en la vereda durante unos minutos y luego me fui. No me sentía con fuerzas para resistir otro no.

Nuncia hablaba rápido, como si fuera acabársele el aire.

—¿Querés escuchar algo gracioso? Mientras estaba anclada en la vereda, entendí por qué engorde justo antes de salir de la facultad.

—Amille va a estar feliz —bromeé.

—Toda mi vida fui humillada y dejada de lado, pero pude soportarlo porque había una convicción que me mantenía fuerte: yo era brillante y algún día obtendría el reconocimiento que merecía. Estaba por recibirme y mi momento se acercaba, pero, ¿qué pasaba si me había equivocado?, ¿qué pasaba si en realidad no era tan inteligente como

creía?

Las lágrimas de Nuncia se estaban llevando todo el rímel que con tanto esmero se había colocado. A su lado, Bombur gemía para acompañar su llanto.

—¿Qué pasaba si siempre iba a ser la fea, solitaria y desabrida Nuncia?, ¿si no existía una reivindicación para mí? La gordura me sirvió porque, en caso de fallar, tenía una excusa. La culpa, el problema, era el exceso de peso, no yo. Yo sí era inteligente y exitosa en potencia, aunque esa potencia nunca llegara a hacerse acto. Valen, ¡estoy tan cansada de fracasar!

\*\*

La doctora nos saludó con efusivos abrazos. Hacía quince días que no nos veía porque el jueves anterior, ella había tenido que viajar para dar una conferencia.

—Estamos transitando la parte final del tratamiento y quiero que me cuenten cómo se sienten, tienen un cuerpo distinto al que tenían la primera vez que nos vimos, y eso implica muchos cambios interiores. Las escucho.

Ena, que había superado casi por completo su timidez, empezó a hablar:

—Siento que soy una persona distinta a la chica que empezó el tratamiento, y va mucho más allá del peso. Me siento contenta, antes, siempre estaba triste. Me encanta mi trabajo y además de las chicas, tengo amigos nuevos con los que puedo hablar de las cosas que me gustan sin sentir vergüenza.

Ena sonreía y aunque era la única del grupo que lo hacía, supuse que le bastaría a la doctora para sentirse incentivada y no desfallecer frente a sus otros 5 fracasos.

—Tiene un noviecito, se llama Andrés —acotó Nuncia.

—¡No es mi novio! —exclamó Ena enojada—, sólo somos amigos.

Lala, que estaba haciendo sonar sus nudillos desde el principio de la sesión, empezó hablar precipitadamente:

—Tuve un sueño la otra noche y desde entonces, no he podido sacarme esta angustia de adentro. Soñé que Emiliano se casaba, pero no conmigo.

—¿Por qué te angustia tanto? Estaría casado, no muerto —preguntó Teresa.

—Sé que suena como una estupidez, pero desde entonces me siento intranquila.

Nuncia fue la siguiente en hablar, el ataque de llanto le sirvió para desahogarse y se había recuperado un poco:

—No me arrepiento de haber renunciado, pero el signo de pregunta pintado en mi futuro es bastante desestabilizador, y si a eso le sumo una repentina fobia a las entrevistas de trabajo, mi situación se complica un poco.

Le tocaba hablar a Teresa. Ella que, desde la discusión con Gabriel, estaba visiblemente decaída, comentó:

—Quería ser flaca para que mi relación con los hombres mejorara, pero olvidé algo importante. Hasta los 18 fui flaca, y los hombres igual me trataban pésimo. Estoy considerando la opción de hacerme lesbiana, tal vez con las mujeres tenga más suerte.

La doctora no estaba muy incisiva, nos dejaba hablar y hacía pocas preguntas.

Adriana eligió la brevedad y sus palabras parecían encriptadas, como si ocultaran un mensaje secreto que sólo ella entendía.

—Siento que ha llegado el momento de enfrentar la realidad.

—¿Cuál es esa realidad? —preguntó Amille.

—Empecé este tratamiento creyendo que, en 7 meses, iba a mirarme al espejo y a comprobar que, por arte de magia, todas mis insatisfacciones, frustraciones y miedos, habrían desaparecido junto con la grasa. La realidad es que mi vida es una mierda, y lo seguirá siendo sin importar cuánto pese.

La Dra. la escuchó atentamente, pero no la interrumpió, ni intentó hacerla cambiar de opinión. ¡Ah! ¡Odiaba su forma de trabajar!

La silla vacía continuaba a mi lado, y en ese momento, me hubiera encantado que la persona que Amille no se resignaba a eliminar del grupo, apareciera y llenara el silencio que yo iba a dejar.

—No noté ningún cambio. Sí físicamente, pero en el resto estoy igual que siempre, es decir, bien.

En el consultorio no volaba una mosca y todos los ojos estaban fijos en mí, esperando.

—No tengo nada más que decir —balbuceé.

—Por qué no hablamos sobre tus pesadillas —sugirió Nuncia.

Me quedé sin aire, como si alguien me hubiera pegado un golpe en el estómago.

—¿Pesadillas? —preguntó Amille y pareció de pronto muy interesada.

—Sólo fue una, hace unos días y no recuerdo lo que soñé. Voy a repetir por si alguna no entendió —dije mirando a Nuncia—. No tengo nada más que decir.

Mis palabras bastaron para que me dejaran tranquila.

Luego de la intensa sesión, nos reunimos en mi casa para cenar. Sin embargo, a mitad de la cena, Lala, que se había calmado al escuchar a la doctora, recuperó su estado anterior de angustia y agitación.

—Me tengo que ir —murmuró levantándose de la silla.

Adriana que estaba a su lado la tomó del brazo.

—Lala, ¿a dónde querés ir?

—A ver a Emiliano, tengo que hablar con él, porque después puede ser tarde —contestó Lala, y a pesar de la insistencia de Adri, no quiso sentarse de nuevo.

—¿Querés ir a verlo al hospital? —pregunté.

—No, a su departamento. Sé dónde vive.

La incredulidad fui la primera reacción general, pero luego fue suplantada por el temor, al ver que Lala estaba tan decidida a hacer esa locura.

Nuncia trajo una de sus pastillas y le dijo:

—Tomá, es de 1 gramo y hace milagros.

Lala tomó sin oponer resistencia la “pastilla de los milagros” de Nuncia, y finalmente accedió a sentarse.

—No podés ir, así como así, a tocarle la puerta a un flaco que no ves desde hace más de 15 años —afirmó Teresa.

—Necesito verlo —susurró Lala en medio sollozos.

—Está bien, entiendo que quieras verlo, pero podemos hacer un plan —sugerí—, algo más organizado. Si aparecés de la nada, a media noche, en la puerta de su casa, el tipo se va a asustar.

—Un plan —dijo Lala esperanzada.

—Valen está sugiriendo una forma más elegante de tirártele encima y con menos riesgo de que él llame a la policía —sentenció Nuncia—. Además, considerando que probablemente te sabes hasta el talle de sus calzones, no debe ser muy difícil organizar un plan.

Lala nos dio el nombre completo de Emiliano y, tiradas en el sillón, empezamos a esbozar ideas que pudieran hacer posible el tan ansiado reencuentro.

—¡Es lindo! —exclamó Adriana, contemplando su perfil de Facebook.

Me acerqué a mirar.

—Es atractivo, pero me gusta más su amigo, el médico con el que te encontraste aquella noche —opiné.

—¡Guau! ¡Me despertaste la curiosidad! Es muy difícil llamarte la atención, ¿cómo se llama? Mostrame una foto de él —pidió Teresa.

Ena lo buscó en Facebook, y Damián apareció rodeado de sonrientes niños negros.

—Está soltero, después le podés pedir a Emiliano que te lo presente y salen los cuatro —exclamó Ena entusiasmada.

—¡No te ilusiones! Ella tiene un chongo escondido en algún lado —dijo Nuncia.

—¿Qué decís?, ¿un chongo? ¡Estás loca! —protesté.

—Puede que esté drogada, pero veo todo lo que pasa a mi alrededor. Los domingos te tirás arriba del celular cada vez que suena, ¿por qué te llama solamente los domingos?, ¿está preso o algo así? —quiso saber Nuncia.

—¡Por supuesto que no está preso! Él está en África, e intenta llamarme los domingos porque sabe que odio ese día y quiere reanimarme —contesté riendo—. Concentrémonos mejor en el plan para Lala.

Durante dos horas exploramos todas las opciones que se nos ocurrieron. Desde el más simple, crearle a Lala un perfil en Facebook y enviarle una invitación, que fue rechazado porque Lala odiaba las redes sociales y porque, además, quería que el encuentro después de tantos años, fuera en persona, cara a cara; hasta los más rebuscados, como por ejemplo, fingir un problema cardíaco y pedir un turno con Emiliano.

—¡Miren! Dentro de 10 días hay una cena y baile en Puerto Madero para recaudar fondos para la Fundación Favaloro, Emiliano está en la comisión que lo organiza. Se hace todos los años y asisten famosos, médicos y público en general que quiera colaborar. Nosotras podemos ir también —dijo Ena.

—Sí, un baile como el de la cenicienta —murmuró Lala, pero sus ojos se cerraron por los efectos del Alplax.

Era tarde y todos teníamos que madrugar, así que dejamos los preparativos para el día siguiente.

Adriana seguía con aire pensativo y antes de que se fuera le pregunté.

—¿En qué andás?

—Pienso que Lala está haciendo lo correcto. En ocasiones, la única opción es arriesgarse y ver qué pasa.

Entonces, supe que ella había tomado una decisión, ya no estaba al borde del acantilado, había decidido saltar.

## CAPÍTULO 26

La ansiedad de Lala desapareció al saber que, dentro de unos días, podría encontrarse con Emiliano en el evento de la Fundación Favaloro.

El único problema que tuvimos que enfrentar fueron las entradas, ya estaban todas vendidas. Mi papá tenía un conocido, que a su vez tenía un conocido, que se encargaba de la organización de la fiesta, y logró conseguirme cuatro entradas. Sorteamos para ver quiénes serían las dos que no podrían asistir a la cena, y el azar quiso que Teresa y Ena tuvieran que quedarse en casa.

Con las entradas en la mano, sólo faltaba esperar que llegara el día y rezar para que las cosas salieran bien.

Gabriel no volvió a llamar a Teresa. Por otra parte, Lili y Oscar, prefirieron no intervenir esta vez. Sin embargo, Lala, que ya los había imaginado casados y con hijos, aun cuando ni siquiera se habían besado, le insistió a Oscar para que intercediera.

—Lala, Gabriel me pidió que no me metiera y eso es lo que voy a hacer, vos deberías hacer lo mismo.

—Pero, ¿él tiene algo con Cecilia? Si es así, es mejor saberlo ahora para que Teresa no se ilusione.

—¡Cecilia es la cuñada de Gabriel! —exclamó Oscar, que estaba comenzando a irritarse por lo absurdo de la situación.

—¿Es casado? —pregunté.

—Es viudo, su esposa falleció hace cuatro años y él todavía está intentando superarlo. No ha tenido una relación seria desde entonces, y por eso tardó tanto en acercarse a Teresa.

Lala le contó de inmediato las novedades a Teresa, y ella afirmó que, de todas formas, no tenía intención de volver a verlo. Aunque, ninguna le creyó el papel de indiferente que estaba queriendo interpretar.

El miércoles a la noche Andrés festejaba su cumpleaños, y eso provocó que la timidez e inseguridad de Ena resurgieran.

—¿Y si le mando un mensaje con cualquier excusa, diciéndolo que no puedo ir? —preguntó Ena.

Se contemplaba en el espejo y, aunque el reflejo mostraba a una linda chica de 20 años, ella sólo veía a la solitaria gordita que vivía encerrada en su

habitación, estudiando lenguas muertas y leyendo literatura fantástica.

—Estás hermosa Ena, ¿a qué le tenés miedo? —pregunté.

—Van a estar todos los amigos y la familia de Andrés, y tengo miedo de no gustarles, de quedarme a un costado y no tener a nadie con quien hablar —respondió Ena.

—Yo siento el mismo temor, tengo miedo a que me rechacen en las entrevistas de trabajo, pero la única manera de superar ese miedo es enfrentándolo —dijo Nuncia que parecía estar más dispuesta a dar consejos que a seguirlos.

Le prometimos a Ena esperarla para que nos contara cómo le había ido. La fiesta iba a terminar temprano porque era un día de semana y al otro día había que trabajar.

Adriana no fue a natación y mandó un mensaje avisando que tenía un compromiso familiar.

—Adri anda en algo raro —comenté, segura de que mis presentimientos eran ciertos.

—Tal vez conoció a alguien, pero tiene miedo de que su historia termine con una desilusión, como la de Nuncia o la mía, y por eso no quiere decir nada hasta ver que la cosa funcione —sugirió Teresa.

Mientras esperábamos el regreso de Ena, Lala puso una de sus películas favoritas, una historia romántica triste, con un final más triste todavía. Teresa no paró de llorar.

—Lala, entre tus películas y las películas de enanos de Ena, creo que prefiero la de los enanos —afirmó Nuncia.

Hacía tiempo que quería preguntarle algo a Lala, y como esa noche la vi muy animada, creí que había llegado el momento.

—Por lo que nos contaste sobre Emiliano, parece un tipo con dos dedos de frente. Según vos, es un hombre que puede ver más allá de las apariencias, entonces, ¿por qué no lo buscaste antes?

—¡Ay, Valen!, me hice esa pregunta tantas veces.

—¿Y nunca encontraste una respuesta? —preguntó Teresa.

—Sí, encontré una que me satisfacía y que me servía como excusa. Emiliano me envió esos regalos por lástima, y quería que cuando nos volviéramos a encontrar, él viera en mí a una mujer hermosa, fuerte y segura, capaz de inspirarle amor y pasión. Sin embargo, con la terapia me di cuenta que la respuesta era mucho más simple.

—¿Y cuál es?

—Nu, no lo busqué antes porque todavía no estaba lista para dejarlo ir.

—¿Y ahora lo estás? —pregunté.

—No sé, lo voy averiguar en unos días, durante “La cena de los Imposibles”.

—La cena de los imposibles —murmuré—, me gusta ese nombre, ¿por qué la bautizaste así?

—Porque sé que tengo 99% de posibilidades de que las cosas no salgan como yo las soñé, pero me aferro al 1% restante, a lo imposible.

Cuando Ena volvió, se la veía muy contenta. Ninguno de sus temores se hizo realidad, todos fueron amables con ella y la pasó muy bien.

—¡Me paso algo increíble! Valen, ¿te acordás de Laura, la chica que atiende el Drugstore cerca de la casa de mi viejo? La conociste la noche que fuimos a comprar una gaseosa. Durante meses, ella insistió para presentarme a un amigo, pero yo no quise porque creí que algo debía estar mal con él, porque nadie le presentaría una gorda a un chico normal.

La recordaba, fue durante la primera semana del tratamiento, y también recordaba el escepticismo de Ena con respecto a que un chico como el que Laura describía, pudiera interesarse en ella.

—Laura es amiga de Andrés, era él a quien ella me quería presentar, ¿lo pueden creer? —dijo Ena sin sentarse porque todavía le duraba el entusiasmo del descubrimiento.

El rostro de Lala se iluminó con el relato de Ena.

—A veces lo que imposible, sucede —murmuró con una sonrisa.

## CAPÍTULO 27

La semana comenzó sin ninguna novedad y los días eran consumidos por la rutina. Sin embargo, el miércoles Adriana apareció en la plaza, que a dos meses de terminar el tratamiento seguía siendo nuestro punto de reunión, enarbolando una licencia de conducir.

—¡Miren!, ¡lo logré! —gritó ella saltando.

Entre aplausos, abrazos y felicitaciones, Adri nos explicó que lo había hecho sin decirle a nadie porque tenía miedo de fracasar. Sin embargo, esos temores estaban eclipsados por la alegría del triunfo.

—Pocas veces en mi vida me he sentido tan satisfecha conmigo mismo. Mi vieja me prestó el auto, ahora que estoy adelgazando no me niega nada.

No obstante, de pronto recordó algo que hizo que su alegría se aplacara.

—Esa licencia era un sinónimo de libertad para mí. Pero, el primer lugar al que fui manejando fue a mi negocio, que paradójicamente representa para mí lo estático, lo inamovible, las cadenas. Es como si me acabaran de indultar y yo regresara voluntariamente a la prisión.

En la entrada del gimnasio nos cruzamos con Víctor, él felicitó a Adri y luego murmuró para que sólo nosotras pudiéramos oírlo.

—Tengo noticias, ¿adivinen qué hermosa parejita terminó?

—¿Inés y Alejandro? —preguntó Lala.

Víctor asintió y yo observé a Nuncia, pero ella recibió la noticia sin ninguna emoción. Durante la clase, Alejandro estuvo muy solícito con ella, la abrazaba, la tocaba más de lo necesario y ponderaba lo mucho que había mejorado.

Al terminar la clase, Ale la tomó a Nuncia de la mano y le dijo:

—Somos amigos, pero nos vemos poco, ¿por qué no salimos a tomar algo el viernes?

Nuncia sonrío, aunque yo sabía que esa no era una sonrisa de satisfacción, sino de disgusto.

—¡Qué lástima!, tengo todo el fin de semana ocupado. Lo dejamos para otra vez —contestó ella dándole una fuerte palmada en el brazo.

Cuando estuvimos afuera, la indignación era la emoción predominante.

—¡Qué hijo de puta! —observó Teresa.

—Si le hubieses dicho que sí, dormías esta noche en la cucha de

Bombur, y no en la lavandería, sino en el patio y sin frazada —comenté.

La única que se mostró en desacuerdo fue Adriana:

—Alejandro es un imbécil, eso es indudable, pero la mayoría de los hombres lo son. Vos no sos tan enamoradiza ni tan sensible como Lala. Miralo como si fuera una partida de ajedrez, dejás los sentimientos afuera y jugas para tu propio beneficio.

—¿Y cuál se supone que sería ese beneficio? —quiso saber Teresa.

—Para empezar buen sexo, es hueco, pero tiene pinta de ser bueno en la cama. Además, tendrías con quién salir e ir a todos lados.

Escuchaba a Adriana y sentía que más que convencer a Nuncia, ella estaba intentando convencerse a sí misma.

—Te agradezco el consejo, pero por el momento, mis noches están muy bien con mi inseparable compañero, el Alplax, y no creo que haya nacido todavía el hombre que pueda ofrecerme algo más interesante.

\*\*

Finalmente, resultó que Nuncia no había mentido cuando le dijo a Alejandro que tenía un compromiso, ella y el resto de nosotras teníamos una cita con las estrellas el viernes a la noche.

Lala, que de por sí era bastante apegada a los rituales mágicos, escuchó que habría una lluvia de estrellas fugaces la noche del viernes. Ella quería aprovechar esa anomalía estelar para pedir un deseo, y no era difícil adivinar cuál sería.

Antes de entrar a la clase de zumba, nos rogó que la acompañáramos. No obstante, como el cielo de capital estaba lleno de esmog, había que alejarse de la ciudad para poder contemplar mejor el espectáculo. Lala insistía en ir a una reserva que estaba en provincia, a casi dos horas de viaje. Era una locura, pero como el baile de su vida estaba próximo, decidimos darle el gusto.

—Pero vamos en mi auto, así puedo practicar —pidió Adriana.

La idea de que Adriana, que era inexperta, manejara durante dos horas por una ruta oscura y peligrosa, no me parecía una buena idea, pero su entusiasmo pudo más que mis precauciones.

Acordamos que nos pasaría a buscar a las 11 de la noche. Mientras tanto, llevé a Teresa a su casa a buscar unos binoculares, indispensables para tener una caza eficiente de estrellas.

—Vuelvo enseguida —dijo Teresa cuando estacioné en la puerta de su

departamento.

—No, vamos con vos. No conozco tu departamento, quiero ver cómo es —dijo Nuncia, que nos había acompañado.

—Es que..., últimamente he tenido bastantes problemas con la amiga con la que vivo y no sé de qué humor estará hoy.

—¡Por favor!, ¡mirá que me voy a asustar por ver a una mina malhumorada! —insistió Nuncia bajando del auto.

—Nu, no seas pesada, ella prefiere que esperes acá —murmuré.

—¡Vamos, Valen! Vos también te morís por conocer el tugurio, es sólo que tu discreción de chica fina, educada en los mejores colegios de Buenos Aires, no te permite comportarte como una chusma grasa —declaró Nuncia con un tono de voz que nos hizo reír a carcajadas.

—Está bien, vengan las dos, pero vamos rápido.

Las risotadas se escuchaban desde el corredor.

—¡Mierda!, Silvana tiene compañía —murmuró Teresa con exasperación.

Hacía tan sólo unos meses atrás, se hacía difícil imaginar unas compañeras de departamento más compatibles que Teresa y Silvana. Sin embargo, aunque el tratamiento no imponía ninguna prohibición de tipo sexual, los hábitos de Teresa habían cambiado y como consecuencia, su desenfadada vida se había ordenado un poco. Por supuesto, Silvana no estaba muy contenta con ese cambio.

—Hola Tere, te estábamos esperando — saludó Silvana.

Había dos hombres en el departamento, ellos se presentaron como Pedro y Ezequiel, y por la expresión en el rostro de Teresa, ella los conocía muy bien.

—¡Hola, bombón! Hace mucho que no nos vemos, ¿por qué no contestaste mis mensajes? —preguntó Ezequiel—. ¡Oh! Viniste con dos amiguitas, voy a llamar a unos amigos.

—No hace falta, vine a buscar algo y ya nos vamos —dijo Teresa y luego añadió—. Silvana, por favor, vení un segundo a la cocina.

Ellas cerraron la puerta y Nuncia y yo quedamos en el comedor. Los dos hombres nos miraban con una expresión tan lasciva que me hacía descomponer. ¿Cómo podía Teresa acostarse con tipos como estos?

Aunque la puerta estaba cerrada, podíamos escuchar la discusión que se estaba produciendo en la cocina.

—¿Qué es esto? —gritó Teresa.

—Tere, desde hace meses que estás llevando una vida de monja y quise organizarte una fiesta para que la pases bien.

—Ezequiel es uno de los peores bastardos con los que me he acostado, y sabías muy bien que yo no quería volver a verlo. Vos podés hacer lo que quieras, pero no vuelvas a hacer una cosa así sin consultarme.

Ezequiel estaba escuchando la conversación casi tan atentamente como nosotras, y cuando escuchó que lo nombraban, se levantó del sillón y entró en la cocina, pasó su brazo por la cintura de Teresa y la apretó contra él.

—Si dice que estás rara, ¿qué te pasa?, ¿no querés que recordemos viejos tiempos? — dijo Ezequiel mientras le besaba el cuello.

—No me interesa recordar nada con vos —dijo Teresa empujándolo e intentando salir de la cocina.

Ezequiel intentó abrazarla de nuevo, pero ello lo rechazó con un movimiento brusco, y eso lo hizo enojar.

—¿Quién te pensás que sos? ¡No importa que estés intentando adelgazar, todavía sos una gorda anticlímax!

—¡Fuera de mi departamento! —gritó Teresa.

—¿Qué pasa Tere? —intervino Silvana—, la estamos pasando bien. ¿Qué?, ¿no me digas que ahora te querés hacer la dama delante de tus nuevas amigas? Porque, las dos sabemos que te volteaste a todo el que tenía el suficiente mal gusto como para acostarse con vos.

Nuncia y yo habíamos quedado mudas ante la aprensión que nos causaba la forma en la que, sus supuestos amigos, estaban tratando a Teresa.

—Deberías agradecerme que te quiera coger, porque la mayoría de los hombres no te tocaría ni con un palo —afirmó Ezequiel.

—¡Qué imbécil que sos, flaco! —gritó Nuncia logrando finalmente salir de su estupor.

—Nos vamos —dije agarrando a Teresa del brazo y frustrando el intento de Nuncia de golpear a Ezequiel—. ¡Nuncia, nos vamos ahora!

Teresa no se resistió, pero a Nuncia la tuve que sacar casi arrastrando.

—¿Por qué no me dejaste que lo golpeará?—me reclamó Nuncia cuando estábamos en el ascensor.

—¿Qué pretendías?, ¿hacer la versión femenina de Karate Kid con un tipo que mide cuatro veces más que vos? Lo mejor es salir de acá rápido. ¿Estás bien, Tere?

Ella asintió, pero se veía mal, como en estado shock. No obstante, cuando subimos al auto, murmuró:

—Llévame a Tierras Verdes.

—No sé si sea una buena...

—Por favor, Valen, necesito ir a Tierras Verdes.

Miré a Nuncia y ella se encogió de hombros, Teresa estaba tan convencida que no valía la pena intentar disuadirla.

Cuando llegamos, Gabriel estaba en la vereda, a punto de entrar en su restaurante.

—¡Gabriel! —gritó Teresa.

Él se detuvo y la miró asombrado, no esperaba encontrarla allí.

—Todo lo que te dije acerca de mí, es verdad. Tengo un pasado muy largo y muy triste. Pero, no me di cuenta de lo triste que era hasta que te conocí. Vos me enseñaste que existe algo más, no sé qué es, pero se siente maravilloso.

Teresa estaba llorando y Gabriel la miraba en silencio sin hacer y sin decir nada.

—Entiendo que no me quieras ver más, sólo vine porque necesitaba decirte que conocerte me hizo mucho bien —murmuró Teresa.

Ella se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia mi auto, pero él la detuvo y la envolvió en uno de esos abrazos sanadores y reconfortantes, que no requieren palabras ni explicaciones.

## CAPÍTULO 28

Teresa se quedó con Gabriel, y nosotras regresamos a casa. Cuando Adriana nos pasó a buscar, Bombur, que había presenciado los preparativos pensando que él iba a ser parte del plan, empezó a llorar cuando Ena intentó encerrarlo en la lavandería.

—Está bien, que venga con nosotras —dije alzándolo.

—Valen, el perro me va a ensuciar el auto —se quejó Adriana.

—No, está bien educado. Hace sus necesidades cuando lo saco a la mañana a pasear —le aseguré—. Además, deberías ser más tolerante con los animales, considerando que tenés una tienda de mascotas.

—¡Odio esa tienda! Y le prendería fuego con todos los animales adentro —gritó Adriana—. ¿Y desde cuándo te convertiste en una defensora de los animales?

—¡Ay, Adri!, ¡está súper encariñada con el perro! Te aseguro que si ella tiene que elegir entre salvar Bombur o a una de nosotras, lo elige a él —aseguró Nuncia.

Las palabras de Nuncia me parecieron exageradas. Era cierto que ya no corría a ponerme alcohol en gel cada vez Bombur me lamía, y que había desistido de la manía de mandar el acolchado a la tintorería cada vez que él se subía a mi cama, pero no estaba encariñada, tal vez le tenía un poco de simpatía, pero nada más.

Tardamos dos horas en llegar al lugar escogido por Lala, según ella, en la televisión habían dicho que desde allí iba poder contemplarse con claridad la lluvia de estrellas. Sin embargo, el frío pareció desalentar a los fervientes pedigüenos, en el mirador sólo había un auto aparte del nuestro, en cuyo interior se encontraba una parejita que seguramente estaba haciendo cualquier cosa menos escudriñar el cielo en busca de estrellas.

—Está muy nublado, no sé si vamos a poder ver algo —dijo Ena que era, aparte de Lala, la que más entusiasmada estaba.

—Sí, estoy segura que las vamos a ver. Tengo un presentimiento —dijo Lala con firmeza.

—Yo también tengo un presentimiento —replicó Nuncia—. Presiento que vamos a morir acá, congeladas. ¿Qué pasa con la calefacción?, casi no se siente.

El auto viejo de la madre de Adriana no era el lugar más adecuado para permanecer durante una larga noche de invierno. Una de las ventanillas no cerraba del todo, y por esa rendija se filtraba la brisa invernal. Por otra parte, la calefacción podía funcionar únicamente al mínimo, porque Adriana temía que, si la subía, el motor no arrancaría después.

A las 02:30 de la madrugada, la lluvia de estrellas continuaba brillando por su ausencia. Nuncia roncaba abrazada a Bombur, que era el único cuerpo caliente en ese auto. Si la espera se alargaba, todas íbamos a terminar dormidas y Lala quedaría sola persiguiendo sus estrellas.

—¿De quién creen que es la silla? —pregunté para despabilarme y para despabilar también a mis amigas.

—¿Qué silla? —preguntó Adriana que dormitaba con la cabeza apoyada en el volante.

—La silla vacía que está a mi lado en la terapia —insistí.

—Probablemente éramos siete personas las inscriptas para el tratamiento, y evidentemente una se arrepintió —dijo Ena bostezando.

—Sí, pero, ¿por qué Amille sigue armando el círculo con esa silla? Faltan menos de dos meses para que termine el tratamiento, es evidente que esa persona no va a llegar, ¿para qué conservar un lugar vacío?

—Estás obsesionada con esa silla —murmuró Adriana—. Te pesqué varias veces mirándola como si hubiera un fantasma sentado allí o como si estuviera embrujada. Si tanto te jode, deberías pedirle a Elina que la saque, no creo que ella tenga problema en hacerlo.

Me quedé pensando en lo que Adri me dijo. Estaba tan desconectada de mis emociones que había necesitado cinco meses para darme cuenta que esa silla realmente me molestaba, tal vez me molestaba más a mí que a Amille.

No obstante, no volví a mencionar el tema. Tenía una reputación de imperturbable que cuidar y no iba a perderla por una silla vacía y su fantasmal ocupante.

Lala permanecía callada con su cara pegada al parabrisas, mirando inútilmente hacia el cielo.

—Hay mucha niebla, tal vez si subimos hasta allá arriba logremos ver algo —dijo Ena.

Un camino ascendente de tierra llevaba hasta la cima de un pequeño cerro, en el cual se distinguían luces.

A Lala le encantó el plan, y aunque al resto nos parecía una locura dejar

el escaso calor del auto, para aventurarnos por un camino oscuro, de tierra y en una noche gélida, accedimos porque de lo contrario era probable que la espera se prolongara hasta el amanecer.

Despertamos a Nuncia, metí a Bombur en el interior de mi campera y luego comenzamos el ascenso hacia lo desconocido.

Adriana iluminaba con su celular el camino.

—Lo bueno de esta temperatura es que seguramente todos los ladrones, asesinos y delincuentes varios, se quedaron en sus casas —comentó Nuncia todavía molesta por tener que caminar con tan bajas temperaturas.

—¿Qué hay arriba? —pregunté.

—Creo que es un hotel —respondió Adriana.

Íbamos abrazadas, pegadas una al lado de la otra, por el frío y también por el miedo. Nos faltaban pocos metros para llegar hasta la cima cuando, de pronto, una figura se atravesó en nuestro camino.

Adriana gritó y eso hizo que las demás gritáramos sin saber por qué lo hacíamos. La figura pertenecía a un hombre y antes de que pudiera hacernos algo, Nuncia lo derribó.

El extraño, luego del minuto de sorpresa se sobrepuso y empezó a forcejear para quitarse a Nuncia, y con una hábil maniobra, consiguió colocarse encima de ella y apretarla contra el piso.

—Estoy llamando a la policía —gritó Adri para asustar al hombre que continuaba luchando con una Nuncia que no se daba por vencida.

Nuestros gritos y el alboroto, atrajeron la atención del conserje y de un cuidador del hotel, quienes se acercaron con linternas.

—¿Qué está pasando? —gritó el cuidador.

—¡Un ladrón! —respondió Ena a modo de explicación.

Las potentes linternas apuntaron hacia el suelo y la luz descubrió la figura que hasta entonces había permanecido en las sombras. Se trataba de un hombre rubio, alto y bastante fuerte, de unos treinta y largos. El hombre estaba muy bien vestido para ser un ladrón.

—¿Señor De León? —susurró el conserje.

—Eso parece —dijo él levantándose del suelo.

—¿Qué le pasó?

—Esa es una excelente pregunta —respondió el hombre con un marcado acento español—, salí a pasear a Norton, porque no pude sacarlo en todo el día, y de pronto escuché gritos y luego sentí un golpe que me tiró al

suelo.

En ese momento, un labrador negro, adulto, salió de entre los arbustos moviendo la cola.

—Su nariz está sangrando —observó el cuidador.

Era cierto, el golpe de Nuncia había sido más duro de lo que creí. Él se limpió con un pañuelo.

—¿Quiere que llame a la policía? —sugirió el conserje.

Había imaginado muchas maneras de acabar es anoche, pero la posibilidad de acabar presas, no se me había ocurrido. A Nuncia tampoco, porque murmuró:

—¡Lo único que me faltaba! Con antecedentes penales me voy a jubilar como desocupada.

—¡No, por favor! —suplicó Lala—, vinimos a ver la lluvia de estrellas fugaces porque necesito pedir un deseo; desde nuestro auto no las veíamos y por eso quisimos subir a la cima para ver si teníamos más suerte. Él apareció de pronto, nos asustamos y mi amiga, que es campeona de jiu jitsu, lo golpeó sin querer.

El relato de Lala era difícil de procesar, pero era ideal para la insólita situación en la que nos encontrábamos. Un relato más racional y coherente hubiera quedado desubicado en aquella circunstancia.

—¿Campeona de jiu jitsu, eh? —preguntó el señor De León sonriendo—. Eso explica por qué eres tan buena peleando.

Nuncia tenía el ceño fruncido, se levantó sin aceptar la mano que él le tendía y comenzó a sacudirse.

—¿Estás bien?, ¿te lastimé?

—Estoy bien —respondió Nuncia y por su tono de voz me di cuenta que estaba furiosa. Su ego estaba herido por la aplastante derrota que acababa de sufrir.

—¿Llamo o no a la policía? —insistió el conserje.

—No va a ser necesario. Todo ha sido un mal entendido. Por cierto, mi nombre es Manuel, ¿hacemos las paces, guapa? —dijo estirando la mano amigablemente hacia Nuncia, pero ella siguió sacudiéndose sin hacerle caso.

Adriana, que no estaba dispuesta a quedarse con los brazos cruzados mientras Nuncia desperdiciaba oportunidades, decidió intervenir:

—Yo soy Adriana, ella es Ena, Lala, Valentina y Nuncia.

—Es un placer chicas. En cuanto a tus estrellas —comenzó Manuel

dirigiéndose a Lala—, no creo que esta noche vayas a poder ver nada, el cielo está muy nublado y pronosticaron lluvias para todo el fin de semana. Pero, déjenme invitarlas a tomar algo caliente y de paso, me gustaría revisar a Nuncia para asegurarme de que no le he hecho daño.

—¿Sos médico? —preguntó Adriana, que estaba cada vez más encantada con el español.

—No, soy economista, trabajo para un holding que acaba de comprar este hotel. No obstante, sé primeros auxilios.

Nuncia, que todavía estaba enojada, se negó rotundamente a ir al hotel e insistió en volver al auto, y Lala que ya se había resignado a no ver nada más que nubes, no se opuso. Sin embargo, la negativa de Nu lo único que logró fue incrementar el interés de Manuel, quien se ofreció a acompañarnos hasta el auto.

Ella tomó a Bombur y caminó tan rápido, que en pocos minutos dejó al resto rezagado.

Lala, sumida en sus propios pensamientos, espiaba el cielo, en tanto que yo, espiaba a Adriana, esperando un inminente ataque de verborragia que no tardó en llegar.

—Parece que tu amiga no está de muy buen humor —comentó Manuel.

—Se pone algo irritable cuando tiene sueño, pero no vayas a creer que es así siempre. Normalmente, es una mujer muy dulce. Le gustan los números igual que a vos, es Administradora de Empresas y se recibió con el mejor promedio. Ahora trabaja en un banco, ocupa un alto cargo en el área de Recursos Humanos.

—Que interesante —murmuró Manuel.

Afortunadamente, ya habíamos llegado al auto y Adriana no tuvo más tiempo para dejar volar su imaginación. No obstante, se aseguró de que Manuel guardara el teléfono de Nuncia, y lo instó para que la llamara en unos días.

Durante el largo viaje de regreso, Lala permaneció callada.

—No te pongas mal, tu encuentro con Emiliano puede salir bien aún sin estrellas fugaces —mentí, presentía que esa cena iba a ser un desastre con o sin ayuda celestial.

—No lo creo —murmuró Lala—. quería contar con la bendición de las estrellas, sin ella La cena de los imposibles se vuelve más inalcanzable todavía.

\*\*

Llegamos a mi casa a las 6 de la mañana y me sorprendió encontrar a Teresa en la puerta.

—¿Qué pasó? —pregunté temiendo que las cosas con Gabriel hubieran terminado mal.

—¡Me pasó algo hermoso! Pasé una de las mejores noches de mi vida, y no quería estropearla volviendo a mi departamento y encontrándome con Silvana y sus amigos.

—Me alegra que al menos una de nosotras haya pasado una buena noche —comentó Nuncia antes de ir a encerrarse en su habitación.

—¿Por qué está de tan mal humor? —quiso saber Teresa.

—Después te cuento, ahora contanos vos cómo te fue.

—¡Valen, estoy tan feliz! —gritó Teresa abrazándome—. Gabriel me enseñó a cocinar, luego cenamos y hablamos un montón, no nos acostamos ni nada de eso. He cenado con muchos hombres en mi vida, pero todos lo tomaban como un pesado y oneroso paso para poder sacarse las ganas. En cambio, a Gabriel se lo notaba verdaderamente contento de estar conmigo.

Teresa siguió hablando de sus sueños y temores con respecto a su incipiente relación, aunque con un auditorio reducido, porque Adriana, Ena y Bombur se durmieron en el sillón.

—Valen, ¿me puedo quedar acá unos días? —preguntó Teresa—. Sólo hasta que encuentre otro departamento, las cosas con Silvana ya no dan para más y no quiero volver a vivir otra escena como la de anoche.

—¡Claro!, únicamente me hacía falta una persona más para poder declarar mi casa “asilo para homeless”. Es súper interesante el descuento que te hacen en los impuestos por las obras de caridad.

Lala y Teresa rieron, ya no las asustaba mi humor negro.

—Obvio que te podés quedar, en la tarde si querés te acompaño a buscar tus cosas.

—Voy a llamar a un taxi para ir ahora, antes de que amanezca, quiero que cuando salga el sol, la vida empiece de nuevo para mí.

Por supuesto, no dejamos que Teresa volviera sola a un lugar en donde podía estar esperándola un boludo importante como Ezequiel. No pudimos despertar a Nuncia, pero Lala llevó su spray de pimienta para defendernos, en el caso de que fuera necesario.

El departamento de Teresa hedía a tabaco y a alcohol. Había colillas de

cigarrillos, botellas de Fernet y latas de cerveza vacías, desparramadas por el suelo del comedor.

Por suerte no había nadie, evidentemente la fiesta había continuado en otro lado. Sin embargo, cuando entramos en la cocina, observamos que arriba de la mesa, había un Big Mac y una lata de cerveza sin abrir, unidos por un moño rojo, como si se tratara de un regalo. Pegada al moño había una tarjeta que decía: “Te dejo este regalo para recordarte los felices viejos tiempos. Extraño a la mujer que sabía divertirse y que solía ser mi mejor amiga. ¡Ojalá vuelvas a ser la Teresa que eras antes! Te quiero, Sil”.

Cuando ella terminó de leer la tarjeta murmuró:

—No eran tiempos felices, y lo que más deseo, es no volver a ser nunca esa mujer.

## CAPÍTULO 29

Contemplamos a Lala embelesadas. Ella tenía puesto un vestido largo, plateado y el pelo recogido.

—¡Estás tan, tan bonita! —exclamó Ena y todas asentimos.

En ese momento, Lala recordó algo que la hizo sobresaltarse:

—Tengo que apagar el teléfono. Mi tía y mi abuela se fueron a pasar unas vacaciones, a la casa de una prima que vive en provincia. Mi tía suele llamarme a esta hora, pero si hablo con ella en estos momentos, me voy a largar a llorar y no quiero preocuparla.

—¿Ella no sabe de esta cena?

—No, Tere, ni mi abuela ni mi tía saben sobre mi obsesión por Emiliano. Y pase lo que pase esta noche, quiero que continúe así, no quiero que se angustien por mí.

Mientras Adriana terminaba de darle los últimos toques, abandoné la habitación y salí al patio. El jardín era la parte favorita de mi casa porque era el lugar en donde encontraba tranquilidad. Con frecuencia, me costaba identificar mis emociones. Sin embargo, esa noche podía distinguir con claridad cuál era el sentimiento que me embargaba: la tristeza.

Lala, con su inocencia casi infantil y su extrema sensibilidad, estaba pidiéndole a la cordura, que hiciera una excepción esta noche, y yo no creía que su deseo fuera a ser concedido.

—Siempre reflexionando —dijo una voz a mis espaldas.

Estaba tan ensimismada en mis pensamientos que no había escuchado abrirse la puerta del patio. La Dra. Amille quería desearle suerte a Lala antes del gran acontecimiento, y aunque reconocía el buen gesto, ella era la última persona con la que deseaba hablar en esos instantes de debilidad. A pocas semanas de terminar el tratamiento, mi desconfianza hacia ella seguía intacta.

—Está helando acá afuera, ¿no tenés frío? —preguntó la doctora intentando iniciar una conversación.

—Amo el frío —respondí sin ánimo, levantándome para entrar.

—Valen, esperá un segundo, ¿querés contarme por qué tenés esa cara de velorio?

—¿Acaso no nos estamos preparando para ir a uno? —respondí con amargura, aunque sabía que no era culpa de ella.

—Probablemente, pero te aseguro que es un paso indispensable para Lala. Tal vez sea una noche muy dolorosa, pero al mismo tiempo será liberadora. Ella necesita enterrar al hombre ideal que construyó en su mente, y cuando lo haga, un hombre real podrá ocupar su lugar.

Las palabras de Amille eran sabias y coherentes, no obstante, me irritaban. ¿Por qué Lala no podía tener su noche deseada?

En ese momento, Teresa salió al jardín y entonces supe que ella y Ena tenían preparado un plan B por si las cosas salían mal. ¿En qué consistía dicho plan? Ena había preparado en secreto, los dos postres favoritos de Lala.

No era difícil descubrir por qué estábamos realizando un tratamiento para adelgazar, ante el peor de los panoramas, nuestro mejor escudo continuaba siendo la comida.

Todos presentíamos la tragedia, ¿Lala la presentía también?

\*\*

—Estoy tan nerviosa que creo que voy a vomitar —dijo Lala cuando estábamos ante la entrada del exclusivo club en Puerto Madero, el lugar elegido para la cena de beneficencia.

Adriana le susurró unas palabras de aliento y yo le sonreí, aunque en ese momento deseaba haberle dejado mi lugar a Teresa o a Ena.

El salón era inmenso y la mayor parte de las mesas ya estaban ocupadas. Recién entonces nos percatamos de que habíamos cometido un error garrafal. Sí, se trataba de una cena exclusiva, pero para más de 1.000 personas, es decir que existía una enorme probabilidad de que Lala ni siquiera se cruzara con Emiliano.

El rostro serio de Nuncia y Adriana, y la palidez de Lala, me indicaron que ellas también lo habían comprendido.

Una moza nos condujo hasta nuestra mesa, que estaba casi al final del salón, muy lejos del escenario.

Las mesas eran de 6, 8 y 10 personas. En la nuestra ya estaban sentadas dos chicas de unos treinta años, que parecían agradables y con ganas de conversar.

—Los médicos de la fundación, deben estar en las mesas que están más cerca del escenario —opinó Nuncia.

—¿No me digan que ustedes también? —exclamó con una sonrisa una de las chicas de la mesa

—Nosotras también, ¿qué? —pregunté.

—Ustedes también vinieron a buscar médicos solteros —aseguró ella.

Carolina y Valeria, así se llamaban nuestras compañeras de mesa, nos contaron que en este tipo de eventos solían haber muchos hombres solteros, y que eran fáciles de identificar porque no tenían pareja. Ellas acudían fielmente a todas las cenas y fiestas de beneficencia que podían, con la esperanza de que Buenos Aires se quedara con dos solteros menos.

—Es muy difícil conseguir un novio hoy en día, y yo tengo más de treinta, así que me tengo que apurar —comentó Carolina.

—Yo he ido disminuyendo mis expectativas, ya no soy tan exigente. A esta altura, me conformo con que sea heterosexual y con que trabaje. Aunque, mi mamá quedaría encantada si me viera aparecer con un médico —aseguró Valeria.

¡Y listo! En pocas frases, las dos mujeres habían logrado despertar en Adriana un profundo sentimiento de empatía.

Los mozos se habían dividido las mesas, la nuestra le tocó a una chica que de inmediato se ganó nuestra simpatía porque tenía unos kilos de más.

Se llamaba Florencia y era muy dulce, aunque se notaba que no tenía mucha experiencia como moza. Cuando sirvió los platos de entrada, faltó poco para que me tirara la bandeja encima.

Los nervios provocaron distintos comportamientos en el grupo, Lala no tocó su plato, Nuncia limpió el suyo y también se comió la mitad del plato de Lala, y yo le entré al champagne, la única bebida alcohólica que realmente me gustaba.

Por su parte, Adriana charlaba animadamente con sus dos nuevas amigas, olvidando la razón por la que estábamos allí.

—Tengo una idea —dijo Nuncia con la boca llena, y llamó a Florencia para averiguar dónde estaba el baño.

El baño estaba en un segundo piso y para llegar hasta él, había que pasar por una galería desde la cual podía contemplarse la totalidad del salón desde arriba. La idea de Nuncia consistía en levantarnos por turnos, con la excusa de ir al baño, y ver si desde la galería podíamos ubicar a Emiliano. Sí, distaba mucho de ser el mejor plan de la historia, pero era el único que teníamos.

Lala estaba tan nerviosa que preferimos que se quedara sentada.

Yo fui la primera en levantarme, pero cuando llegué a la galería, comprobé que el plan era un despropósito. En el salón había

aproximadamente 700 hombres vestidos de etiqueta, ni la propia Lala sería capaz de distinguir a Emiliano en medio de esa multitud. Estaba empezando a entender que para encontrarlo íbamos a necesitar mucho más que una idea brillante, íbamos a necesitar un milagro.

Cuando volví a la mesa, Adriana que se sintió culpable por su inicial distracción, se levantó para continuar con el plan, pero la detuve:

—Tenemos que pensar en otra cosa —dije a modo de explicación y tomando un sorbo de la copa que, lamentablemente, Florencia había llenado en mi ausencia.

La cena continuó, íbamos por el postre y no habíamos conseguido ningún avance. Lala permanecía en silencio, y en su rostro se leía una decepción tan grande que me dolía mirarla. Tomé un sorbo largo de Champagne y envalentonada por el alcohol, me hice la promesa de que íbamos a encontrar al puto doctor, aunque tuviera que subir al escenario y llamarlo por el micrófono.

—No has comido nada en toda la noche —le dijo Florencia a Lala—. Te puedo hacer preparar algo especial, ¿qué te gustaría comer?

Lala le sonrió a Florencia y negó con la cabeza.

—Sos un amor, pero no tengo hambre.

—¿Cuánto falta para el baile? —pregunté.

—¿Baile?, ¿qué baile? —preguntó Florencia.

Nuncia y Adriana se quedaron petrificadas con el tenedor a unos centímetros de sus bocas, y Lala la miró angustiada. Por mi parte, volví a recurrir al champagne.

—En Internet decía que después de la cena había un baile —insistió Nuncia.

—¿Baile? ¡Ojalá! Así habría más oportunidades de pescar a alguno —comentó Carolina.

—No hay ningún baile —aseguró Valeria—. Después de la cena un artista da un pequeño concierto de unos 40 minutos, eso es todo.

Era oficial: estábamos acabadas. Si era difícil ubicar a Emiliano con las luces prendidas, cuando comenzara el recital y el lugar estuviera en penumbras, cualquier esfuerzo iba a ser inútil.

No obstante, Adriana hizo un último intento. Se levantó y se acercó a Flor para hablarle al oído, para evitar que Lala se sintiera abochornada. Al entrar, nos pidieron que apagáramos los teléfonos, pero Adri lo prendió un

segundo para mostrarle a nuestra moza la foto de Emiliano.

Ella escuchó atentamente y asintió con la cabeza, y antes de retirarse de nuestra mesa para ir a la cocina, le puso la mano en el hombro a Lala y le susurró:

—No te preocupes, lo vamos a encontrar.

Con Florencia buscando a Emiliano, por lo menos teníamos una posibilidad. El postre terminó y cuando nuestra moza preferida nos retiró los platos, comentó:

—Averigüé que todos los médicos de la fundación están en las mesas que están cerca del escenario, del lado derecho. Voy a buscar por allá.

Sin embargo, segundos después las luces se apagaron y el escenario se iluminó. Jorge Drexler empezó a cantar, mientras nuestro tiempo empezaba a correr, a partir de ahora sólo quedaban 40 minutos para nuestra misión imposible.

Quería intentar algo, lo que fuera, quedarme ahí sentada me estaba matando. Lo bueno era que gracias a la penumbra, se podía caminar por el salón sin llamar tanto la atención. Me paré con la excusa de ir al baño, no quería ilusionar a Lala, y luego me dirigí hacia el lugar que Florencia nos había indicado.

Me quedé a un costado del escenario, sin saber qué hacer y entonces noté que algunas personas se levantaban y desaparecían tras una puerta lateral. Intrigada las seguí, tras la puerta habían unas escaleras que conducían a la terraza del salón, la cual tenía una hermosa vista al puerto y estaba calefaccionada. Muchos de los comensales iban allí a tomar aire o a fumar.

No estaba borracha ni mucho menos, pero los tacos de aguja que me obligó a ponerme Adriana, sumados a mi reciente y estrecho vínculo con el champagne, no ayudaban a mi estabilidad.

Al salir a la terraza choqué contra alguien con tanto fuerza que estuve a punto de caer al suelo.

—Perdón, ¿estás bien? —preguntó el hombre.

—Sí, gracias —respondí, y al mirarlo lo reconocí, era Damián, el amigo de Emiliano.

Mi cara le resultó familiar porque me preguntó:

—¿Te conozco de algún lado?

Estaba pensando una respuesta, cuando un hombre con saco blanco se acercó a nosotros.

—Damián, ¿tenés encendedor? —preguntó.

Y después de tanto, ahí, parado frente a mí, estaba el vellocino de oro. Estaba tan emocionada por haberlo encontrado, que casi me mato al intentar bajar corriendo las escaleras.

—¡Lo encontré! —grité, cuando logré llegar a la mesa.

—¿Dónde está? —preguntó Nuncia.

—Arriba, en la terraza.

—¡Vamos! —dijo Nuncia tomando de la mano a Lala y obligándola a pararse.

—No..., prefiero..., prefiero no ir —balbuceó Lala.

La miramos atónitas, ¿era en serio?

—Lala —empezó Nuncia—, esta noche he comido tanto que, probablemente, haya engordado todo lo que adelgacé durante los 6 meses que llevamos de tratamiento, así que vas a ir a esa terraza aunque te tenga que llevarte a cococho.

—Tengo miedo —reconoció Lala con voz temblorosa.

—Nosotras estamos al lado tuyo, vamos a enfrentar esto de una vez —dijo Adri con voz suave, tomándola de la mano.

A partir de ese momento, todo pasó demasiado rápido. ¿Cómo es posible que los sueños que se conservan durante años, tarden sólo unos segundos en derrumbarse?

Un ruido de cristales rotos nos recibió al entrar en la terraza. Florencia, finalmente había tirado la bandeja, pero no sobre mí, sino sobre Emiliano.

Ella se deshacía en disculpas, mientras intentada recoger con la mano los cristales rotos, cortándose al hacerlo.

Emiliano la observaba con un gesto en el que se mezclaba el enfado y el desprecio. Su saco apenas se había manchado con unas gotas, pero mientras intentaba limpiarse con un pañuelo, exclamó:

—Estos contratiempos son inevitables si se contrata a personas ineptas, que no saben hacer su trabajo. Con semejantes caderas, no sé cómo no tiró esa bandeja antes, este no es un trabajo para obesos.

Emiliano habló en voz muy alta, sin importarle si sus palabras podrían lastimar los sentimientos de Florencia.

Lala lo miraba como si fuera un conocido y un extraño al mismo tiempo. Era como si estuviera intentando fusionar dos imágenes distintas, la imagen que durante tantos años había idolatrado en su cabeza, con la imagen

del reverendo imbécil que tenía delante, y cuando finalmente lo logró, dio la media vuelta y salió de la terraza casi corriendo.

Quise ayudar a Florencia, pero Damián ya estaba a su lado. Le envolvió el dedo en una servilleta e intentaba tranquilizarla para que dejara de llorar.

El concierto aún no acababa, pero para nosotras, la cena había terminado.

Antes de subirnos al auto, Nuncia dijo:

—Valen, dale las llaves a Adri. Elegiste un buen momento para tirarte una cana al aire, te vi cómo te bajaste la botella champagne vos sola, y lo único que nos falta para terminar esta noche de mierda, es estrellarnos y que nos lleven al hospital para que nos atienda el “amante de los gordos”.

Sonreí y entregué las llaves.

Lala lloró durante el camino de regreso, pero no de una forma ruidosa y dramática como solía hacerlo. Su llanto se transformó en una lluvia silenciosa, y ninguna de nosotras encontró nada apropiado que decir para interrumpirla.

Teresa nos abrió la puerta.

—¿Por qué no contestaban el celular? —me reclamó.

—Nos pidieron que lo apagáramos y... —me callé de pronto al ver que Ena estaba sentada en el sillón junto a una mujer.

Al verla, Lala se limpió las lágrimas y sonrió.

—Tía, ¿qué haces acá?, ¿le pasó algo a la abuela? —preguntó preocupada.

—No mi amor, tu abuela está durmiendo y la está cuidando mi prima.

Entonces, sin ninguna explicación, la tía Ana se largó a llorar mientras abrazaba con fuerza a Lala.

—¡Mi chiquita!, descubrí demasiado tarde esta locura, ¿nos perdonás a tu abuela y a mí?

—¿Perdonarlas?, ¿por qué? Yo fui la tonta que se aferró a una ilusión, pero acabo de entender que el Emiliano de hace 15 años, ya no existe más.

—Mi chiquita... —gimió Ana angustiada—, él nunca existió, nunca te envié nada.

—Entonces, ¿quién fue? —susurró Lala a punto de desmayarse.

—Tu abuela y yo.

Las palabras de Ana provocaron lo que yo tanto había temido, el alma de Lala se fragmentó en cientos de pedazos y la noche la encerró en su

oscuridad.

## CAPÍTULO 30

Quisimos dejar solas a Lala y a su tía, pero ninguna de las dos estuvo de acuerdo e insistieron para que nos quedáramos.

—¿Por qué o para qué me engañaron? —preguntó Lala.

—Cuando tu abuela enfermó, te pusiste muy triste y no sabíamos qué hacer para alegrarte. Eras una niña muy solitaria y no tenías amigos. Entonces, tu abuela pensó que recibir algo de un amigo desconocido te reanimaría —confesó Ana, y el remordimiento podía escucharse en su voz.

—¿Por qué nunca me contaron la verdad?

—Porque lo olvidamos. Poco después nos fuimos del pueblo, vos nunca nos dijiste nada al respecto y ni siquiera volviste a mencionar a Emiliano.

A pesar de que la conversación había comenzado hacía sólo unos minutos, entre las dos estaban a punto de terminarse una caja de pañuelos descartables.

—Durante las últimas semanas estuviste muy inquieta, te pregunté qué ocurría, pero no quisiste contarme y eso me preocupó. Anoche, cuando apagaste el teléfono, creí que algo malo te había pasado. Estaba desesperada, y por eso, me atreví a llamar a la doctora Elina, ella me contó todo y me dijo dónde encontrarte —finalizó Ana en un tono de voz que denotaba agotamiento.

Ana esperó a que Lala hablara, pero ella no lo hizo. Con la mirada fija en sus manos, parecía estar recordando todos los minutos de su vida que había destinado a una mentira.

—¿Nos odiás? —susurró, y era como si esas palabras laceraran su garganta.

Sin embargo, su pregunta sirvió para sacar a Lala de su ensoñación. Ella la abrazó muy fuerte.

—La abuela y vos son las personas que más amo en el mundo, y no hay que puedan hacer para que yo las odie —dijo Lala con voz firme, mirándola a los ojos—. Ahora vamos a casa, esta noche ha durado más de lo que merecía.

\*\*

Al día siguiente, Lala obligó a su tía a que continuara con sus vacaciones, y como no queríamos que estuviera sola, le insistimos para que

se quedara unos días en mi superpoblada vivienda.

Era difícil predecir cómo un golpe así iba a influir en ella. No volvió a llorar, al menos delante de nosotras, pero su dulzura se evaporó.

Lala no sólo había sufrido una desilusión amorosa, su idea del mundo también había colapsado. El Emiliano ideal, no el real, sino el que ella había creado en su mente, le había servido como un amuleto contra las decepciones provocadas por la mezquindad humana. Sin él, Lala no tenía otra opción de ver el mundo tal cual era. Un lugar lleno de personas, en cuyo interior había una batalla constante entre luces y sombras, y la mayoría de las veces, las sombras obtenían la victoria.

Durante la cena del martes, el teléfono de Lala no paró de sonar, pero ella no quería contestar ninguna llamada.

—¿Quién te está llamando con tanta insistencia? —preguntó Teresa.

—Mi jefe y algunos compañeros de trabajo.

—¿Y por qué tienen tantas ganas de hablar con vos? —pregunté.

—Seguramente, porque esta mañana renuncié —dijo Lala con toda tranquilidad sirviéndose más suflé de zapallito en su plato.

La miramos petrificadas y Nuncia comenzó a golpear su cabeza contra la mesa.

—Lala, ¿por qué renunciaste?

—Estaban mal acostumbrados, Nu —respondió ella sin inmutarse—. ¿Quién trabajaba el doble que los demás sin quejarse? ¡La estúpida de Lala! Si alguien faltaba, se enfermaba o simplemente prefería quedarse rascándose en su casa, ¿quién estaba siempre dispuesta? ¡La estúpida de Lala! Si había que hacer horas extras, ¿quién se quedaba con el peor horario? ¡La estúpida de Lala!

Lala comió un par de bocados más y luego continuó:

—Esta mañana, tuve que esforzarme para que todos, incluido mi jefe, entendieran que “la estúpida de Lala” había muerto, y que la nueva Lala está completamente dispuesta a sacarle la cabeza al primero que intente tomarla de boluda.

Afortunadamente, el jefe de Lala, que la estimaba y que sabía cuánto valía como empleada, no le aceptó la renuncia. Él comprendió que estaba pasando por un momento emocional difícil, le dio dos semanas de vacaciones para que recuperara el equilibrio, y no volvió a pedirle ningún cambio de horario.

Por su parte, los compañeros de Lala, que tantas veces habían abusado de su buena voluntad, le pidieron disculpas.

Era imposible no querer a Lala, aunque ese cariño no impedía que muchas veces se aprovecharan de su nobleza. Sin embargo, la nueva Lala estaba empezando a poner límites y me alegraba por eso.

El miércoles, cuando salimos de natación, Alejandro, Pablo y Javier nos sorprendieron al invitarnos a una fiesta que iba a realizarse en el gimnasio el fin de semana.

La invitación nos dejó perplejas, y por unos segundos, los miramos asombradas, hasta que de pronto, Lala empezó a reír.

Volteé para mirarla, reía a carcajadas con las manos en su estómago.

—¿De qué te reís? —preguntó Ena.

Lala intentó hablar, pero eso hizo que su ataque de risa empeorara. Nuncia se tentó y empezó a reírse con ella.

Los tres profesores las miraban asustados, como si se hubieran vuelto locas. Adriana tomó a Lala del brazo e intentó sacarla del gimnasio, pero ella se negó. Se limpió las lágrimas vertidas durante su ataque de risa, y luego preguntó:

—En los últimos seis meses, ¿cuántas fiestas hicieron acá?

—No..., no sé con exactitud —respondió titubeando Alejandro—. Tal vez siete u ocho.

—¿Sí?, ¿tantas? Es raro porque nosotras no recibimos ninguna invitación. Me pregunto, ¿por qué de pronto decidieron invitarnos? —dijo Lala, y aunque no gritaba, se notaba en su voz un rastro de furia.

La incomodidad de los tres hombres iba en aumento, la miraban sin saber qué contestar.

—Ya que no se les ocurre ninguna respuesta inteligente, yo les voy a decir por qué no nos invitaron antes —continuó Lala—. No nos invitaron antes porque éramos gordas, y eso iba a arruinar la puta imagen de este puto gimnasio.

Escuchar a Lala putear nos hizo reír a todas, era la primera vez que le escuchábamos decir una mala palabra.

—De haber podido, nos hubieran echado el primer día —aseguró ella, acercándose mucho a Alejandro—. Sin embargo, les tengo una noticia, aunque les cueste creerlo, debajo de los kilos hay una persona. ¡Un ser humano igual que ustedes, con miedos, con sueños y con dolores! Ustedes

son muy lindos por fuera, pero por dentro están podridos. Las personas valen independientemente de cuánta celulitis tengan encima, y si no podés ver eso, Alejandro, soy yo la que siente una profunda y sincera lástima por vos, y por todos los boludos que piensan como vos.

—¡Lala presidente! —bromeó Nuncia cuando estuvimos afuera.

—¿Estás bien? —preguntó Ena abrazándola.

—Estoy bien, les dije lo que hace tiempo quería decirles. No hay razón para que vuelva, voy a buscar otro gimnasio.

—Vamos a buscar otro gimnasio —la corrigió—. Supongo que el ciclo Olympus terminó para nosotras, ya aprendimos todo lo que Amille quería que aprendiéramos acá.

Lala iba a reunirse con unas amigas y necesitaba tomar un taxi. Le hizo señas a uno y cuando frenó, un hombre quiso robárselo. Él intentó abrir la puerta, pero Lala la cerró de un golpe.

—Yo lo vi primero —gruñó Lala.

El hombre sorprendido y asustado, retrocedió y dijo:

—Perdón.

Lala entró en el taxi y cerró la puerta con tanta fuerza que casi la vuelve giratoria.

Así terminó nuestro último día en Olympus.

## CAPÍTULO 31

Adriana se estaba volviendo cada vez más misteriosa. Se alejaba cuando contestaba sus llamadas, y susurraba para que nosotras no escucháramos de qué hablaba o con quién.

Con frecuencia, faltaba a las cenas que organizábamos en casa, alegando el cumpleaños de algún familiar o amigo. Sin embargo, todas sabíamos que estaba viendo a alguien, pero no entendíamos por qué se empeñaba tanto en ocultarlo.

Por otra parte, la relación de Teresa y Gabriel se afianzaba rápidamente. Ella iba casi todas las noches al restaurante para ayudarlo, para aprender a cocinar, o simplemente para poder estar juntos. No obstante, siempre regresaba a casa a dormir, nunca pasaba la noche con él, y eso llamó nuestra atención.

—¿Por qué no te quedás a dormir con él? —pregunté.

—Porque todavía no hemos pasado a esa etapa.

—No sabía que tenías “etapas” —comentó Nuncia.

—Antes no, ahora sí —respondió Teresa—. Después de la discusión que tuvimos, hablamos mucho y a Gabriel le preocupa que yo todavía piense que él está conmigo sólo para sacarse las ganas. Quiere que yo confíe en él antes de que hagamos el amor.

—Y vos que sos puro instinto, ¿aceptaste? —preguntó Nuncia.

—Sí, acepté porque esta es una relación distinta a todas la que tuve en el pasado. Me siento bien, no me siento usada y desechada como antes. Sí, por supuesto que nos besamos y abrazamos, y no voy a negar que me siento bien cuando lo toco y siento que su cuerpo responde, que no es indiferente ante mí —agregó Teresa con una pícaro sonrisa—. Pero estamos construyendo algo lindo y vamos a ir despacio.

La doctora Amille intentó por todos los medios hablar con Lala, pero ella no quería saber nada. El jueves se negó a ir a la terapia, asegurando que había decidido darse de alta y que para ella, el tratamiento estaba finalizado.

Al enterarse, Amille propuso hacer la terapia de esa noche en mi casa. Cuando llegamos, encontramos a Lala acostada en el sillón con Bombur, mirando los policiales del noticiero, las telenovelas y las películas románticas habían quedado en el pasado.

Cuando Lala vio entrar a la doctora se enderezó, pero apenas le devolvió el saludo y no dijo nada más.

—Voy a sacar del freezer unas pizzas de harina integral para que cenemos —dijo Ena, y todas la seguimos a la cocina para dejarlas solas.

—Por mí no te preocupes, tengo sueño, así que me voy a ir a dormir. Valen, esta noche me quedo yo con Bombur, ¿dale? —dijo abrazando a la bola de pelos.

—Lala, me gustaría que habláramos —comenzó Amille con voz conciliadora.

—No tengo nada que decir.

—Lala, no seas inmadura. Vamos a hacer la sesión acá, sentémonos y hablemos entre todas —sugirió Adriana.

Lala aceptó quedarse a regañadientes y todas, ya sea por costumbre o por comodidad, nos sentamos en sillas y sillones intentando emular el círculo del consultorio, ¡y cosa de mandinga!, el lugar a mi derecha, quedó vacío una vez más.

—Me doy cuenta que estás enojada, pero no entiendo por qué —comentó la doctora, dando comienzo a la sesión improvisada.

—¿No entendés por qué? —preguntó Lala con una sonrisa ácida.

—¿Estás enojada porque pensás que lo que pasó fue mi culpa?

Lala se levantó del sillón y apretó tan fuerte a Bombur, que él emitió una especie de quejido. Preocupada porque ella parecía no darse cuenta de nada, se lo saqué de los brazos y lo encerré en mi habitación para evitarle futuros peligros.

—¡Por supuesto que lo que pasó fue culpa tuya! Me arrepiento de haber comenzado con este absurdo tratamiento, me arrepiento de haber seguido tus consejos, ¡todo es tu culpa! —gritó Lala enfurecida.

—¿Preferías seguir viviendo en un mundo irreal? —pregunto Amille.

—Fantasía, irrealidad, ¿a quién carajo le importa? Sólo sé que antes era feliz, antes confiaba en la gente. El mundo real es una mierda y lo detesto, ¡Lo detesto! Prefería vivir en mi mundo, ¡quiero ser gorda de nuevo!

Lala lloraba angustiada y la Dra. soportaba estoicamente todas sus acusaciones. De a poco logró calmarla, pero la sesión finalizó sin que lograra que Lala aceptara continuar con el tratamiento.

Acompañé a la doctora hasta la puerta.

—Se le va a pasar, sólo le hace falta un poco de tiempo —comenté.

—Valen, no estoy preocupada por Lala. Ella lloró, gritó, me culpó, sacó lo que la estaba carcomiendo por dentro. Estoy absolutamente convencida de que va a terminar el tratamiento y también de que va a llamarme dentro de unos días, cuando se sienta mejor —aseguró Amille—. Me suelen preocupar más los pacientes que se guardan todo adentro.

Sabía que ella se estaba refiriendo a mí, pero cerré la puerta sin darme por enterada. Después de la terapia, Lala no se fue a dormir, pero pidió que viéramos con ella una película de terror que le habían recomendado. Cerca del final, el teléfono de Nuncia comenzó a sonar.

—Es una suerte que no estemos viendo La llamada —comenté.

—Es un número desconocido —murmuró Nuncia, mirando con desconfianza su teléfono.

—Tal sea alguna entrevista de trabajo —la animó Ena.

—¿A esta hora? No creo. ¿Hola?, ¿quién habla?..., ¿quién?..., ¿de dónde sacaste mi número? —preguntó Nuncia haciendo señas amenazantes a Adriana.

—¿No me digas que es el español? Había perdido las esperanzas de que te llamara —susurró Adriana, saltando de la emoción.

—No me interesa, ¡No me vuelvas a llamar!

Cuando cortó, Nuncia estaba furiosa, pero Adriana lo estaba aún más.

—¿qué parte de “hay pocos hombres disponibles” no entendés? —comenzó Adriana—. Además, él tiene buenos contactos, puede conseguirte un trabajo, ¿por qué tardó tanto en llamarte?

—Me dijo que acababa de volver de un viaje de trabajo y me invitó a cenar. ¿Por qué me habló de un banco?, ¿qué fue lo que le dijiste sobre mí?

—Qué fue lo que no le dijo —le aclaré—. ¿No conocías la faceta mitómana de Adri?

Adriana estaba súper entusiasmada con el buen partido español, y hasta Lala pareció interesarse, aunque rápidamente logró ocultar su interés.

## CAPÍTULO 32

Durante los siguientes días, Manuel continuó llamando, pero todos sus intentos para sacarle una cita a Nuncia, fueron inútiles.

El sábado tuve un simposio de periodismo que duró todo el día. Cuando regresé a la noche a mi casa, me sorprendió encontrar a Adriana y a Teresa muy arregladas, y la mesa preparada para recibir a invitados.

—¿A quién esperan? —pregunté bostezando y tirándome sobre el sillón.

—Gabriel va a venir a cenar —gritó Teresa desde la cocina.

—También invitamos a Manuel —me dijo Adriana al oído.

¡Uh! Iba a ser una noche movida, porque estaba segura que Nuncia armaría un escándalo cuando se enterara.

Sin embargo, los planes de Adriana se desplomaron cuando Nuncia apareció en el comedor en camisón, pantuflas y el pelo recogido en un rodete. Lala también estaba en pijama, pero como tenía los ojos hinchados de tanto llorar, lucía peor que Nuncia.

—Chicas, vayan a arreglarse, dentro de 15 minutos vamos a cenar —dijo Adriana golpeando las manos.

—¿Arreglarnos para qué? El único hombre que vamos a ver es Gabriel, con que Teresa esté arreglada alcanza —replicó Nuncia.

Adriana se mostró firme y les lanzó un sermón, afirmando que las mujeres siempre tenían que estar arregladas, independientemente de que estuviera cerca un hombre o no.

Adriana se maquilló y las peinó, poniendo especial esmero en Nuncia. Ella aceptó ponerse un vestido rojo pegado al cuerpo de Ena, pero se negó rotundamente a ponerse zapatos y conservó sus pantuflas de conejo.

—Te ves ridícula —le recriminó Adriana, suspirando resignada ante la tozudez de Nuncia.

Gabriel fue el primero en llegar, trajo el postre, un ramo de flores para Teresa y un misterioso paquete para Lala.

—¿Para mí?

—Sí, Tere me contó que estás pasando por un momento un poco difícil y recordé que, cuando murió mi esposa, pasé por momentos de mucha furia y enojo, y que estrellar platos, fue una de las formas más satisfactorias que

encontré para descargarme.

Lala abrió la caja y encontró efectivamente 111 platos de cerámica.

—Toda la vajilla está asegurada en mi restaurante, así que podés romperlos sin culpa —agregó Gabriel.

Teresa lo abrazó, conmovida por el gesto, y esas muestras de afecto continuaron toda la noche. Se sonreían, se besaban, se tomaban de la mano. Eran una pareja dulcísima.

Ena fue la siguiente en llegar y vino acompañada de Andrés, y de un amigo. Sospeché que la idea de Ena era presentarle el amigo de Andrés, Nicolás, a Lala, pero sus planes tomaron un giro inesperado.

Estaba llenando el bebedero de Bombur, había cinco personas en la casa y ninguna había sido capaz de cambiarle el agua en todo el día. En ese momento, observé que Nicolás se había quedado mirándome.

—Vos sos la periodista que ganó el año pasado el Premio Revelación M, por tu artículo sobre la corrupción en los hospitales públicos.

—Sí, es ella —contestó Ena con orgullo.

—¡No sabés cuánto te admiro!, leo siempre todo lo que escribís —afirmó Nicolás.

Lo miré con detenimiento, no debía tener más de 20 años. En ese momento sonó el timbre, y el sonido sirvió para distraer un poco, la atención que se había centrado desagradablemente en mí.

Adriana aprovechó el momento para acercarse y murmurar:

—Ya sé, es un pendejo, pero cuando hay escasez, una no puede darse el lujo de desperdiciar nada.

Sonreí y la golpeé en el brazo, me estaba haciendo un chiste..., ¿me estaba haciendo? La miré perpleja y descubrí con horror que estaba hablando en serio.

—Buenas noches —saludó Manuel.

Al verlo, Nuncia, que estaba picoteando una ensalada, soltó el tenedor. Manuel saludó amablemente a todos y se acercó a ella con una enorme sonrisa, ya fuera porque le alegraba verla o porque la visión de Nuncia con vestido de fiesta, pantuflas de conejo y la servilleta de papel enganchada en el cuello, le causaba mucha gracia.

—Me encantan tus zapatos —dijo Manuel, dándole un beso en la mejilla.

—¿Qué haces acá? —preguntó Nuncia

—Lo invité yo —respondió Adriana, lo tomó del brazo y lo condujo hasta la mesa.

Adriana se las arregló para que Manuel quedara al lado de Nuncia, y para que Nicolás quedara a mi lado. ¡Iba a matarla!

A pesar de la tristeza de Lala y el enojo de Nuncia, la cena fue muy animada. Manuel resultó ser muy conversador y junto con Gabriel, mantuvieron arriba el ánimo durante toda la velada.

Cuando la cena terminó, Gabriel tuvo que volver al restaurante y Teresa lo acompañó. Por su parte, Adriana recibió una llamada y desapareció sin dar muchas explicaciones. En cuanto a Lala, ella se fue a dormir apenas pudo levantarse de la mesa.

Como resultado, quedamos solamente seis personas: Manuel y Nuncia, Ena y Andrés, y el pendejo y yo.

—¿A qué te dedicás? —le preguntó Manuel a Nicolás.

—Trabajo en un diario digital y estudio periodismo. Me interesa la prensa escrita, vos sos uno de los periodistas que más admiro —afirmó Nicolás, mirándome con ternura.

—¿Cuando seas grandes querés ser como yo? —dije riendo porque el chiste me parecía buenísimo, pero cuando lo vi enrojecer me sentí mal.

—¡No seas tan anticuada! Para el amor no hay edad, ¿estás de acuerdo, Nuncia? —preguntó Manuel.

—Completamente de acuerdo —aseguró Nuncia—. Es más, creo que hacen una hermosa pareja.

¡Genial! Ellos dos habían encontrado una actividad para hacer en conjunto: burlarse de mí.

—Hay un presidente europeo que está casado con una mujer que le lleva 20 años —dijo Andrés alentando a su amigo.

—Macron, su esposa le lleva 20 años y son muy felices —replicó Manuel.

—Sí, pero eso es un extremo. Ustedes sólo se llevan un par de años. ¿Cuántos años tenés?—le preguntó Nuncia a Nicolás.

—Tengo 19 —balbuceó él—. Pero dentro de unas semanas cumplo los 20, además soy un hombre muy maduro.

Manuel y Nuncia se miraron y disimularon una sonrisa. Era menor de edad, ¡Lo único que me faltaba!

Afortunadamente, los dos amigos tuvieron que irse temprano porque les

tocaba cubrir las noticias del domingo.

—Ha sido un verdadero placer conocerte —dijo Nicolás dándome un efusivo abrazo—. Leí en una entrevista que te hicieron, que te gusta el cine alternativo. La semana que viene empieza un ciclo de películas europeas premiadas en el Festival de Berlín, ¿te gustaría venir conmigo?

Cómo se hacía para rechazar a un adolescente sin romper su corazón, una respuesta vaga me pareció la mejor opción:

—Tal vez.

Apenas se cerró la puerta, Nuncia y Manuel tirados en el sillón, reían a carcajadas.

—El crío realmente está deslumbrado contigo —dijo Manuel.

—Nicolás es el mejor amigo de Andrés y es muy bueno, tal vez si lo conocieras mejor —sugirió Ena.

—Él tiene 19 años y yo tengo 28. Nunca se me dio por corromper menores y no voy a empezar ahora —dije con firmeza, para que quedara bien claro.

Quince minutos después, Ena y yo nos fuimos a dormir, dejando a Nuncia y a su ex enemigo, riendo a costa mía.

A las 6 de la mañana me levanté para ir al baño y me sorprendió escuchar voces. Despacio, abrí la puerta de mi habitación y me asomé al pasillo para escuchar mejor. Eran Nuncia y Manuel, ellos estaban hablando de una medida económica que el presidente había aplicado la semana anterior.

—¡Son las 6 de la mañana! —exclamó Manuel—. La he pasado tan bien hablando contigo, que el tiempo voló.

Nuncia no respondió, pero evidentemente ella también estaba sorprendida por la hora, o por lo bien que la había pasado.

—Te llamo durante la semana para ir a cenar —dijo Manuel.

—No..., no creo que sea una buena idea.

—¿Qué cosa no es una buena idea?

—Lo de..., nosotros —murmuró Nuncia—. Todo lo que te dijo Adriana sobre mí es mentira, no soy la mujer que vos crees que soy.

—¿Qué parte es mentira? ¿No te recibiste con el mejor promedio?

—Tengo el segundo mejor promedio, me recibí con 9,86, esa parte es verdad, pero lo demás es mentira. No soy campeona de jiu jitsu, gané un certamen para principiantes y mis rivales eran patéticos, así que no tengo un

gran mérito por eso. Tampoco ocupó un cargo jerárquico en un banco, en realidad ni siquiera trabajo en un banco. Antes sí, pero trabajaba en un sótano aprobando créditos, y renuncié cuando quisieron “ascenderme” a telefonista. La verdad es que soy una desocupada que vive en casa de una amiga, porque no tengo para pagar un alquiler.

Nuncia habló rápido, y en su tono de voz había una mezcla de angustia y vergüenza.

—¿No vas a decir nada? —preguntó Nuncia elevando la voz.

—Sí, creo que te vez increíblemente sexy con esas pantuflas.

—¡Ah, eso! Bueno, eso también es una mentira. Toda la tonificación que ves en mi cuerpo es producto de seis meses de gimnasia diaria, que me obligaron a hacer en un tratamiento para adelgazar. Seis meses atrás, hubiera necesitado cuatro de estos vestidos sólo para cubrirme el culo.

Manuel comenzó a reír a carcajadas y eso enfureció a Nuncia.

—Está bien, hablemos en serio —dijo Manuel dejando de reír y acercándose a ella—. En primer lugar, no es culpa tuya que en tu antiguo trabajo no hayan sabido valorarte. El banco H.S.D. tiene fama de ser una compañía ineficiente, los nombramientos se producen por ser: amigo de, pariente de, amante de. No me sorprende que estén por anunciar su quiebra, ninguna empresa puede funcionar así.

—¿Va a la quiebra?

—Sí. En cuanto a tus habilidades en el jiu jitsu, me derribaste a mí, que hace años que practico artes marciales, así que no seas humilde, puede que te falte práctica, pero tienes potencial. Y por último, con respecto a tu supuesta gordura, me gustan las mujeres con formas, las mujeres reales, por mí puedes engordar unos cuantos kilos, igual te verías hermosa.

Manuel la besó, no fue un beso dulce o tímido, sino un beso contundente y apasionado.

—Va a ser mejor que me vaya porque las cosas se van a salir de control —dijo separándose de ella—. Te aviso cuándo será tu entrevista.

Nuncia, que se había quedado descolocada ante el beso, recuperó un poco su sentido.

—¿Entrevista?, ¿qué entrevista? No quiero que intervengas, quiero conseguir trabajo por mí misma.

—No te equivoques, no mezclo mis asuntos personales con el trabajo. Tengo una amiga que es gerente de P&G Argentina, y sé que ella está

buscando una asistente para el área de Recursos Humanos. Únicamente voy a conseguirte la entrevista, el resto depende de ti.

—Pero...—balbuceó Nuncia.

—Sin peros —dijo Manuel con firmeza—. Duerme bien, guapa.

Adriana podía sentirse orgullosa, la primera cita de Nuncia y Manuel resultó un éxito.

## CAPÍTULO 33

El lunes era el cumpleaños de papá y todas estaban invitadas a la fiesta, aunque Adriana avisó que no podría ir.

Sabía que no existían muchas posibilidades de que mis amigas pudieran divertirse en una fiesta en la que, la edad promedio, era de 70 años. Sin embargo, ellas parecían estar pasándola muy bien, aun cuando mi tío empezó a contar historias sobre su infancia, su favorita era la de “mantequita”, un vecino gordito al que todos molestaban por su peso.

Aparentemente, los gorditos de antes, los gorditos de ahora, y los gorditos por venir, tenían la mala suerte de estar inexorablemente encadenados a un comportamiento humano que, a pesar de su bajeza, permanecía siempre vigente y de moda a lo largo del tiempo, las burlas.

—Gracias por la onda que le pusieron a la fiesta —dije cuando estuvimos de regreso en casa.

—¡Estuvo súper divertida!, ¡ojalá mis fiestas familiares fueran así! —comentó Ena.

—La historia de mantequita me quedó marcada, casi me pongo a llorar junto con tu tío —afirmó Nuncia.

—No sabía que tu mamá conocía a Elina —dijo Ena.

—¿Qué? —pregunté sorprendida—. Ellas no se conocen, ¿de dónde sacás eso?

—En un momento de la fiesta, tu vieja mencionó a Elina y me pareció que lo hacía con mucha familiaridad, como si se conocieran mucho, pero capaz que fue una impresión mía.

—No creo que se conozcan, mi mamá me lo hubiera comentado. Igual, le voy a preguntar.

—Gabriel está complicado en el restaurante y yo todavía no tengo sueño. ¿Por qué no hacemos algo entretenido? —dijo Teresa

—¿Y si jugamos a las cartas? —propuso Ena.

Su idea fue aprobada. Empezamos jugando a la canasta, y aunque era un juego más apropiado para mis viejos que para nosotras, nos llevó sólo unos minutos entusiasmarlos con él. Luego, continuamos con otros juegos similares.

—Valen, quiero confesarte algo —dijo Lala, que había estado callada y

pensativa—. Te envidio, te envidio mucho, tus papás son como los que a mí me hubiera gustado tener.

—No te sientas mal, a mí también me hubiera encantado tener padres como los de Valen, pero bueno, me tocaron los míos —murmuró Teresa.

Sabíamos que Teresa se había peleado con sus padres y que hacía años que no hablaba con ellos. Ella nunca nos contó el motivo, y ni siquiera Nuncia se había atrevido a preguntarlo. No obstante, esta vez, la indiscreta fue Lala.

—Cuando Elina nos hizo hacer el maldito ejercicio de una semana de vida, vos hablaste de matar a alguien, ¿te referías a tu papá y a tu mamá?

—¡No, por supuesto que no! Estoy enojada con ellos, pero no los odio ni les deseo la muerte—dijo Teresa mirando fijamente sus cartas—. Lo que puse fue un impulso, no sé si sería capaz de hacerlo, sólo sé que a él, a mi primer novio, sí lo odio.

Teresa recogió una carta y aunque aparentemente estaba concentrada en el juego, su expresión insinuaba que estaba recordando algo doloroso.

—Siempre fui rebelde, desde chica, y eso empeoró en la adolescencia. Faltaba a clases, usaba la pollera del colegio muy corta, fumaba a escondidas en el baño y muchas cosas más —continuó ella—. Me encantaban los hombres, sin embargo, llegué virgen a los 18 porque, a lo Lala, quería encontrar a alguien especial. Y lo encontré, o al menos eso creí, con esa inocencia, esa ceguera típica de la adolescencia, cuando crees que todo va a salir como lo soñás.

Habíamos dejado de jugar y la mirábamos atentamente, aunque ella continuaba con la mirada fija en las cartas.

—Te toca Ena, todavía no terminamos de jugar —insistió Teresa.

A nadie le importaba ya el juego, pero continuamos porque tal vez a ella se le hacía más fácil hablar de esa manera.

—Una noche, nos quedamos en la casa de él porque sus padres no estaban. Yo planeaba una noche romántica, en la que iba a hacer el amor por primera vez, pero él tenía otros planes.

Teresa había comenzado a llorar, Lala se levantó para buscar la caja de pañuelos descartables que tenía en su habitación. Yo estaba con la piel erizada, temía lo que ella estaba a punto de contarnos.

—Te toca Valen, sigamos jugando —ordenó Teresa.

Levanté una carta, pero como no podía procesar qué significaba, bajé

cualquier otra.

—No voy a hacerla larga. Esa noche mi novio y sus dos amigos me violaron, y los “tal vez”, me persiguen hasta el día de hoy —dijo Teresa con un temblor en su voz—. Tal vez si hubiera gritado más, tal vez si hubiera peleado más, tal vez, tal vez, tal vez...

Lala la abrazó. Todas lloraban, todas excepto yo, y lamenté no poder hacerlo porque quizás, las lágrimas me ayudarían a calmar la intensa desolación que el espantoso relato me había provocado.

—Morí dos veces esa noche, una en la casa de mi novio, y la otra en la mía, cuando regresé y mis padres me dijeron que yo había tenido la culpa de lo que me habían hecho, que yo los había provocado. Meses después, dejé Córdoba y vine a vivir a capital. No me despedí de mis padres y nunca más volví a comunicarme con ellos. Quería dejar el pasado atrás. Nuncia, tu turno —ordenó Teresa.

Nuncia levantó una carta y sin mirar, tiró otra de las que tenía en la mano.

—¿Saben qué es lo irónico? —preguntó Teresa—. Me esforzaba por dejar esa noche atrás, pero cada hombre con el que salía me hacía sentir, una vez más, lo mismo que sentí durante esas horas. Excepto Gabriel, todos los otros hombres que conocí me hicieron sentir como basura, como si yo no valiera absolutamente nada. Era una sensación tan dolorosa y humillante, que intentaba olvidarla dándome atracones de hamburguesas y cervezas.

—Tenés que contarle esto a Amille —murmuré cuando recuperé la voz.

—Elina ya lo sabe. Me derivó a una psicóloga amiga de ella, cuando terminemos el tratamiento voy a comenzar la terapia.

—¿Cuándo se lo contaste?

—Valen, ella ya lo sabía antes de que yo se lo contara. La doctora Elina Amille es una eminencia dentro de la psiquiatría, está por jubilarse y te puedo asegurar que a esta altura, ella sabe todo sobre nosotras, aunque hayamos querido mantenerlo en secreto. Ahora, por favor, sigamos jugando. Alguna cuenta algo, cualquier cosa —rogó Teresa.

Me hubiera encantado complacerla, pero mi mente se había quedado congelada entre su relato y su certeza de que Amille conocía todos nuestros secretos.

—Bueno, aprovecho para contarles que no soy más una estudiante de Derecho —dijo Ena—. Voy a inscribirme en la Licenciatura en Letras,

descubrí que quiero ser filóloga.

Nos alegramos por Ena, y ella fue la encargada de animar, con sus planes para el futuro, una velada que se había vuelto muy melancólica.

Me dormí abrazada a Bombur, deseando que su cuerpo calentito, pudiera entibiar ese frío interior que el relato de Teresa me había dejado y que no se iba con ningún té caliente. Estaba segura que, con uno de mis cafés, el frío sí se hubiera rendido.

A las dos de la mañana, me desperté sobresaltada por un ruido. Me levanté pensando que habían entrado ladrones, pero en el comedor me encontré con Nuncia y Ena, que estaban mirando hacia el patio sin encender la luz.

—¿Qué pasó? —pregunté.

—¡Shhhh! —murmuró Nuncia—. Están haciendo catarsis.

Lala y Teresa estaban estrellando platos contra la pared del patio. Las espiamos durante unos minutos, y luego volvimos a la cama sin molestarlas.

## CAPÍTULO 34

El lunes comenzamos a buscar un gimnasio nuevo, las 6 habíamos comprobado que los beneficios del ejercicio excedían el aspecto físico y no queríamos abandonarlo, a pesar de que el tratamiento finalizaba en un mes.

Encontramos un club en donde Nuncia, podría continuar con las clases de jiu jitsu que tanto le gustaban. Se trataba de un lugar donde también iban personas de la tercera edad, embarazadas y hasta había clases destinadas a personas con sobrepeso, aunque nosotras ya no estábamos dentro de ese grupo.

¿Todas las personas de nuestro nuevo gimnasio eran amables y consideradas?, ¡no, por supuesto que no! Como diría aquel famoso jugador de futbol: "Los boludos son como las hormigas, están en todos lados". Pero, en general, las personas que acudían a este club, eran mucho más agradables que las de Olympus. Con respecto a yoga, las 6 decidimos que íbamos a continuar con las clases de Liliana, aún después de finalizar el tratamiento.

Nuncia se pasaba el día en el club para descargar la ansiedad. Manuel le avisó que la entrevista de trabajo sería el viernes, y ella estaba caminando por las paredes.

Por otra parte, Adriana todavía no conocía el gimnasio nuevo. Hacía días que no la veíamos y sólo nos habíamos podido comunicar con ella por breves mensajes de WhatsApp.

El jueves, Lala, que estaba más tranquila, aceptó volver al consultorio de Amille. Cuando llegamos, Adriana ya estaba allí, se veía muy nerviosa y no tardaríamos en conocer las razones.

—Bienvenidas chicas, hoy voy a cambiar lo que tenía planeado para esta sesión, Adri quiere contarles algo.

La miré, pero ella evitó mi mirada. Algo grave ocurría, éramos amigas, si ella quería contarnos algo podía hacerlo afuera del consultorio, ¿por qué necesitaba la intervención de Amille?

Adriana tomó aire y anunció:

—Me caso en un mes.

El estupor se reflejó en nuestras caras.

—¿Con quién? —preguntó Teresa, que fue la primera en reaccionar.

—Con Mario

—¿Mario?, ¿Mario tu ex? —pregunté.

Adriana asintió.

—¿Es una joda, no? —dije sin poder evitar sonreír—. ¿Te vas a casar con el imbécil que te dejó por gorda?

Hasta ese momento Adriana había mantenido la mirada fija en el piso, pero cuando escuchó mis palabras, levantó la vista, estaba furiosa.

—Sí, voy a casarme con él —gritó Adriana—. Hace un mes y medio que comenzamos a hablar de nuevo y decidí que, casarme con él, es el mejor plan para mi futuro.

No me gustaban las discusiones, pero no pude callarme.

—¿El mejor plan?, ¿cuáles son las otros?, ¿tomar un té de cianuro? Es el plan más estúpido que he escuchado en toda mi vida —comenté.

Amille y el resto de las chicas contemplaban la discusión sin atreverse a decir nada, ni a intervenir en la pelea.

—¡Uy! ¡Perdón!, la señorita perfección cree que estoy haciendo una estupidez —gritó Adriana levantándose de la silla—. Lo pasa es que no todas tenemos la suerte de ser tan inteligentes como vos, ni tampoco tenemos esa admirable capacidad de poder controlarlo todo. Sí, he cometido muchos errores en mi vida y probablemente los siga cometiendo, no soy tan perfecta como vos, pero al menos estoy viva. ¡Vos sos un congelador, estás muerta por dentro!

—¡Estás diciendo cualquier cosa! —grité sintiéndome de pronto muy enojada.

Adriana salió del consultorio de Amille estrellando la puerta, y yo lo agradecí porque estaba a punto de golpearla.

El consultorio quedó en silencio.

—¿Estás bien, Valen? —preguntó Amille.

Cuando la miré noté una satisfacción que jamás había visto durante los 6 que llevaba de conocerla, ¿qué carajo le provocaba tanta alegría?

—¡Perfecta! Sigamos con lo que tenía planeado para hoy —contesté con la voz más calmada que pude.

Cuando regresé a casa me encerré en mi habitación, no quería ver a nadie excepto a Bombur. Pero, a la hora de la cena mis cuatro amigos fueron a mi habitación.

—Vamos a hacer un picnic en tu habitación —dijo Lala—. Preparé para el postre un budín de café, podemos comerlo sin culpa porque está en uno de

los libros de recetas.

Con varias indirectas intenté hacerles comprender que quería estar sola, pero ninguna de ellas se dio por enterada.

—Digas lo que digas, no te vamos a dejar sola —dijo Teresa—. Además, con Lala reservamos algunos platos y estamos dispuestas a cedértelos.

Comenzamos a cenar y hablar sobre Adriana.

—¿Por qué se quedaron calladas?, ¿por qué no dijeron nada? —les recriminé.

—Estaba tan sorprendida que no sabía qué decir —comentó Lala—. Y después, vos empezaste a gritar y eso me dejó más sorprendida todavía.

—Adri está enojada consigo misma, porque sabe que lo que está por hacer es una reverenda boludez. Ella se descargó con vos porque quisiste hacérselo ver —afirmó Nuncia.

Ena llamó varias veces a Adriana, pero su teléfono estaba apagado. Durante el resto de la cena, intentamos imaginar las razones por las que ella había tomado una decisión que sólo podía traerle infelicidad, sin embargo no encontramos ninguna que pudiera justificarla.

\*\*

El viernes era un gran día para Nuncia. A la tarde tenía la entrevista para P&G, y quería dar lo mejor.

Esta vez, Nuncia decidió no usar sus zapatos azules de taco. En cambio, prefirió usar unos zapatos que no eran tan altos y que le resultaban cómodos para caminar.

—No quiero ir disfrazada de algo que no soy, quiero hacer esta entrevista siendo yo. ¡Ah!, y..., creo que tampoco necesito esto —dijo sacándose los anteojos que desde hacía meses no necesitaba.

—¡Por fin! —exclamé, dándole mi aprobación.

A las 8 de la noche, le envié un mensaje a Nuncia, pero ella no contestó, eso nos llenó de temor, tal vez las cosas no habían ido bien. Media hora después sonó el timbre, era Manuel. Nuncia se había negado a aceptar cualquier invitación hasta que no tuviera la entrevista, y él había decidido buscarla para llevarla a cenar, independientemente de cuál fuera el resultado de la misma.

A las 9 Nuncia apareció.

—¿Qué pasó?, ¿cómo te fue? —preguntó Ena.

La cara de Nuncia era seria.

—¡Me contrataron! —gritó, arrojando al aire los zapatos.

Corrimos a abrazarla y gritamos con ella.

—Sabía que te iba a ir bien, compré una botella de champagne para brindar —dijo Lala.

—¡Que no la agarre Valen porque se la va a tomar ella sola! —bromeó Nuncia.

Manuel la abrazó, fue un abrazo intenso, digamos que, incómodo de contemplar para los que estábamos ahí.

—Quiero preguntarte algo —dijo Nuncia—. Mi jefa es gordita.

Manuel río.

—Sí, pero eso qué importa, es una empresa no una agencia de modelos.

—No lo dije despectivamente, ella es genial —se apresuró a decir Nuncia—. Pero, estaba pensando que si yo hubiera hecho esta entrevista seis meses atrás, cuando era gorda, tal vez me hubieran contratado igual.

—Seguramente sí —afirmó Manuel.

—¿Y nosotros?, ¿me hubieras invitado a salir si yo fuera gorda? —insistió Nuncia.

—¿Qué tan gorda? —preguntó Manuel con una sonrisa.

—¡Tonto! —susurró Nuncia golpeándolo y abrazándolo de una forma, que hacía prever que su vida íntima iba a ser sumamente satisfactoria.

—Le dicen “química” o vulgarmente “ganás”—susurró Teresa y ambas sonreímos.

No habíamos tenido noticias de Adriana, sin embargo, después de cenar, ella apareció.

—Hola, valen.

—Hola —contesté secamente.

—Ahora, las vamos a dejar solas para que puedan hablar, y nosotras vamos a ir a escuchar detrás de la puerta —afirmó Teresa.

Cuando quedamos solas, Adriana fue la primera en hablar:

—Lamento mucho, muchísimo lo que te dije.

Yo tenía la mirada fija en Bombur, le acariciaba la cabecita y él dormía a pata suelta, ajeno a la incómoda situación que lo rodeaba. Tenía la opción de ser magnánima y hacerle las cosas fáciles a Adri, o comportarme como una perra y seguir enojada. Por supuesto, elegí la segunda opción.

Ella, al ver que yo no decía nada, agregó:

—Entiendo que se hayan sorprendido, todo pasó muy rápido. Él me contactó hace más de un mes por Facebook, ahora está trabajando en Turquía y le va muy bien. Estuvimos hablando por teléfono y hace una semana él aprovechó las vacaciones para venir a Argentina, nos vimos y arreglamos todo.

—¿Arreglaron todo? —pregunté con una sonrisa irónica—. Te escucho y me dan ganas de golpearte.

—Valen, vos no entendés.

—¡Sí, no entiendo! —grité—. ¡Explicame, por favor! Explicame cómo se te cruza por la cabeza casarte con un tipo que minó tu autoestima, que te maltrató y te dejó cuando engordaste, y que ahora que adelgazaste, vuelve a vos como si nada.

Adriana había empezado a llorar, pero eso no sirvió para despertar mi compasión.

—Lo ascendieron, pero en Turquía son muy conservadores y su imagen ante sus jefes mejoraría si él estuviera casado. Sé que es un imbécil, que no me ama y que yo tampoco lo amo —dijo Adriana levantándose del sillón y comenzando a caminar de un lado al otro—. Pero Valen..., tengo tanto miedo de quedarme para siempre en donde estoy, detrás de esa vidriera, viendo la vida pasar mientras yo me marchito.

—Si tu negocio es el causante de esta locura, vamos ahora y te ayudo a prenderle fuego.

—No, Valen, no es eso —dijo ella sentándose, se la veía agotada.

—Adri, hay otras opciones —murmuré.

—Esta es la mejor opción que tengo ahora. No es la ideal, no es la hubiera elegido, pero es la que tengo. Conozco a Mario demasiado bien, conozco todos sus defectos y no voy a llevarme ninguna sorpresa. Además, yo ya no soy la misma estúpida que era diez años atrás, esta vez el poder lo voy a tener yo.

—Pero, ¿cómo va a beneficiarte casarte con un papanatas al que ni siquiera amas? —insistí.

—Me siento perdida, no le encuentro sentido a mi vida y estoy cansada de esperar que ocurra el milagro.

—¿Qué milagro? —quise saber.

—El milagro de despertarme un día sabiendo para qué vine a este mundo. El casamiento significa un cambio, un país distinto, nuevas personas.

Y tal vez, en ese nuevo lugar pueda encontrar un camino, ¿entendés?

No, no entendía, pero, ¿quién era yo para juzgarla? Mi vida estaba demasiado lejos de ser perfecta, ¿con qué autoridad me iba a poner a dar consejos?

—¿Me perdonas por lo que te dije? —preguntó Adriana en medio de sollozos.

—¡Obvio! Ya pasó, olvidate —murmuré.

Teresa, Ena y Lala entraron aplaudiendo. Lala tenía los ojos brillantes y puso cualquier excusa para ir al baño a llorar tranquila. Ella quería seguir manteniendo a toda costa su nueva imagen de chica dura e insensible.

Brindamos por la reconciliación con el champagne que Lala había comprado para Nuncia.

—Me caso en tres semanas, tengo mucho que organizar y quiero que me ayuden —pidió Adriana.

—Lala, vos sos la ideal para coordinar todo —sugirió Ena.

—Está bien —dijo Lala tratando de disimular su entusiasmo—. Pero, lo hago sólo por Adri, a mí esos temas ya no me interesan.

## CAPÍTULO 35

Adriana estaba muy entusiasmada, pero no con su boda, sino con su futuro país de residencia. Empezó a estudiar turco varias horas por día y además, se contactó con algunas academias de idiomas en Estambul, para poder enseñar español e inglés.

Con el escaso interés de novia, la planificación del casamiento quedó casi exclusivamente en manos de Lala y de Dora, la madre de Adri, quien ponía todo el entusiasmo que a su hija le faltaba.

—Menos mal que se trata de un casamiento pequeño, porque si fuera uno más grande hubiera sido imposible organizar todo a tiempo —aseguró Lala, a una semana del gran acontecimiento.

—Yo no quería ni fiesta ni casamiento por iglesia. Me bastaba un almuerzo después del civil, pero mi vieja insistió, y ya que no la voy a ver en mucho tiempo, decidí darle un último gusto.

Adri se encargó de que Mario costeara todos los gastos de la fiesta, incluidos los cinco vestidos de damas de honor que hizo hacer para nosotras. Él llegaría a Argentina dos días antes de la boda, la novia no lo extrañaba para nada y nuestra morbosa curiosidad por conocerlo, debería esperar hasta el gran día.

Sin embargo, antes de empezar con su nueva vida, ella tenía que cerrar un ciclo y deshacerse de su Pet Shop. Afortunadamente, de regalo de bodas, la vida le obsequió un comprador.

—Es oficial —anunció una noche—. ¡Soy libre! Ya firmé el contrato de compra-venta, entregué las llaves y tengo la plata depositada en mi cuenta, y por supuesto, no pienso compartirla con mi querido futuro consorte.

—Sos un incentivo para que la gente permanezca soltera —murmuré.

—Si querés romanticismo y corazoncitos, podés mirar a Teresa o a Nuncia; pero, si querés practicidad y desplumar a tu marido, para no quedarte en bolas cuando te divorcies, mírame a mí —afirmó Adriana.

Las relaciones sentimentales de Teresa y Nuncia, aunque recientes, iban muy bien. Por otra parte, Ena y Andrés seguían inseparables, aunque todavía estaban en la etapa de negación y de “sólo somos amigos”, aunque a nadie le cabían dudas de cómo iban a terminar.

—Hablando de eso, Valen, ¿con quién vas a ir al casamiento? Te

pregunto porque Nicolás dice que está libre ese día y que si querés...

—Ena —la interrumpí—, voy a ir sola a la fiesta, no quiero pareja y tampoco quiero que me presenten a nadie.

—Yo también voy a ir sola, ¿qué hay de malo en eso? —quiso saber Lala.

—Por esta vez, las vamos a dejar tranquilas. Lala, a vos te vamos a dar un poco de tiempo para que hagas el duelo; y a vos —dijo Nuncia señalándome con el dedo—, te vamos a dar un poco de tiempo para que el chongo africano regrese. Pero, si para la fiesta de divorcio que le vamos a hacer a Adri, siguen solas, entonces Teresa y yo nos vamos a encargar de conseguirles pareja. Ya saben, tienen ¿qué?, ¿tres meses? Cinco siendo súper optimistas.

Adriana se acordó de la madre de Nuncia, pero la verdad es que ninguna, excepto Lala, le tenía mucha fe a ese matrimonio.

—Estuvieron juntos casi una década, quizás él se dio cuenta, cuando estuvieron separados, que eras el amor de su vida. Por eso volvió a buscarte —sugirió Lala.

Luego de su gran desilusión, Lala se esforzaba por fingir una personalidad que no poseía, pero su verdadera naturaleza la traicionaba y afloraba a través de las fisuras, cada vez más grandes, de su absurdo disfraz.

—Él volvió a buscarme porque le debe haber resultado imposible encontrar una tarada como yo. Una mujer que le aceptaba todo con tal de que no se fuera. Volvió a buscarme porque conmigo estaba cómodo, así de simple.

—¿Él sabe cómo va a ser su vida de casados? Me refiero a sus expectativas, ¿tiene ilusiones de una armoniosa vida en pareja o sabe que está por protagonizar una remake de La Guerra de los Roses? —quiso saber.

—Seguramente cree que sigo enamorada de él y que soy la misma de hace cuatro años. Sin embargo, no va a pasar mucho tiempo antes de que descubra lo equivocado que está.

\*\*

Como Adriana iba a vestirse en mi casa, su vestido de novia estaba guardado en la habitación en la que dormía Lala.

Una noche, tres días antes del casamiento, llegué a casa y encontré a Lala sentada en penumbras en el comedor.

Acaricié a Bombur, que no se me despegaba, tirando lengüetazos y

moviendo la cola.

—Él presentía que estabas por llegar, te estaba esperando detrás de la puerta —comentó Lala.

—¿Por qué estás a oscuras? —pregunté, y entonces noté la caja de pañuelos descartables y sus ojos hinchados—. No te tenés que esconder para llorar, está bueno desahogarse.

—No sé si llorar sirve para algo, yo lloro todo el tiempo y eso no me hace más feliz. En cambio vos, no llorás nunca, y te ves bien.

Me entretuve con Bombur para no verme obligada a mentir con una afirmación.

—Me probé el vestido de novia y eso me entristeció —continuó Lala—. No por Adri, estoy segura que ella va a ser muy feliz, sino por mí. Yo imaginé tantas veces mi casamiento, que podría haberlo organizado en una semana. La música, el vestido, las flores, todo estaba detallado en mi mente.

—La única que tiene comprado todos los números en la lotería de la soltería soy yo. Vos te vas a casar y vas a tener tu gran boda, sólo es cuestión de tiempo.

—Pero, ¿cómo hacés para ser inmune ante la soledad? —quiso saber Lala.

La conversación con Lala me estaba poniendo incómoda. Afortunadamente, Bombur me apoyó la cabeza en el regazo, tenía la correa en la boca, era su forma sutil de recordarme que era hora de su paseo nocturno.

—¿Vamos a pasear a Bombur?

—Perdón, Valen, pero estoy cansada. Además, quiero acostarme temprano porque mañana a la salida del trabajo, voy a acompañar a Dora a ver las flores para decorar la iglesia. Pero, ¿me harías un favor?

—Sí, ¿qué necesitás?

—Tirá esta caja afuera, en cualquier lado, pero lejos de acá. Si la tiro a la basura, tengo miedo de levantarme a media noche para rescatarla.

—¿Qué hay adentro?

—Una mentira convertida en sueño, no abrí esta caja en 15 años.

Se trataba de una caja de zapatos común y corriente, en ella Lala había guardado durante más de una década, los regalos de su supuesto amigo invisible.

—¿Tanto tiempo? Yo hubiera jurado que te pasabas todas las noches

releyendo las tarjetas y acariciando los objetos.

—No, sólo leí las tarjetas cuando las saqué del buzón, siglos atrás. Luego, las guardaba junto con los regalos en mi caja. Tenía miedo de que fuera un espejismo, que mi imaginación me estuviera jugando una mala pasada. No la volví a abrir porque tenía terror de encontrarla vacía.

Mientras paseaba a Bombur, buscaba algún lugar adecuado para arrojar la caja. No sé qué buscaba exactamente, pero esa caja había guardado tantas esperanzas durante tanto tiempo, que se me hacía una ingratitud arrojarla a un sucio container.

La primavera estaba por llegar, la temperatura era un poco más cálida y eso hacía que nuestros paseos se alargaran. Llegamos hasta los Bosques de Palermo y me senté en el césped dejando libre a Bombur para que retozara a su antojo. Él corría y saltaba como loco, y en unos de sus bruscos movimientos, volteó la caja de Lala.

Sobre el césped se esparcieron los preciados objetos azules, pétalos de rosas completamente secas, que se deshacían al tocarlas, y unas tarjetas. Con la ayuda de luz de mi celular, empecé a juntar lo que alguna vez fueron, los tesoros más preciados de Lala y entonces, me di cuenta de algo. Acerqué más la luz para poder inspeccionar el contenido de la caja con más detenimiento.

Sí..., podía ser algo, podía no ser nada. Sin embargo, Lala había gastado en esta historia miles de minutos y quizás, valía la pena que yo gastara unos minutos más.

## CAPÍTULO 36

Adriana se casó por civil el sábado al mediodía, y a la noche era la ceremonia religiosa y la fiesta. Ella no quiso que ni su madre ni sus familiares le ayudaran a arreglarse, y prefirió encontrarse con ellos directamente en la iglesia.

Magnolia se encargó de peinarnos y maquillarnos. Lala organizó todo con tanta eficiencia que, dos horas antes de tener que salir hacia la iglesia, tanto la novia como las damas de honor, estábamos listas, lo único que nos faltaba era vestirnos.

—Debe estar por llegar Elina —dijo Adriana.

—¿La doctora?, ¿para qué?, ¿no va a ir a la fiesta? —pregunté.

—Sí, pero me dijo que quería darnos una sorpresa.

El tratamiento finalizaba la semana siguiente, pero como Adriana ya iba a estar en Turquía, Amille decidió adelantar la sesión del jueves.

—Esta puede considerarse nuestra última sesión —anunció la Dra. cuando llegó.

—Me pone tan triste que termine, me gustaría que el tratamiento durara para siempre —dijo Lala a punto de llorar.

—A mí también —confesó Ena.

—A todas, estoy segura que hasta Valentina te va a extrañar —afirmó Nuncia.

La doctora me dedicó una cálida sonrisa y luego continuó:

—Me gustaría que entiendan que esto es un camino, y que recién están empezando a recorrerlo. Ahora, lo prometido es deuda —dijo ella sacando de un bolso que llevaba, una balanza.

—Es raro, al principio del tratamiento me moría por pesarme, pero con el paso de los meses lo olvidé. Y ahora es como si no importara tanto —observó Lala.

Una por una fuimos subiendo a la balanza y pudimos comprobar lo que intuíamos, las 6 estábamos en nuestro peso ideal, el saludable, no el absurdo que pretendía imponer la moda o la televisión. Era oficial, ya no éramos gordas.

—Ustedes querían alcanzar una meta, ¿cómo se sienten ahora que la alcanzaron? —quiso saber Amille.

—Coincido con Lala, ¡es tan raro! Fui gorda desde niña y siempre creí que cuando pudiera pesar lo que peso hoy, el cielo se abriría y que sonarían unas trompetas que anunciarían que mi vida iba a cambiar. Pero, ahora que lo estoy viviendo, no se siente así —dijo Ena.

—¿Y cómo se siente? —quiso saber la doctora.

—Me siento feliz, aunque lo estoy desde hace muchos meses. Es como si el peso fuera importante, pero al mismo tiempo, es como si no lo fuera.

—Ena tiene razón —afirmó Teresa—. Empezamos el tratamiento creyendo que nuestro mayor problema era el peso, y nos estamos dando cuenta de que estábamos equivocadas. Pero es difícil de explicar.

—¿Y vos, Valen?, ¿cómo te sentís? —preguntó Amille.

¡Oh! Ni en la última sesión ella pensaba tranquila. ¿Cómo me sentía?, ¡No tenía idea!, y hacía años que había renunciado a averiguarlo. No obstante, con respecto al tratamiento y al sobrepeso, sí había llegado a una conclusión.

—Pienso que hace 7 meses, las chicas creían que el sobrepeso era la causa de todos sus otros problemas, y que ahora se están dando cuenta que es al revés, que el sobrepeso es la consecuencia y no la causa, y que el verdadero problema estaba en otro lado.

—¿Las chicas?, ¿y vos?, ¿qué pensás de tus problemas de peso? —insistió la doctora.

—Fui gorda menos de un año, la gordura nunca llegó a ser una gran preocupación para mí. Nunca perdí tiempo en analizarme, me resulta más divertido analizarlas a ellas —afirmé.

—¡Ay, Valen! —dijo Nuncia riendo—, sos un caso perdido, hasta Elina se dio por vencida.

Miré a la doctora y creí leer en sus ojos, exactamente lo contrario.

\*\*

Los vestidos de las damas de honor eran de color rojo, con escote, tajo y la espalda descubierta, Adriana se había esmerado para que no pasáramos desapercibidas en su boda.

Durante la ceremonia, la única que lloró de emoción fue Dora, y a la salida, pudimos finalmente conocer a Mario. Tengo que reconocer que él cumplió con todas mis expectativas, era exactamente el mismo imbécil que yo había imaginado.

—Mario, te presento a mis amigas —dijo Adriana.

—¡Hola! —saludó él con una sonrisa—. Por fin conozco a las famosas amigas del grupo de gordas. Aunque, ¡guau!, se ven muy bien. Ahora que son flacas les puedo presentar a unos amigos, pero tienen que prometerme que, de aquí en más, van a soltar los postres y a cerrar la boca. Si vuelven a engordar, me van a hacer quedar mal.

Adriana movió la cabeza como diciendo: “ni siquiera lo escuchen”. Por fortuna, no pudimos seguir disfrutando de su amena conversación porque los novios tenían que seguir saludando al resto de los invitados.

La fiesta estuvo hermosa, y si hubiera sido posible cambiar al novio, se habría transformado en una fiesta de casamiento ideal.

Además de nosotras 5, en nuestra mesa estaban: Gabriel, Manuel, Andrés, Oscar, Lili, Víctor, Magnolia, y la doctora Amille.

Dora estaba tan feliz y brindó tantas veces, que para la una de la mañana ya estaba animadísima. Ella se acercó a Amille y la abrazó llorando.

—¡No sé cómo pagarte! —gimió—. Esto es un milagro y te lo debo a vos. Si mi hija no hubiera adelgazado, se habría quedado para vestir santos. ¡Obesa y con 34 años! ¿En dónde hubiéramos podido encontrarle un marido?

La doctora, que normalmente se caracterizaba por su verbosidad, sólo pudo, con su mejor buena voluntad, regalarle una mueca que simulaba una sonrisa.

Las muestras de agradecimiento de Dora continuaron, pero no pude quedarme a escucharlas porque me llegó un mensaje.

—Enseguida vuelvo —dije después de leerlo.

—¿A dónde vas? —preguntó Teresa.

—Es una sorpresa —murmuré.

Mis investigaciones sobre la caja de Lala, desembocaron en un resultado inesperado, y con Adriana, la única que sabía sobre el tema, decidimos darle una sorpresa en medio de la fiesta.

—Ya llegó —le murmuré al oído a Adriana.

Ella se levantó y juntas fuimos a buscar a Damián.

—Buenas noches —saludó él, y en nuestra ruidosa mesa se hizo silencio.

—¿Damián?, ¿qué haces acá? —preguntó Lala sorprendida.

—Lo invité yo —afirmó Adriana.

—Quería..., quería darte esto —balbuceó Damián, ofreciéndole a Lala un paquete.

Ella lo abrió y encontró un frasquito lleno de brillantina de color violeta. Del frasquito, colgaba una nota que decía: “Lo siento, no conseguí de color azul. Damián”.

—¿Qué clase de broma pesada es ésta? —gritó Lala parándose, dispuesta a irse.

—Esperá, te tengo que contar algo —dije reteniéndola—. Cuando me diste la caja con tus regalos, Bombur la tiró, entonces me di cuenta que la letra de la primera tarjeta era distinta de las otras dos. Vos nunca lo notaste porque las leíste una sola vez. Podía no ser nada, tu abuela tal vez les había pedido a diferentes personas que escribieran las tarjetas. Pero, para sacarme la duda, llamé a tía y ella me confirmó que únicamente te habían enviado dos poemas con rosas, y no sabía decirme de dónde habían salido los objetos azules.

—¡Amor! —interrumpió Mario agarrando la mano de Adri—. Acaban de llegar mis primas, vamos a saludarlas.

—Estoy ocupada, voy después —dijo Adriana con voz cortante.

—Pero, amor, han venido desde muy lejos sólo por nuestro casamiento. ¡Las tenés que saludar ahora! —exigió Mario.

—Amorcito, aunque hayan venido desde la luna, las arpías de tus primas van a tener que esperar hasta que me desocupe o hasta que se me cante las bolas ir a saludarlas.

Mario estaba tan impactado por la respuesta de su dulce esposa, que sólo atinó a regresar a su mesa, sin decir nada más.

—Tu tía me llamó un día después, se había quedado pensando quién podría ser tu amigo invisible, y entonces recordó el nombre de Damián —continué—. Como era amigo de Emiliano, podría haber visto tu mural desde la casa de él; el papá de Damián vivía en tu barrio y él solía visitarlo los jueves, y por último, tu tía recordaba que él te miraba con cierta ternura.

—Valen me contó todo, y juntas fuimos a verlo al hospital —afirmó Teresa.

—¿Por qué me dejaron afuera? —preguntó Nuncia enojada.

Adriana puso los ojos en blanco.

—No queríamos que Lala se enterara de nada hasta que no estuviéramos seguras del resultado. Hablamos con Damián y cuando nos contó la verdad, lo invité a mi casamiento porque me pareció que era el lugar ideal para el reencuentro.

Lala estaba en shock, miraba a Damián como si fuera una aparición.

—¿Por qué me enviaste esos regalos?

—Mis viejos se divorciaron cuando yo era muy chico, yo entendía lo que se sentía venir de una familia diferente. Además, siempre me caíste bien y me gustaba lo que pintabas. Cuando me enteré de que tu abuela estaba enferma, quise hacer algo para reanimarte, eso es todo —concluyó Damián, encogiéndose de hombros.

Ambos estaban cohibidos y un poco colorados, y el hecho de que alrededor hubiera un grupo de personas mirándolos y escuchando atentamente lo que decían, no ayudaba a tranquilizarlos.

—Gracias —murmuró Lala—, gracias por los regalos, en verdad fueron muy importantes para mí.

—Lo sé, tus amigas me contaron —susurró Damián, aunque era inútil que bajara la voz buscando intimidad, en nuestra mesa no volaba una mosca y todos estábamos ansiosos por escuchar—. Lala, no sé qué imagen te creaste de mí durante todos estos años. Seguramente me idealizaste demasiado y el problema es que yo no soy perfecto. Soy un hombre con muchos defectos y algunas virtudes, pero, me gustaría conocerte y que me conozcas, a mí, al verdadero yo, y ver si funciona.

Lala lo escuchaba con ojos muy brillantes.

—Podemos empezar ahora, ¿te gustaría bailar? —dijo Damián, tendiéndole una mano.

—Me encantaría —murmuró Lala, tomando su mano y regalándole una sonrisa que había estado esperando por él durante 15 años.

## CAPÍTULO 37

Los recién casados tuvieron que abandonar su fiesta temprano para poder llegar a tiempo al aeropuerto.

—No me quiero poner a llorar, odio las despedidas. Además, vamos a hablar todos los días, así que va a ser como si estuviera acá.

—Te voy a extrañar tanto —dijo Lala.

—Yo también, las voy a extrañar un montón —replicó Adriana abrazándola.

—¡Ojalá puedas volver pronto de visita!

—No creo, Tere, pero ustedes pueden venir a visitarme cuando quieran.

—Cuando cobre mi primer sueldo voy a comprar un montón de velas, y a lo Lala, las voy a prender y voy a pedir que te enamores de un turco, y que hagas abandono de hogar lo más rápido posible —comentó Nuncia.

Ena, que lloraba emocionada, la abrazó sin decir nada.

—Hagamos esto rápido, porque yo también odio las despedidas —dije dándole un abrazo y susurrándole al oído—: nunca entendí qué estabas buscando, pero te deseo de corazón que lo encuentres.

—Gracias —murmuró Adriana, secándose las lágrimas—. Yo sabía que ibas a ser vos la que me iba a hacer llorar.

La fiesta continuó sin los novios. Lala y Damian volvieron a la pista para seguir bailando y para seguir descubriéndose.

—¡Qué la pasen bien! —dije a modo despedida, nunca me gustaron las fiestas y ya no tenía nada que hacer en aquella.

—Valen, no es necesario que te vayas. Hay un montón de hombres solos —comentó Lili.

—¡No, Lili! No me voy por falta de pareja. Me voy porque me quiero ir.

—¡No te engañes, Lili! Valen no está sola, está súper enamorada de un periodista africano, y cual Penélope, está esperando pacientemente su regreso. Pero, para entretenerse, en vez de tejer, ella prefiere romper corazones en la liga de los sub 20. ¡Le tienen prohibida la entrada en los colegios!

—Manuel, asegurate de que Nuncia no tome más, está hablando muchas boludeces —recomendé.

—Si te vas ahora, ¿te molestaría acercarme a mi departamento? — preguntó Amille.

El pedido de Amille me sorprendió, pero no pude negarme. No sabía mucho de la vida privada de la doctora, Lala comentó una vez que estaba casada desde hacía muchísimos años y por eso me extrañó que fuera sola al casamiento.

—¿Qué hay de cierto en lo que dijo Nuncia?, ¿estás saliendo con un periodista africano? —quiso saber Amille.

—No, claro que no —contesté sonriendo—. Marcos es mi mejor amigo, no es africano, es argentino, está en África colaborando en una edición especial de la National Geographic. A mí también me ofrecieron el trabajo, íbamos a viajar juntos, pero al final me arrepentí, la vida salvaje no es para mí.

—¿Hace cuánto tiempo que está allá?

—10 meses, aproximadamente.

—¿Y hace cuánto tiempo que se conocen?

—2 años.

—¿Cuándo vuelve?

Sonreí antes de contestar, el interrogatorio de Amille me estaba causando gracia.

—Dentro de 4 meses.

Las preguntas de la doctora no solían agradarme, pero, si tenía que elegir, prefería hablar de Marcos y no de otros temas.

—¡Ah! Entiendo —murmuró Amille con una sonrisa.

Conocía ese tono y esas palabras. Ella lo había utilizado muchas veces durante la terapia, y generalmente estaba vinculado con algún descubrimiento que hacía sobre nosotras. ¿Qué habría descubierto esta vez?

—Valen, me gustaría hablar con vos de algo muy importante — comenzó ella cuando estacioné en la puerta de su edificio.

—¿Sobre qué? —pregunté sorprendida.

—Es algo complejo. ¿Puedo llamarte durante la semana para que nos encontremos a tomar un café y hablemos?

La miré sin responder, no me apetecía en absoluto tener una sesión de terapia a solas con ella.

—Yo... —dije intentando encontrar una buena excusa.

—Por favor, Valen, es muy, muy importante que hablemos.

—Está bien —dije finalmente.

Me fui a dormir intrigada, ¿de qué podíamos hablar ella y yo?, ¿qué era aquello tan importante que quería contarme?

\*\*

Me desperté pasado el mediodía, no tuve pesadillas, pero mi cuerpo se encargó de recordarme que era domingo. Tenía el corazón acelerado y no entendía por qué.

Me hubiera encantado quedarme en casa hasta que me sintiera mejor, pero tenía un almuerzo familiar, organizado por mi abuela. Ella era muy grande y se había vuelto extremadamente sensible, era capaz de acusarte de insensible, desapegada, desamorada y un largo etc., sólo por faltar a una comida.

Saqué a Bombur a dar su paseo matinal y al regreso, él se entusiasmó pensando que estaba invitado a mi evento familiar.

—No podés venir conmigo, mi abuela odia a los perros —le dije acariciando un gracioso pirincho que le había salido en la cabeza.

El almuerzo se extendió hasta muy entrada la tarde. Lo malo de tener parientes longevos es que tenés que escuchar las mismas historias cientos de veces, y fingir, en cada una de ellas, que las escuchás por primera vez.

Cuando por fin pude liberarme, ya había oscurecido. Sin embargo, de regreso a mi casa tuve que detenerme porque el corazón me latía tan rápido que creí que me iba a dar un infarto.

Respiré hondo, como Lili nos había enseñado, mientras intentaba hacerme razonar. No iba a pasar nada malo, el dolor en el pecho se debía sólo a la fobia que tenía por los días domingos. Cuando las respiraciones lograron tranquilizarme un poco, seguí mi camino.

Lala, Teresa, Ena y Nuncia acababan de levantarse y estaban hablando sobre la fiesta. Iba a sentarme con ellas a escuchar chismes y a intentar despejar la mente, cuando de reojo noté que la ventana de al lado de la puerta estaba abierta. Iba a preguntar dónde estaba Bombur, cuando en la calle se escuchó el ruido de un auto frenando de golpe.

Salí afuera corriendo, a pocos metros de mi casa había un auto parado en el medio de la calle y delante de él estaba Bombur.

Me tiré al suelo sin que me importara mancharme con el charco de sangre, el gemía muy bajito y su mechón dorado se había vuelto rojo. Cuando lo abracé abrió los ojos para decirme adiós.

Todo lo que ocurría alrededor parecía lejano, Nuncia peleaba con el conductor, Lala y Ena lloraban, y Teresa me hablaba.

Alcé a Bombur y lo llevé adentro, lo envolví en una manta y lo dejé arriba de mi cama para durmiera su siesta eterna. Le di un beso en su cabecita y salí, necesitaba ir a un lugar donde encontrara aire para respirar.

“¿A dónde vas?” preguntó alguien, creo que fue Nuncia, pero me costaba identificar las voces.

—Quiero estar sola —murmuré, no sé a quién y no importaba.

Cerca de donde solía pasear a Bombur había un local de comidas rápidas con un autoservicio de café. Entré y no me importó que la gente se detuviera a mirar mi ropa cubierta de sangre. Compré diez capuchinos grandes y me senté en un banco a tomarlos, los bebí con desesperación, mientras me repetía: “no era mi perro, era el perro de Ena..., era el perro de Ena..., no era mi perro”. Cuando iba por el noveno, las náuseas se hicieron tan fuertes, que tuve que arrodillarme al lado de un árbol para poder vomitar.

Me dolía la cabeza y el estómago, pero en cuando dejara de vomitar, me levantaría e iría a comprar más capuchinos

Estaba por limpiarme la boca con la manga de mi camiseta, cuando alguien a mi lado me ofreció un pañuelo.

Levanté la vista y me encontré con la Dra. Amille.

—¿Doctora?, ¿cómo me ...

—Al ver que no ibas a dejar que te acompañaran, Nuncia puso su teléfono en la parte de atrás de tu auto para poder rastrearte mediante el GPS. Lala me llamó, ellas querían, venir, pero les pedí que nos dejaran solas.

Ella se sentó en el césped a mi lado. No entendía por qué insistía tanto, pero ya no me interesaba. En ese momento lo único que quería era más capuchino, todo lo demás podía irse al infierno. Agarré mi último vaso y comencé a beberlo, Amille me miraba con lástima, pero no intentó detenerme.

—Teresa dice que usted sabe todo sobre nosotras —balbuceé—. Tengo curiosidad, ¿cuál es su diagnóstico sobre mí?, ¿por qué como?

—Vos no sos como el resto de las chicas, ni la comida ni el sobrepeso se relacionan con tu problema.

—¿No?, ¿y cuál es mi problema entonces?

—Tomás de forma compulsiva una bebida que te provoca dolor y malestar, te estás castigando por algo, ¿de qué te culpás, Valentina?

—¡Guau!, ¡es muy buena!..., ¡Muy buena! —exclamé—. Y supongo que usted espera que yo hable y le cuente mi historia, ¿no?

Ella asintió y yo empecé a reír.

—Doc, le voy a contar un secreto —susurré—. Hablar no sirve de nada, hablar no cambia las cosas, hablar no va a hacer que mi perro vuelva y tampoco va a resucitar a Sabrina.

Era la primera vez, desde su muerte, que decía su nombre en voz alta. Segundos después, escuché mi voz, pero yo ya no estaba allí, había viajado once años en dirección al pasado.

## CAPÍTULO 38

Era una gélida mañana de invierno, sin embargo, la baja temperatura no era razón suficiente para que la directora del colegio, la hermana Soledad, cambiara la costumbre de hacernos formar en el patio. Otra mala costumbre de la hermana Soledad, era colocar a su lado a las alumnas nuevas mientras rezábamos e izábamos la bandera. Además de los nervios típicos de un primer día en un nuevo colegio, las pobres chicas tenían que aguantar la exposición frente a una multitud durante 20 minutos.

Ese día había una chica al lado de la directora, y debido a su aspecto, no tardó en acaparar todas las miradas. Tenía las puntas del pelo teñidas de violeta y un piercing en la nariz, cosas que estaban terminantemente prohibidas en el colegio. No obstante, la hermana Soledad solía ser un poco más tolerante con las alumnas nuevas, que venían del extranjero.

Cuando estábamos por empezar la primera clase del día, llegó la preceptora con la chica de pelo violeta.

—Les presento a su nueva compañera, ella es Sabrina, espero que le den la bienvenida y la ayuden en todo lo que necesite.

Sabrina era argentina, pero como su padre era embajador, había vivido en muchos países. Ella había pasado los últimos cuatro años en Francia.

En el recreo, con unas amigas, le ofrecimos a Sabrina mostrarle el colegio, sin embargo, su respuesta no fue la que esperábamos:

—Tengo 17 años, estoy grandecita para niñeras, lo puedo descubrir por mí misma, sólo necesito que me digan dónde puedo fumar.

Ella era así, tenía una personalidad compleja. Era arrogante, en ocasiones agresiva y muy inestable. Faltaba muchísimo, no hacía las tareas, no prestaba atención en clase y los profesores la odiaban. La única razón por la que no la echaban era porque la directora conocía a su padre.

Su actitud no cambió con el transcurso de las semanas. No hizo ningún esfuerzo por hacer amigos y de a poco, todos comenzamos a ignorarla.

No me enteré que vivíamos cerca, hasta un sábado en la tarde, cuando la encontré en la calle, peleando con un grupo de chicas.

Dos de ellas sostenían sus brazos mientras una tercera la golpeaba. A Sabrina le sangraba la nariz y tenía un ojo morado, pero su mirada desafiante seguía intacta.

—¿Qué están haciendo? —pregunté, sabía que mi pregunta era una estupidez, pero no se me ocurrió otra cosa más inteligente que decir.

—¿Qué parece? —preguntó, sin detenerse, la chica que la estaba golpeando.

—No pueden hacer eso, suéltenla o voy a llamar a la policía.

Las chicas rieron a carcajadas y hasta Sabrina esbozó una sonrisa.

—No te metas —me dijo Sabrina—, esto no es asunto tuyo.

—O te vas ahora, o te quedas con tu amiga y la ligás vos también —me amenazó la que parecía ser la líder del grupo.

Siempre había creído que las peleas callejeras eran cosa de hombres, nunca se me hubiera ocurrido agarrarme de los pelos con una mujer. Me quedé, pero únicamente sirvió para que, en vez de una nariz sangrante, hubiera dos.

Sabrina tuvo que acompañarme hasta mi casa porque apenas podía caminar, aunque era más por el susto y la impresión, que por los golpes en sí.

—¿Por qué te estaban pegando? —pregunté.

—Porque le di un par de besos al novio de una de ellas —contestó Sabrina con indiferencia.

Mi mamá se preocupó al verme, no obstante, al enterarse de lo que había ocurrido, preguntó:

—¿Quién ganó?

—Ellas, obvio. Su hija no nació para el boxeo —contestó Sabrina.

—Mamá, acá vos sos el adulto, se supone que deberías retarnos y no alentarnos —me quejé mientras ponía hielo en mis costillas.

—¿Es siempre tan densa? —quiso saber Sabrina.

—Desde chiquita —respondió mamá—. Cuando tenía 6 años, nos dio un tremendo sermón a su padre y a mí porque no separábamos los residuos, y porque desperdiciábamos mucha agua lavando el auto. Llevo esperando 17 años para sacarme el gusto de poder retarla por algo.

A partir de ese día, Sabrina y yo nos hicimos amigas. A pesar de sus excentricidades, ella les encantaba a mis padres. Por otra parte, los suyos nunca estaban en casa y no le prestaban mucha atención.

A pesar de nuestra amistad, no logré que cambiara su estilo de vida. Tomaba alcohol, fumaba como una chimenea, se peleaba con casi todo el mundo y salía con hombres mayores. Tampoco le interesaban los estudios, aunque era muy inteligente y le gustaba leer casi tanto como a mí.

—Deberías intentar escribir, las personas salvajes y chifladas como vos, suelen convertirse en grandes artistas —le dije un día.

—¿Sí? —preguntó ella riendo—, ¿y en qué se convierten las personas razonables, aburridas y equilibradas como vos?

—Se convierten en eminentes contadores —le aseguré.

Pero, ser contadora no estaba en mis planes. Mi sueño era ser escritora y aunque escribía desde hacía años, nunca me había animado a mostrárselo a nadie. Sin embargo, una importante editorial organizó ese año, un certamen literario juvenil, destinado a estudiantes secundarios y yo quería participar.

—¿Ya terminaste el cuento, “futura contadora”?

—Sí, pero lo estoy revisando, quiero que esté perfecto. ¡Vendería el alma al diablo con tal de ganar ese concurso! —afirmé, sin saber que esas palabras se harían realidad.

En el amor, Sabrina era aún más intensa que en el resto de los ámbitos de su vida. Para ese entonces, ella estaba saliendo desde hacía 3 meses, con un hombre que casi doblaba su edad.

—¡Valen, lo amo tanto! Cuando estoy con él siento que puedo hasta volar. ¡Se siente tan bien! Me gustaría poder abrirme el pecho para mostrarte lo que siento —dijo ella agarrando un cuchillo.

—No es necesario, me alcanza con que me lo describas —le aseguré, sacándole de la mano el cuchillo, me asustaba cuando hablaba con tanta vehemencia.

No obstante, el sueño de Sabrina no duró mucho. El cuarentón la dejó pocas semanas después, y así como su felicidad había sido extrema, su tristeza también lo fue.

Llevé a Sabrina a mi casa, mis padres estaban en un crucero y no se enteraron de nada. Ella no se levantaba de la cama y lloraba todo el día. Mentía en el colegio, inventando enfermedades que justificaran su ausencia, la obligaba a comer e intentaba reanimarla por todo los medios.

Sus padres también estaban de viaje, ella les enviaba mensajes asegurándoles que estaba bien, y ellos lo creían sin molestarse en comprobarlo.

Unas semanas después de su ruptura, cuando estaba empezando a pensar que tenía que pedirle ayuda a alguien, Sabrina mejoró.

Su recuperación fue abrupta e inesperada, como casi todo en ella. Se levantó de la cama, se bañó, comió sin que tuviera que obligarla, y hasta

aceptó volver al colegio.

Se la veía tan en paz, tan tranquila, que empecé a pensar que tal vez su desengaño amoroso la había hecho madurar de golpe. Mis padres ya estaban de regreso, pero yo no dejé que ella se fuera, quería asegurarme de que en verdad estuviera bien.

—Seguí tu consejo —me dijo una noche.

—¿Cuál de todos?

—El de escribir. Escribí un cuento para ese concurso —dijo entregándome unas hojas—. Leé y decime qué te parece.

Empecé a leer con mucha curiosidad y sin muchas expectativas. Sin embargo, a medida que avanzaba en la lectura, comenzaron a arder en mi interior sentimientos que nunca antes había experimentado, o por lo menos no con esa fuerza.

Cada frase del cuento de Sabrina, echaba un leño más a la hoguera de celos, envidia, ira y frustración que me estaba consumiendo. Ella consiguió en unas horas, lo que yo no había podido lograr en años.

Sublime, esa era la palabra que mejor describía la historia de mi amiga.

—¿Tan mal está? —preguntó ella al ver mi cara.

—¿Mal?, ¡Tu cuento es genial! Te odio desde lo más profundo de mi corazón —confesé.

—¿Por qué?

—Porque vas a ganar, mi cuento no tiene ninguna chance al lado del tuyo, y no hay posibilidad alguna de que alguien haya escrito algo mejor.

—¿Estás segura? —preguntó Sabrina.

—Absolutamente segura —respondí de mal humor—. Mañana es el último día para enviarlo, no lo tenés que firmar, tenés que poner tu nombre y todos tus datos en un sobre aparte. Usá el mío como ejemplo, está arriba del escritorio y todavía no lo cerré, en los cajones tenés sobres. Yo me voy a dormir.

Me dormí enseguida, pero mis sueños no fueron tranquilos, estaban llenos de imágenes de Sabrina ganando un premio que yo deseaba más que a nada.

Me desperté a la madrugada, estaba sedienta y bajé a la cocina a tomar agua. Cuando volví a mi habitación, observé que junto a mi sobre estaba el de Sabrina, y que ambos estaban abiertos.

Cada uno de los sobres tenía en su interior, uno más pequeño con los

datos personales. Miré hacia atrás, Sabrina dormía, entonces, con mucho sigilo, intercambié los sobres pequeños y luego regresé a mi cama.

Cuando desperté horas después, me sentía tan atormentada por el remordimiento que, lo único deseaba hacer, era volver a poner los sobres en su lugar.

Sabrina ya no estaba, eso me sorprendió porque normalmente había que insistirle mucho para que se levantara. Pero, lo que me heló la sangre, fue comprobar que los sobres habían desaparecido.

Mis padres estaban desayunando.

—Mamá, ¿dónde está Sabrina?

—Se fue temprano, me dijo que tenía algo que hacer en su casa y que te veía en el colegio.

La editorial había puesto en cada uno de los colegios, un buzón para recolectar las obras que aspiraban al premio.

Esperé a Sabrina junto a él, por nada del mundo iba a dejar que ella colocara esos sobres. Necesitaba arreglar lo que había hecho antes de que fuera demasiado tarde.

Pocos minutos antes del timbre, Sabrina apareció.

—Te estaba esperando —murmuré.

—Llegué temprano, así que no empecés con tus sermones a esta hora —se quejó ella. Tenía los sobres en la mano e iba a echarlos en el buzón.

—¡No! —grité—. Tengo que hacer una modificación, dámelos y yo los pongo después.

—Sabía que te ibas a arrepentir y que al final no ibas a enviar tu cuento. Por eso me llevé tu sobre.

Forcejamos, quería quitárselos, pero Sabrina era más fuerte y logró introducirlos en el buzón.

—¡Eh!, parece que hoy te levantaste con mucha energía. Está sonando el timbre, vamos a clase —comentó Sabrina.

Ese día no pude prestar atención en toda la mañana. No había tenido el valor de contarle la verdad y ahora su cuento estaba participando en el certamen con el nombre equivocado, con el nombre de una ladrona, con mi nombre.

Una semana después, la editorial anunciaría al ganador, y esos fueron los siete días más largos de mi vida. Me costaba dormir, y cuando por fin lo conseguía, tenía pesadillas. Estaba distraída, no podía concentrarme en nada

que no fuera el sonido de un reloj invisible, que me anunciaba que el peor día de mi existencia estaba cada vez más cerca.

Mientras mi ánimo se volvía más lúgubre, el de Sabrina se aligeraba. Se comportaba de una forma tan relajada y dulce, que a veces me resultaba desconcertante.

—Tengo que decirte algo —le dije el día anterior a que se conocieran los resultados del certamen.

—Ahora no, Valen. Me tengo que ir, hablamos mañana —contestó Sabrina.

—Mañana va a ser demasiado tarde, me tenés que escuchar ahora —murmuré.

—Me están esperando, Valen —dijo ella dirigiéndose a la puerta.

—¡Esperá!, yo cambié...

Pero no pude terminar porque ella me abrazó.

—Sos mi mejor amiga, y me siento muy afortunada de tenerte —dijo mirándome a los ojos, luego se fue y mi valor se escabulló una vez más.

Al día siguiente, Sabrina no fue al colegio. Durante el recreo largo, que se hacía a media mañana, la hermana Soledad modificó la sagrada rutina del colegio, pidiendo a las preceptoras que llevaran a todos los cursos al salón de actos.

—Decidí reunirlos aquí porque tengo una importante noticia que darles —comenzó la directora—. La editorial Albatros me acaba de llamar para comunicarme que una de nuestras alumnas ganó el concurso literario de este año.

Me clavé las uñas en la palma de las manos y rogué en silencio que ni el cuento de Sabrina ni mi nombre fueran anunciados. Pero, mi plegaria no sirvió y la pesadilla que tanto había imaginado, se hizo realidad.

Había llegado el momento de hacer lo correcto, de pararme, correr hasta el escenario, tomar el micrófono y gritar hasta quedarme sin voz que yo no había escrito esa bellísima historia. Pero..., no lo hice.

A la salida del colegio no regresé a mi casa. Era incapaz de soportar las felicitaciones de mis padres. Una de mis tías tenía una casa de fin de semana y yo tenía las llaves, corrí a encerrarme allí.

Sabrina no dejaba de llamarme, pero yo no tenía valor para contestarle. Pasé todo lo que quedaba del viernes y todo el sábado, sentada en el suelo de la cocina, bebiendo café. No quería que el sueño viniera a aliviar la culpa que

me estaba comiendo las entrañas. Quería permanecer despierta para sentir el dolor porque sabía que lo merecía.

El domingo llegué al límite, no podía más, tenía que ver a Sabrina y suplicarle que me perdonara.

Como era muy temprano, las calles estaban desiertas. Sin embargo, el silencio se quebró cuando unas sirenas se empezaron a escuchar a lo lejos. Seguí caminando sin pensar que ese sonido estaba a punto de cambiar mi vida para siempre, aunque lo descubrí minutos después, cuando vi que una ambulancia y un patrullero estacionaban en la casa de Sabrina.

Había llegado tarde, mi amiga se había suicidado. Ya no había nadie que pudiera otorgarme un perdón que, a partir de ese momento, se volvió inalcanzable.

Después de su muerte, rechacé el premio y nunca permití que su historia fuera publicada. Pero, jamás tuve el suficiente coraje para decir la verdad, y esas palabras se me quedaron atoradas adentro.

Amille me había escuchado atentamente y sin interrumpirme. Cuando terminé de hablar, ambas quedamos en silencio por no sé cuánto tiempo.

—¿Cómo se llamaba el cuento? —preguntó ella de pronto.

—La Séptima Silla —respondí.

En ese momento, se produjo un destello en mi mente que iluminó ese recuerdo demasiado difuso, esa imagen que titilaba en la bruma cada vez que entraba al consultorio de la doctora. La silla vacía que tanto me había molestado, la séptima silla.

Con la piel erizada miré a Amille, ella estaba llorando.

—¿Quién sos? —pregunté.

—Soy la madre de Sabrina.

## CAPÍTULO 39

No sé cuánto tiempo tardé en entender las palabras que ella acaba de pronunciar.

—¡Sabía que escondías algo!, ¡sabía que no podía confiar en vos! —grite, haciendo un esfuerzo para pararme y alejarme de Amille.

—¡Valentina, por favor tenemos que hablar! —suplicó ella.

—¿Hablar?, ¿sobre qué? Planeaste todo esto para poder vengarte, pero lamento que te hayas tomado semejante molestia. Mi vida ya es un infierno, he deseado muchas veces haber muerto ese domingo en lugar de ella.

—No es así, Valen. Me acerqué a vos porque necesitaba entregarte esto —dijo Amille sacando de su bolsillo un papel.

—¿Qué es eso? —dije mirándolo con desconfianza.

—Es una carta de Sabrina.

Era un truco, Sabrina llevaba 11 años muerta. Sin embargo, tomé el papel que Amille me ofrecía y al abrirlo, reconocí la letra de mi amiga.

Valen:

Llevo dos días intentando hablar con vos, pero como tenés el teléfono apagado y nadie sabe decirme dónde estás, no me queda otra opción que dejarte escrito, lo que me hubiera gustado decirte en persona.

En primer lugar, te vi esa noche cuando cambiaste los sobres, y si al día siguiente me los llevé, fue porque sabía ibas a intentar ponerlos nuevamente en su lugar. Nunca me interesó el concurso, y me alegra profundamente que mi cuento pueda ayudarte a cumplir tu sueño. Tomalo como un regalo de despedida, como el primer escalón del largo y exitoso camino que sé que vas a tener como escritora.

¡Te prohíbo que sigas torturándote por esta pelotudez! Tenés que ser menos estricta con vos misma, a veces vas a cometer errores porque, ¡sos humana! Pero, estás dentro de ese reducidísimo grupo de seres humanos que vale la pena conocer.

Me tengo que ir, Valen, tomé la decisión hace un mes y creo que es lo mejor. No me gusta este mundo y estoy cansada de intentar adaptarme a él.

Mi queridísima amiga, no sé si hay un “más allá”, pero si lo hay, me va a encantar reencontrarme con vos allí, cuando llegue tu momento de partir.

Hasta entonces, Sabrina.

Cuando las gotas empezaron a caer sobre el papel, me di cuenta que estaba llorando, las palabras de mi amiga me habían devuelto las lágrimas.

—¿Por qué esperaste once años para entregarme la carta?

Amille, que se veía agotada, contestó:

—En 35 años de profesión ayudé a muchas personas y sin embargo, no pude salvar a mi propia hija. Su muerte me sepultó en un mar de preguntas: ¿por qué lo hizo?, ¿cómo no vi las señales?, ¿por qué no me pidió ayuda?, y cientos de preguntas más.

Amille hablaba lento, elegía las palabras y entre ellas muchas veces reinaba el silencio. Pero, ninguna de las dos estaba apurada, se trataba de una conversación que se

había retrasado 11 años e íbamos a dedicarle todo el tiempo que fuera necesario.

—Sabrina tenía un diario y sabía que allí iba a encontrar las respuestas a todas mis preguntas y también, la confirmación de todas mis faltas. Lo guardé, pero tardé más de una década en juntar el valor para leerlo. Adentro encontré la carta, mi hija no contó con mi cobardía y seguramente creyó yo te la entregaría a tiempo.

—¿Hace cuánto que la encontraste?

—8 meses —murmuró Amille—. Cuando la encontré, fui a buscarte a la casa de tus padres. Ellos sabían que la muerte de Sabrina te había cambiado, que guardabas algo adentro, pero no habían podido descubrir qué era.

—¿Mis papás ya saben todo? —pregunté atónita.

—Sí, de hecho tu mamá fue la que me sugirió la idea del tratamiento. Además de entregarte la carta, quería ayudarte a sanar las heridas que el remordimiento te habría provocado. Pero, tu mamá me aseguró que te habías vuelto muy cerrada e introvertida, y que no ibas a aceptar mi ayuda.

—¡No lo puedo creer! —exclamé—. ¿Todo el tratamiento fue una farsa?

—Fue una excusa para poder acercarme a vos. En ese momento estabas con problemas de peso y tu madre creyó que podría convencerte para asistieras a un tratamiento.

—¿Y las chicas?, ¿lo sabían?

—¡No, por supuesto que no! Ellas eran obesas y comenzaron el tratamiento por la misma razón que vos, para adelgazar. Me alegra haber podido ayudarlas, pero mi objetivo siempre fuiste vos.

—Por qué dijiste que yo no tenía el mismo problema que ellas

—Tus excesos de café y leche nunca habían modificado tu peso, debía haber algo más. Descubrí qué era la noche del casamiento.

—¿Qué descubriste?

—Engordaste para alejar al amor. Amás a tu amigo, a Marcos, y él te ama a vos. Pero, te sentías indigna de una relación tan linda, entonces empezaste a querer escapar. Seguramente te comportaste de una forma fría y distante para lograr que se alejara, pero él no hizo. ¿Qué otra cosa podías hacer para alejarlo? ¡Engordar! Aunque esa estrategia tampoco te sirvió, porque él siguió a tu lado.

Escuchaba a la doctora con una mezcla de impresión y admiración, todo lo que estaba diciendo era verdad, aunque se trataba de una verdad que hasta ese momento yo desconocía.

Amille se levantó, era muy tarde y ambas estábamos muy cansadas.

—Estás en problemas, porque él va a volver dentro de poco y se te están acabando las ideas para mantenerlo alejado —bromeó la doctora.

Sonreí, era la primera sonrisa de la noche.

—Tenés mi teléfono, si alguna vez querés o necesitás hablar, llamáme, no importa el día ni la hora, siempre voy a estar feliz de escucharte.

Ella comenzó a caminar hacia su auto, pero volteó cuando escuchó mi voz:

—¡Elina! Gracias, gracias por todo.

Ella asintió con una sonrisa y luego continuó su camino.

¿Cómo iba a cambiar mi vida esa carta? No lo sabía, aunque seguramente iba a descubrirlo con el tiempo.

Cuando llegué a casa, mis amigas estaban esperándome en la puerta, pero antes de bajar del auto, tenía que hacer una llamada.

—Hola, Valen.

—Hola, Esteban, te acabo de mandar un correo. Necesito que reemplaces mi artículo de mañana, por ese cuento.

—Ahora lo estoy viendo, La Séptima Silla. Perfecto, ¿es tuyo, no?

—No, no lo es. Por favor, quiero que pongas bien grande, en el título, el nombre de la autora: Sabrina Wexler Amille.